

Cinco horas de Alejandra

Tanatos 12

CAPÍTULO 1

Finales del mes de abril.

ALEJANDRA

19:32

Tras escuchar por segunda vez su indecente propuesta me vi obligada a pararle los pies, para ello me limité a pronunciar su nombre, eso sí, alargando las sílabas para exteriorizar el reproche:

—Sebastián…

—¿Qué…? Has hecho cosas peores —respondía mi marido al otro lado del teléfono.

—No es por eso… Es el foro, no el delito. Sabes que estoy en el despacho y tú dale con volver al libro…

Se hizo entonces un silencio y supe que él exageraba la decepción.

—Aterrizas en unas horas. Mejor en persona —continué.

—Ya. A las doce. En teoría… porque menuda rachita llevo. Por cierto, mejor no me vengas a recoger.

—No pensaba —sonreí.

—Cabrona…

—Shh… De cabrona nada. Sabes que me da pereza infinita la autovía del aeropuerto.

—Que sí, que sí. Que el drama no es que no me recojas. El drama es que estábamos hablando de representar el segundo acto de la novela y…

—Déjate de dramas, anda —le interrumpí manteniendo mi rol de parte sensata de la pareja, papel que no siempre interpretaba yo.

—Vale. Vale. No quiero discutir —dijo secamente, y yo de nuevo sentía que exageraba a propósito.

—En fin, que no seas caprichoso. En… ¿cuánto? —pregunté y miré hacia la esquina de la pantalla de mi ordenador para revisar la hora—. En cinco horas estás aquí y hacemos ese segundo acto, con ese magnetófono de la guerra… —dije casi riendo, burlándome, pues sabía que aquello le molestaba y siempre me decía que solo lo había usado la primera vez, que después siempre había sido con el teléfono móvil y el altavoz. Y noté, a pesar de su silencio, que le estaba haciendo gracia.

Escuché entonces cómo alguien llamaba a mi puerta y enseguida entró la chica de recepción.

—¿Tienes un segundo? ¿Puedes atender a un cliente? —dijo Marta con voz dulce y tímida.

—No. No. No soy cliente —escuché a su espalda una voz fuertemente varonil.

Le hice un gesto de aprobación y susurré al teléfono:

—Te dejo. Requieren de mi imponente… y profesional presencia.

—Ya, ya… Venga, dales caña —contestó mi marido y finalizamos la llamada.

Posé el teléfono móvil sobre el escritorio, alcé la mirada y vi cómo entraba y cerraba la puerta tras de sí el propietario de aquella voz grave.

—Perdona. ¿Te acuerdas de mí? —dijo inmediatamente.

Preferí mantenerme callada antes que alargar una duda. Lo miré de arriba abajo. Pelo cano aunque quizás recién estrenados los cuarenta, camiseta negra, cuerpo atlético, y, sobre todo, unos impactantes ojos azules que me ayudaron a hacer memoria tanto o más que su peculiar acento.

—Sí. Claro. El marido de Helena. Justo ahora estaba hablando con Sebastián. ¿Vienen en el mismo avión?

—Aterriza a medianoche —dijo mientras se acercaba, con andar garboso, y miraba su opulento reloj.

—Sí, pues entonces sí —pronuncié al tiempo que mi mente trabajaba en intentar adivinar cuando lo había visto por última vez y me preguntaba a qué se podría deber su presencia allí; intriga que no tardaría en desvelar él mismo.

—Perdona por presentarme así, Alejandra —dijo el hombre, con gesto tranquilo, y supuse que mi rostro aún manifestaba duda y quizás incluso recelo—. En realidad vengo a hablar con… Carlos. Es por una licencia… que me tienen retenida, o yo qué sé.

—Ah. Carlos. Sí. Vale —contesté, me ajusté la americana del traje y me puse en pie sin saber bien por qué.

—Me dijo la chica que esperara. Y sabía que trabajas aquí. Así que simplemente se me ocurrió

saludar. Igual te estoy interrumpien…

—No, no —le corté—. Está bien. Qué casualidad. Siéntate. ¿Sabes cómo les ha ido? Este no me cuenta nada —dije mientras caminaba hacia la puerta. Una vez allí la abrí y le dije a la recepcionista:

—Marta, cuando acabe Carlos dile que Oliver está aquí conmigo en el despacho.

Dejé la puerta arrimada, y sentí cierta fatuidad por haberle devuelto el cumplido indirecto de también yo recordar su nombre. Y volví hacia mi mesa, observando cómo la fornida espalda de Oliver exigía del respaldo del sillón en el que había tomado asiento.

—¿Que cómo les fue? Pues parece que bien. Me contó algún momento embarazoso, eso sí —dijo el marido de Helena mientras yo rodeaba mi escritorio y me sentaba frente a él.

—¿Embarazoso?

—Bueno, ya sabes… La temática de la novela…

—Ya… —resoplé—. Le preguntaron lectores por según qué… escenas… No me digas más.

—Algo así… Imagínate —sonrió Oliver, mostrando unos dientes blanquísimos, que contrastaban con su tez moderadamente morena.

Y entonces le pregunté por su acento, pues no recordaba su país de origen, y él me contestó que era danés, y bromeando dijo sentirse decepcionado porque se le notase a pesar de llevar la mitad de su vida en España; y comenzamos a hablar de su mujer: Helena, la editora de mi marido y la cual me parecía bastante mayor que el propio Oliver, y de la semana de mi marido y de su mujer de aquí para allá, de hotel en hotel, de presentación en presentación, y también del volantazo en la carrera como escritor de Sebastián: de novela costumbrista a erótica. Y era un poco engorroso, pues apenas nos habíamos visto un par de veces, la última, recordamos, casi un año atrás, pero a la vez, quizás porque el sentimiento era mutuo, o porque no nos habíamos andado con rodeos y preguntado cosas protocolarias y banales, pero se notaba que ni él ni yo teníamos prisa porque Carlos quedase libre.

—No sé cómo se le ocurren esas cosas… —dije súbitamente y sin pensar.

—¿Del argumento, dices?

—Sí, en fin. Todo. Los personajes. La chica, por ejemplo.

—Dicen que se basan en lo que ven —dijo Oliver, reflexivo.

—Pues ya me dirás. No sé dónde la pudo ver. Una… colegiala —pronuncié y sí me sentí incómoda de verdad tras pronunciar aquella palabra, y a la vez sabía que me estaba metiendo en un jardín innecesariamente— de dieciocho años… y su novio, también tan joven… en fin.

—Y todo lo que pasa a lo largo del libro. Bueno, será mejor para ti… estar casada con alguien que tiene tanta imaginación —dijo él, en un tono que no sentí inocente.

—Ya. No sé… Ya sabes… En casa del herrero… —pronuncié intentando esquivar el golpe, perc no supe si me había entendido.

Y se hizo entonces un silencio, y él de nuevo miró su reloj, y con los ojos iluminados, como si se le hubiera ocurrido una idea maravillosa, dijo:

—Oye. ¿Tienes plan? Yo pensaba cenar en casa. Estar un rato con la cría de Helena… e ir a recogerla al aeropuerto. ¿Por qué no vienes? Total nos han dejado solos. ¿O tienes plan?

Me quedé un tanto dubitativa. No me apetecía ir a casa de un hombre al que apenas conocía, perc la imagen de cuatro o cinco horas sola en mi casa tampoco era muy tentadora.

—Venga. Así los criticamos un poco a esos dos, y después los vamos a recoger juntos. Les damos una pequeña sorpresa. ¿Qué me dices?

Desvié la mirada. No sabía qué contestar. Suspiré. Y pensé que quizás le haría ilusión a Sebastián que finalmente sí lo fuera a recoger al aeropuerto.

En ese momento la chica de recepción volvió a llamar, para inmediatamente entrar; esta vez Carlos irrumpió con ella, y antes de que me pudiera dar cuenta Oliver se ponía en pie y me decía que al acabar volvería a mi despacho para ir juntos a su casa.

Y me molestó su indiscreción, aquella revelación de plantes, sin esperar a mi respuesta, en presencia además de Carlos y de Marta…

Pero no me negué.

CAPÍTULO 2

DIEGO

19:32

“Has cambiado, estoy harta”. Qué cansina, todo el día con la misma frase. La cabrona de Aitana. Qué pesada es. Que he cambiado. Pues como ella, como todos. Me lo dice la psicóloga todas las putas semanas; que todos cambiamos, y que más a nuestra edad: “proceso de cambio, bla, bla, bla”. Y me lo dice Aitana, cómo si ella no hubiera cambiado, si era una niñata, con sus notas perfectas, y a la mierda se fue, como yo, repitiendo curso. La psicóloga: qué fea es la jodida. Ni con un palo la tocaría, no como Montse. Joder, siento los ojos de Montse clavados en mí. Ojalá clavados en mi polla. Ya le gustaría vérmela. ¿Ves? En eso sí he cambiado. Estoy salido como yo qué sé. Me levanto empalmado y me acuesto empalmado. Y antes no era así. Eso sí que cambió a partir de finales del curso pasado.

Recuerdo cómo empezó toda esa mierda, con el puto del Sebastopolo en casa de Aitana todo el día, y con aquello de… cómo era, algo así como: “Necesito que pasemos un rato juntos, para estudiar tus gestos y tu forma de expresarte, es para mi libro, pero la gente no lo va a comprender, así que mejor no se lo digas a nadie. A NADIE. Y mucho menos a tu madre”. Joder así me lo dijo Aitana. Y pensé que lo mandaría a la mierda, y la muy cabrona tragó con todo. Yo creo que Aitana se pilló de él ya el primer día. Dicen que no, pero ven un viejo y se ponen locas. Joder, cuarenta tacazos el Sebastopolo. Cómo mínimo. Y lo que más me jodía era que se ponía nerviosa solo por hablar de él. Y cuando estaba delante se ponía colorada como una puta cereza, o fresa, o lo que sea más rojo. Sí, verla nerviosa, incluso más que su secreto de mierda. Eso no lo podía soportar.

—Diego, ¿puedes dejar de mirar para el aire? Tú mismo. Hasta que no termines no te vas —dijo Montse, sentada frente a mí, con su voz de pito, de virgen, pero de virgen seguro que no tenía nada.

Alcé la mirada. El cuarto era minúsculo, y más viejo que la puta tos; la puta aula de castigo. Bueno, “de refuerzo”. Le cambiaron el nombre no fuera a ser que algún imbécil se sintiera mal. Qué cuidado para algunas cosas, pero bien que me hicieron repetir curso por tres asignaturas de mierda, y a Aitana aún por menos. Fueron a por nosotros. Putos amargados. Yo creo que por envidia. Seguro que fue por eso.

—Estoy terminando.

—Terminando, sí. Si llevas media hora sin escribir —contestó Montse, mi profesora de inglés, levantando apenas un instante sus ojos de unos exámenes que parecía estar corrigiendo. Qué buena estaba, no como la psicóloga. No sé las pajas que llevaba encima. La semana que mis padres habían estado de viaje le habían caído no menos de tres diarias. Algunas incluso en los baños del colegio. No descartaba hacerme una aquella misma tarde. De hecho ya estaba bastante empalmado. Ojalá levantarme y que lo viera. Ojalá levantarme, que me viera la polla marcando bien el pantalón del maldito uniforme, pedirle permiso para ir al aseo y cascármela allí pensando en ella. Joder, y que ella lo supiera. Que me dijera: “Sí, Diego, puedes ir al baño, pero vuelve pronto”. Vuelve pronto en plan “si piensas en mí para tu paja… en un minuto seguro que estás de vuelta”.

—¿Cómo es el plural de “woman”? —pregunté.

—”Women” —contestó desganada, sin levantar siquiera la mirada, y pronunciando “güimen” de una manera que me ponía burrísimo. “Güimen, Güimen”. Me encantaba cómo lo pronunciaba, con su voz aguda, como si fuera un puto dibujo animado. En la próxima paja me la imaginaría chillando “güimen, güimen”, mientras… mientras yo le estaría llenando bien el culo. Enculada y “güimen, güimen”.

En eso sí he cambiado, Aitana. En todo lo referente al sexo, pero fue por culpa, o gracias, a tu querido Sebastopolo. Perdón, Sebastián. “Sebas”, lo llamabas tú a veces. Seguro que ni la ingenua de su mujer lo llama así. Sebastopolo, el cuarentón salido que nos puso a bailar, por decirlo de una manera suave, frente a él. No sé cómo aceptamos aquello. Y el cabrón ahora se está forrando. Pero ya se me ocurrirá la forma de sacar algo de ahí. Y la madre de Aitana, y el bobo de su novio, o marido, sueco o lo que sea. No me jodas que no saben que somos nosotros los del puto libro. Lo saben todos.

Algo vibró sobre la mesa. Era el teléfono móvil de la puta de Montse. Lo cogió, se levantó, y se fue hacia la pequeña ventana. Descolgó la llamada y comenzó a susurrar. Y me pregunté: “¿Por qué ella puede usar su teléfono y yo no?”, “¿acaso ella trabajando no es lo mismo que yo estudiando?”. Menuda zorra. Susurrando. Seguro que está hablando con un amante. Tiene anillo de casada, pero esos susurros son por algo. Joder, y ahora me da la espalda. Mal hecho. Enseñarme ese culazo bien apretado. Ese pantalón de traje va a reventar. No se le notan las bragas. Seguro que lleva tanga. Seguro que le pone dar clase así. Sabe cómo nos tiene a todos. Sobre todo a mí. En el fondo es su forma de vengarse, de reírse en nuestra puta cara. “Tengo un trabajo de mierda. He hecho una carrera para acabar dando clase a estos memos… pero al menos van calentitos para casa”.

Me acaricié la polla sobre el pantalón. La tenía aún más dura. Recordé sus tetas marcando su camisa azul, segundos atrás. Recordé cuando se había echado toda su melenaza rizada a un lado, enseñándome su cuello. Provocando. La cabrona. “¿Qué edad tendrá?”, pensé. Quizás treinta y cinco. Qué buena está… Y lo sabe. Claro que lo sabe.

—Sí… salgo enseguida. Estoy acabando con un chico —la escuché susurrar.

“Acabando”, dice la cabrona. Yo sí que acabaría… pero dentro de ti. Te follaría sobre esta mesa. Como el puto del Sebastopolo nos dijo aquella tarde que hiciéramos.

Y entonces, mientras ella, de pie junto a la ventana, a dos o tres metros de mí, se giraba un poco, y, de perfil mostraba una silueta sinuosa de tetas y culo, pensé: “¿Y si me atrevo? ¿Y si me atrevo a las dos cosas? ¿Y si me hago una paja aquí mismo mirando el culo de la puta de Montse y después me atrevo a que todo lo del viejo escritor salido salte por los aires?”.

CAPÍTULO 3

ALEJANDRA

19:43

Me quedé pensativa un instante, sorprendida de cómo un par de frases inoportunas habían conseguido que cambiase mi parecer sobre él. O quizás no había sido para tanto. Tampoco podía decir que de repente Oliver me cayera antipático. En su defensa debía decir que mi mutismo le había dado pie a su afirmación, como una especie de silencio administrativo positivo. Lo cierto era que me importunaba y perturbaba más el hecho de ir a cenar a su casa; no me imaginaba allí a solas con él, pero de pronto recordé que había dicho que allí estaría también la hija de Helena, a la que yo no conocía.

Sentir alivio por el hecho de visualizar a la hija de Helena con nosotros me hizo entender que mi inquietud procedía de una especie de temor a su comportamiento, como si pensase que Oliver intentaría flirtear conmigo. Al entenderlo; al analizarlo, me sentí tremendamente petulante y estúpida.

El hecho de no tener ninguna tarea urgente en el trabajo hacía que no pudiera salir de mis cavilaciones, pero sí consiguió que volviera al mundo mi teléfono móvil, a través de una foto que me enviaba Sebastián.

Le respondí enseguida, mientras repasaba sus facciones en la pantalla: aquel primer plano con cara graciosa.

—Qué presumido eres —tecleé.

—Más bien aburrido —contestó.

—¿Dónde estás?

—En el bus hacia el aeropuerto.

—¿Ya? —pregunté.

—Sí. No nos daba tiempo a volver al centro. Nos vamos a morir del asco.

—¿Vas con Helena?

—Sí.

—Pues me acabo de encontrar con su marido —tecleé, pero borré antes de enviarlo, pues no quería darle pistas sobre que seguramente sí lo iría a recoger.

Revisé la foto. Los años, cuarenta y dos, cinco más que yo, le sentaban bien. Era guapo, o más bien atractivo, y lo era con barba, o sin ella, o incluso solo con una especie de bigote, que se dejaba crecer a veces, fundamentalmente para molestarme y para llamar un poco la atención. Porque así era, en cierto modo con dejes infantiles; el gracioso en la sombra, el ocurrente entre susurros, el perspicaz en pequeñas dosis. Y aquello alimentaba su ego. Pues lo negaba, pero le gustaba ganarse a la gente en privado, para después llevarse la aclamación pública. Sus ojos negros eran profundos y tenían un ribete triste, como si escondiese en ellos aquel pasado del que nunca quería hablar. Había sido músico, después compositor y después escritor. A la edad a la que yo apenas había terminado la carrera él ya había vivido vida y media, pero nunca me había sentido impresionada por él; tampoco desconfiada. Y nos habíamos elegido mutuamente, quizás porque él quería la tranquilidad que no había tenido y yo aquella especie de puerta abierta a la agitación, en cualquier momento, en cualquier instante; pues él, a pesar de haberse asentado, atenía dentro impulsos que salían de cuando en cuando, impulsos que enganchaban como nada ni nadie me había enganchado nunca.

—Te eché de menos —escribió de pronto.

—Me alegro —respondí, jugando a dejarme alagar.

—Te traigo regalos.

—Eres bobo perdido.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó sin más, pero no me alteré. De hecho hasta lo había visto venir.

—Pues un batín de seda, un liguero, unas medias y unos zapatos de tacón de veinte centímetros —bromeé.

—¿Vas así al despacho? —siguió él la broma.

—Claro. Bueno. Solo los jueves.

—Hostia, que mañana aún es viernes, claro. ¿Trabajas? —preguntó.

—Hombre, tú qué crees.

—Pues va a ser mejor que pidas el día libre…

—¿Por qué?

—Porque te voy a hacer trasnochar —escribió, plasmando aquella propuesta, y yo visualicé durante una fracción de segundo el motivo del "trasnoche", y me alteré mínimanente, y después sentí un pequeño estremecimiento, positivo, casi incluso feliz, pues aún, a pesar de dos años de novios y otros tres de casados, seguía sintiendo aquellos pequeños impactos cada vez que él los depositaba con astucia; quizás reforzado, o seguramente acrecentado, por todo lo que había nacido a partir de la novela.

—No. No. No se trasnocha. El *finde,* lo que quieras —respondí sin saber bien qué quería yo.

—A ver, en serio ¿qué llevas puesto? —preguntó.

—Pues nada en especial, una traje gris de chaqueta y falda y una camisa rosa.

—¿Y zapatos?

—Pues de tacón, normales —contesté, y me quedé un rato pendiente de la pantalla, pues él, al parecer, escribía y escribía. Hasta que después, y por fin, su texto entró en mi teléfono:

—"Unos tacones altos y finos que resaltan su figura y le dan una presencia imponente. El sonido de los tacones que chocan contra el suelo es como una música sofisticada, que acompaña su camino con un ritmo elegante y armónico".

—Jaja, qué literario todo. No te las des de escritor conmigo… —respondí.

—Era solo autoparodia.

—Pues autoparodiado has quedado.

—Bueno. Esta noche no se trasnocha entonces, como mucho besos —respondió, volviendo al tema anterior.

—¡Como mucho! Y a la una estamos durmiendo —tecleé, haciéndome la impasible.

—¡Sin duda! —tecleó irónico, siguiéndome la broma, y la conversación escrita continuaba, saltando él de cariñoso a sexual, y viceversa, como hacía tantas veces.

—¿Pero no habíamos hablado de lo del segundo acto de la novela para esta noche? —preguntó después.

—No sé… Quizás sea mucha logística para un jueves —respondí dubitativa.

—Lo que usted quiera, entonces —tecleó, y se desconectó, dejando de estar en línea, dejándome ligeramente pendiente.

Y es que cada vez que sobrevolaba la idea de representar la novela tenía una sensación extraña, incompleta. Una mezcla de liviandad y a la vez de culpa. Pues no era yo, no éramos nosotros, pero a la vez lo éramos más que nunca.

Me respaldé sobre mi silla de despacho, miré a la nada y recordé la voz de Sebastián, varonil, aunque a la vez limpia, con una dicción clara, y lo recordé dando órdenes… y yo… siendo Blanca, una chica rubia, guapa, inocente y delicada, de dieciocho años… con mi novio: Julián.

Recordé y casi sentí lo que sentía cuando escuchaba de su voz aquel nombre: Blanca.

“Blanca, ponte de rodillas, delante de Julián”.

Aquello me excitaba de una manera absolutamente desconocida, que no sabía ni que ni existiera. De hecho, eran dos momentos: había uno antes, cuando me ponía aquel uniforme del colegio que él había comprado. Sentir la camisa blanca en mis pechos ya era el preludio de la locura, y ya me excitaba y disparaba mis pulsaciones hasta dejarme casi sin aliento. Y esperarlo. Esperar las órdenes de Sebastián, grabadas. Y entregar mi cuerpo de colegiala a él, convertido en mi novio, en mi apasionado, carismático y problemático novio: Julián.

“Blanca. Ábrete de la camisa y acaricia la polla de Julián con tus pechos”.

Recordé aquella frase, partiendo del altavoz, con la voz de mi marido, frente a mi marido, que representaba a Julián, y una gota brotó, ansiosa, cálida, insolente, de mi sexo… y humedeció mis bragas… como tantas otras tardes. Allí, mientras los últimos rayos de sol entraban horizontales y cansados por la ventana, en la soledad de mi despacho, que llevaba meses guardando el secreto de mi excitación culpable.

CAPÍTULO 4

DIEGO

19:44

—Esto está muy bien, Diego —decía Montse, sentada de nuevo frente a mí, leyendo mi redacción en inglés de “más de cuatrocientas palabras, menos de quinientas, de temática libre”.

—Mmm-Mm —repetía, en un gemidito, mientras leía, y asentía con la cabeza, como afirmando cada letra, de forma ridícula.

—¿Ves? Cuando quieres lo haces bien. No sé por qué después… te comportas como te comportas —susurró, y yo suspiré, molesto, casi enrabietado. Harto de que todo el mundo se creyese con derecho a juzgarme. “¿Comportarme? Opina lo que quieras de mí, pero no me lo digas”, pensé. “¿Acaso yo te digo lo que opino de ti? ¿O de Aitana? ¿O de… ? En fin. ¿Con qué derecho me juzgas?”.

—Mmm-Mm —volvía a emitir su gemidito, mirando ya hacia la parte de abajo de la página, agarrándola con tres dedos, a punto de darle la vuelta.

—Esto está muy bien, Diego. Tienes mucho vocabulario. Si vas mal es porque te da la gana —dijo, y le dio la vuelta a la hoja, y comenzó a leer, desde arriba, y colocaba los dos folios con cuidado, y en mi cabeza rebotó un: “No repetí curso por inglés, puta petarda. Y no me juzgues… corrígeme la puta redacción y déjame marcharme de una vez… pero no me juzgues…”.

—Mmm-Mm —gimoteó otra vez en su ronroneo ridículo, cosa que me enervó aún más.

¿Acaso yo te juzgo? ¿Acaso yo te digo lo que pienso de ti? Si supieras lo que pienso de ti… Ojalá decírtelo. Ojalá decirte que eres una payasa, que cuando te cruzas con el jefe de estudios saludas como una mojigata, con una reverencia lamentable. Ojalá decirte que te crees que estás buena, y que lo estás, pero que igual no tanto como crees. Ojalá decirte que estoy casi seguro de que te desabrochaste un botón de tu camisa, antes, mientras hablabas por teléfono, porque estoy casi seguro de que antes no te podía ver la mitad de las tetas como te las estoy viendo ahora. Ojalá decirte que, en el preciso momento en el que empezaste a leer, abrí la cremallera de mi pantalón, y mi cosita, con una facilidad que me sorprendió a mí mismo, salió por la apertura con una precisión pasmosa, y que ahora, mientras lees, mientras te miro el cuello, mientras te miro los labios, mientras te miro las tetas, mientras asientes y gimoteas “Mmm-mm”, siento la brisa del aire que entra por la ventana en la punta de mi polla. Eso, sobre todo eso; ojalá decirte que tengo la mitad de mi polla fuera del pantalón, bajo la mesa en la que te apoyas, mientras sigues con tus gemiditos… Y que no te das cuenta… de nada… porque eres tonta perdida. Ojalá decirte que me pareces una profesora pésima, que no aprendemos una mierda contigo, y que enseñar, lo que se dice enseñar, me estás enseñando las tetas ahora, pero de inglés poco o absolutamente nada.

Montse comenzó a subrayar una frase con bolígrafo negro, como negro era el sujetador que yo, aunque solo fuera un milímetro, llegaba a ver.

—No mezcles los tiempos. Si pasado, pasado. Si presente, presente —dijo, con su voz de pito, mientras por mi pantalón y calzoncillo asomaba algo de idéntico nombre, y que no me tocaba pues eso sería forzar quizás demasiado, y porque la gracia no estaba en tocarme, sino en saber que aquello estaba así.

Yo, sentado, escurrido hacia adelante, para tener mucho cuerpo bajo la mesa, con las dos manos entrelazadas sobre mi vientre, con aquello fuera, sintiendo las pequeñas rachas de aire fresco como consecuencia de aquella ventana parcialmente abierta, no quitaba ojo de aquel botón desabrochado, y de aquel canalillo obsceno, y me preguntaba si era absolutamente imposible que ella no sospechara.

Y entonces otra vez toda su melena rizada a un lado de su cuello. Cuello, escote, sujetador negro melena voluminosa, rostro arriba y abajo, gemidito, y después boca entreabierta, y labios carnosos, y yo con la polla asomando, parcialmente libre bajo la mesa.

Y no sentía en absoluto la necesidad de tocarme, pues el placer no era físico, sino un placer relacionado con el dominio, con el dominio de la situación en aquella aula infame. Y entonces pensé en él, en el puto Sebastopolo, y no estuve cerca de perdonarlo, en absoluto, pero quizás sí de comprenderlo; pudiera ser que lo suyo con mi novia, Aitana, y conmigo, no hubiera estado tan relacionado con el placer físico, sino con un reconforte, un placer, por dirigir, por dominar, por decidir. Eso sí, si lo tuviera delante en aquel momento, no dudaría en decirle, otra vez, que me parecía un imbécil.

—Diego. ¿Y este final? —preguntó Montse, seria, al leer las últimas frases de mi redacción, y yo sonreí por dentro.

—¿Final? No entiendo… —susurré fingiendo sorpresa.

Ella alzó la mirada. Y me miró desafiante. O lo intentó. Y negó con la cabeza. Como mostrando decepción, pero no había nada que decepcionar.

—Es una redacción normal. Chico conoce a chica y van al parque —aclaré, sintiendo un infantil regocijo.

Bajó entonces los ojos al papel y dijo:

—Sí, hasta que escribes al final que ella era su profesora y… —dijo rebuscando una frase concreta— … “she was also uncomfortable with the idea of being seen as a femme fatale or a person of power” —susurró con una pronunciación impecable.

—Sí, que ella, la profesora… se sentía incómoda por… ser vista como una mujer fatal o una persona de poder.

—Diego…

—Qué —le interrumpí—. Es solo una puta redacción, no te estoy tirando la puta caña.

Ella se quedó callada. Sabía que no estaba acostumbrada a que un alumno la acorralase así. Cómo lo iba a estar, si todos mis compañeros de clase, de aquel curso y del pasado, eran todos unos putos niños de mamá. Y la escudriñé, y sentí entonces que por un lado estaba bloqueada, y

que por otro ardía por dentro. Y me miró. Y sí, lo hizo. Y yo me alegré, pues me demostraba que lo sabía, que lo había sabido, no lo de mi polla, aquello era imposible de saber, pero sí lo suyo… pues se cerró un poco el escote con la mano. Y en mi mente resonó un "me querías calentar y has salido mal parada…", y ella resopló, sin tener seguramente ni idea de qué hacer conmigo.

—No te extrañe que le vaya al jefe de estudios con esto —dijo seria, pero con la voz menos intimidante del puto planeta.

—¿Y qué le vas a decir? Si ahí no dice nada.

—Primero no me hables así. Que soy tu profesora… Y segundo que ya veré yo lo que hago. Tú tienes los humos muy subidos, eh —amagó con abroncarme, pero sabía que no podía, lo sabíamos los dos; no tenía fuerza, no tenía carisma, no tenía maldad. Desde el primer segundo que una profesora entra por la puerta… eso se sabe, se huele, e incluso se paladea. Ella era la autoridad, pero era yo quién abusaba de ella, quién abusaba de su inconsistencia, y no me sentía mal por ello.

Y se puso de pie, y comenzó a apilar ficheros sobre la mesa que nos dividía, y que me cubría, haciendo ruido, haciendo temblar las patas, como temblaban las manos de un cuerpo nada acostumbrado al conflicto; y se recolocó el pelo tras la oreja, y sus mejillas se encendían, y entonces se inclinó hacia adelante, hacia mí, para alcanzar una carpeta que colocó encima de otra, y en ese movimiento vi más escote que nunca, vi más sujetador que nunca; pues instantes atrás había ocultado ligeramente su escote con la mano, pero el botón no lo había tocado, por lo que pude deleitarme unos segundos con la imagen de sus pechos medianos, tersos, bailando un poco… mientras yo seguía con aquella punta de mi polla fuera, testando el aire.

—Ojalá te centrases. Qué manía tenéis con buscaros problemas —refunfuñó, y yo disfrutaba de ver aquel ajetreo, aquella energía, aquella ira frente a mi pasividad.

Y se marchó, agarrada a su carpeta y a dos ficheros, y yo tardé unos instantes en guardarme la polla, que descubrí más dura y grande de lo que esperaba, y entonces pensé: "Así que esto es lo que se siente cuando uno manda… eh… Sebastián…".

Y después cogí mi teléfono de la mochila, y mientras recordaba aquellas tetas bamboleantes frente a mi cara, le escribí a Aitana:

—¿Qué haces esta noche? Tengo ganas de follar.

CAPÍTULO 5

ALEJANDRA

20:21

Conducía siguiendo el coche de Oliver. El anochecer era sorprendentemente cálido y el aire que entraba por mi ventanilla tenía un regusto nostálgico, de veranos pasados, a pesar de que apenas había comenzado la primavera, y a pesar de no ser yo demasiado tendente a caer en trampas melancólicas.

Nos alejábamos bastante del corazón de la ciudad, y también de mi propio barrio, lugar al que quizás debería estar yendo, pero al menos íbamos, más o menos, en dirección a la zona del aeropuerto, que al fin y al cabo era el propósito final.

Varias veces tuve la tentación de girar en cualquier intersección, y así dejar de ver aquella parte trasera de aquel coche azul que conducía Oliver, pero en su favor había jugado que todo lo desagradable que me había parecido fugazmente, con aquel par de comentarios en presencia de Marta y de Carlos, había mutado a su vuelta de la reunión con mi compañero, pues se había comportado de manera absolutamente encantadora. Lo había visto más lúcido, más interesante, y, también, aunque el hecho fuera irrelevante, más agraciado. Era curioso como tenía una belleza muy diferente a la de Sebastián: mientras que mi marido era espigado, él era fornido, mientras que mi marido lucía un pelo oscuro y liso, con la raya a un lado y cubriendo su frente, él despejaba todo su rostro sin pudor, y su pelo era casi completamente blanco. Mientras mi marido arriesgaba en sus vestimentas, Oliver llevaba una camiseta negra, un fino pantalón gris de vestir y unos zapatos clásicos, quizás demasiado.

Detenida ante un semáforo, siempre bien adherida a aquel coche azul, con el perfil de mi rostro iluminado por la luz solar que se colaba entre los edificios de una calle perpendicular, me daba cuenta de que no sabía a qué se dedicaba; si Helena o Sebastián me lo habían dicho alguna vez yo no lo recordaba.

Fue entonces cuando mi teléfono, posado sobre el asiento del acompañante, se iluminó. Lo recogí antes de que el semáforo cambiase de color y pude ver que Sebastián me acababa de preguntar qué estaba haciendo. Tecleé respondiendo que yendo hacia casa, lo cual era evidentemente mentira, y aquello no me hacía sentir cómoda, pero si le decía lo de Oliver él se lo diría a Helena y en unos minutos sabría que lo iría a recoger. Era consciente de que no le daría la sorpresa más memorable, pero sí me hacía cierta gracia sorprenderle.

A los pocos minutos discurríamos por zonas arboladas, casas bajas y avenidas amplias. No es que fueran llamativos chalets, pero se notaba un cierto acomodamiento. Los decibelios habían descendido; ante cada detención se podía escuchar el cantar de bandadas de pájaros, imposibles

de identificar para una hija del asfalto; y oírlos me hacían sentir cierta relajación.

El coche de Oliver terminó por detenerse en mitad de una recta, y él extendió la mano por la ventanilla, como indicándome la zona en la que debía estacionarlo. Cumplí su sugerencia y él aparcó unos pocos metros más adelante. Vi a mi izquierda varias casas blancas, de apenas dos plantas, con jardines en todo el frente y árboles por todas partes. A la derecha construcciones cas idénticas, como si todo fuera un juego de espejos.

Antes de que me bajara del coche vi cómo él salía del suyo y se dirigía decidido hacia mí. Me volví a fijar en su caminar: era peculiar, quizás demasiado amanerado, sobre todo en contraste con sus rasgos masculinos: mandíbula prominente, cabeza cuadrada e imponente anchura de hombros.

—Lo puedes dejar aquí, es buena zona, no te preocupes. Yo ya ni lo meto dentro —dijo y dio un pequeño golpe en la puerta de mi coche, y tanto su frase como su "toquecito" me resultaron desagradables. Concluí que aquel hombre saltaba de encantador a mequetrefe a más velocidad de la que yo podía digerir.

Caminé junto a él. Unos diez metros de jardín y abrió la puerta de la entrada. Yo estaba incómoda, como si su último comportamiento marcase mi estado de ánimo: si era agradable le veía toda la lógica y el sentido a estar allí, si su última actuación había sido obra del Oliver botarate me preguntaba qué narices pintaba yo cenando con él.

Sin vestíbulo, sin anestesia, se entraba a una casa en la que me sorprendieron los techos altos y el caos medido. Olía un poco a humedad, pero la estancia era agradable, con un amplio salón, con estanterías repletas de libros, dos sofás y un pequeño televisor, y más allá una barra americana que dividía aquella planta baja, dando paso a la cocina; y detrás un ventanal, por el que asomaban al fondo varios árboles, ligeramente iluminados por lo que quedaba de atardecer. A la izquierda unas escaleras de caracol, de madera, como el suelo, como casi todos los muebles, que creaba un ambiente acogedor y a la vez me recordaba a las series de televisión. Fue curioso, perc tras pensarlo me sonreí, pues efectivamente parecía todo un decorado.

Dejé mi bolso sobre uno de los sofás y fuimos hacia la cocina. Oliver sacó inmediatamente dos cervezas de la nevera y me sirvió una. Yo hice uso de uno de los taburetes que custodiaban la barra, dándole la espalda al salón, y observaba cómo él abría y cerraba alacenas, y no me decía nada, y yo pensé que quizás debería alabar su casa por mera educación, pero nunca han sido mi fuerte las frases de rigor.

También me sorprendía que él no me dijera apenas nada, como si estuviera cómodo conmigo, en silencio, cosa que a mí no me sucedía en absoluto.

—Bajo un segundo a la despensa. Me da igual que no tengas hambre. Cenamos ya —dijo risueño, haciéndose gracia a sí mismo, y se fue hacia la escalera, colándose tras ella por una puerta que daría paso a otras escaleras, descendentes, y yo di un trago a mi cerveza y miré mi reloj.

Me bajé del taburete, agradecí haber dejado la chaqueta en el coche, pues hacía calor, me arremangué la camisa, y miré a mi alrededor. Poco a poco, como un cachorrillo que va atreviéndose a explorar su nuevo hogar, me iba alejando de mi asiento y revisaba un estante, una foto, o un libro. Pululaba por el salón y mis zapatos de tacón, sobre la madera, hacían más ruido del que yo quisiera, quizás anunciándole a Oliver, al que suponía justo debajo, cada uno de mis desplazamientos.

Con mi botellín en una mano, a veces me cruzaba de brazos, inquieta y furtiva, si bien en esencia era un cotilleo inocente. Un sofá verde y otro amarillo, como si fueran retales, pero ambos lucían flamantes; la lámpara que coronaba el salón era antigua, pero a la vez moderna. Había en todo una mezcla entre cuidado y desinterés.

Rodeé entonces la mesita de centro para acercarme a dos cuadros, que eran realmente láminas, que adornaban la pared, y me quedé un instante observando sus formas obtusas y sus colores llamativos. Después me volteé y vi varios libros apilados sobre la mesa de café, tres concretamente. El libro del medio era la novela de Sebastián.

CAPÍTULO 6

DIEGO

20:16

Sentado sobre el escalón de un portal, frente al colegio, sentía dos tipos de calentamientos: el derivado del culo y el escote de mi profesora Montse, y el derivado del pasotismo y desplante de mi novia Aitana.

—Serás cazurra… Responde de una vez —murmuraba, en un insulto muy nuestro, como lo eran tantos otros.

Revisé mi teléfono. Aquella última propuesta tenía que ser contestada y resuelta. Me rascaba la cara y me dolía el culo. Estaba ansioso. Y tuve que sucumbir. No quería, pero insistí. Tecleé:

—Aitana. Princesa. ¿Por qué no me respondes?

Leía mi propio mensaje, adornado con un emoticono que representaba a dicha princesa, en evidente tono de burla, mientras me sentía aliviado, o más bien complacido, porque la pantalla me anunciaba que ella por fin me estaba escribiendo.

—Porque siempre estás con lo mismo. Y además tenemos examen —leí finalmente.

—¿Examen? ¿Examen de qué? —pregunté, tecleando velozmente, si bien aquello no me había sobresaltado lo más mínimo.

—No, si serás capaz de no haberte enterado… —me respondió colocando además un emoticono de una chica tapándose la cara.

—Espera. Te voy a llamar. Pero cógeme el teléfono, no seas tarambana —escribí y la busqué en el registro de llamadas. Un tono. Dos tonos… No tenía mucha confianza en que descolgara. Aitana podía pasarse horas escribiéndose por mensaje, y cuando digo horas digo muchas horas, pero no le gustaba hablar por teléfono. Afortunadamente al quinto o sexto tono respondió en un susurro:

—Qué pesadito eres, Diego…

—¿Dónde estás? —pregunté y me puse en pie, colgando mi mochila al hombro.

—¿Pues dónde voy a estar? En el bus.

—¿En el bus adónde?

—¿Pero cómo que adónde? Pues a casa. ¿Adónde voy a ir? Me voy a casa a estudiar.

—Te pude haber llevado yo —dije y comencé a caminar erráticamente.

—¿Has traído dos cascos? —preguntó.

—No.

—Pues entonces, Diego.

—Ya… —respondí, y se hizo un silencio, que sabía me perjudicaba.

Hasta que finalmente dije:

—Oye… No veas el show que me acaba de dar Montse.

—¿Montse la de inglés?

—Sí.

—¿Cómo que un show? Qué show va a dar esa —hablaba Aitana, en un tono mucho más tenue que el mío.

—Pues me estuvo enseñando las tetas en el aula de castigo. No le vi el pezón de milagro.

—Venga ya…

—Bueno… Te lo juro. Y eso no fue lo mejor —dije ya visionando su sorpresa al escuchar lo próximo que le iba a decir.

—¿Ah, no…? ¿Qué fue lo mejor? Dime —habló ella, aún un tanto escéptica.

—Pues que… Flipa. Mientras me corregía una redacción absurda que me mandó escribir…

—Qué.

—Pues que yo, en la misma mesa que ella…

—Sí, la única mesa que hay en el aula de castigo, Diego…

—Pues en esa.

—Qué.

—Pues que yo estaba sentado frente a ella… Mientras ella leía… y yo estaba con la polla fuera del pantalón.

—Venga ya.

—Te lo juro, Aitana.

—¡No me jod… robes…! ¿En serio? —exclamó ella, y yo supe que me creía.

—¡Te lo juro!

—Estás fatal. ¿Y no se dio cuenta? —preguntó, y yo, por cómo salía su voz, ya mucho más limpia y potente, sabía que se había incorporado.

—Joder, Aitana, evidentemente que no… Si se llega a dar cuenta no estaría aquí hablando por teléfono, estaría en el despacho de Dirección con mi padre a punto de venir a darme dos hostias.

—Ya… Joder, Diego. Estás muy loco.

—Pero aún hay más.

—¿Más? —exclamó.

—Sí. Más.

—Te hiciste una paja. No me digas más…

—No… ¿Para qué? Ya me la haré.

—¿Entonces qué?

—Pues que… la redacción… era una bobada de chico y chica que se conocen y se encuentran y van por ahí.

—Tienes buen inglés, capullo. Y después suspendes. No sé cómo haces —me interrumpió.

—Suspendo porque paso de estudiarme una lista de cien phrasal verbs, Aitana. Que no soy un puto loro. Eso que se lo empolle su puta madre. En fin…

—Vale. Qué.

—Pues que la redacción, al final, le decía algo así como que… como que desvelaba que la chica era profesora del chico y al chico eso le despertaba… vamos como que le acabé diciendo, bueno, escribiendo, que el chico al final había reunido el valor para decirle que se sentía atraído por ella por su poder y confianza… no sé… vamos… y que la profesora se había sentido agradecida, pero también incómoda porque él la viera como una mujer fatal o algo así…

—Tú sí que estás fatal. ¿En serio escribiste eso?

—Sí.

—Y ella flipó, claro.

—Se puso loca —reí.

—No me extraña. Soy yo y te doy un mecazo en toda la cara.

—Ya…

—Madre mía, Diego…

—Qué.

—Nada… Y todo eso… O sea. ¿Tú con… “eso” fuera mientras ella lee tu redacción? ¿Y después? ¿Se puso loca y qué?

—Me dijo que si el jefe de estudios. Que si no sé qué. Nada. Ya sabes… Montse… Todo lo

buena que está… y después…

—Te encanta la vieja esa… —susurró.

—¿Vieja? No me hables de viejos… Que Montse igual es como diez años más joven que Seba…

—No vuelvas al tema, Diego, por favor —me interrumpió, y después se hizo un silencio, que no era tan inocente, sino bastante incómodo, y me arrepentí de haberlo estropeado, así que pregunté enseguida y sin pensar:

—Bueno, ¿pues qué hacemos ahora entonces?

—¿Ahora? ¿Hoy? ¿Cómo que qué hacemos? Ya te lo dije. Estoy llegando a casa y me voy a poner a estudiar.

—¿No decías que no estaba tu madre?

—No, no está. Bueno, llega como a las doce, creo. ¿Y eso qué tiene que ver? Tranquilo que la casa no va a estar vacía.

—Ah, ya, que estará tu… neopadrastro, —pronuncié, siempre satisfecho con aquel mote que le había puesto—. ¿Pero no llevaban unos meses medio separados? Qué tonto es ese tío.

—Ya ves. Pues no. Últimamente están como si tal cosa. Y más que neopadrastro es neomarido de mi madre. Ni padre, ni padrastro ni nada. A mí no me es nada.

—No te es nada, pero seguro que te huele las bragas —dije rápidamente.

—Vete a la mierda.

—¿Qué? ¿Lo descartas completamente?

—Que te vayas a la mierdaaaa —dijo, alargando la palabra, pero yo sabía que no estaba enfadada.

—Venga, Aitana. Voy para allá —quise zanjar, alzando mi mirada hasta localizar mi moto.

—Que no, Diego. Que no seas pesado. Que voy a estudiar. A ver si estudio de… nueve a doce. Y tú deberías hacer lo mismo. Como repitas curso otra vez de esa sí que la lías.

—Nah, qué va. Está todo controlado. A mí lengua se me da bien.

—El examen es de filosofía, Diego.

—Bueno, parecido.

—Sí… parecido, sí… —susurró Aitana.

Y sentía cada frase suya cómo un regocijo que me envolvía, y es que ella había tenido la oportunidad de colgarme varias veces, lo cual seguramente yo había merecido, pero no lo había hecho. Y sentía un amor cada vez más y más grande por ella. “Siempre subiendo”, le decía. Era, sin duda, lo más importante de mi vida, y tenía la sensación, la certeza, de que así lo sería siempre.

—Salgo para allá. Llego enseguida —dije, y colgué al tiempo que escuchaba de su voz tan dulce que a veces me paralizaba:

—¡Que no vengas, tarambana! ¡Que no te abro la puerta!

CAPÍTULO 7

ALEJANDRA

20:42

Sentí un impulso. Era magnético. Quizás porque lo sentía casi como si fuera mío. Lo cogí. Miré el exterior del libro: negro, opresivo, consistente. No hacía muchas semanas que había salido su venta al público. Lo había leído muchas veces, aunque quizás ninguna de ellas de manera continuada, y seguro, a pesar de tener varios ejemplares en casa, ninguna de aquella manera: en papel. Casi siempre de forma desordenada, y por fragmentos, en el ordenador, incluso en el teléfono móvil. Había leído borradores, había leído incluso caminos que Sebastián finalmente había desechado. Me había entusiasmado con sus personajes, y también excitado releyendo una y otra vez las escenas sexuales que contenía. Y también, y aquello me perturbaba de una manera que mezclaba vergüenza y culpa, lo había representado y lo seguía representando.

Posé la cerveza sobre la mesa de centro y sujeté la novela con las dos manos. Me fijé más detenidamente en la portada: una chica rubia, de espaldas, muy de cerca, vestida con una camisa blanca. Al fondo de la imagen había oscuridad y una puerta parcialmente abierta. El entorno que se mostraba, desde la chica hasta dicha puerta, era frío, como un desván vacío, como una

estancia olvidada. Y yo nunca le había encontrado el sentido, pues a pesar de que la chica encajaba con la descripción de la protagonista, en la novela jamás se describía un cuarto o un espacio así. La portada nunca me había gustado.

Lo abrí. Olí las páginas, como hacía siempre. El libro estaba usado, pero no demasiado. Y pensé enseguida que no me parecía una novela para estar tan a la vista. Al fin y al cabo era bastante… incluso, muy caliente; casi, o sin casi, pornográfico. Tanto que al parecer no solo Sebastián, sino Helena, habían tenido que pelear con la editorial para no eliminar, o cómo mínimo suavizar, según qué escenas. Me imaginé a un invitado en aquella casa, que no fuera yo, y que lo ojease, y me parecía que dicha persona se podría llegar a sentir violenta. Pensé también en la hija de Helena, la que supuestamente estaría en la casa y creí que quizás estaría en la planta de arriba, y no sabía cuántos años tendría, pero seguramente no los suficientes como para tener aquella novela tan tremendamente tórrida al lado del mando a distancia.

Para "A", leí en una de las primeras páginas. Una página entera para aquellas cinco letras. La dedicatoria que Sebastián me había brindado, y que tampoco me había gustado. Más de una y más de dos veces habíamos… no discutido, pero yo le había dicho que no entendía por qué no había escrito mi nombre completo; y él me había dicho que usando sólo la inicial era más artístico, más literario, incluso más íntimo, pero yo nunca había acabado verlo como él lo veía.

Escuché entonces las pisadas de Oliver, subiendo los escalones por los que había descendido unos instantes atrás, y fue absurdo, pero me sobresalté, quizás sintiéndome comprometida, como si estuviera haciendo algo malo, quizás por haber estado curioseando, quizás por ser el libro de Sebastián… o quizás por el contenido de la propia novela.

—En esta casa hay libros tirados por todas partes —dijo él, ya arriba, yendo hacia la parte de la cocina, portando una bolsa de plástico, y después de haberme mirado de soslayo. Y yo di por hecho que no se había percatado de que el libro que tenía en mis manos era el que era.

—Ya veo, ya… —susurré, y resoplé, pero no solté la novela.

—No te he preguntado qué quieres cenar porque sé que te va a gustar —dijo, y posó la bolsa sobre la encimera, y comenzó a sacar algunos botes y algún paquete, en silencio, y a mí me seguía sorprendiendo que no tuviera la necesidad de cubrir aquellos silencios, pues yo sí la tenía.

—A ver si fallas… y al final no me va a gustar… —dije por decir algo.

—Te gustará —zanjó categórico.

Y se dio la vuelta y buscó algo en la alacena que había encima de la nevera, a la que llegaba con solvencia, y yo volví a abrir la novela, por una página aleatoria, y leí:

"Aquella tarde de mayo, aquella tarde que tan minuciosamente había preparado, Blanca rehusó presentarse, y desde que la había elegido había sabido que aquel día llegaría, pero no estaba preparado. Me resistía a aceptar mi derrota, pero era evidente que Julián había ganado".

Un sonido me sobresaltó entonces. Solo había estado leyendo apenas quince segundos pero me había teletransportado a aquel mundo, al mundo de aquel libro. El ruido que me había alertado provenía de la puerta de la casa, alguien había entrado, era una chica, sin duda la hija de Helena, la cual me miró, de golpe, casi a bocajarro como consecuencia de aquella ausencia de vestíbulo.

—Uy. O*strás*… ¿Y tú quién eres? —preguntó la chica.

No contesté. Me quedé inmóvil. Como expuesta. Había algo en ella que me había afectado.

—Bueno, no respondas, me da igual —dijo inmediatamente, y pasó por delante de mí, cruzando el salón, y yo intentaba asimilar el impacto visual de aquel rostro tan joven, tan liso, y aquel pelo tan rubio, y su vestimenta: chaqueta, camisa, falda; aquel uniforme de colegio que quizás ya no fuera del todo apto para un cuerpo que, sin ser en absoluto voluminoso, estaba total y completamente desarrollado.

—No seas maleducada —le dijo Oliver.

—Qué. ¿Por qué? —dijo la chica, que ya se encaminaba hacia las escaleras—. Me subo, que tengo examen —farfulló después, siempre sin detenerse.

—¿No cenas? —preguntó Oliver, que la miraba de reojo, nunca directamente, mientras sacaba algo de un bote con una cuchara y lo echaba en un plato.

—Ya veré. ¿Vas a ir a recoger a Helena al aeropuerto?

—Sí, claro… Y ya estás otra vez… No sé qué manía te ha dado. Llámala “mamá”…

—Delante de ti, no —le interrumpió, pues él parecía que le iba a decir algo más, y subió escaleras arriba, dejándome la impronta final de sus calcetines, subidos hasta cubrir por completo sus pantorrillas, y sus mocasines oscuros.

—No le hagas caso… —dijo entonces Oliver, para mí, mientras sacaba otro bote de su bolsa.

Y yo me quedé pensativa. Era evidente que no la conocía, pero sentía algo extraño. Había algo en ella que me resultaba tremendamente familiar.

Dejé entonces el libro sobre la mesa, cogí la cerveza, y comencé a caminar hacia la zona de la cocina.

—Aitana, se llama. Antes era… un cielo de chica. Se lo he dicho varias veces a Helena. Yo creo que algo sucedió el año pasado. No sé… —dijo Oliver arrugando con estruendo una bolsa de

plástico ya vacía.

CAPÍTULO 8

DIEGO

20:35

Le tuve que ceder el paso. Qué remedio. Me saltaría todos los pasos de peatones, cedas, stops y semáforos… pero no me queda otra. Casi todo lo que hago lo hago porque no me queda otra… En fin. Y cruzó despacio. El muy cabrón cruzó despacio. Gustándose. No era nadie. No lo conocía. Pero odiaba a ese tipo de gente: carrozas, cuarentones, viejos… Están en todas partes. Dominan el mundo. Yo creo que antes no era así. Mi padre también tiene cuarenta y pico, pero no es así. No es un moderno, ni un *enrrollao.*.. ni se deja barbita, ni lleva zapatillas de deporte "para ir a la ofi…" ni pretende ser lo que no es. Están en todas partes. En los anuncios: calentando pizzas de mierda en el horno, como si aún fueran universitarios… y con su motito, siempre mejor que la mía, disfrazados de jóvenes. Sí, en todos los anuncios tengo que ver a esos viejos llevando la vida que se lleva con veinticinco años, no con cuarenta. No lo niego, todo se despertó, o cómo mínimo se acentuó, con la aparición en mi vida del puto Sebastopolo: sus pantalones empitillados, ajustados; veces con bigotito de moderno… Es que lo mataría.

Y a partir de ahí fui arrastrando el odio a cualquiera que pasara de treinta y que no se comportara como tal, véase, en menor medida, el cara bobo de Oliver, el neopadrastro de Aitana. Qué elemento más pardillo. Y yo creo que es marica. Mueve las manos al hablar que parece que se le está cayendo la pluma y está buscando dónde ha ido a parar. Pierde más aceite que mi moto el mes pasado. Que dice Aitana que de marica nada, que tuvo el drama de escuchar a su madre… en fin… una vez, que pensaban que no estaba en casa. De hecho se enfada cuando digo eso de él Creo que solo lo defiende cuando digo eso. En fin.

Arranqué la moto, no sin antes depositar mi mirada de odio sobre aquel cuarentón cortado por el mismo patrón que Sebastopolo… De verdad que le partiría la cara. Y, mientras conducía por la ciudad, comencé a pensar en él:

No recordaba la primera vez que lo había visto, pero sí recordaba que en el invierno anterior,

unos catorce o quince meses atrás, cada vez lo veía más por la casa de Aitana. No pasaba nada, era normal, trabajaba con su madre o yo sé qué… pero a las pocas semanas fue cuando me vino Aitana con que el Sebastopolo le había soltado aquella gilipollez de que quería pasar tiempo con ella para estudiar sus gestos, y su forma de expresarse… Y Aitana me había dicho, yo creo que mentido, que no le había hecho caso… Cuando, una tarde, pasó lo que pasó…

Recuerdo perfectamente que era un viernes, quizás principios de marzo, desde luego ya no hacía frío. Y Aitana y yo estábamos… disfrutando… en el sofá del salón de su casa. Yo diría que había empezado ella, pero no estoy seguro. Como su madre no estaba en casa y el bobalicón de Oliver tampoco, estábamos… degustando… una botella de vino de las que tenía guardadas el padre de Aitana; botellas que ni se usan, ni nadie se entera si las bebemos nosotros, al menos eso creo. El caso es que Aitana estaba muy caliente. Lo mismo me para los pies al primer beso que se enciende como una cerilla con que le toque un poco el pelo. Yo no la leo, la verdad. Pero así es. Y en esas estábamos, con la Aitana turbo… Pero claro, no podía tener tanta suerte… vivo en una permanente desdicha… no quiero exagerar, no constante, pero sí puntual, pero que acaba jodiéndome vivo. El caso es que esa desdicha apareció aquella tarde en forma de Sebastopolo.

El elemento llamó a la puerta. Aitana apartó mis certeras manos, se adecentó un poco, porque yo creo que ya le estaba comiendo las tetas, (la verdad es que ese día nos la estábamos jugando bastante), y fue a abrirle la puerta. ¡Ah, no! Es verdad. Antes de abrirle me dijo que cogiera la botella y las copas y las subiera a su dormitorio.

Recuerdo que ya desde arriba escuché cómo le decía que esperase en el salón, o en el jardín de atrás, que Helena vendría enseguida, y después subió a su habitación, donde yo la esperaba.

No tardamos en volver casi al mismo punto en el que estábamos. Vino y tocamientos. Pero era diferente, era diferente porque estaba el tonto lava abajo. Y yo, por… no sé… por enredar un poco, tampoco lo pensaba en absoluto, le empecé a decir que Sebastopolo estaba bueno… y ella me dijo que dejara de llamarle así… que lo llamara Sebastián, porque un día se me iba a escapar… y la muy cabrona no me negó que el puto viejo estuviera potente.

Después recuerdo que le pregunté si ya habían tenido ese encuentro, acerca de estar un rato juntos para que él… “la estudiase”, y me dijo que no, que yo sabía que no, y que no lo haría… Y no sé si le pregunté algo más, pero si recuerdo que cuando me di cuenta estábamos follando.

Sí, con el puto Sebastopolo en la planta de abajo. Quizás porque estábamos borrachos, o porque sabíamos que no había tiempo que perder, pues su madre estaba al llegar, y además su madre no nos dejaba estar solos arriba, pues no se fiaba… y no le faltaba razón.

Recuerdo que habíamos dejado la puerta entreabierta para así poder oír a su madre llegar. Y recuerdo… yo encima de ella, follándola… y susurrándole que no gimiera… para que no nos oyera Sebastopolo. Y recuerdo… joder, recuerdo nítidamente, cómo ella, debajo de mí, jadeando lentamente, asintió.

Y a partir de ahí no sé qué sucedió. No sé si transcurrieron tres minutos, siete o diez. Recuerdo, porque aquel día lo he repasado muchas veces en mi mente, que ya me había hecho una paja,

seguramente después de comer, así que entre eso y el condón, estaba aguantando bastante bien. Y recuerdo sentirme extraño, mareado, seguramente por el vino. Y recuerdo, sobre todo, la sensación, el pálpito… de… sentirme observado.

Lo sabía. No había escuchado nada. Nada de nada. Pero lo sentía. Había algo en el ambiente, como una respiración secundaria, como si hiciera súbitamente más calor. Y tanto era así que seguí sobre Aitana, sabiendo que no estábamos solos. Y no me sentí ni bien ni mal. Si acaso con una pequeña responsabilidad de follarla bien, de no hacer movimientos poco estéticos, de no encorvarme, de no presentar una estampa… cutre. Era surrealista; ya de aquella despreciaba al puto Sebastopolo, y jamás había tenido sexo mientras alguien miraba, pero ni me enfadé con él, ni sentí realmente vergüenza, ni mayor excitación, sino algo parecido a la querencia de hacérselo a Aitana de manera… correcta, madura; como lo haría un amante experimentado.

Y sucedió. Claro. Y tenía razón. Era obvio que tenía razón. Y, joder, recuerdo su cara… Recuerdo dónde estaba: plantado dentro de la habitación, como un metro o metro y medio dentro del dormitorio. Recuerdo girarme un poco y verlo… y… es difícil de explicar… no podría decir que estaba impasible, pero sí que no nos miraba como un viejo salido. No nos miraba tampoco con sorpresa. Ya desde aquel momento, y aunque solo fuera con la mirada, tuvo la vileza de hacerme creer que no pasaba nada malo, que nada era grave, que todo era natural, que las cosas no son malas de por sí sino porque la gente las etiqueta así.

Y Aitana. Aitana tardó un poco más. Joder, recuerdo primero el momento en el que aún no lo había visto, sino que más bien lo estaba presintiendo. Joder, se lo he dicho mil veces, y ella no me cree, pero lo sentí en su coño. Se contrajo, como un espasmo, aprisionando mi polla, y después giró su rostro hacia la ventana. Yo creo que a ella sí le puso cachonda que él la mirase, abierta de piernas, recibiendo. Aunque me lo negó siempre.

Semanas más tarde me dijo Sebastopolo, porque algo he hablado con ese idiota, aunque poco, que solo había pretendido subir al estudio de Helena. Que poco menos que se había encontrado con el festín por casualidad. Pero yo sé que no fue así. Y lo sé porque el cabrón subió sigilosamente. Si hubiera subido de una manera, digamos, normal, yo lo habría escuchado, y Aitana; y nos habría dado tiempo a taparnos, vestirnos y hasta acabarnos la botella de vino como si tal cosa. Sebastopolo ahí miente, como casi siempre.

Y, volviendo al acto, recuerdo que no me detuve. Y recuerdo que él avanzó. Y entonces Aitana, debajo de mí, rodeándome con sus brazos y piernas, sí que lo miró, y entonces yo escuché cómo él se acercaba. Y escuché. A mi espalda. Lo recordaré mientras viva. Recuerdo que dijo: “Seguid, por favor”.

Lo dijo con voz seria. Nada afectado. Como si de verdad estuviera estudiándonos, como si de verdad estuviera intentando retener en su memoria nuestros movimientos. “Seguid, por favor”, con su voz serena.

Y fue entonces, antes de que pudiéramos decidir si seguíamos, si nos excitábamos, si nos moríamos de vergüenza, o si salía empalmado del cuerpo de Aitana y le metía una hostia a Sebastopolo… cuando escuchamos cómo la madre de Aitana entraba en casa.

Aitana se quedó petrificada. Yo sabía que estábamos en un buen lío, pero él no se alteró lo más mínimo. Simplemente, mientras Aitana y yo seguíamos desnudos y abrazados, nos dijo que él la entretendría, que nos vistiéramos con calma, que él la llevaría al jardín trasero, y que después saliéramos de la casa y volviéramos a entrar, como si nada.

Y así lo hizo. Y así lo hicimos. Nos vestimos, bajamos con sigilo mientras ellos estaban en el jardín de atrás, salimos y entramos otra vez, fingiendo que veníamos de la calle. Y después fuimos hacia ellos, y los saludamos, y nos dio igual que su madre sospechase que estábamos algo borrachos mientras no supiera que habíamos estado follando.

Era evidente que aquella ayuda de Sebastopolo, aquel plan que nos salvó, entrañaba que nosotros no dijéramos que él nos había espiado. Fue el primero de los pactos que no debimos aceptar.

CAPÍTULO 9

ALEJANDRA

20:49

—Te lo diré tres veces —dijo Oliver mientras me acercaba, y yo sentí un impacto, sorprendida de que me hubiera descubierto.

—¿Perdona? —contesté para ganar tiempo, pero había pronunciado el título de la novela de Sebastián, y por tanto era obvio que sí se había dado cuenta de que la había estado ojeando.

—El libro. El de tu marido. El que tenías en la mano.

—Ah, ya… Lo encontré ahí y…

—¿Sabes que no lo he leído? —me interrumpió mientras cortaba un aguacate en láminas sobre aquella especie de barra americana que separaba la cocina del salón.

—¿Y eso?

—Bueno, no es que lea todos los que lleva Helena. Ni mucho menos. Algunos. Pero este además es que ella me pidió que no lo leyera… Me lo hizo jurar, de hecho —dijo y se encogió de hombros.

—Vaya… ¿Y qué motivo te dio?

—Pues… dice que le da vergüenza, que ella lo revisó muchas veces, que tiene partes fuertes y que… no se sentía a gusto… No sé. A mí me parece una tontería, pero dijo que no se sentía bien… Algo así como que es muy… cachondo, y que le iba a resultar incómodo que yo supiera que ella había dedicado horas a leer y revisar cosas tan… directas. Y como a mí me da igual… No sé. ¿Tan fuerte es?

No le quise responder a aquella pregunta. Aunque él no lo hubiera leído no me sentía cómoda sincerándome sobre qué cosas me parecían fuertes, o directas, como lo llamaba él, y cuales no. Quizás no tuviera sentido, pero sentía que sería confesar qué me excitaba y qué no. Busqué una salida, y entonces recordé que me había sorprendido que un libro cómo ese estuviera tirado en el medio del salón.

—¿Y lo ha leído… la hija de Helena? ¿Aitana? —pregunté, y al instante me arrepentí, pues mi pregunta había resultado incluso más turbia que la suya.

Él se quedó callado. Cortaba tomate y mozzarella en rodajas. Y yo pensé también que quizás ya hacía tiempo que debía haberme ofrecido a ayudarle con la cena.

—No sé, como está ahí… tan a la vista —insistí en una huida hacia adelante; lo que fuera con tal de acabar con el silencio.

—¿Que si lo ha leído Aitana? —dijo por fin—. Qué va. Si ella no lee nada. No lee ni los libros que le mandan en el colegio. Así le va. Se lo habrá dejado olvidado Helena, aunque es verdad que me extraña que esté ahí. Lo vi ya a mediodía y es de los que creía haber visto en su estudio.

—Quizás tiene varios ejemplares.

—No creo. Siempre se queda solo con uno. No sé. En fin… —miró su reloj—. ¿Hambre?

—¿Perdona?

—Hambre. ¿Que si tienes hambre?

—¡Ah! Sí. No sé. ¿Te ayudo? —pregunté, y él desechó mi oferta con educación. Miró mi botellín de cerveza y se rió al ver que ya lo había terminado, y me dijo que cogiera otro, haciéndome sentir de repente bastante cómoda. Parecía tener ese don, el de violentarme y aliviarme, el de hacer que alternase mi opinión sobre él y mis estados de ánimo en apenas segundos.

Después me explicó lo que íbamos a cenar, y me habló de piñones tostados, aceite de albahaca y alcaparras. Yo le dejaba hacer y él me miraba de vez en cuando. A veces fijamente, pero no me importunaba. Y hablamos un poco de nuestras vidas, al menos de nuestras vidas recientes, y por momentos pude advertir un cierto flirteo, sutil, pero inequívoco. Hasta que dio un pequeño paso más, piropeando mis ojos tras un pequeño silencio, pero de nuevo no me incomodó. Y yo recordé entonces a Sebastián, y pensé en dejarme llevar, en permitirle aquel juego inocente, para quién sabe si utilizarlo algún día con mi marido. Y es que aquella noche, a pesar de que por teléfono me había hecho la dura con Sebastián, era evidente que yo sería Blanca, la colegiala de la novela, y Sebastián sería Julián, su novio impetuoso e irreflexivo; eso era innegociable, lo necesitaba yo y todo parecía indicar que lo necesitaba él, pero pensé que aquel coqueteo con Oliver, inocente y que no iba a ninguna parte, pudiera dar pie alguna noche a que yo provocase a Sebastián. Y es que mi marido tenía unos celos extraños, contenidos, pero morbosos; sabía que s yo le contaba que Oliver había tonteado conmigo él se molestaría… un poco… pero el resto de sentimientos serían sexuales. Ya nos había sucedido alguna vez, alguna noche. No era un juego siquiera recurrente… nunca lo había planteado de forma previamente planificada, y pensé que eso podría cambiar.

Me pidió entonces que le diera otra cerveza, así que yo abrí la nevera, cogí una, y después miré alrededor, en busca de un abridor, y no solo no lo encontré, sino que mis ojos terminaron en su espalda, en su camiseta negra, de manga corta, grande, ancha, y en su pantalón de vestir, y no quise, pero después mi mirada fue a un trasero abultado y prominente. Y pensé que nunca me había sentido atraída, más bien al contrario, por los hombres que poseían aquel atributo, pero a él le sentaba bien, lo hacía diferente, quizás hasta masculino; pues tenía movimientos algo afeminados, pero después él en sí, con aquel trasero, cadera y espaldas anchas, y con aquel pelo cano y cabeza cuadrada, irradiaba masculinidad. No me sentía atraída por él, pero sí reconocía su atractivo, y me volvía a sorprender que estuviera con Helena, una mujer casi en los cincuenta y que no era guapa en absoluto.

—Va a venir Diego a estudiar. ¡Le voy a abrir! —escuché de repente una voz de chica, indudablemente Aitana, que descendía por las escaleras de caracol, y saqué mi mirada del trasero de Oliver, y salí de mis cavilaciones, algo sobresaltada, y me revolví en busca de un dichoso abridor.

—A estudiar… —musitó Oliver, haciendo el papel de padrastro escéptico.

—Pues sí —dijo ella, que ya había terminado de bajar, y me miró durante un instante. De arriba abajo. Y yo la miré a ella. Y sentí de nuevo algo extraño. Pero aún más fuerte. Sentía que ella veía más allá, como que me atravesaba con la mirada. Y yo reparé en aquellos ojos azules… y supe que aquella mirada… me era conocida. Pero no podía ser. Y llegué a pensar si pudiera ser posible que hubiera soñado con ella, a pesar de ser… realmente imposible.

—Estudiáis, pero abajo —dijo Oliver, mientras terminaba de colocar brotes de lechugas en un plato.

—¿Por qué? ¿Qué más te da? —resoplaba Aitana, cruzada de brazos, con aquel uniforme impecable.

—A mí me da igual. Pero ya sabes que tu madre no quiere que subas con él arriba.

—Pff… —refunfuñó la cría, airada—. Pues tú bien que te traes a esta… —dijo Aitana.

—¡Oye…! —me protegió Oliver, en tono muy serio, y mirándola fijamente.

—Qué.

—Nada de qué. No hables así. No es ninguna “esta”. Es la mujer de Sebastián.

Ella no respondió, pero palideció. Primero palideció y después se sonrojó. Hierática. Inerte. Afectada. Sus pupilas se dilataron y después peinó una de sus cejas, dos veces, con dos dedos erráticos. Su impacto producía en mí una especie de sorpresa que me asustaba. Si hubiera exclamado habría parecido menos extraño. Menos contenido. Pude observar como se alteraba… como si hubiera mentado algo… que le afectaba… Y después se colocó el flequillo tras la oreja, mostrando unas mejillas que, tras la blancura inicial, permanecían enrojecidas, y después se dio la vuelta, en dirección a las escaleras, pero de manera precipitada, como si no nos quisiera tener delante, como si no quisiera que viéramos su reacción.

—Venga, si vais a estudiar estudiáis en el salón. Bájate las cosas —dijo Oliver, mientras yo tenía la certeza de que allí pasaba algo. Que tan pronto aquella cría había escuchado el nombre de mi marido algo había sucedido… Pero no tenía ni idea de qué.

Y entonces se pudo escuchar el timbre. Alguien llamaba a la puerta de la casa.

CAPÍTULO 10

DIEGO

20:49

Sentado sobre mi moto aparcada, aún con el casco puesto, miraba hacia la casa de Aitana. Las farolas ya hacía tiempo que se habían encendido, pero aún quedaba algo de luz natural.

Sabía que debía ser astuto. Era evidente que Aitana me dejaría entrar, solo se había estado haciendo la dura, pero yo quería ir más allá, mucho más allá… pues mi calentón, por culpa de la zorrita de Montse, era insoportable.

Tenía dos barreras: primero que de verdad había visto a Aitana muy seria al respecto de estudiar y de dejarnos de cosas íntimas, y segundo: que me había dicho que en casa estaría el retrasado de Oliver. Que yo siempre había tenido la sensación de que a él le daba todo igual, pero le tenía tanto pánico a Helena que cumplía sus órdenes sin rechistar, cómo un esbirro con la cabeza hueca.

—Aitana. Princesa. Estoy fuera —le escribí.

Y ella, casi siempre con el teléfono en la mano, contestó enseguida:

—¿Has traído el libro y los apuntes?

—¡Por supuesto! —contesté, y ella no respondió, y me extrañó, pues esperaba que se riera de mí de lo desastre que soy, y que me propusiera prestarme sus apuntes, o lo que fuera, cuando lo que entró en mi teléfono fue un escueto:

—¿Te puedo llamar?

—Sí, claro —tecleé inmediatamente, sorprendido. Y mientras esperaba su llamada guardaba mi casco en la cajonera de la moto y barruntaba sobre la posible causa de su necesidad de llamarme; y ganaba puntos la opción de que hubiera discutido con Oliver.

—Sí. Dime, Princess… ¿Qué pasa? —dije, en la calle, al lado de mi moto, descolgando el teléfono al instante de escuchar el primer tono.

—Nada. Pues no sé. Una cosa un poco rara —dijo Aitana, entre susurros.

—¿Qué cosa rara?

—Pues que está Oliver aquí… con una chica… como si fuera una cita o algo.

Y yo entonces, tras escucharla, no pude contener la risa:

—¿Me dices que Oliver se ha traído a una fulana? —pregunté exclamando.

—Pues no lo sé…

—Venga, Aitana… No digas tonterías. Será una amiga o algo. Si tu madre viene esta noche y para colmo él sabía que tú ibas a ir a casa después del colegio.

—Ya… No sé —contestó ella, que se quedaba dubitativa.

Tras un silencio, solté sin más:

—¿Pero qué pasa? ¿Está buena?

Y entonces el silencio continuó, y yo dije:

—Está buena… Si no lo estuviera me lo habrías dicho.

—¿Qué más da que esté buena?

—Vamos, que lo está. Eso es un “sí”. Puto Oliver…

—Bueno. No sé. Digamos que es de las que te gustan a ti —dijo Aitana.

—A mí me gustas tú, princesa.

—Ya…

—No. A ver. ¿Cómo es eso de las que me gustan a mí?

—Pues… No sé. Es en plan así… En plan Montse.

—Uy, uy… No me digas eso… que echo la puerta abajo.

—Tranquilo, empotrador…

—No, no, en serio. Déjame entrar ya. Que así la veo. ¿Sigue ahí, no? Que bastante caliente vengo de Montse como para encontrarme con otra del palo.

—Sí, sigue aquí… No sé… Es que es raro.

—¿Por qué raro?

—Pues porque… Como que no se les ve con confianza, ¿sabes?

—¿Pero dónde están? ¿Estás con ellos?

—¿Cómo voy a estar con ellos, Diego? Yo estoy arriba y ellos están abajo. Está Oliver… cocinando.

—¡Cena romántica! ¡Con la hija de la mujer en la planta de arriba! Puto Oliverio… parecía tonto…

—Cállate… ¡No me escuchas! Que te digo que lo raro es que no se les ve… rollo, ¿sabes? Que no tienen trato. Que amigos no son.

—¿Pero la saludaste? ¿Hablaste con ella?

—Nada. Entré. Se quedó parada… Y subí para arriba.

—Ahora que me fijo hay aquí aparcado un buen carraco negro… ¿Será suyo?

—Pues será…

—Cómo maneja la "Montse Dos…". En fin, bueno. Pues ya le preguntarás a Oliver de dónde ha sacado a la forrada esa. Venga. Voy a timbrar. Ábreme. Subimos y estudiamos…

—No creo que Oliver nos vaya a dejar estudiar arriba —dijo Aitana.

—Pues… yo estoy con ganas… que Montse me ha puesto a tope.

—Qué pesadito con Montse. Pues tranquilízate. De verdad, Diego… ¿Crees que tu manera de convencerme para tener sexo es hablarme de Montse todo el rato?

—¿En serio le sigues llamando a follar tener sexo? —reí.

—Vete a la mierda…

—Vale. Vale. Perdona. Lo de Montse lo digo de coña. Además, eres tú quién se puso a hablar de ella.

—¿Yooo? ¿Pero qué dices?

—¿Cómo que qué digo? Fuiste tú la que dijiste que… la cita fake… de Oliver, está siendo con una especie de Montse, y de ahí salió el tema. No me seas… tarambana, princesa.

—Ya le estás dando la vuelta a todo. Como siempre… —dijo Aitana, menos beligerante de lo esperado.

—Ninguna vuelta. Venga, entro, la veo y te digo si es perfil Montse o no. Y estudiamos.

Y entonces escuché a Aitana resoplar. Y después dijo:

—Venga. Estudiamos. A ver si arriba… o sino abajo.

—Pero déjame que le eche un ojo a la cita esa…

—Sí… échale los ojos que quieras a la tipa esta. Mira. Y si te gusta te vas al baño, te haces una paja pensando en ella, y después estudiamos tranquilos.

—¿Cómo me voy a hacer una paja teniendo a mi princesa a mano? —pregunté, riéndome por

dentro, y ella volvió a resoplar, y dijo por fin:

—Qué pesado eres… Venga… Ven y timbra. Te abro.

CAPÍTULO 11

ALEJANDRA

21:00

—¿A dónde vas? —dijo Oliver, una vez Aitana había comenzado a caminar hacia la puerta de la entrada.

—Pues a abrirle —respondió ella.

—No. Subes a por los libros, o lo que sea, y después bajas y le abres.

—¿Pero por qué? —se indignaba Aitana, un tanto exagerada.

—Porque no. Porque después vas a querer subir, vas a querer subir con él, y te voy a tener que decir que no delante de él, y ya bastante ridículo me parece tener que hacer de policía contigo como para…

—Valee… Que valeee… —le interrumpió ella, que se daba la vuelta y comenzaba a subir por las escaleras, mientras Oliver insistía en su idea de que no quería pararle los pies en presencia de ese tal Diego que había timbrado.

—Madre mía… —suspiré, mientras los mocasines de Aitana ya golpeaban los últimos escalones.

—Ya ves… Voy a tener que andar con un ojo con estos… —dijo Oliver—. Pero mira, vamos a poner la mesa fuera, y los dejamos estudiar, pero los controlaré de vez en cuando. ¿Te parece?

—¿Fuera? ¿Aquí detrás? —pregunté, volteándome hacia el pequeño jardín que había tras la

cocina.

—Sí. A ver si no tenemos frío —contestó y sacó un mantel de un cajón, mantel que recibí, inaugurando un pacto tácito consistente en que yo llevaba cosas a la mesa de fuera, mientras él terminaba de preparar la cena.

Aquel jardín era más acogedor que la propia casa. Estaba encajonado y era pequeño, pero tenía un gran encanto. Formaba un cuadrado casi perfecto delimitado por unos setos tras los cuales se adivinaba un muro desgastado. Había un árbol espléndido y otro que asomaba con ansias de ser algún día incluso más importante; unas baldosas de piedra que encaminaban hacia la mesa blanca, dándole el protagonismo central, y la iluminación venía a cargo de unas lámparas que había sobre la hierba, las cuales, según me dijo poco después, se cargaban con luz solar y se iluminaban automáticamente al llegar la noche.

La segunda vez que volví del jardín hacia la cocina, para lo cual tenía que subir un par de escalones y empujar una puerta acristalada y chirriante, vi a lo lejos cómo Aitana iba con una carpeta y un libro hacia la puerta, para abrirle a aquel chico que pensé debía ser bastante paciente, o sería muy cauto de no molestar, pues no había escuchado que hubiera timbrado siquiera una segunda vez. Me quedé un instante quieta, viendo cómo aquella chica, propietaria de aquellas piernas esbeltas, le abría la puerta a un chico que no pude ver. Aquella chica que había temblado al escuchar el nombre de mi marido.

—Mejor vino, que si no se nos llena el estómago de cerveza y sienta mal, vamos, a mí me sienta mal —dijo entonces Oliver, que sin duda me había sentido a su espalda, y el cual yo sentía que miraba de soslayo hacia adelante, hacia una Aitana que hablaba con el tal Diego en la puerta, aún sin dejarle entrar, por lo que yo deduje que ella le estaría hablando al chico de Oliver, o de mí, o de los dos, y supuse que para decirle de todo menos cosas buenas.

Le ayudé, llevando unas copas que me dio, mientras él portaba una gran ensaladera, y me sentí extraña, pues ya la situación era un tanto equívoca, como para cenar con vino, lo cual le daba a todo un toque más íntimo, incluso romántico, pero no tuve los reflejos como para negarme; quizás porque en aquel momento solo una cosa me obsesionaba y era descubrir por qué Aitana había reaccionado de aquella manera.

Una vez sentados a la mesa no veía la forma de acceder a aquella información, pues Oliver hablaba ininterrumpidamente de los tipos de ensaladas caprese que existían y que él sabía preparar, y por momentos llegaba a embrujarme, como consiguen aquellos que disfrutan de algo concreto y lo exponen con entusiasmo; pero en otros momentos el semblante de Aitana volvía a mis recuerdos, y se me aceleraba el pulso.

La noche era pesada, cargada, pero a la vez se levantaba una brisa fresca que venía en etapas: primero anunciada por las hojas de los árboles en la distancia, después por los árboles que nos rodeaban, después llegaba a agitar un poco mi pelo e incluso mi camisa, para finalmente llegar a sentir el frescor, o incluso el frío, una vez tocaba mi piel.

Y sentía la luminosidad favorecedora, y era consciente de que aquella luz cálida de las lámparas

le beneficiaba, pero era de justicia admitir que había que tener materia prima para que destacaser de aquella manera los ojos grises de Oliver, lo cual me hacía volver a no comprender aquella diferencia de belleza en comparación con su esposa.

Y fue tras la segunda copa de vino, y aprovechando un silencio entre bocado y bocado de Oliver, cuando me armé de valor y, con la intención de descubrir el por qué de aquella reacción de Aitana, pregunté:

—¿Tú… sabes si Sebastián venía mucho por aquí?

En ese momento Oliver se puso en pie, pero yo sabía que me había escuchado, y miró hacia la cocina, hacia la cristalera, para ver lo que ocurría dentro de la casa, supuse que para controlar a la joven pareja, y después se sentó y dijo:

—Bueno, no sé, lo normal. Sí es cierto que el año pasado, supongo que cuando estaban en momentos de mucho trabajo con el libro, sí venía bastante.

Me quedé pensativa. Sabía que él conocía aquella casa, que había ido varias veces, pero casi siempre que mi marido me había dicho que iba a encontrarse con Helena me decía que iba a la editorial, que estaba en un edificio de oficinas, bastante lejos de allí.

—A mí también me pasa a veces. Son muchas horas juntos —continuó Oliver tras dar otro trago de vino.

Al instante me di cuenta de lo que pretendía decirme, pero yo no estaba sintiendo celos, pues mis sospechas no iban por ahí. Era más incomprensión; no veía posible la infidelidad.

—Lo puedo entender —seguía él ante mi silencio—. Sebastián es muy atractivo.

Y entonces me vi obligada a decir algo. Y lo sentía, y a la vez no. Y a la vez me parecía que lo había dicho para que yo cayera en la trampa, pero caí, pues susurré:

—Tú también lo eres.

—¿Me dejas tu mano un segundo? —preguntó de repente, casi antes de que yo hubiera terminado mi frase.

No sabía qué pretendía. De nuevo me incomodaba.

—La otra —me dijo tras yo haber extendido sobre la mesa la mano derecha.

Cumplí con su petición y él me tocó la mano, y mi primer reflejo fue hacer por apartarla, pero él tocó el anillo de mi dedo anular con su mano, la cual, al contrario que ciertos movimientos suyos, era otra vez y por contraste, exageradamente masculina.

—Es el anillo de pedida. Es más bonito que el de casada —susurré.

—Ya, suele pasar. Es… muy bonito —dijo y nuestras miradas se cruzaron, y después me llamó la atención una nuez que vi especialmente prominente, y retiré la mano.

—A decir verdad… tendría más motivos para engañarme… Helena a mí… con Sebastián… que al revés. Por lo que tiene en casa cada uno —dijo entonces.

Yo dudé. Sabía que su flirteo me beneficiaba para aquel posible juego con mi marido, pero no toleraría dos veces aquel papel lastimoso, ni aunque pretendiera con ello halagarme o seducirme.

—No te hagas la víctima, Oliver —susurré, y me arrepentí de que mi susurro hubiera sonado tan atenue como lo había hecho, pues por tenue podría ser confundido con incitador o sugestivo.

Se hizo un silencio que solo era roto por el sonido de los cubiertos, las copas de vino posarse y las pequeñas ráfagas de viento. Hasta que él se puso en pie de nuevo, para repetir la operación de vigilar a los que entendí serían novios, desde su posición, y, al hacerlo, al ponerse en pie frente a mí, me brindó la imagen de su pelvis, de su entrepierna, marcando su delicado pantalón gris. Y no era voluntario, pero fue impactante. Y no era exagerado, pero precisamente por ello había algo de sugerente. Y el tamaño no plasmaba necesariamente excitación, pero sí potencia y masculinidad contenida. Y no era necesariamente hipnótico… pero sí pasaban los segundos y mis ojos seguían en aquella silueta prominente.

—Los he de tener vigilados… Si no… —dijo Oliver, que ya tomaba asiento de nuevo, y su movimiento coincidía con otra ráfaga que se llegaba a arremolinar en el jardín.

—Ya… Imagino… —susurré, montando una pierna de sobre la otra, y recostándome un poco hacia atrás.

—¿Tienes frío? —preguntó entonces, mirándome fijamente, y antes de que contestase hizo un gesto con los ojos, hacia mí, y yo pensé que había algo en mí, o en mi ropa; que se había dado cuenta de que me había manchado, y miré hacia abajo, hacia mi camisa rosa y mi falda gris, y no veía nada, mientras mi cerebro juntaba su pregunta sobre el frío y la imposibilidad de haberme ensuciado; y no estaba segura, y me parecía sumamente improcedente… pero sospeché entonces que mis pezones hubieran estado marcando más de lo que debieran, y que él estuviera teniendo la mala educación y la falta de tacto como para decírmelo.

—No sé si me arrepentiré de proponerte esto —continuó— pero si quieres te dejo algo para que te pongas.

—No. Tengo la chaqueta en el coche —dije inmediatamente, y me sentí violenta, y en aquel momento me quise ir de allí, y me puse en pie, sin siquiera decirle cuáles eran mis intenciones, pues no las sabía ni yo misma.

—Oye, ¿sabes algo de Sebastián? Si ya están en el aeropuerto… si han pasado el control… —dijo él, mucho más pausado que yo, cuando estaba al pie de los escalones que hacían de puente entre el jardín y la cocina.

—No sé, reviso ahora el teléfono, que lo tengo en el bolso… O sea… miro mi móvil en el bolso y cojo mi chaqueta del coche, vuelvo y te digo —respondí nerviosa, algo desarmada, y subí los peldaños, y me sentía mal, y no tanto por él, sino por mí, algo decepcionada conmigo misma, por haber permitido que su grosería, pues así la había sentido, me hubiera afectado.

Y es que en el fondo sabía que su flirteo mezclado con aquella última ordinariez me beneficiaba enormemente para mi posible juego morboso con Sebastián, y me arrepentí de no haber plantado cara, de no haberle preguntado si se estaba refiriendo a mis… pezones… De no haber jugado con él para después jugar con mi marido. Sentía una pequeña aflicción, una decepción que supe debía remediar.

Y en esos pensamientos estaba cuando entré en la cocina, ya con ganas de volver y presentar batalla, cuando alcé la mirada y vi que más allá, en el salón, Aitana y su novio, sentados en el sofá, cerca de mi bolso donde se hallaba mi teléfono, cuchicheaban, y después, aunque sin estar completamente segura, creí escuchar la voz de ella diciendo:

—… lo digo bien: ojalá te la folles.

CAPÍTULO 12

DIEGO

20:59

Llevaba unos minutos frente a la puerta, como un puto idiota. Ya hacía un rato que había timbrado, y Aitana no me había abierto, pero estaba casi seguro de que tardaba porque estaba discutiendo con el tonto de Oliver, así que no quise insistir.

Anochecía rápidamente. Me giré y vi el supuesto coche de la imposible cita de la hipotética doble de Montse. Se veían los asientos de cuero marrón desde fuera, y pensé en lo cómodos que parecían. Al instante me imaginé follándome a su propietaria, de la que no sabía cara, ni cuerpo, pero sí categoría y perfil, en los asientos traseros.

Volví mis ojos a la casa. Me gustaba aquella casa, a pesar de todo lo que había sucedido allí. La casa era inocente. Solo había un culpable.

Me gustaba cómo las plantas se pegaban a la fachada, aquella mezcla de nuevo y de viejo. Era cara. El barrio era caro. La familia de Aitana era pudiente, más que la mía, la mía era normal; mis padres, divorciados, eran profesores, y yo, durante toda mi vida escolar, hasta el año anterior, había sido buen estudiante, aunque más por lo que vivía en casa que por lo que aprendía en el colegio. De hecho me consideraba bastante más culto, por no decir el único decentemente culto de entre todos los imbéciles de mi clase, sacásemos después las notas que sacásemos. Y Aitana siempre decía que mi caída libre había sido por Sebastopolo, y era innegable que aquello me había distraído, por no decir algo más fuerte, pero mi problema con los estudios venía más relacionado con que había llegado un momento en el que no era suficiente con atender en clase y escuchar en casa, que había que estudiar de verdad, y aquello no era lo mío. A Sebastopolo había que culparlo de lo que había que culparlo, que no era poco, pero no de eso.

En aquellos pensamientos estaba cuando mi teléfono vibró en mi mano. Miré la pantalla y vi que Aitana me había escrito, confirmando mis sospechas sobre su tardanza.

—Te abro ahora. Oliver es gilipollas.

No respondí, pero me acerqué. Me asomé a la cristalera que rodeaba la puerta, pero la cortina estaba prácticamente corrida hasta el borde, por lo que no veía nada, y mi curiosidad no obedecía a otra cosa que no fuera ver a aquella especie de doble de Montse; si ya tenía pocas ganas de estudiar, el hecho de saber que estaría aquella chica, o mujer, ya me ofuscaba hasta el siguiente nivel.

Y comencé a imaginarla: exuberante, potente, labios pintados… cuando escuché cómo los inequívocos pasos de Aitana se acercaban.

Me alejé de la cristalera para colocarme frente a la puerta. Acomodé mi mochila en mi espalda. Después metí la camisa de mi uniforme un poco por dentro del pantalón para presentar ante Aitana al Diego más inofensivo. Luego vi cómo ella abría la puerta lentamente.

Y me sorprendió que no la abriera por completo, colocándose ella en medio, y temí que volviera a la carga y me obligase a jurar que mi intención era únicamente la de estudiar.

Me encogí de hombros. Esperando que se apartase, que me dijera algo, o que me saludase. Pero miró hacia atrás un instante, curioseando los movimientos que había dentro de la casa. Me fijé en ella, me gustaba hacerlo cuando no me miraba, aunque solo fueran unos segundos: el pelo rubio, liso, aunque a veces caía ondulado, y largo, los ojos azules; su color de piel, sin ser moreno, no era tampoco pálido. Sus labios eran delicados, apetecibles y delineados, y tenía un lunar en el centro de la mejilla izquierda que yo siempre jugaba a besar varias veces mientras ella dormía, o lo fingía, las pocas veces que habíamos dormido juntos. Me gustaban sus piernas, torneadas y esbeltas; su culo repuntaba hacia arriba, como también lo hacían sus pechos, firmes y medianos, con unas areolas no demasiado extensas pero de un color rosado que invitaban a uno a lamer y besar hasta quedarse sin saliva. Pero lo mejor estaba más oculto, entre sus piernas, a pesar de no

parecer en principio una zona susceptible de presentar grandes peculiaridades; pero no tuve más tiempo como para pensar y recordar cómo era.

—Espera, no entres —dijo, girándose de nuevo hacia mí, si bien yo no había intentado entrar.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes quién es la chica? —preguntó en un susurro.

—¿Y yo qué sé? ¿La conozco?

—No… Es… la mujer de alguien… Adivina.

—¿Que adivine?

—¡Shhh! —chistó para que hablase más bajo. Y volvió a mirar hacia atrás, hacia dentro del salón.

Y yo no tenía ni idea. Ni tenía ganas de jugar. Y ella otra vez me miró, y yo fingía que pensaba pero me fijaba otra vez en Aitana. La camisa blanca, la falda, la chaqueta y los calcetines azul marino… No llevaba corbata, rara vez la llevaba. Y entonces recordé a Sebastopolo diciéndole, ordenándole que la llevara; una semana entera había ido al colegio con corbata porque él se lo había dicho. Y el viernes de aquella semana… me follé a Aitana, en presencia de él, en las posturas que él nos había ido diciendo… mientras Aitana solo llevaba la corbata y los calcetines puestos.

Seguía sin entender cómo habíamos accedido a aquello.

—¿Qué? ¿Nada? —preguntó ella, sacándome de mis ensoñaciones, y yo intenté ver por encima de su cabeza.

—¿Qué haces? ¿No mires?

Y vi algo rosa, una mujer en camisa rosa, que se giraba e iba hacia el jardín trasero.

—Pues… es la mujer de Sebastián —dijo entonces Aitana.

Me quedé quieto. Sorprendidísimo. Y volví mis ojos a la propietaria de aquella boca que había dicho aquello.

—¿En serio? No… jodas… —balbuceé.

—Ya ves.

—Hostiá… Joder… —susurré, y me quedé pensativo; no sabía qué sentir. Por un lado comencé a sentir rabia, pues todo lo que tuviera que ver con el puto Sebastopolo me enfurecía; pero también

sentí lástima, pues estaba casi convencido de que la pobre mujer no sabía nada de las andanzas de su maridito.

—¿Qué te parece? —preguntó Aitana, que seguía sin dejarme entrar, a pesar de que parecía que teníamos el interior de la casa despejado.

—No sé… Casi no la he visto.

—¿Pero qué te parece que esté aquí?

—¿Pero qué hace aquí? —pregunté.

—Ni idea…

—¿Sabrá algo?

—No creo —contestaba Aitana.

—Parece que está buena.

—¡Pero si acabas de decir que no la has visto!

—Tengo un sexto sentido, huelo el atractivo mujeril.

—Tu no hueles un pelo debajo de una sábana, lamecharcos.

—Lamecharcos… esa es buena… casi reí, y después alargaba mi cuello, intentando ver por encima de ella, y confirmaba que ya estaban los dos en el jardín, y lo cierto era que de verdad estaba casi plenamente convencido de que tenía que estar buena, porque el imbécil de Sebastopolo tenía pinta de ser de los cabrones que siempre se hacían con los pibones.

Finalmente Aitana se echó hacia un lado, y entramos en la casa y yo mismo cerré la puerta mientras ella me decía:

—¿No le irás a decir nada?

—¿Y qué le voy a decir?

—No sé. Te veo capaz —contestó al tiempo que nos sentábamos, juntos, en uno de los sofás.

—No sé… Ya veremos.

—No seas cabrón. Júramelo.

—No juro nada. ¿Y este bolsito? —pregunté al ver que a mi lado había un bolso, que de hecho de bolsito no tenía nada, pues era bastante grande, de cuero marrón, y que yo tenía la certeza de

que era de la mujer de Sebastián.

—¡Déjalo! —protestó Aitana al ver que yo llevaba mis manos a él.

—¿Puedes creer que va a juego con los asientos de su coche? Esta debe de ser una pija de cuidado.

—Será casualidad, bobo. Si no tendría todos los bolsos iguales.

—Ya… No sé… —respondí casi sin escucharla, mientras empezaba a curiosear y focalizaba los puntos de interés en su cartera y en su teléfono móvil.

—Déjalo. Idiota. Tranquilo que no va a tener unas bragas ahí para ti…

—¿Te imaginas, Aitana? Unas bragas aquí de la mujer de Sebastopolo, prestas para que las huela.

—Prestas, sí…

—Pues se dice así —susurré mientras me llevaba el chasco evidente de que su teléfono estaba bloqueado y de que su fondo de pantalla no tenía nada con enjundia.

—¡Para ya…! Me voy a enfadar —dijo entonces Aitana, llegando a llevar sus manos a las mías para impedir que siguiera con mi triaje.

—Quieta… Vamos a ver esa carita en su carnet de conducir —dije… pero Aitana terminó por abalanzarse sobre mí.

—¡¡Quieres parar, idiota!! ¿No ves que pueden entrar en cualquier momento?

—Vale, vale… —dije yo, dejando caer la cartera de nuevo dentro del bolso—. Si no es por la foto. Es por la edad —pronuncié, por decir algo, pues lo cierto era que me interesaba más la cara.

—Pues tendrá treinta y pico. Parece más joven que Oliver y que Sebastián —dijo, y seguía intentando agarrarme.

—Joder, tranquila… —susurré, resignándome y apartando un poco el bolso, pero me consolaba saber que la terminaría viendo en persona.

Una vez terminamos nuestra pequeña batalla Aitana se recolocó el pelo y la ropa, abrió una carpeta y comenzó a extender papeles por la mesa de centro; y en ese momento vi allí, sobre la mesa, junto a otros dos, nada menos que el libro de Sebastapolo: el ridículo “Te lo diré tres veces”, y pensé lo mismo que había pensado siempre, que no podía entender cómo le había puesto aquel título tan jodidamente cursi. Y recordé que aquel libro estaba allí por mi culpa, pues el día anterior, mientras Oliver estaba en el jardín y Aitana estaba terminando de vestirse o

arreglarse, o lo que sea que hace mientras la espero y no me dejan ir a su dormitorio, había estado curioseando por el despacho lleno de libros que tenía montado su madre, y había cogido el libro y lo había llevado al salón. Lo hacía casi siempre que podía, pues de alguna manera me gustaba leerlo, cosa que Aitana sabía, pero aquella vez me había olvidado de dárselo a Aitana para que lo volviera a su sitio.

—¿Este qué hace? —preguntó Aitana y yo la miré y vi que sus ojos estaban puestos en la cristalera de la cocina que daba hacia el jardín trasero, y entonces miré en aquella misma dirección y vi al bobo de Oliver, cual jirafa, alzando su cuello y mirando hacia nosotros. Al instante volvió a desaparecer, hacia abajo, supuse que sentándose.

arreglarse, o lo que sea que hace mientras la espero y no me dejan ir a su dormitorio, había estado curioseando por el despacho lleno de libros que tenía montado su madre, y había cogido el libro y lo había llevado al salón. Lo hacía casi siempre que podía, pues de alguna manera me gustaba leerlo, cosa que Aitana sabía, pero aquella vez me había olvidado de dárselo a Aitana para que lo volviera a su sitio.

—¿Este qué hace? —preguntó Aitana y yo la miré y vi que sus ojos estaban puestos en la cristalera de la cocina que daba hacia el jardín trasero, y entonces miré en aquella misma dirección y vi al bobo de Oliver, cual jirafa, alzando su cuello y mirando hacia nosotros. Al instante volvió a desaparecer, hacia abajo, supuse que sentándose.

—¿Pero qué harán ahí esos dos? —pregunté.

—Pues deduzco que Sebastián habrá viajado con mi madre y aterrizarán hoy los dos —contestó Aitana, y entendí que llevaba un rato dándole vueltas.

—¿Y van a recogerlos al aeropuerto en amor y compañía?

—Es lo único que se me ocurre —contestó ella, volviendo a sus hojas, extendidas sobre la mesa. Y parecía no darse cuenta de que el libro del puto Sebastopolo, el libro del que éramos protagonistas, estaba allí mismo. Y vi todas aquellas hojas subrayadas, en múltiples colores, y me daba una pereza terrible… Y sentía que no podía estudiar con aquel libro allí, ni con aquella mujer, mujer de Sebastopolo, en el jardín.

—¿Sabes cómo se llama? —pregunté.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? La mujer de Sebastopolito —improvisé un nuevo nombre.

—Pues… Alejandra… creo que la llamó Oliver —contestó Aitana sin levantar los ojos de aquellas páginas pintarrajeadas.

—Alejandra… Alejandreta… y Sebastopolo… Vaya par —susurré.

—Venga, estudia. Coge el libro aunque sea y leelo. Algo se te quedará —susurró Aitana, dándome un libro de texto abierto que yo cogí, pero que aparté inmediatamente a un lado. Y Aitana seguía mirando sus hojas, trilladas hasta el ridículo, con tantos colores que era imposible que de verdad aquello tuviera sentido… y, por sorpresa, sin avisarme… mi cuerpo, o más bien mis ojos, se fueron a uno de sus muslos, parcialmente tapado por su falda tableada azul marino.

Y no pude resistirme. Montse… la resistencia de Aitana… el libro… Alejandreta, la cual mi subconsciente imaginaba cuerpo y cara en flashes fugaces… o la mera inercia de llevar todo el día sin pajearme ni nada parecido… así es que puse mi mano allí, sobre aquel muslo suave y terso.

—Para…

—Solo un poco…

—¡Que no…! —protestó, pero no apartaba mi mano, por lo que continué acariciando aquel muslo, en recorridos cortos, con las yemas de mis dedos. Y por un instante sopesé pensar en Montse, pero no era capaz, y después intenté imaginar cómo sería Alejandra, pero de nuevo el tacto de la cara interna del muslo de Aitana me obligaba a vivir la realidad. Y entonces quise ir más allá, y sabía que era el momento clave; ese momento en el que me aventuro y busco llegar aún más profundo, ya casi en sus bragas… y sé que ahí es un todo o nada… y entonces, cuando ya esperaba su frase, su desplante, su negativa… separó ligeramente las piernas… y aquella seña

es la señal más maravillosa del mundo, tanto que me suele hacer resoplar… por el alivio… por lo que me dice con su movimiento que quiere… y por lo que sé que será lo siguiente.

Miré un instante hacia la cristalera, y comprobé que Oliver, la jirafa boba, no aparecía. Y sentía el calor del muslo de Aitana, como si cada centímetro hacia dentro, cada centímetro en dirección a su coño, tuviera un grado de temperatura más. Y otra vez, otra señal, que no era para facilitar, sino para confesar, y es que Aitana separaba las piernas un poco más. En silencio. Los dos. Y… seguí, y toqué bragas… mullidas… suaves… y ella sopló… soltó aire en algo que no llegó a ser un suspiro, mientras yo intentaba ubicarme, intentaba localizar labios y clítoris bajo aquel algodón esponjoso.

—Mmm… —suspiró entonces ella, que pretendía seguir mirando aquellas hojas, pero que me indicaba que había acertado en la cúspide… y comencé a deslizar mi dedo corazón, de arriba abajo, separando los labios de su coño… buscando, como siempre, humedad, y es que el coño de Aitana no sabía mentir, ni siquiera disimular, y eso, junto con su simetría perfecta y junto con lo exorbitante de sus labios cuando se excitaba de verdad, hacían que fuera el coño más maravilloso del mundo.

—Hhham… —gimoteó, mientras yo continuaba, arriba y abajo; y después separé su melena dorada y fui en busca de su cuello, y sentí en mis labios la dulzura máxima que era la piel que ella albergaba allí, bajo su oreja, y ella se estremeció, como hacía siempre, y ronroneó. Y el siguiente paso sería que ella me tocase a mí, pero no lo hizo, solo se dejaba hacer. Se dejaba masturbar, sobre las bragas, de dejaba besuquear el cuello… y después se dejó apartar un poco la chaqueta para que yo le acariciase una teta sobre la camisa… y después se dejó morder el lóbulo de la oreja, lo cual la hizo incluso jadear… Y yo sabía que si incidía en la teta obtendría respuesta abajo, que aquella era su debilidad, que sus tetas y su coño eran causa y efecto, pero sabía que debía ser sutil pues cualquier paso en falso haría que ella volviera en sí, volviera a que el bobo de su neopadrastro le hacía de canguro, o más bien de jirafa vigilante, al tiempo que cenaba románticamente con la mujer del hombre que había cambiado nuestras vidas.

Y eso ocurrió. Tal cual eso. El paso en falso y la protesta: tiré de sus bragas, apenas un centímetro, para echarlas a un lado, y entonces ella susurró:

—Para…

Pero continué, abandoné aquella maniobra y continué: con una mano apartaba el cuello de su camisa para morder en el lóbulo de su oreja y con la otra volvía a deslizar dos dedos sobre su coño, cubierto por sus suaves bragas, haciendo que sus labios siguieran creciendo.

—Para… que Oliver nos va a pillar…

—Ojalá nos pillara ella… —susurré sin pensar, y la mano que estaba en el cuello de su camisa volvió a su pecho, y desabroché un botón, y ella no protestó, y yo palpé escote, con las yemas de mis dedos, como hacía a veces, como le gustaba, como le excitaba, y provoqué:

—Ojalá nos pillara… ella. Y se uniera… ¿Te imaginas… que me la follo…? Así nos

vengaríamos del cabrón de su marido.

Y en aquel instante, cuando pensé que me cortaría, o que simplemente no contestaría, susurró:

—¡Mmmm…! Ya…

Y yo, envalentonado por su excitación, sorprendido porque aceptase aquella fantasía, y manteniendo mis manos certeras sobre sus bragas y su escote, continué:

—Dímelo… Dime que te gustaría que nos vengásemos así…

—¡Mmm…! —jadeó y yo sentía su coño palpitar.

—Dime… que te gustaría que me la follase… para vengarnos… —susurré.

—¡Mmm…! Ojalá… ojalá tuvieras… sexo con ella.

Y entonces, me retiré un poco, pues quería mirarla a los ojos mientras lo escuchaba, y quería que dijera aquello, pero de una manera más vulgar, y ya sin tocarla, dejándola excitada, a medias… susurré:

—Dilo… pero bien.

Y ella, cachonda, caliente, con los ojos llorosos, y a pesar de que en aquel preciso instante pudimos escuchar cómo alguien que venía del jardín entraba en la cocina, se envalentonó; y a pesar de que ya no estábamos solos, se atrevió, y susurró en voz baja:

—… lo digo bien: ojalá te la folles.

CAPÍTULO 13

ALEJANDRA

21:20

Sentía que me estaba volviendo loca. No era posible que hubiera escuchado aquello. No la conocía, pero aquella frase no parecía encajar en ella. Sentía que no estaba segura de nada, tampoco de que realmente Oliver se hubiera referido a mis pezones marcando mi camisa… por no estar segura no lo estaba ni de saber realmente qué hacía yo allí.

Antes de ir a por mi teléfono y a por mi chaqueta abrí un par de alacenas hasta encontrar un vaso y me serví agua del grifo, sin complicarme en buscar alguna botella en la nevera. Mientras hacía aquello los seguía oyendo cuchichear, pero no sabía lo que hablaban; la sensación era incómoda y dudé en decirles algo, algo banal aunque fuera, pero no les dije nada.

E intenté olvidarme de aquella sensación de sentir las miradas de la pareja sobre mí, y decidí pensar en mí misma, y me mantenía convencida de plantarle batalla a Oliver, de no volver a huir de aprovechar sus intentos para utilizarlos con Sebastián. Y al aparecer el nombre de mi marido en mi mente volvieron mis dudas, volvieron más cosas que no entendía: en primer lugar tenía que averiguar por qué él había pasado tanto tiempo en aquella casa sin yo saberlo, y en segundo también tenía que descubrir por qué su nombre había despertado aquel impacto en la cría que chismorreaba con su novio en el sofá.

Posé el vaso sobre la encimera y caminé decidida hacia mi bolso. Pensé que una vez no les había saludado al entrar en la cocina ya no tenía sentido alguno decirles nada, ni siquiera saludarles. M silencio también era achacable, o sobre todo, a que había algo incómodo en aquella chica. Algo familiar, algo conocido, pero a la vez algo agobiante.

Aunque no tuviera intención de saber qué hacían, no pude evitar ver que tenían unas hojas esparcidas sobre la mesa de centro, cumpliendo la orden de Oliver de estudiar en el salón. Y vi al chico, de soslayo, vestido también de uniforme, con pantalón azul marino y camisa blanca, remangada; todo de una forma mucho más desordenada e informal en comparación con una Aitana a la que yo tampoco miré directamente, pero que recordé con el uniforme impecable; y pensé que serían novios, pero que al menos en cuanto a la manera de llevar la ropa eran polos opuestos: el *desaliñamiento* y la sobriedad.

Ya muy cerca de ellos, y de pie, frente a mi bolso, busqué mi teléfono, siempre sin decir nada, al tiempo que sentí cómo el chico, al que no había mirado a la cara, se levantaba y después pasaba por detrás de mí.

—¿A dónde vas, Diego? —le preguntó Aitana, mientas yo desbloqueaba el teléfono y comprobaba que Sebastián me había escrito.

—A por agua, ¿puedo? —le respondió él, ciertamente borde, y yo sentía cómo se alejaba de mí e iba hacia la cocina al tiempo que veía que mi marido me había enviado un párrafo enorme. Y me estremecí. Y me alegré. Pues sabía lo que aquello contendría. Y sabía que ya estaba sintiendo emociones de sobra como para apreciar su creatividad morbosa, pero sentí que aún así sería un bálsamo dentro de aquel desasosiego.

Aquel párrafo debía ser leído con calma, así que me encaminé hacia la puerta de la casa, salí, y

dije en voz alta que la dejaba abierta, pues volvería enseguida. Lo dije al aire, a quién lo quisiera escuchar. Seguía sin querer interactuar con ellos.

Salí al jardín delantero. La noche era casi cerrada. Las farolas emitían una luz amarillenta. Pero allí todo era más grande, menos opresivo, e incluso parecía que soplaba menos el aire. Llegué hasta el coche y, frente a la puerta, sin abrirla, miré a mi alrededor y no me pude contener más ,sin descubrir el contenido de aquel párrafo que mi marido me había enviado.

Cogí aire, y leí:

"Esta noche tú, Blanca, te vestirás tan solo con la falda y la corbata. El narrador ordenará a Juliá que te vende los ojos y que te diga que te arrodilles. Obedecerás. Nerviosa. Excitada. Sentirás el , frío y duro suelo en tus rodillas, pero no te importará. Después escucharás cómo el narrador le ordenará a Julián que te meta su polla en la boca. Él cumplirá. Tú cumplirás. Y primero sentirás su rigidez en tus labios, y después en tu lengua, y en el interior de tu boca. Y entonces notarás su ansiedad, pues la sentirás gotear dentro… en gotas constantes, prematuras, y con un sabor dulce y a la vez salado. Después os dejará libres unos minutos. Quizás dos minutos para vosotros. En silencio. Y tú, Blanca, le lamerás los huevos y después, Julián, excitado, incontenible, ansioso, como es él… te follará la boca. Después volverán las órdenes: el narrador te mandará que te eches hacia atrás y que le muestres tus firmes pechos, y tú escucharás cómo Julián se pajea… mientras sabes que te mira. La orden siguiente será clara, y Julián no solo cumplirá y obedecerá, sino que se superará a sí mismo, alcanzando cotas nunca antes vistas, presentando ese don que él tiene, ese maravilloso don… de una manera que nunca habías sentido; sentirás cómo eyacula sobre tus pechos de una manera desconocida, brutal, inasumible para tu torso y tus tetas. Nueve. Diez. Once latigazos espesos. Se superará a sí mismo. Sentirás su descarga… su calor sobre tu piel… te sentirás bañada… y cumplirás con las dos siguientes órdenes del narrador: esparcirás su semen candente por tus pechos… Y después acogerás de nuevo su polla en tu boca… ahora blanda, caliente y chorreante… ¿Sigo?"

Mi corazón palpitaba con fuerza, de pie, junto a mi coche. Me había excitado, otra vez. Mi pulso acelerado me hizo resoplar en un respiro prolongado. Y tecleé, con mis dedos, que vibraban:

—Sigue.

Volví a resoplar, a suspirar, e intenté volver a la realidad, y me di cuenta de que no había cogido las llaves del coche.

Me atusé el pelo, me arremangué la camisa; de golpe tenía calor, y volví hacia la casa. Entré y vi otra vez de reojo a Aitana y a Diego sentados frente a aquella mesa llena de apuntes. Y caminé hacia mi bolso, de nuevo sin decir nada, y dejé allí mi teléfono y cogí las llaves del coche.

Y volví a salir, aún afectada por aquel párrafo, y tan ansiosa por recibir la segunda parte como por representar aquello con Sebastián.

Abrí el coche, cogí mi chaqueta del asiento trasero y entonces, y por sorpresa, escuché a mi espalda la voz de Oliver:

—¡Creí que te habías escapado!

Me quedé un instante atorada, hasta que me volteé, y, sin gracia, pues tampoco me la hacía, exageré un:

—No, no. ¡Al menos no sin mi bolso!

—Ya… Oye… ¿Café? ¿Postre? Parezco un camarero —decía Oliver, a unos tres o cuatro metros, bajo el marco de la puerta de la entrada, y yo comencé a ponerme la chaqueta.

—Café… No.

—¿No? ¿Seguro? Lo hago en italiana y lo tengo listo enseguida.

—No, no. Da igual —respondía yo, que dudaba en ponerme la chaqueta, pues no solo ya no tenía calor, sino que representaba en cierta forma mi *recatamiento* y aceptar que me había violentado.

—Postre, tarta helada. Aunque tengas frío. Eso obligatorio —dijo él y yo terminé de convencerme de no ponerme la chaqueta.

—¿Sabes qué? Pues tengo calor ahora —me planté, y volví a abrir la puerta del coche para volver a colocar la chaqueta.

Y me volteé, y cerré la puerta del coche, y vi cómo me miraba, y no disimulaba que lo hacía, sin ser vulgar, sin plasmar una mirada obscena, me miraba, y yo sentí más halago que afrenta.

Y comencé a caminar hacia él, y él no se inmutaba, y llegué a él, y le susurré:

—Pues vamos a por la tarta helada esa, entonces…

Y él no me aguantó la mirada, y sentí que ese era el camino; sentí que a poco que fuera hábil, o incluso un poco mala, podría sacar de él lo justo, y lo justo era defenderme, contraatacar, incomodarlo a él, y usar todo aquello con Sebastián.

Entramos de nuevo en la casa. Él delante de mí. Aitana y su novio, a los que yo seguía sin mirar fijamente, en silencio; estudiando, o fingiendo que lo hacían.

—Perdona… ¿El aseo? —le pregunté a Oliver mientras él ya pasaba la barra americana y se encaminaba hacia la nevera.

—Ahí, la puerta de la derecha, detrás de la escalera.

—Vale, ya la veo —respondí mientras él abría el congelador.

Pero antes de ir hacia aquella puerta fui a por mi bolso; dejé allí las llaves del coche y cogí mi

teléfono. Vi entonces que Sebastián me había vuelto a escribir, y entonces sí fui hacia el cuarto de baño, con la intención principal de leer con calma aquella segunda parte.

CAPÍTULO 14

DIEGO

a

21:20

Mientras aún resonaba el susurro de Aitana; aquel “ojalá te la folles”, que yo no sabía si había sido sincero y revelador o mera consecuencia de mis hábiles dedos, sentía movimientos sutiles por todas partes.

En el sofá, sentada a mi lado, Aitana se recomponía la ropa, siempre tan correctita, de puertas para afuera, claro, la cabrona. Quién sabe si hasta cerrándose aquel botón que yo había desabrochado y que… coño, tampoco era para tanto. El movimiento del centro, era el que partía de mí, de mi polla, que había montado una tienda de campaña que había puesto mi pantalón oscuro en órbita… Y el tercero, el tercer movimiento que yo había pensado que había sido obra y milagro de la jirafa boba entrando desde el jardín trasero… era, consistía en, Alejandreta. “Por fin un poco de suerte”, pensé.

—¿Y esa… cosita…? —susurré al ver a aquella mujer a unos seis o siete metros, al otro lado de la barra, en lo que era la cocina, abriendo y cerrando puertas de alacenas.

—Shh… cállate… —chistó Aitana en un tono bajísimo.

—Uf… pero mira qué delicadita… y qué femenina ella —continué susurrando, porque así me lo parecía, y también para hacer rabiar un poco a Aitana. Pero lo cierto era que no exageraba, y es que aún sin poder verla de cuerpo entero, se apreciaban unos movimientos gráciles, un cuerpo esbelto, ni alta ni baja, y sobre todo con atractivo, como algo atrayente, con un estilo gestual innato; la manera de coger el vaso, de dar tres pasos hacia el grifo; todo era un conglomerado femenino, dulce y frágil.

—Oye, pues… de Montse no tiene nada… Lo único la ropa —dije en voz baja.

—Pero si desde aquí casi ni la ves —rebatió Aitana en idéntico tono, y era cierto que apenas veía la mitad superior de su cuerpo, vestido con una camisa sedosa de un color rosa muy tenue, pero veía lo suficiente como para saber que allí no había exuberancia sino delicadeza, que su sexualidad no era expuesta, no se pregonaba, era sutil.

—Ponte un libro o algo… que como venga te va a ver… todo empalmado… —susurró Aitana.

—Si no se me nota ya…

—No… pollas —respondía ella y yo no sabía exactamente si aquella tienda de campaña era aún montaña o ya solo colina, pues solo tenía ojos para ver cómo Alejandra enjuagaba el pequeño vaso con el agua del grifo de la cocina.

—Podría saludar, ¿no? Qué maleducada… Qué mala es… Yo creo que lo sabe todo y por eso no quiere saber nada de nosotros —susurré con sorna.

—¿Si no quiere saber nada de nosotros entonces para qué viene? Si tenía que saber que al menos yo estaría aquí —dijo Aitana.

—Mira… Mira… —cuchicheé al ver a aquella mujer beber, por segunda vez, de perfil, a contraluz de la ventana, marcando una silueta que me sorprendió para bien, para muy bien.

—Que mire qué —preguntó Aitana.

—¿Pero no lo ves? Delgada… pero con tetas… Puto Sebastopolo…

—Qué salido estás, madre mía…

—¿Y tú? —me defendí mientras Alejandra posaba el vaso en el fregadero.

Y entonces se giró y se colocó el pelo tras la oreja, y comenzó caminar hacia nosotros, decidida, pero ruborizada, pues sabía que la mirábamos. Y me mostró que llevaba una falda gris y unos zapatos de tacón oscuros; y lo mismo su atuendo podría ser sobrio y aburrido como provocador y hasta pornográfico, según el estado de ánimo.

Las piernas eran esbeltas, de nuevo jugando en el límite entre lo normal y lo delgado. Venía hacia el bolso, era evidente, pero cuánto más se acercaba más extraño era que nadie dijera nada. Éramos los tres adultos, pero ella más, por lo que entendíamos que era su responsabilidad abrir fuego, pero no lo hacía.

Y antes de que llegara me dio el tiempo justo para esbozar un “joder”, que ella no pudo escuchar y que Aitana respondió con silencio, y es que ella me había escuchado, me había entendido y no me lo podía rebatir; me había salido del alma, no lo había pronunciado para ponerla celosa, ella lo sabía; sabía que mi exclamación obedecía a haberme fijado por fin en aquella melena castaña, en aquel pelo liso con la raya al medio, por haberme fijado en sus ojos claros, de un tono verde

muy ligero, en sus cejas y labios llamativos, y todos sus rasgos evocaban un compendio total algo felino. Si su cuerpo era delicado y femenino su rostro aún lo era más. Era guapa. Tremendamente guapa.

Se inclinó hacia su bolso, a medio metro de mí, y si antes se habían escuchado sus pasos, sus tacones por el salón, de repente no se escuchó absolutamente nada, quizás, si acaso, mi respiración, por ver de reojo cómo se inclinaba hacia adelante, hacia su bolso, para abrirlo; y, por el movimiento, pude ver más escote del esperado, confirmándome que, sin contener una voluptuosidad exagerada, debía tener un par de tetas con las que el más exigente se daría por satisfecho. No vi sujetador de milagro, y mi tienda de campaña volvió a agitarse. Tan tenso me puso aquel movimiento suyo que me puse en pie al tiempo que ella se reincorporaba ya con su teléfono en la mano.

Por disimular mi erección o por acto reflejo, el caso es que me puse en pie y me coloqué tras ella al tiempo que Alejandra desbloqueaba su móvil. Y después comencé a caminar hacia la cocina, sin saber bien por qué.

—¿A dónde vas, Diego? —me preguntó Aitana.

—A por agua, ¿puedo? —respondí mientras guardaba en mi memoria la imagen de los dedos de aquella mujer desbloqueando su teléfono móvil, y guardaba en mi cuerpo su perfume: un olor similar a la lima; un olor que, como toda ella, era sutilmente sexual.

Yo no sabía qué hacer. Debía ir a por agua, para disimular, pero no tenía sed y lo importante lo estaba dejando a mi espalda. Y fue entonces cuando ella no me dio opción, ya que comenzó a caminar hacia la salida de la casa, y entonces no dudé en mirarla por detrás con curiosidad, y también con exigencia.

Gracias a llevar la camisa bien metida por dentro de la falda, me obsequiaba sin impedimentos con la visión neta de su culo; culo que vi suficiente, sin alardes, y pensé que si llevara puesto pantalón en lugar de falda seguramente pudiera haber hecho un veredicto más concluyente.

—La dejo abierta, vuelvo ahora —dijo algo por fin aquella mujer, abriendo la puerta de la casa y saliendo, con una vocecilla tímida, seria, pero a la vez dulce, y reparé en que toda ella era positivo y negativo a la vez: tenía cara de borde, pero curiosamente… también parecía maja. Era una chica guapa, con belleza estandarizada, pero simultáneamente era peculiar y atractiva. Y, también había un doble nivel en cuanto a la excitación que despertaba en mí: si fuera inocente me ponía cachondo sin más, si sabía todo lo que había pasado… me ponía cachondo de una forma mucho más enfermiza.

Aún impactado por aquellos minutos cortos pero intensos, comencé a acercarme de nuevo a Aitana, que había sido testigo de mi movimiento absurdo de levantarme para nada. Pero ella, como yo, tenía pensamientos y dudas más importantes:

—¿Por qué ni nos mira? —preguntó.

—Pues… porque igual sabe todo y le da vergüenza… O igual se lo huele pero no quiere confirmarlo —contesté, y recordé el movimiento de Alejandra, el movimiento de sus dedos desbloqueando su teléfono.

—¿Tú crees que lo sabe? —volvió a preguntar Aitana.

—Supongo que sí. Yo creo que lo saben todos. Bueno, el bobo de Oliver quizás no, pero esta y tu madre seguro que lo saben —dije y miré hacia la cocina, para asegurarme de que su neopadrastro no viniera.

—Vete a la mierda. Te he dicho mil veces que mi madre no lo sabe… Lo mataría. Y me mataría a mí… Y a ti…

—Ya… Bueno. Oye… —quise cambiar de tema inmediatamente, pues no tenía interés en enredarme en guerras pasadas—. ¿Sabes que creo que sé la contraseña de su móvil? La vi desbloque…

—¡Qué ibas a ver! —me interrumpió.

—Te lo juro… Hizo como una "L" —susurré y fruncí el ceño, y achiné los ojos para hacer memoria de cómo era un teclado numérico—. Hizo una "L", o sea… uno, cuatro… siete, ocho. O… una "L" más larga: uno, cuatro, siete, ocho… y nueve.

—Se te va…

—No se me va nada —protesté y se hizo un pequeño silencio, y después continué:

—Joder, es guapa, eh… No me jodas —dije y Aitana no dijo nada, y no porque Alejandra ya estuviera de vuelta, pues ella aún no lo sabía aunque yo sí, sino porque Aitana cuando callaba, otorgaba.

Aquella mujer pasó por el medio, quizás hasta más ruborizada, y de nuevo sin pronunciar palabra. Aitana, sentada, disimulaba que miraba sus apuntes. Yo, de pie, y ya algo más recuperado del impacto inicial, observaba cómo iba hacia su bolso y cómo parecía que dejaba all su teléfono móvil y cogía unas llaves, supuse que las del coche. Y de nuevo se marchaba, y me quise regalar el descaro de mirar su caminar, por delante de mí, y vi sus pechos botar un poco, casi nada, pero lo suficiente como para saber que su sujetador quizás no era lo consistente que debiera ser.

Pero no tenía tiempo que perder. Y Aitana lo sabía. Y me miró, tensa, expectante, como diciendo: "Estate quieto. No lo hagas". Pero tenía que saber que era inevitable.

Fui hacia aquel bolso como si me fuera la vida.

—¡Para! Por favor… No hagas el idiota… —se desesperó Aitana, pero ni se ponía en pie, ni hacía por detenerme, como si supiera que sería inútil, que nada me detendría.

Y me hice con el teléfono de Alejandra.

—¡Para! —resopló Aitana, sentada en diagonal con respecto a mí.

Y yo, de pie frente al sofá, frente al bolso, tecleé en aquel teléfono ajeno: uno, cuatro, siete, ocho nueve…

—Por favor, Diego, ¡que la vas a liar!

Y me dio error.

—Segundo intento —dije.

—¡Por Dios…! Diego… que como te lo cargues…

Y entonces escuché ruido a mi espalda. Y me volteé y vi que el bobo de Oliver entraba por la cocina, y caminaba hacia nosotros, con sus pupilas encendidas, y yo me senté al lado de Aitana, con el móvil de Alejandra en la mano, rezando porque no se diera cuenta de que aquel teléfono no era mío.

—Estaos quietecitos… eh… —dijo entonces Oliver, haciéndose el padrastro enrollado, y yo suspiré, pues no sospechaba nada, y siguió caminando, cruzando todo el salón, hasta salir por la puerta que había dejado abierta aquella mujer, y después le escuchamos soltar un ridículo:

—¡Creí que te habías escapado!

Y escuché la voz de Alejandra, a lo lejos, y me daba cuenta de que el idiota de Oliver se convertía en mi mejor aliado. Y tecleé, al tiempo que Aitana protestaba por enésima vez.

Uno… cuatro… siete… y ocho.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Aitana al verme inmóvil.

í

—Lo tengo. Estoy dentro —dije como si estuviera en una película y fuera el hacker más buscado de occidente.

—Pues ya está. Déjalo.

—Ni de coña —respondí y multitud de opciones pasaban por mi cabeza: fotos, videos, conversaciones…

—¿Para qué lo quieres? ¿Crees que va a tener una foto… chupando… un rabo… o algo… así sin venir a cuento? —seguía protestando Aitana, pero yo sabía que tenía casi tanta curiosidad como yo.

—¿Y si consigo su número y le escribo un día en plan… sé lo que hizo tu maridito con esos chicos?

—¿Y cómo idiota? ¿Te vas a llamar? Pues borra después la llamada.

—Más fácil. Mira: Ajustes… teléfono… mi número… —contesté pletórico, siguiendo esos pasos y encontrando aquellas nueve cifras, mientras escuchaba a Oliver hablar en el jardín.

—¿En serio? ¿Lo tienes? —preguntó Aitana.

—Seis, siete, nueve, tres… —memorizaba yo, y le iba a decir que lo escribiera, pero sabía que se negaría.

Y entonces, por la parte superior de la pantalla, entró un mensaje que no dejaba lugar a dudas… Era del puto cabrón del Sebastopolo.

Entré inmediatamente y me encontré con un texto kilométrico. Leía en diagonal. Aquello era… fuerte. Muy fuerte. Tremendamente pornográfico. Y conocía el tono. Las expresiones… Tan conocidas. Tan vividas aquellos meses. Y subí un poco hacia arriba en la conversación…

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso? ¿Por dios, Diego? ¡Ponlo en el bolso otra vez! ¡Te van a pillar!

—¡Pues vete a la puerta y avísame! —le contesté y vi que entre los dos textos enormes había un "Sigue" escrito por la zorrita de Alejandra… que quería más… Más guarradas.

—No voy a ninguna parte. ¡Deja el teléfono en el bolso!

—¡Calla! Que hasta te van a acabar oyendo… —le dije y seguí leyendo, leyendo y leyendo. Quería retener todo aquello.

Y entonces escuché a Alejandra, ya casi en la puerta, decir:

—Pues vamos a por la tarta helada esa, entonces…

—¡Guárdalo! —susurró Aitana.

Y mientras me lo estaba diciendo yo ya lo estaba guardando, devolviendo aquel teléfono al bolso. Y me coloqué, frente a aquella mesa llena de hojas subrayadas, y comenzamos a fingir que estudiábamos, al tiempo que Alejandra y Oliver entraban y cerraban la puerta. Y segundos después, cuando Oliver ya casi estaba en la cocina, ella le dijo:

—Perdona… ¿El aseo?

—Ahí, la puerta de la derecha, detrás de la escalera.

—Vale, ya la veo —respondió ella, y yo, mientras veía al bobo de Oliver abrir el congelador,

pensé que había tenido suerte, que Alejandra iría al aseo y que después volvería al jardín, por lo que tendría todo el tiempo del mundo para seguir fisgoneando en su teléfono.

Pero no, y es que antes de ir al aseo hizo escala en su bolso, dejó las llaves de su coche y cogió su teléfono, y lo desbloqueó… y supe que la cabrona… que la zorrita… comprobaba que había recibido su regalo. Lo sentí en sus ojos… en su cuerpo. Y entonces se dio media vuelta, otra vez enseñándome su culo, sin siquiera mirarme, y después yo susurré:

—Pedazo de dedazo que se va a hacer la cabrona en el baño…

—¿Pero qué dices, animal? —dijo Aitana en voz baja mientras Oliver se iba hacia el jardín.

—Lo que te digo es que… esta zorrita y tu querido Sebastián… se ponen cachondos… jugando a que son… nosotros.

CAPÍTULO 15

ALEJANDRA

21:31

Entré y cerré la puerta de aquel aseo; otra vez, como el jardín trasero, pequeño y agobiante. En mi mano mi teléfono móvil con aquel segundo texto de Sebastián. Y sabía que me estaba engañando a mí misma, que mi huida, o más bien mi salvavidas, era lo que él me enviaba, pero aquello no podía borrar el resto de sentimientos que llevaban un tiempo atormentándome.

Llevaba casi una hora obviando que aquella chica me resultaba conocida, y que aquella chica se había puesto nerviosa al escuchar el nombre de mi marido. Llevaba casi una hora no queriendo pensar en que no entendía por qué Sebastian había pasado allí tantos días sin yo saberlo.

Y era frustrante, pues no le veía solución. No podía ir donde aquella chica y preguntarle si había sucedido algo con mi marido.

Y tampoco entendía el flirteo de Oliver: él casado, yo casada. Pero tampoco me veía capaz de

recriminarle su comportamiento. Y, con respecto al juego, me preguntaba si seguía teniendo sentido aquello de dejarme querer y así utilizarlo después para excitar a Sebastián. Mis dudas me asaltaban hasta preguntarme incluso si lo del juego no sería una excusa cuando lo que realmente sucedía era que me halagaba su cortejo.

Y aún había una persona más en aquella casa que me turbaba: aquel chico, aquel tal Diego, que sentía que no dejaba de mirarme, que me examinaba incluso más que la propia Aitana, quizás porque él también sabía lo que sabía ella… Confiaba en Sebastián, pero era imposible no sospechar que hubiera hecho algo malo, que hubiera generado algún conflicto allí. Pero de nuevo la imposibilidad de encontrarle remedio. ¿Acaso podía ir dónde él y pedirle que dejara de incomodarme con su mirada?

Me revisé en el espejo: mis ojos parecían más claros con aquella luz, pero lo que más me llamó la atención fue el sofoco que exteriorizaba; y me sobresalté al verme así, temiendo que estuviera mostrando un esclarecedor agobio ante Oliver, Aitana y Diego.

Me observé más abajo y quise saber si de verdad era posible aquello que había insinuado Oliver, aquello de que mis pezones habían estado atravesando sujetador y camisa, revelándole que estaba teniendo frío. Y ya desde un principio todas las pistas que dejaba mi sujetador iban en la misma dirección: no tenía aros, las copas eran únicamente de encaje, sin nada en absoluto de relleno… Aquello era solo encaje sutil y pecho… y en cuanto a la camisa, poco más fina podría ser… por lo que la opción de que el relieve y voluptuosidad de mis pezones sí pudieran haber sido percibidos por él ganaba enteros; y por tanto sí era muy probable que aquel hombre me hubiera incomodado con una obscenidad real.

—… Menudo… cerdo… —susurré para mí, separando un poco mi camisa rosada del sujetador oscuro, de nuevo indignada y a la vez decepcionada por no haber tenido la lucidez ni la malicia de haberle contestado como había merecido.

Y entonces mi teléfono se iluminó y vi que mi marido, tras su enorme texto, me había vuelto a escribir:

—¿Qué? ¿No dices nada?

Me quedé pensativa. Era como si necesitase ordenar mis ideas antes de volver a él. Así es que de nuevo pensé en la chica y comencé a sopesar la idea de quizás intentar hablar con ella en algún momento en el que Oliver no estuviera presente… y preguntarle por Sebastián. De lo que no tenía ni idea era de cómo sacar información sin quedar como una esposa loca y celosa.

—Ya está anunciada la puerta de embarque, parece que no va a haber retraso —me escribió mi marido, y entonces sí, a pesar de mi mar de dudas, y a pesar de no tener quizás el cuerpo y la mente preparados para aquello, comencé a leer:

“El narrador le ordenará a Julián que se retire, que saque su polla de tu boca y que te coma el coño. Te mueve, te usa, te tumba. Tú, Blanca, con los ojos vendados, sientes cómo discurre su semen por tu torso, por tus pechos, y llevas tus delicadas manos a contener esos torrentes,

cuando de golpe sientes su aliento. Y sabes que te va a destrozar, que te va a deshacer. Él se detiene, simplemente respira frente a tu coño… como hace siempre… y eso te mata. Cuando sientes sus labios en tu sexo tiemblas, cuando sientes su lengua te retuerces. Y querrías que siguiera, pero te da la vuelta, te pone a cuatro patas y vuelve a tu sexo, pero ahora con dos dedos. Te penetra. Te taladra. Gritas… Quieres escuchar la orden de que te folle… pero no llega… Lo que llega es tu orgasmo, sorprendente, antes de tiempo, tan pronto que te avergüenza. Lo gritas, lo chillas… tiemblas… y sientes que eyaculas cómo solo haces esas veces que estás especialmente excitada. Esa explosión tímida y transparente. Ese pequeño chorro que sale de ti, de tu coño, y que te abochorna. Y sabes lo que viene. Lo sabes porque el narrador te lo ha ordenado ya muchas veces cuando eso sucede: te quitas la venda de los ojos, gateas, te das la vuelta, miras a Julián… lo miras con deseo y con amor, le miras los dedos, que aún tiene juntos y que sabes que los tiene embadurnados de ti; lo admiras, sabes que ha nacido para follarte… Y después… bajas la cabeza y cumples con tu vergüenza… y… llevas tu boca hacia el suelo… y lames ese charco indigno que tú misma has creado. Sacas tu lengua y lames ese estropicio, esa convulsión húmeda, ese chorro que salió disperso de ti… por culpa de lo que te excita Julián.

Alejandra, tócate, y MÉTETE UN DEDO EN EL COÑO… hasta el fondo… y después métetelo en la boca… e IMAGINA que así sabe el flujo transparente e impetuoso de BLANCA".

Posé el teléfono sobre el lavabo, y como por acto reflejo iba a mirarme en el espejo, pero no lo hice. No lo hice porque me avergonzaba. Me avergonzaba verme pues me ruborizaba que ni siquiera estuviera dudando… Subí un poco mi minifalda gris… y llevé una de mis manos abajo… hasta llegar a palpar mis bragas. El texto seguía allí, sobre aquella pantalla de teléfono que no se apagaba… e imaginé a Julián, como tantas veces había hecho: su pelo rubio y corto, sus ojos verdes y pequeños, su rostro liso, puro, sin barba, con algunos pequeños granos aún, restos de su pasada adolescencia… y lo imaginé frente a mí, con aquellos dos dedos juntos y mojados, después de haberme penetrado con ellos… y cumplí: colé mi mano por dentro de mis bragas y enseguida noté unos labios hinchados, labios que no tuve ni que apartar… pues la oquedad se me exponía… y… mi dedo corazón comenzó a deslizarse… Y allí, de pie, apoyando una mano en el lavabo y con el dedo corazón de la otra mano metido hasta el fondo de mi sexo.. llegué a temblar, de igual forma a como imaginaba que temblaba Blanca… Y sentí un calor que me agobiaba, como si mi coño quemase… y entonces aquel dedo… salió de allí… y fue a mi boca… y lo chupé… y el sabor era extraño, pero no desagradable, denso, cálido… y lo chupé un instante más… mientras mi mente volaba a Julián… mientras imaginaba a aquel chico, tan guapo, tan morboso, tan ansioso, mirando hacia el narrador… mirando hacia aquel hombre maduro y manipulador, diciéndole con la mirada que quería follarme.

Escuché entonces un ruido, unos pasos al otro lado de la pared, por el salón, que me sobresaltaron y que me obligaron a volver al mundo real y a recomponerme. Y, mientras lo hacía, mientras cubría de nuevo mi sexo con la seda de mis bragas y bajaba mi minifalda, me sentía ridícula, burda, allí, en una casa ajena; me sentía a la vez obscena e infantil, excitada constantemente por aquellos textos de Sebastián.

Finalmente, y todavía temblando por mi excitación, le escribí a mi marido diciéndole que me alegraba de que su vuelo fuera a salir puntual, y que nos veríamos pronto. Y no le quise comenta nada de su texto, pues por algún motivo no quería reconocer cómo me había puesto.

Tiré de la cisterna, abrí el grifo y mojé mis manos bajo el lavabo. Y después me armé de valor y salí del aseo, con las mismas dudas, pero mucho más excitada que tras el primero de sus mensajes. Salí del aseo y no quise mirar a los chicos, pues seguía con aquella sensación negativa como si mi subconsciente supiera que en ellos sucedía algo que no me convenía descubrir.

Fui hacia la cocina con la intención de bajar otra vez aquellos dos peldaños hasta llegar al jardín. Sabía que allí me esperaba Oliver, pero, antes de llegar a él, antes de cruzar por completo la cocina y empujar la puerta acristalada tras la cual estarían expuestas su tarta helada y su sonrisa incómoda, me detuve, y miré mi reloj, y reparé en que aún faltaban más de dos horas hasta que Sebastián aterrizase. Y sentí, al frente, al otro lado del cristal, al turbio Oliver; y, detrás de mí, las miradas de aquel chico al que me resistía a mirar fijamente, y a aquella chica que yo sentía tan cercana y conocida que me estaba volviendo loca.

Y entonces me dije que no podía seguir intentando luchar contra todo y contra todos. Me dije que debía huir de allí. Que no jugaría más. Que me despediría de Oliver y me iría a mi casa, y después esperaría a que Sebastián llegase y, hubiera sexo o no, le diría la verdad:

Le diría que había estado en casa de Oliver y Helena, que había descubierto que había pasado más tiempo allí de lo que yo pensaba, y le preguntaría qué problema… o qué había ocurrido entre él y aquella cría vestida de uniforme y cuyos ojos se clavaban permanentemente sobre mí.

CAPÍTULO 16

DIEGO

21:31

—¿¡Que juegan a qué!? —preguntó Aitana mientras Alejandra entraba en el cuarto de baño.

—¡Shh…! —le hice callar, sintiéndome bien pues era yo por fin el que la cortaba a ella y no al revés. Y cogí mi móvil para guardar el número de teléfono de aquella zorrita antes de que se me olvidase.

—Dime… Diego… En serio… ¿Qué dices? ¿Qué has leído? —se desesperaba ella entre susurros.

,—Alejandreta… Zorrita… —decía yo en voz baja, guardándola con aquel nombre en la agenda de mi teléfono y martirizando a Aitana.

—¿Me quieres explicar? —se retorcía ella en el sofá y yo miré hacia la cristalera, comprobando que la jirafa boba no se asomaba ni volvía a entrar en casa.

—Pues eso… lo que te estoy diciendo —le contestaba ya incapaz de retrasarlo más—. Pues seso… que fantasean, o juegan… a que… ella… es Blanca… y Sebastopolo no se si representa… o hace… de mí… bueno, de Julián, que es lo mismo.

—Vamos a ver. No lo entiendo. ¿Pero él le envía párrafos del libro?

—No… No exactamente… Era parecido. Parecido a lo que escribió en el libro. O sea. A las cosas que hicimos… pero no sé, un poco diferente. Como si estuviera improvisando situaciones parecidas.

—¿Y se lo envía?

—Sí… Aitana… Se lo envía… Y se pone cachonda, la perraca esa que está en el baño… Que se estará haciendo un dedazo. No sé… es que le decía algo así como tócate mientras lo lees… y chúpate un dedo.

—¿¡Pero qué dices!? —exclamó.

—Que te lo juro.

—*Joer*, es que es muy fuerte… —susurraba para sí Aitana.

—Pues ya ves. Ahí está la tía… con nosotros aquí… Y ahí está… dándose duro… imaginándose que es… Blanca, o sea tú, o yo qué coño sé. Y además que si la falda… que si la corbata… ya sabes… todas sus historias.

—Es que no me lo estoy creyendo… —se desesperaba ella.

—¿Pero qué no te estás creyendo? No solo sabe todo sino que además se está riendo de nosotros —respondía yo, calentándome en los dos sentidos de la palabra.

—No puede ser… ¿Y viene aquí y no nos habla? No sé… Ya que viene… eso. Es que no lo entiendo —susurraba ella, y era cierto que había algo que no encajaba, pues parecía pasearse con timidez por delante de nosotros, pero a la vez era todo una enorme provocación.

—Ya. Eso es verdad. Tan chula para plantarse aquí y hacerse un dedazo aquí mismo para después… No sé. Igual le hace gracia hacerse la mojigata. No descarto en absoluto que sea tan

viciosa o más que el puto Sebastopolo.

Entró entonces desde el jardín… el que faltaba: la jirafa curiosa de Oliver.

—Qué pesado es… —susurré—. Igual va al baño a unirse a ella.

—Este no sabe nada… Seguro —dijo Aitana en voz baja, y Oliver cruzaba la cocina y llegaba rápidamente hasta nosotros.

—Os aparto esto, para que estudiéis mejor —dijo, y se llevó de la mesa los tres libros que estaban junto a los apuntes.

—Bueno, bueno, bueno… —susurré mientras se iba hacia la cocina.

—¿Qué? —preguntó Aitana con voz tenue.

Y yo miraba cómo el cabrón de Oliver dejaba dos libros sobre la barra de la cocina y se iba con uno, UNO, hacia el jardín, dejándonos solos otra vez.

—Pero… menudos hijos de puta —dije en tono más alto y sin cortarme, mientras escuchamos el ruido de la cisterna proveniente del cuarto de baño. Y casi al instante se pudo oír el sonido de un grifo, y Aitana se desesperó más:

—¿Pero me puedes decir qué pasa ahora?

—Pasa que… Alejandreta se está lavando las manitas… después de su tremendo dedazo… Y pasa que la jirafa boba de tu neopadrastro sabe todo, hasta el punto de que se ha llevado tu querido… “Te lo diré tres veces” al jardín… para leerlo con esa zorra y reírse de nosotros.

—¿Qué dices? —susurró Aitana, ya en una muletilla constante, mientras Alejandra salía del cuarto de baño; y de nuevo ni se giraba para mirarnos, e iba hacia el jardín; pero entonces se detuvo un momento en la zona de la cocina, y miró su reloj… y después salió por fin para encontrarse con el bobo que la esperaba.

—Lo que oyes, Princesa. El idiota de Oliver ha cogido el libro… y ahora van a empezar su club de lectura… para reírse de nosotros… O para ponerse cachondos… O las dos co…

—¿Pero el libro estaba aquí? —me interrumpió.

—Sí.

—¿Y qué hacía aquí?

—¿Qué más da, Aitana? Me lo olvidé ayer aquí.

—Estoy flipando… No entiendo nada… —susurraba Aitana, hecha un lío, y yo sabía que sus

temores obedecían sobre todo a que si Oliver sabía que los del libro éramos nosotros era altamente probable que también lo supiera su madre.

—Menuda panda… Estos se van a enterar… —dije, y miré mi teléfono, y leí aquel nuevo contacto, aquel "Alejandreta Zorrita", y la recordé saliendo del cuarto de baño con el teléfono en la mano.

Y recordé también su caminar falsamente tímido, la silueta de sus tetas bajo la camisa, sus tacones, su falda que seguro había subido, o bajado, para meterse bien el dedo… como le había ordenado su maridito enfermo Sebastopolo…

…Y me di cuenta de que si jugaban a ser nosotros era evidente que "Alejandreta Zorrita" se había hecho un dedo imaginando que… quién se había corrido sobre sus más que destacables tetas… y quién le había comido el coño… y quién le había metido los dedos hasta hacer que se corriera… había sido… YO.

CAPÍTULO 17

ALEJANDRA

21:37

Mis intenciones de huida eran claras, y con esa convicción llegué al jardín trasero, pero allí me d de bruces con un Oliver que, sentado a la mesa, frente a dos pequeños platos ocupados por dos porciones de tarta helada de chocolate y nata, leía la novela de Sebastián.

Y salió de mí un impulso incontrolable de recriminación:

—¿No me habías dicho que… tenías prohibido leerla?

Lo solté también con la curiosidad de saber si me había mentido, y, mientras él me contestaba, y con la intención de irme a no mucho tardar, me senté frente a él.

—Ya… Bueno… Solo la estoy ojeando. "Para A".

—¿Perdona? —dije haciéndome con una cuchara que estaba sobre el mantel blanco y cruzando las piernas.

—“Para A”, que te lo dedica a ti. “Para A”, para Alejandra —hablaba él en tono suave, como suave era la brisa que allí, en aquel cuadrado opresivo, seguía arremolinándose como en ningún otro lugar.

—Ah, ya. Podría haber puesto el nombre completo, la verdad.

—Ya sabes… los artistas. No, en serio. Ya que yo lo tengo prohibido… podías leérmelo tú —dijo, dejando el libro sobre la mesa, a mi alcance, y me miró fijamente.

—Sí, ¿no? ¿Quieres que te lea partes para que te pongas… a tono? —dije entonces, resarciéndome por fin, contraatacando. Y me sentí bien.

Y él esbozó una mueca, como si se sorprendiese o si valorase por fin mi rebeldía, mientras yo llevaba la cuchara rellena de chocolate y nata fría a mi boca, con un pulso tan férreo e impecable que me reconfortó.

—Bueno. Pues dime de qué va —dijo, y se llevó él también una cucharada a la boca, y se respaldó después contra la silla.

—Pues… así a grandes rasgos —acepté sin estar muy segura de cuán explícita quería ser—. Pues… el argumento básicamente consiste en que un narrador, del que nunca se sabe el nombre, el cual es un hombre, digamos, maduro… espía, o más bien observa, por casualidad, a una pareja joven teniendo sexo un día.

—Vaya… ¿Cómo de jóvenes?

—Bueno, mayores de edad, evidentemente, con los dieciocho más que cumplidos pero aún… colegiales, digamos —contesté y esperé un instante por si él me volvía a interrumpir, pero no lo hizo—. Y… digamos que la pareja se da cuenta de su presencia, pero… no le importa… o al menos… digamos que continúa.
i
—Que continúan… follando. Aunque ya sepan que el señor está mirándoles.

—Sí. Eso es. Bueno. Tampoco es un señor. No se dice la edad, pero al menos yo no lo imagino tan mayor. Y… eso, resumiendo, que a partir de ahí… como que van surgiendo otros momentos… no sé si citas… digamos que otros encuentros, más casuales o más preparados… en los que el narrador los ve teniendo sexo… y ellos acceden y obedecen…

—¿Obedecen?

—Sí. Él les va diciendo lo que deben hacer…

—¿Como qué? —provocó él, y yo henchí los pulmones, me aparté la melena de la cara, lo miré, y, sin amilanarme, le dije:

—Pues… les dice las posturas… Le dice al chico, Julián… dónde… dónde correrse… Cómo follarla… Le dice cómo vestirse… por dónde penetrarla…

—Caray.

—Sí. Ya ves. Bueno, y muchas más cosas. Y más ramificaciones de trama. Y sentimientos entre ellos. No es solo sexo, ni mucho menos. Bueno, que no sé a todo esto si no me estoy metiendo en un lío. No vaya a ser que tu mujer se vaya a enfadar… por lo que estamos haciendo… —dije, siendo yo la provocadora.

—Ya… No, no sé —reculaba él dubitativo—. Pues sí que es fuerte, sí. ¿Y el narrador… participa? —preguntó.

—¿Cómo que si participa?

—Quiero decir que… si se llega a unir a los chicos en alguna escena… o parte… o cómo se llame.

—Pues léelo y lo sabrás, ya que tienes tanta curiosidad.

—Como bien sabes… no me dejan —sonrió y su mirada se iluminó.

Y yo entonces, sin saber bien por qué, cogí aquel libro, y revisé aquella portada que no me gustaba. Y sentí de nuevo un poco de frío, por la brisa, por la tarta, pero como si fuera una sensación únicamente superficial, pues mi corazón palpitaba y me sentía agitada por dentro.

—¿Más vino? —preguntó.

—¿Me quieres emborrachar? Tenemos que conducir en un rato.

—No. Emborrachando es demasiado fácil —dijo lentamente.

—¿El qué es demasiado fácil? —pregunté, siempre contraatacando, y abrí el libro por una página aleatoria.

—Cometer errores…

—Tranquilo, estoy segura de que no cometeré ninguno.

—No, si me refería a mí —dijo y yo bajé la mirada hacia la novela.

Y entonces, casi sin querer, y sintiéndome observada, comencé a leer en diagonal hasta que me encontré con una descripción de Blanca, la primera del libro, y a pesar de la incomodidad de

tener a Oliver frente a mí, leí rápidamente y para mí:

"No fue hasta la tercera o cuarta vez que vi a Blanca que reparé verdaderamente en ella. Su melena dorada brillaba y su caminar era como una pluma suelta que flotaba por la casa. Todo era leve hasta que te miraba, y casi nunca lo hacía fijamente, pero no era necesario, pues uno se sentía especial cuando te miraba ella, aunque solo fuera de manera fugaz. Era mujer y era chica. Fingía ser seria, ya haber madurado, pero era traviesa en cada movimiento. Su cuerpo ya no podía ser disimulado. El uniforme era una trampa. Sus piernas, enfundadas en sus calcetines hasta las rodillas lucían así más largas. Sus pechos y su culo golpeaban falda y camisa con la incontinencia de una madurez que ya había llegado. Ella adornaba la sobriedad de su vestimenta con pequeñas pulseritas en su mano izquierda y con una gargantilla dorada que colgaba de su cuello hacia un escote que nunca enseñaba. A pesar de su recato había mucho de generoso en ella, especialmente el azul de sus ojos y el grosor de sus labios; y desprendía un erotismo tímido cuando algo la avergonzaba, aderezando su belleza con movimientos gráciles, tocándose las cejas o recolocando su melena rubia tras sus orejas. Desde aquel día supe que si la miraba una vez más, solo una más, mi vida se iba a complicar".

—Bueno, ya que no me lees nada… soy yo ahora el que se va al aseo —susurró Oliver desvelándome cuánto me había abstraído.

Y, mientras se levantaba y me abandonaba, entrando en la casa, reparé en que Julián, el novio de Blanca, no había sido objeto de un párrafo concreto con una descripción tan completa. Sus formas, su personalidad e incluso sus atributos, aparecían dispersos por la novela, creando en mí, como lectora, una necesidad constante de saber más y más de él, hasta por fin y solo casi al final, tener una idea completa de aquel chico.

Comencé a pasar páginas con la intención de encontrar aunque solo fueran frases sueltas en las que él apareciera descrito, pero no las encontré, así es que empecé a recordar cómo era… cómo era su tez blanca, su pelo rubio, su raya a un lado. Su mirada intrigante y el arco de ángel de sus labios. Sus pequeños granos y su frente estrecha. Era delgado, pero no estrecho de hombros. Era ligeramente alto, pero no de manera exagerada. Su sonrisa era limpia, pero rara vez la regalaba. Y tenía un ímpetu desaforado, e irradiaba una sexualidad casi ancestral, como si no estuviera contenida por limitaciones sociales. Lo que sentía, lo hacía. "Casi setenta kilos de hormonas incontrolables" había escrito el narrador. Y con Blanca, cuando se juntaba con ella… salían a la luz las descripciones espesas, su polla larga, rectísima y oscura, que contrastaba con la blancura del resto de su cuerpo, y su glande violáceo y brillante, siempre, como él, a punto de estallar… Y su don: esa magia que él tenía al follarla… y sobre todo esa manera de correrse… la manera de… empaparla; siempre presumiendo de ello, provocando con ello, llegando muchas veces a alejarse medio paso para demostrarle que la bañaría salvando aquella distancia… Y cómo la miraba mientras lo hacía, con sus ojos pequeños y verdes y su ceño fruncido. Y comencé entonces a recordar su manera desgarbada, su camisa blanca de uniforme remangada, su botón desabrochado de más que mostraba un pecho blanco y liso…

… Cuando escuché de pronto un ruido, en los escalones, casi a mi espalda, y me volteé pensando que sería Oliver…

… ¡Pero era ÉL!

¡Él! Era Julián… Era el chico que… Era el novio de Aitana. Estaba allí. El chico que había estado todo aquel tiempo en el salón… Y mis pulsaciones se dispararon. Y temblé. Y me miraba Julián me miraba. Era real. Existía. Y me quedé petrificada.

Y entonces, con la voz suave pero a la vez madura que se había descrito tantas veces en la novela, dijo:

—Hola.

CAPÍTULO 18

DIEGO

21:37

—¿Qué estarán leyendo? —le pregunté a Aitana.

—Y yo qué sé —respondió y se atusó el pelo.

Y me puse en pie, y miré hacia la cristalera, para ver si él le había dado el libro, si lo leía o qué hacían, pero por no ver no los veía ni a ellos, ya que aquel jardín trasero estaba un poco más bajo que la planta de la casa.

—Si está leyendo la parte en la que su puto marido describe mi polla… Yo si quiere se la enseño

—Pues envíale una foto… ya que tienes su número —me sorprendió ella en un susurro.

Yo dudé, y después dije:

—¿Si ella no tiene mi número guardado lo puede recibir?

—No sé… creo que sí.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Aitana? —le pregunté, casi hasta perplejo por su cambio

radical.

—No sé… Lo dije por decir.

—Ya… por decir… de no dejarme mirar su cartera a decirme que le envíe una foto de mi polla…

—Olvídalo… ¿vale? Te he dicho que ni lo he pensado —contestó y comenzó a mirar hacia aquellas hojas suyas, y yo sabía que era imposible que pudiera volver a estudiar después de lo que habíamos descubierto.

Vi mi teléfono sobre la mesa. Lo cogí. Y ella vio de reojo cómo lo cogía. Pero no dijo nada.

De pie. Frente a la mesa. Frente a Aitana. Con mi teléfono en la mano. Comencé a imaginar a Alejandra en el cuarto de baño, sentada sobre el retrete, con la falda en la cintura… bien subida… y leyendo de su teléfono las guarradas que le había enviado el puto Sebastopolo. Y me la imaginé tocándose bien el coño, imaginando que Julián, o sea yo, Diego, le comía el coño. Me imaginé que había perdido completamente el control en el cuarto de baño, que había apartado su teléfono, se había abierto la camisa y se había quitado las bragas… y se había masturbado, como una loca, imaginando que YO la follaba… mientras se apretaba una teta con su mano libre… ¿Y las bragas? Las bragas en su boca… mientras apretaba teta y perforaba coñito… ¿Y su orgasmo? Jadeante y babeando sus bragas… con los ojos cerrados y su boca abierta… hasta que sus bragas habían caído al suelo…

—Diego… ¿Te estás empalmado…? —escuché a Aitana decir. Y miré hacia abajo, y ella miraba hacia una entrepierna que había abultado mi pantalón azul marino.

Y entonces. Sin cortarme. Pero antes mirando hacia el ventanal para comprobar que nadie me veía, bajé la cremallera de mi pantalón, abrí el hueco de mi calzoncillo… y saqué mi polla dura, en horizontal… y la liberé… Y grande y recta apuntó hacia Aitana.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Guardate eso! —protestó ella, llevando sus ojos de mi miembro hacia la ventana de la cocina.

Y yo desobedecí, y una de mis manos fue a aquella piel oscura, y la eché hacia atrás, descubriendo mi glande, milímetro a milímetro… Y en mi otra mano mi teléfono móvil, y enfrente Aitana, a la cual había masturbado no hacía mucho… Y dudaba entre el placer mental de sacar una foto y enviar aquella locura a Alejandreta Zorrita y el placer físico de pedirle a Aitana que usara su boca… para endurecer más aquello.

—¡Diego, por dios! ¡Que viene!

—¿¡Qué!? ¿¡Quién!? —exclamé, y me giré para darle la espalda a la cocina, y escuché la puerta, y después pasos, mientras me guardaba la polla. Y eran indudablemente las pisadas del idiota de Oliver. Y yo intentaba guardar aquello, pero era imposible… hasta que escuché cómo abría y después cerraba la puerta del cuarto de baño.

—¿Me ha visto? —pregunté, consiguiendo por fin colocar mi polla, hacia arriba, pero dentro de mis pantalones y calzoncillos.

—No, no te ha visto. No ha mirado hacia aquí. Estás todo el día haciendo el animal… de verdad…

—¿Pero tú de qué parte estás? —pregunté girándome hacia ella.

Y ella me miró a los ojos. Y después me miró a la entrepierna.

—Estoy de la parte de que… Dios mío, Diego, menudo pollón tienes —susurró, medio graciosa, medio dándome por imposible, medio aduladora—. De ninguna parte. Contigo no puedo hablar en serio.

—Pues yo sí voy a hablar en serio con doña Alejandreta… —dije, mirando hacia la cocina.

—No serás capaz.

—Sí. Me cago en la puta. Le voy a decir algo.

—¿Estás loco? ¿Qué le vas a decir?

—Ya verás… —susurré y comencé a caminar, sabedor de que el imbécil de Oliver volvería enseguida.

Y crucé la cocina, y empujé aquella puerta acristalada que comunicaba la casa con el jardín y que no paraba de abrirse y cerrarse. Y llegué al primer escalón de los dos que había hasta bajar al jardín, y la vi:

Vi a aquella chica en camisa rosa y falda gris, que se giró al oírme aparecer…

… Y me miró… Me miró con una cara extrañísima, cómo si no contara con verme allí, o cómo si dudara en estar confundiéndome con alguien…

… Y yo, de golpe sin saber bien qué decir, y de nuevo impactado y afectado porque era realmente guapa, simplemente dije:

—Hola.

CAPÍTULO 19

ALEJANDRA

21:46

—Hola —alcancé a responder mientras él bajaba los dos escalones.

—Eres… la mujer de Sebastián —afirmó más que preguntó, acercándose, con aquella voz que sonaba realmente bonita, como se había descrito en la novela.

—Sí.

—Yo soy… el novio de esa chica… a la que no quieres saludar… Aitana —dijo, ya cerca de mí, él de pie y yo sentada, mientras hacía un gesto hacia el interior de la casa.

Y yo pensé en ella. En Aitana. En su melena rubia, en sus pulseras, en su collar, en cuando se tocaba la ceja en dos golpes rápidos, como si la peinara, y en cómo se había recolocado el pelo tras sus orejas… minutos atrás… como…

e… como Blanca.

Eran ellos. Los había tenido delante todo aquel tiempo. Y mi subconsciente lo había querido negar.

—Se te va a derretir… —susurró, y yo miré hacia mi plato, hacia aquella tarta helada deshecha, iy después miré hacia arriba, hacia él; lo tenía casi encima. A aquel chico… aquel rostro liso, sus manos… hasta su lenguaje corporal era el descrito, el imaginado.

—Me da igual… —dije, mirándole a los ojos, a aquellos desafiantes e intimidantes ojos verdes, y después miré más abajo, pues sentí un movimiento… en su pelvis. Miré… sin querer… a su entrepierna… Y temblé. Y me sentí culpable por mirar. Pero aquella prominencia marcando su pantalón de uniforme no solo había sido descrita e imaginada… sino que me había llevado al éxtasis muchas noches.

Era culpa. Era excitación. Y también era un extraño temor. No tenía tiempo para pensar, pero las dudas sobre qué había pasado, qué habría sido real y qué no, comenzaban a golpearme.

—¿Me has mirado la polla? —preguntó, matándome.

—¡No…! —susurré, acorralada, con mi espalda contra la silla.

Y él llevó una de sus manos a mi plato, y recogió nata con dos o tres dedos.

Su pecho. Sus labios. Su uniforme. Su mirada. Me avergonzaba la idea de que él supiera la cantidad de veces que me había masturbado… y que mi marido me había follado… mientras lo imaginaba a Él. Mientras lo imaginaba tal cual así. Tal cual lo tenía delante, a centímetros de mí.

—En serio, ¿a qué juegas? ¿a qué has venido? ¿vienes a reírte de mi? ¿o vienes a calentarme…?

—¿Qué? No… —balbuceé, sintiendo hasta temor de que él sintiera aversión por mí.

—¿Seguro? —preguntó—. Joder, se te notan los pezones —susurró, matándome otra vez.

Y su mano, manchada de nata helada, fue hacia mí, hacia mi torso, hacia mi pecho, hacia mi camisa rosa.

Y yo, inmóvil, hierática, me sentí tan avergonzada y a la vez tan intimidada por él… por su voz… que cerré un instante los ojos.

Y me tocó, sobre la ropa, y sentí frio. Me sobaba la teta con su mano impregnada en nata, y notaba cómo me calaba, atravesando camisa y sujetador… hasta mojar y enfriar mi teta. Uno. Dos. Tres. Cuatro segundos. Llegó a dibujar dos círculos allí… haciendo que mi pezón repuntara aún más, y entonces le agarré la mano, para detenerlo.

Lo toqué. Toqué a Julián. A Diego. Piel con piel. Mi mano en su muñeca. Aunque casi sin fuerza.

—¿Qué? —provocó chulesco, como era él, como había sido descrito, como lo había imaginado, y entonces apretó un poco mi teta, casi haciéndome daño, y me miró… Sentí su fuerza mientras seguía sintiendo cómo la fría nata empapaba y atravesaba mi camisa, mi sujetador, y mi teta…

—¡Ahh…! —protesté y parpadeé lentamente, en una caída de ojos equívoca.

Y entonces retiró su mano y me susurró:

y

—Eres una zorrita que viene a provocar… Ya sé vuestro juego. Lárgate de aquí…

Y entonces otra vez ruido a mi espalda. Y me eché inmediatamente hacia adelante. Y vi de reojo que era Oliver, que ya volvía.

—¿Diego, qué? ¿Qué haces aquí?

—Me aburría, Oliverio. Y vine a saludar —le respondió, seguro de sí mismo, mientras yo seguía sintiendo aquel frío en mi pecho e intentaba disimular delante de Oliver.

—No me llames así. Y si te aburres ponte a estudiar o vete a tu casa.

—Vale, vale. Solo me quería presentar, ya que ella no lo hizo.

—Igual no tiene por qué —dijo Oliver al tiempo que Diego, que Julián, comenzó a subir los dos escalones hacia la cocina.

Y aquel chico se marchó, dejándome una teta mojada y todo el cuerpo temblando.

—Perdona, no sé qué le pasa a este crío últimamente —dijo Oliver, sentándose frente de mí, y poniendo de repente su mirada turbia sobre mi teta manchada.

CAPÍTULO 20

DIEGO

21:46

Me devolvió el saludo con una vocecilla que creí que me estaba puteando. Y cuando le pregunté si era la mujer del puto Sebastopolo me respondió con un “Sí… ” que más parecía un pajarillo asustado que una mujer de treinta y pico, guapa de cojones, y que había venido a tocarnos las pelotas a todos en general y a calentarme a mí en particular.

Le dije que era el novio de Aitana y que por qué no la saludaba, mientras me acercaba a ella. Joder… de cerca aún estaba más buena. Y la cabrona no se movía de su silla, mirándome todo el rato como si estuviera viendo a un jodido extraterrestre.

Reconozco que me hizo dudar. Que mientras caminaba los escasos pasos hacia ella me preguntaba si sería posible que de verdad fuera un gorrioncillo nervioso que no tenía puta idea de nada.

Joder, qué buena estaba. Con su media melena castaña, sus ojos verdes… sus labios apetecibles… sus piernas algo separadas… Su faldita, su camisa… Parecía la boba de las películas porno que siempre acaba siendo la más puerca. Una muñequita, estilizada, con brazos delgados y piernas delgadas. Una cosita delicada en todo salvo porque se adivinaban unas tetazas

de hembra en sus máximos que seguro eran más grandes que las de Aitana.

—Se te va a derretir… —le dije, de pie, a su lado, refiriéndome a la tartita helada que le encantaba al bobo de Oliver y que yo también había comido allí más de una vez.

Y me dijo que le daba igual. Creo que fue lo primero que me dijo con voz un poco normal. Yo seguía despistadísimo. Mi mente no paraba de maquinar, buscando señales, la miraba y en mi cabeza rebotaba constantemente un "¿pero esta zorrita de qué coño va?".

Y entonces fue cuando se precipitó todo. Y es que me di cuenta de que se le notaban los pezones bajo la camisa. Joder, dos pezonazos tremendos, como dos boyas sobre un mar rosado, y durante una fracción de segundo pensé que sería por el frío, pero al instante me dije que la cabrona llevaba un calentón de tres pares de narices. Evidente. Tras leer los parrafitos guarros de Sebastopolo en su teléfono. Tras leer partes del libro porno con la jirafa boba. Y la manera de mirarme. De mojigata nada. Aquella zorrita estaba que se fundía. A punto estuve de decirle que se iba a escurrir en la puta silla porque si sus pezones estaban así no quería ni imaginar cómo estaría su coño.

Pero necesitaba una señal más. Algo que me hiciera lanzarme. Aunque aún no sabía en qué consistiría mi… "lanzamiento". Y llegó enseguida. "Joder, qué zorrón…" exclamé para mí cuando vi hacia dónde miraba.

Aunque en su defensa diré que hubo movimiento, que capté su atención sin querer. Que mi polla colocada hacia arriba desde que casi me había pillado la jirafa boba, se desplazó hacia un lado, seguramente por estar viéndole los pezones a esa señorita. Sentí mi polla moverse bajo mis pantalones y los ojos de Alejandreta… sin perder detalle.

Y entonces no me corté y le pregunté si me había mirado la polla.

Qué carita… menudo "¡No…!" pronunció. De nuevo el pajarillo asustado. Pero ya no colaba. Casi me había engañado, pero aquella zorrita había venido a que le dieran guerra. A putearnos, a calentarnos… o quién sabe si a calentar al bobo de Oliver. Y quién sabe si a rematar con él. El vinito, el libro, sus pezones… su carita…

Cogí entonces un poco de nata derretida de su plato, e iba a hacer el imbécil, llevándomela a la boca… chupar nata mientras la miraba, un poco peliculero, pero se me ocurrió algo mejor. Y entonces le pregunté a qué coño había venido y si su intención era la de calentarme, y soltó otro "No…" que yo evidentemente no me creí.

Y lo hice. No me pude contener. Y estaba completamente seguro de que no se apartaría. Y si lo hacía sería para hacerse la tontita, pero sabía que en realidad lo quería.

Joder, puse mis dedos llenos de nata fría en su tetaza… Bueno, sobre su camisa rosa de ejecutiva calientapollas… Joder… qué tacto. Noté pezón. Noté teta… La mojé enterita. Y la cabrona, evidentemente, se dejó hacer. Fueron unos segundos maravillosos. Esos segundos en los que se confirma por completo que la zorrita sí quiere… son los mejores. Son mágicos. Hay como una

conexión.

Hice unos círculos con mis dedos, creando un estropicio de agua y nata derretida sobre su camisa rosa… Me pregunté qué mierda de sujetador llevaría, pues apenas se notaba. Desde luego no parecía un sujetador preparado para contener semejante teta. ¿Iría siempre así a trabajar? Menuda zorrita…

Y su pezón crecía tanto que creí que iba a cortar su casi inexistente sujetador y su delicada camisa y me iba a cortar la mano. Joder con la muñequita: era todo consistencia por debajo; ella era la dureza y su ropa la delicadeza. Incontenible. Bestial. Joder… "¿y cómo sería verle ese pezón?" me pregunté mientras veía cómo se transparentaba ya una areola enorme… un círculo extenso que ponía su feminidad en órbita. Unas areolas de mujer en total plenitud.

Pensé en que aquellas tetas tenía que verlas. Pensé que si ella quería guerra, la tendría.

Y entonces me agarró la muñeca, pero tampoco con muchas ganas. Algo en plan "para, pero no pares". Era muy fácil leerla. Y entonces apreté un poco su teta… Joder, qué mezcla perfecta de firmeza y suavidad. Toda mi mano mojada apretando su teta, y entonces ella se quejó con un "¡Ahh…!" algo exagerado, incluso mimoso. Y después me dedicó una caidita de párpados que no dejaba lugar a dudas… Me decía que era de las que les gustaba que le dieran caña.

Y no es que la quisiera dejar a medias, pues estaría apretando aquella teta un cuarto de hora más, pero escuché cómo se acercaba desde la cocina la jirafa boba y tuve que quitar mi mano. No sin antes decirle lo que pensaba: que sabía que había venido a provocar, que sabía de su juego de tarados… y después le dije que se marchara cagando leches… Aunque eso último no lo quería realmente. Lo que quería era que siguiera danzando por la casa, empitonada y buscando polla. Si fuera la mía mejor, pero cómo acabase retozando con el bobo de Oliver también sería algo digno de recordar. Quién sabe, quizás fuera la manera de que Aitana y Helena se deshicieran de él. Desde luego no sería yo quién encubriera a semejante imbécil.

—¿Diego, qué? ¿Qué haces aquí? —preguntó el tonto del pantalón ceñido.

—Me aburría, Oliverio. Y vine a saludar —le respondí al bobo del neopadrastro de Aitana, jodiéndole, pues él odiaba cuando lo llamaba así.

Y me echó de allí. O más bien me dejé echar. Y ya desde la cocina, a través de la cristalera, vi cómo Alejandreta zorrita quería disimular aquella teta mojada, pero no se le daba demasiado bien.
Y después vi cómo la jirafa boba, sentado frente a ella, le miraba las tetas con un disimulo que tendía a cero…

… Y pensé de nuevo en si a la zorrita ya le valía cualquiera… o si había venido a que fuera yo y solo yo el que la calmara un poquito.

CAPÍTULO 21

ALEJANDRA

21:52

—Caray. ¿Se ha tropezado el crío este o qué? —dijo Oliver, sin dejar de mirarme el pecho.

—No, no, qué va. He sido yo sola —contesté, revisándome, y viendo que se me transparentaba e pezón y la areola, y que además había un pequeño tropezón de nata

—Espera que entro y traigo una servilleta.

—No, no, da igual —dije visualizando que me limpiaba delante de él, y no quería en absoluto que se diera aquella situación.

—¿Te da igual que te vea así? —preguntó.

—Sí —respondí seria, metiéndome sin querer y otra vez en aquel juego en el que yo me dejaba, o fingía, dejarme seducir.

Y se hizo un silencio. Y él me miraba. A veces a los ojos. Y a veces a mis pechos.

Me hizo sentir incómoda. Desvié la mirada y la llevé a la mesa: los dos platos ya casi sin restos de chocolate y nata, la botella de vino, las copas, el libro de Sebastián y mi teléfono móvil. Necesitaba pensar, aclarar qué estaba sucediendo, en la medida de lo posible.

—No me has dicho en qué trabajas —dije entonces.

—Ah, pues… en una empresa financiera. Me acaban de hacer jefe.

—¿No me digas?

—Sí, sí… —respondió, y comenzó a hablar, contándome sus quehaceres profesionales. Básicamente presumiendo. Y de tanto en cuando me miraba aquella teta mojada, y yo dejaba que la mirase, pues necesitaba tiempo, tiempo para entender qué estaba sintiendo y para intentar

comprender qué estaba pasando.

Me sentía abochornada por cómo me había dejado tocar por el chico, pero a la vez, al recordarlo, me estremecía por lo real que había sido, por cómo me había sentido parte de la novela. Como si me estuviera leyendo a mí misma. Leyendo lo que yo hacía o me dejaba hacer. Habíamos sido Julián y yo. Por fin. Por fin y de verdad. Aquello no había tenido nada que ver con las representaciones que había hecho con Sebastián. Era él, Julián. Había sido real. Con una intensidad que no había vivido jamás.

—Y eso es básicamente lo que hago —dijo Oliver, haciéndome volver a él.

—Vaya, qué complicado —le dije sin haberle prestado atención.

Y afortunadamente volvió a retomar su propio hilo, dándome la oportunidad de recordar cómo, precisamente él, Oliver, me había dicho unas horas antes, en mi despacho, que los escritores se basan en lo que ven. Y era evidente que Sebastian se había basado en ellos, que Diego y Aitana eran Julián y Blanca, pero intentaba convencerme de que aquello no tenía por qué significar que hubiera pasado nada entre mi marido y ellos. Nada en absoluto. Ni siquiera la raíz de todo: que llos hubiera visto tener sexo. Pero poco después me vi aceptando que aquello tendría sentido si no hubiera visto la cara de sorpresa de Aitana al enterarse de que yo era su mujer; que aquello de que simplemente había cogido sus rasgos físicos y gestuales pero que nada había pasado realmente tendría sentido si no hubiera visto aquella inquina de Diego hacia mí. Aquel rencor solo podía obedecer a que allí había sucedido algo… malo. Y Oliver seguía hablándome, y seguía mirando mis tetas de vez en cuando, y yo volví a recordar aquella inquina de Diego, sobre todo su última frase, diciéndome que me marchase de allí, con el más absoluto desprecio, tras haber apretado con fuerza mi teta mojada.

—Te estoy aburriendo —dijo Oliver.

—No, no para nada —contesté mientras veía cómo él miraba su reloj.

—Mira. ¿Sabes qué? Lo mejor será que no lo demoremos más… y que subamos ya arriba —susurró, e hizo una mueca, como diciéndome que eso era lo que yo quería también.

—¿Perdona? —me sobresalté, llegando incluso a enfadarme.

Y él me miraba. Y yo le devolvía la mirada. Y estaba harta. Sabía que no subiría con él. Me había parecido totalmente fuera de lugar. Y quise adornar mi negativa con una provocación, demostrándole que allí, por muy acorralada que estuviera por él, y por muy abrumada que estuviera por Diego y Aitana, aún podía defenderme y contraatacar, aún podía jugar mis cartas. Así es que desabroché un botón, creando un escote mínimo, pero existente, y agité un poco mi camisa, separándola de mi sujetador, en dos golpes cortos, consiguiendo así que mi pezón mojado respirase un poco. Me regalé aquel momento, y sabía que él miraba mi maniobra a la vez sutil y a la vez explícita con detenimiento y excitación. Sabía que podía ya ver algo de mis pechos y que no había perdido detalle de aquel movimiento. La excusa de dejar de sentir la humedad adherida a mi piel, a mi teta, era tramposa, y él lo tenía que saber, pero estaba harta de

esquivar sin golpear. Y después, cuando había creado el ansia para que mi negativa fuera más dolorosa, cuando le iba a decir que no tenía intención alguna de subir pues estaba casada y no tenía interés alguno en él, Oliver dijo:

—El estudio.

—¿Qué? —pregunté.

—El estudio. Digo que deberíamos subir al estudio de Helena un momento. Me gustaría enseñártelo. Tú, como mujer de escritor, seguro que eres una gran lectora.

De nuevo me confundía. No sabía a qué atenerme. Y entonces, como salvándome, la pantalla de mi teléfono se iluminó.

—Perdona un segundo —le dije, cogiendo mi móvil y descubriendo que me acababa de llegar un mensaje de Sebastián. Mensaje que leí:

—Ya en el avión. Estás un poco desaparecida, ¿no? Un beso. Apago.

Y entonces entró otro mensaje, de un número desconocido. Y me extrañó, pero, casi sin querer e inmediatamente, leí:

—Hola, soy Diego, puedes guardar mi contacto como Julián si prefieres.

CAPÍTULO 22

DIEGO

21:52

Reconozco que mi llegada a Aitana fue un poco abrupta. Ella, sentada en el sofá, siempre frente a sus hojas subrayadas, me rechazó sin dudar.

—Joder, Aitana. Vengo cachondísimo… No veas lo que acaba de pasar. Le acabo de tocar una

teta a Alejandreta. AlejanTETA… la tendría que llamar.

—¿Pero qué dices? Cada vez dices más chorradas —se indignaba ella, sentada a mi lado, casi sir mirarme.

—Que sí. Tenía nata ahí derretida… en el plato, y no sé cómo se me ocurrió, pero le manché la teta con la nata, sobre la camisa, eso sí… pero…

—Pero… pero… ¿Puedes parar de decir barbaridades? —me interrumpió.

—Princesa. Sabes que yo no te miento —dije y ella se calló.

—¿Lo sabes o no? —insistí.

Y el silencio se prolongó. Y ella seguía mirando al frente.

—Joder, no veas qué tetaza tiene. Y después se la apreté. Increíble. Las tiene bastante más grandes que tú.

—¿Pero te quieres callar?

—Bueno, bueno. No te celes.

—Que no me celo… pero no me interesa.

—¿Que no te interesa? Joder, Aitana, que esta viene con ganas de guerra. Que viene a follar. Qu ya no sé si conmigo o igual hasta se conforma con el bobo de Oliver…

—Sí, claro, con el que sea.

—Pues sí.

—Pues… mira, ahora que lo dices… para tu información —decía Aitana y me tenía en ascuas— que sepas que… pensé que habría sido casualidad, pero cuando bajaba para abrirte la puerta la pillé mirándole el culo a Oliver en la cocina.

—Shhh. Tremendo —dije.

—¿El qué tremendo?

—Lo salida que está… Y que le guste el puto culón de Oliverio. Esta lleva un calentón…

—Se te está yendo la cabeza… tontolava…

—No se me está yendo nada —dije, y nos quedamos en silencio, y recordé cuando me había mirado la polla, pero no se lo dije, pues parecía que nada la inmutaba, y eso me indignaba.

—¿Pero joder, Aitana, pero cómo puedes seguir estudiando… con lo que está pasando?

—Pues porque no quiero pensar, ¿vale?

—Vale, vale. Tú tranquila. Tú no pienses. Tú a lo tuyo. Está aquí la mujer de Sebastopolo buscando polla… y tú estudiando. Pues muy bien, oye.

Y tras decir aquello me enervé más porque no reaccionaba. Inclinada hacia adelante, le daba la vuelta a alguna hoja de vez en cuando. Y yo recordé el tacto de la teta de Alejandra, de aquella mezcla de nata, agua, camisa, sujetador, pezón y teta… y no pude más:

—Joder, Aitana. Vamos a tu dormitorio. Tengo un calentón que no me aguanto. Estos no se van a enterar. Están a lo suyo… ya me entiendes. Dejé a la jirafa boba babeando, mirándole la teta mojada… Ahora estarán leyendo más partes del libro para ponerse a tono… Venga, vamos a tu dormit…

—¡Que no! —me interrumpió.

—¿Pero por qué no? Hace nada te estaba tocando… y me llegaste a decir que ojalá… me follara a la tía esa. Vas de un lado para otro sin parar. Venga, uno rápido y bajamos otra vez.

—Mejor vamos a hacer una cosa… —susurró Aitana.

—Sí, dime.

—Pues… —dijo girándose por fin hacia mí—. Pues… en lugar de ir a mi habitación… podrías ir al congelador… coger hielo… y ponértelo en el pito. ¿Qué te parece?

—Vete a la mierda.

—Vete tú.

—¿Sabes qué, Aitana? Que si tú pasas de todo… y no eres consciente de lo que está pasando aquí… —dije yo, buscando que me interrumpiera, que reaccionara, pero no lo hacía—. Pues… si tú pasas de todo, me da igual… me voy a hacer una paja aquí mismo.

—Haz lo que te dé la gana —dijo sin inmutarse.

Y entonces yo, sentado a su lado, me llevé las manos al cinturón y después al botón de mi pantalón de uniforme, y me bajé la cremallera, y miré hacia la ventana…

—Diego, te van a pillar y vas a hacer el ridículo de todos los tiempos… Y lo peor es que todo esto me va a salpicar a mí.

—Tranquila… que no te va a salpicar nada… —sonreí a mi propia ocurrencia—. Qué va. Si oigo

la puerta de la cocina me da tiempo a taparme y no se enterarían —le dije, bajándome los pantalones hasta la mitad de mis muslos, y mi miembro salió oscuro, bastante hinchado, con el glande a medio descubrir… y con la peculiaridad y mi sorpresa de que tenía toda la punta embadurnada de líquido preseminal, líquido que llevaba soltando seguramente desde mi encuentro con Montse, sino antes.

—Joder… qué teta tiene… y cómo se dejó… Menudo zorrón… —susurré, empezando mi paja, buscando mi excitación y también que Aitana reaccionase, ya fuera celándose o encendiéndose.

Aitana, mi novia, estudiando, y yo, sentado a su lado… pajeándome… y mirando de tanto en cuando hacia la ventana de la cocina. Y se escuchaba un "clin, clin" rítmico, de mi cinturón suelto, agitándose, al ritmo de mi paja… Y me la sujetaba con fuerza, y sentía mi propia dureza y descabezaba toda la punta… y sentía un placer contenido, mientras me imaginaba qué hubiera pasado si en lugar de tocarle la teta me hubiera atrevido a sacarme la polla delante de ella.

—Te juro… Aitana… que si me hubiera sacado la polla… la muy zorrita me la habría chupado.

Pero Aitana no respondía. Ni me miraba. Ni se volteaba siquiera un poco. Y el pasar de sus hojas se solapaba con el "clin, clin" de mi cinturón.

—Casi me engaña. Al principio llegué a dudar que quizás no supiera nada de todo lo de Sebastopolo, pero qué va, cuando me miró la polla lo supe… No sé si te dije que me miró la polla… —la seguía provocando, y me seguía excitando… pero de nuevo no decía nada.

—¿No me vas a tocar? —le pregunté.

—Pues no —contestó, siempre sin girarse.

Y entonces me desesperé más, y dejé mi polla libre, que palpitaba hacia mi bajo vientre, y la movía yo mismo, sin usar las manos, buscando captar la atención de ella… pero no lo conseguía. Y después cogí mi teléfono móvil… abrí la cámara… y apunté a mi polla empalmada.

—No serás capaz…

—Claro que lo soy —respondí y saqué varias fotos a mi polla.

—Por Dios, Diego, se te está yendo la olla de verdad.

—Aitana… Si viene aquí… recibe las guarradas de Sebastopolo… le mira el culo a la jirafa boba… deja que le manche y apriete la teta… Lee con él partes guarras del libro en el que tú y yo follamos y su marido mira como un puto cerdo… ¿crees que se va a asustar porque le envíe una foto de mi polla? —le dije, y ella no respondió, pero por fin se movió, y lo hizo para quitarse la chaqueta del uniforme y quedarse ya solo con la falda y la camisa blanca, y yo pensé: "Menos mal, Princesa… que por fin demuestras que estás viva… y algunos calores ya te están entrando… ".

Y entonces busqué a “Alejandreta Zorrita” en la agenda de mi teléfono, y le escribí:

—Hola, soy Diego, puedes guardar mi contacto como Julián si prefieres.

CAPÍTULO 23

ALEJANDRA

22:07

—¿Te ha escrito Sebastián? Que ya despegan, ¿no? Antes me dijo Helena que salían ya —dijo Oliver mientras yo releía aquello de Diego, o Julián, y de nuevo mi corazón se aceleraba, como me había sucedido tan solo unos minutos antes, cuando lo había tenido tan cerca.

E intentaba disimular que así era, que solo me había escrito mi marido y no aquel chico que me había mojado y apretado, sobre la ropa, pero de aquella manera; de aquella forma que había sido mezcla de autoridad y desprecio.

—Sí… Que ya despegan, sí —contesté, mientras miraba mi teléfono, y comencé entonces a teclear, fingiendo ante la mirada de Oliver, que le respondía a Sebastian, pero lo que hacía realmente era guardar el número de teléfono aquel chico; y no lo grabé como Diego, ni como Julián, si no bajo la nomenclatura de una “D” mayúscula.

No sabía qué hacer, pero cada segundo de silencio que me proporcionaba Oliver era un regalo en forma de tiempo para que intentara entender qué estaba sucediendo. Aquel hombre, frente a mí, bebía de su copa de vino mientras me observaba, seguramente con sus ojos puestos en el escote que había creado y en aquella camisa que no se secaba nunca, mientras yo concluía que más allá de su mirada obscena, más allá de su flirteo, más allá de si se atrevería o no a intentar algo conmigo, más allá de la mirada de pavor de Aitana, más allá del acoso y del magreo de Diego, más allá de su amenaza para que me marchase… lo que tenía que descubrir, que entender, que averiguar… era qué había sucedido allí, y, de forma más concreta: si algo de lo narrado en la novela había ocurrido de verdad en aquella casa.

Fue por ello que mientras Oliver miraba su reloj y echaba cuentas sobre la hora a la que salir

hacia el aeropuerto yo tecleaba, esta vez de verdad a mi interlocutor, a aquella “D”, a Diego, a Julián, pero después lo borraba. Tenía la imperiosa necesidad de saber qué había ocurrido, qué había sido real, por qué su inquina, pero no encontraba la forma de dirigirme a aquel chico, y mi “¿Qué pasó con Sebastián?” y mi posterior “No te conozco, ni sé nada de ti, pero necesito que me digas si algo de la novela de Sebastián fue real” fueron borrados y nunca fueron enviados.

Oliver terminó por levantarse de su silla y yo, como en un acto reflejo, bloqueé mi teléfono y lo posé sobre la mesa.

Comenzó a caminar, llegando a colocarse detrás de mí, y después se atrevió a colocar sus manos sobre mis hombros. Yo sentada, él de pie, sentía su mirada, de arriba abajo; sentía sus ojos en mi escote, en mi pecho que subía y bajaba por mi respiración. Sus manos se habían posado con delicadeza, pero mi incomodidad era extrema.

—Me he tenido que poner de pie… porque me mareaban las vistas —dijo en un susurro que quiso sonar gracioso y adulador, pero lo sentí impertinente.

—¿Por eso te apoyas en mí? ¿Porque persiste el mareo? —contesté, sabedora de que me observaba, si bien yo miraba al frente.

—Me apoyo porque acercándome han empeorado las cosas.

—Yo creo que eres capaz de tenerte en pie de todas formas. Prueba a ver —le dije, cogiendo una de sus manos con la mía, retirándola de mi hombro. Y después él mismo quitó su otra mano con cuidado, aceptando el rechazo con discreta cortesía. Pero yo tenía la sensación de que él creía estar convencido de estar cumpliendo las etapas debidas.

Salió entonces de mi espalda, cosa que agradecí, pues me sentía en desventaja al no poder verlo. Y después, cogiendo el libro de Sebastián de la mesa, dijo:

—Venga, vamos arriba, Alejandra, que se nos echa el tiempo encima. Te enseño el estudio y de paso dejamos esto en su sitio.

Y lo dijo con aquella mezcla entre pregunta y afirmación que a mí cada vez me enervaba más; planteando pero sin esperar réplica, de tal forma que si me negase la negativa sería más abrupta que si respondiera a una pregunta, y yo llegaba a dudar si lo hacía a propósito para seguir acorralándome o si daba por hecho que una buena idea suya era siempre una buena idea para mí.

Cogí mi teléfono y me puse en pie. Y comenzó a caminar, dando por hecho que iría con él. Y así fue, pues no veía la forma de rehuir. Y fui con él, no sin antes revisar mi móvil por si “D” me había escrito, y descubrí que no. Y al instante comencé a sentir mi corazón palpitar como consecuencia de saber que en pocos segundos pasaríamos por la cocina, y por el salón, antes de llegar a las escaleras, y que, durante ese trayecto, volvería a sentir las miradas inquisidoras de Aitana y de Diego. Y dudaba, otra vez, si me atrevería a mirarles. Y temblaba al pensar en cruzar mi mirada con Julián, o Diego; mirarlo después de que me hubiera tocado… mirarlo después de que me hubiera manchado… mirarlo después de que me hubiera humillado… me tensaba y me

excitaba de una manera incontrolable y a la vez culpable.

Y cruzamos la cocina. Y cruzamos el salón. Y llegamos casi al pie de aquellas escaleras que desembocarían en la primera planta. Y no me atreví a mirar directamente, pero sí de soslayo, en dirección a aquel sofá donde tendría que estar la pareja, y solo vi un cuerpo, una melena rubia, una camisa blanca, una falda azul marino, unos calcetines y unos mocasines. Vi uniforme y chica. Sin rastro de él. Y ella no me miró, cosa que agradecí.

Y comenzamos a subir. Yo detrás de aquel culo grande, enfundado en aquellos pantalones de vestir grises. Aquel culo de Oliver que me producía rechazo y una extraña atracción casi a partes iguales. Y tenía la sensación de que aquello era una trampa, pero algo me seguía impidiendo negarme. Y llegamos a un pasillo estrecho y oscuro. La madera del suelo crujía, apenas entraba luz por las ventanas de las habitaciones que partían del pasillo.

Y se detuvo un instante y me comentó la peculiaridad de unas vigas de madera que colmaban el techo del pasillo. Acercándose a mí. Y yo reculé. Y después él prosiguió el camino, y fui detrás, guardando más distancia. Y se hizo después un poco de luz, pero no partía de la casa, ni siquiera de los faros de un coche que atravesasen desde la lejanía alguna ventana… no, partía de mi mano, de mi teléfono móvil, y, al tiempo que Oliver entraba en un cuarto y encendía la luz, yo, un par de metros detrás, leí de mi teléfono:

D: “Eres una puta zorra que ha venido a calentar…”.

CAPÍTULO 24

DIEGO

22:07

—Diego, por favor… no le envíes fotos… de eso… —susurró Aitana, girándose hacia mí, dejando de mirar por una vez hacia aquellas putas hojas.

—Fue idea tuya —contesté, con mi teléfono en mi mano y mi polla dura y larga posada sobre mi vientre.

—Es una tontería, Diego. No lo hagas *joer*. Sabes que es hasta una *infantilidad* —dijo ella, que me miraba, y yo conocía aquella mirada, por lo que sabía que pretendía engañarme.

—¿Te jode que quiera conmigo o qué?

—¿Pero qué dices? A mí no me jode nada. Y que le hayas… metido mano, o lo que sea que hayas hecho… y que no te haya pegado una hostia… no quiere decir que quiera. Te comento —dijo, y volvió su mirada, otra vez, hacia adelante, hacia aquellas páginas subrayadas.

Y entonces miré hacia mi teléfono y vi que "Alejandreta Zorrita" me estaba escribiendo, y algo me subió por el cuerpo, y mi polla dio un respingo, y esperé un poco, pero pasaron los segundos y a mi pesar comprobaba que no me escribía nada.

—La muy zorrita se piensa mucho qué decirme… —susurré.

—¿Qué? Venga… Para ya… —dijo Aitana, cambiando el tono, y se giró de nuevo.

Y entonces, sin previo aviso, se inclinó un poco hacia mí. Y yo no entendía qué pretendía, hasta que nuestras caras quedaron frente a frente, y me incorporé un poco y nuestros labios se encontraron, dando lugar a un pequeño beso, corto y sonoro; y yo la culpaba en cierta manera porque ella no quería que todo explotara, no quería que yo forzara la máquina con Alejandra, no quería intentar confirmar de una vez por todas que aquella zorrita lo sabía todo y había venido a provocarnos, no quería hablar conmigo sobre la relevancia de que ella y el puto Sebastopolo jugasen a ser nosotros… follando como putos enfermos. Y tenía la sensación de que toda aquella contención de Aitana obedecía a que no quería conflicto con el puto Sebastopolo. Y es que la relación estaba rota, pero aún así ellos no habían quedado demasiado mal, y seguro temía que se enfadase con ella si yo se la jugaba… haciendo… cositas… con su mujer.

—Aitana… —le susurré, frente a frente.

—Qué… —dijo ella, y sentí su mano en mi miembro.

—Que… si… me follo a Alejandreta… Sebastopolo que se jo…

—Shhh… Tú no te vas a follar a nadie… —susurró en mi oído y restregó sus labios por mi mejilla mientras me pajeaba sutilmente.

—Si ella quiere…

—Ella no quiere… —resoplaba ella de nuevo, y yo sentía su cuerpo, pegado al mío—. Déjalos tranquilos.

—Joder, Aitana… que le toqué la teta y no dijo ni mu… —casi jadeaba, sintiendo su paja, sintiendo cómo echaba la piel de mi polla arriba y abajo, y me seguía sorprendiendo su cambio de actitud.

—Da igual… Para ella eres un… un crío… —dijo, y me besó, y abrimos la boca, y mi lengua húmeda jugó con la suya en círculos medidos, casi al ritmo de la paja, y su melena rubia me hacía cosquillas en la cara y en el cuello, y yo solté la mano que sujetaba mi teléfono y le toqué una teta, en una caricia suave, sobre la camisa del uniforme.

—Tú lo que quieres… es que se la folle el bobo de Oliver… Te vendría de lujo… —le susurré una vez terminó nuestro morreo.

—No es tan idiota como para follar con esa… conmigo en casa. Aunque se ve que se tienen ganas.

—¿Tú crees? —pregunté y llevé mis ojos hacia la ventana y vi, a través de la cristalera, a la jirafa boba de pie, y entonces me sobresalté, y Aitana lo notó, y se apartó.

—¡*Ostrás…!* —susurró ella e hizo por posar su chaqueta sobre mi cuerpo, para taparme, en un movimiento torpe que rozó lo cómico.

—Joder, tranquila Aitana, que solo está de pie, pero no está mirando.

—¡Pero puede mirar en cualquier momento! —dijo, y yo aparté su chaqueta y cogí mi teléfono y me puse en pie, dándole la espalda a la ventana, y con la polla apuntando al techo.

—¡Diego! ¿Qué… narices haces? ¡Vístete! ¡Van a entrar!

—¡No van a entrar! ¡Vamos arriba! ¡Follamos allí! —dije a toda velocidad.

—¿¡Pero qué dices!? —exclamó cómo si hubiera dicho la mayor tontería imaginable.

—Pues me hago una paja… ¡No puedo más, joder…! —dije desesperado, y me subí los pantalones, y metí mi móvil en el bolsillo, y comencé a caminar hacia el aseo de al lado de las escaleras.

—¿Pero a dónde vas? ¿Estás loco o qué? —preguntó Aitana al tiempo que escuché el sonido de la manilla de la puerta, de aquella puerta de la cocina que comunicaba con en el jardín.

Y entré en el cuarto de baño, con los pantalones subidos, pero sin cerrar, y comencé a escuchar pasos por la cocina, y después pasos por el salón, y después pisadas por las escaleras. Sin duda subían los dos: Alejandreta y el idiota de Oliver. Y sentí algo… parecido a la envidia, o incluso a los celos. Y no podía consentir que fuera la jirafa boba quién se la follase… no sabiendo que aquel zorrón fantaseaba con que la follaba yo, no habiendo tocado ya aquella teta que prometía un tacto brutal sin camisa y sujetador por medio.

Y entonces cogí mi teléfono, y tras la decepción de comprobar que finalmente no me había escrito nada, le escribí a Alejandreta Zorrita:

“Ven al baño de abajo, donde estuviste antes”.

Pero lo borré.

Lo borré y no lo envié porque pensé que quizás Aitana tuviera razón y tanto enviarle fotos de mi polla como proponerle aquella reunión furtiva conmigo era demasiado infantil. Pensé que quizás ella tuviera razón y Alejandreta Zorrita solo me viera como a un crío al que calentar. Como Montse… y como otras treintañeras con las que me había topado alguna vez, tan dispuestas a que les suban el ego y tan poco, en el momento de la verdad, a recibir una buena polla joven y dura…

Y me cabreé. Me cabreé porque mi mente fue incluso más allá y empecé a sospechar que aquella mujer no hubiera venido sin más, a espaldas del puto Sebastopolo, sino… enviada por él, o como mínimo con su beneplácito.

Sabía lo retorcido que era. Quizás lo había hablado con ella y habían planeado aquella visita con la intención de provocarme a mí, joder a Aitana y… quién sabe si… follar con el idiota de Oliver.

¿Por qué sino estaría allí?

Me enfadé. Me sentí utilizado. Y, mirándome en el espejo, con la polla prácticamente asomando por encima del pantalón, tecleé, y esta vez sí envié:

—Eres una puta zorra que ha venido a calentar…

CAPÍTULO 25

ALEJANDRA

22:19

Tras leer aquello en mi teléfono, por fuerte y agresivo que hubiera sido, me tensé, y sentí el impacto, pero no me sentí intimidada. Ni siquiera enfadada. En cualquier otro contexto habría

sentido rabia, pero sentía como si lo conociera, como me había sucedido con Aitana, y eso impedía que mi reacción fuera quizás la que debiera ser.

Sentí, sobre todo, pena. Y sentí que aquello era una gran injusticia; que era una injusticia que pensase aquello de mí. Y también y otra vez sentí una gran preocupación, y mi cuerpo se agitó de una forma extraña, pues a más inquina y desprecio de Diego hacia mí más crecían las sospechas de que mi marido hubiera hecho algo terrible con aquellos chicos.

Oliver me mostraba aquella habitación y yo miraba, pero no veía nada, y por primera vez sobrevolaba por mi mente la sospecha de la infidelidad… la infidelidad de Sebastián con aquella chica, Aitana; Blanca en la novela y en mi imaginación. Y después me preguntaba si aquello, por terrible que fuese, pudiera ser lo más espantoso, si no podría ser incluso más reprobable que el juego con aquellos chicos, aquellas órdenes, aquellas… exigencias sexuales… hubieran sido reales.

Aprovechando que Oliver me daba un poco la espalda para mostrarme un escritorio sobrio y bastante despejado en comparación con el resto de la estancia, miré mi teléfono otra vez y releí aquella frase, aquel: “Eres una puta zorra que ha venido a calentar…”, y primero me estremecí, casi como la primera vez que lo había leído, y después recordé que Diego no había estado en el salón cuando habíamos pasado por allí, y sentí que la idea de que se hubiera marchado de la casa producía en mí cierto alivio.

—Mira. Espectacular. Esta es la zona… la zona rusa, la llamo yo. Ediciones antiguas… Yo no he leído nada de esto, supongo que tú sí. Dicen que de saber ruso es una maravilla y muy diferente que leerlo traducido, que tiene hasta cierta sonoridad… —hablaba Oliver, aún con el libro de mi marido en su mano.

—Algo he leído… En castellano, evidentemente. Sí, dicen que tiene una cierta sonoridad especial —le respondí y miré a mi alrededor, dándome cuenta entonces de que la estancia sí era curiosa y amplia, como si hubieran tirado una pared y se hubieran aprovechado dos espacios, y con una penumbra que le daba un toque antiguo y que contrastaba con un ordenador de mesa y un portátil modernos y relucientes que había sobre el escritorio.

Oliver alargó su brazo, poniéndose de puntillas, para colocar correctamente un libro ligeramente salido de una de las amplias estanterías. Parecía ensimismado y yo agradecía que mi cuerpo hubiera dejado de ser el objetivo de sus miradas, y me extrañaba su afán por disfrutar y también presumir de aquello, cuando no parecía que le interesase la lectura, era como si proyectase su admiración por Helena a través de su profesión.

sentido rabia, pero sentía como si lo conociera, como me había sucedido con Aitana, y eso impedía que mi reacción fuera quizás la que debiera ser.

Sentí, sobre todo, pena. Y sentí que aquello era una gran injusticia; que era una injusticia que pensase aquello de mí. Y también y otra vez sentí una gran preocupación, y mi cuerpo se agitó de una forma extraña, pues a más inquina y desprecio de Diego hacia mí más crecían las sospechas de que mi marido hubiera hecho algo terrible con aquellos chicos.

Oliver me mostraba aquella habitación y yo miraba, pero no veía nada, y por primera vez sobrevolaba por mi mente la sospecha de la infidelidad… la infidelidad de Sebastián con aquella chica, Aitana; Blanca en la novela y en mi imaginación. Y después me preguntaba si aquello, por terrible que fuese, pudiera ser lo más espantoso, si no podría ser incluso más reprobable que el juego con aquellos chicos, aquellas órdenes, aquellas… exigencias sexuales… hubieran sido reales.

Aprovechando que Oliver me daba un poco la espalda para mostrarme un escritorio sobrio y bastante despejado en comparación con el resto de la estancia, miré mi teléfono otra vez y releí aquella frase, aquel: “Eres una puta zorra que ha venido a calentar…”, y primero me estremecí, casi como la primera vez que lo había leído, y después recordé que Diego no había estado en el salón cuando habíamos pasado por allí, y sentí que la idea de que se hubiera marchado de la casa producía en mí cierto alivio.

—Mira. Espectacular. Esta es la zona… la zona rusa, la llamo yo. Ediciones antiguas… Yo no he leído nada de esto, supongo que tú sí. Dicen que de saber ruso es una maravilla y muy diferente que leerlo traducido, que tiene hasta cierta sonoridad… —hablaba Oliver, aún con el libro de mi marido en su mano.

—Algo he leído… En castellano, evidentemente. Sí, dicen que tiene una cierta sonoridad especial —le respondí y miré a mi alrededor, dándome cuenta entonces de que la estancia sí era curiosa y amplia, como si hubieran tirado una pared y se hubieran aprovechado dos espacios, y con una penumbra que le daba un toque antiguo y que contrastaba con un ordenador de mesa y un portátil modernos y relucientes que había sobre el escritorio.

Oliver alargó su brazo, poniéndose de puntillas, para colocar correctamente un libro ligeramente salido de una de las amplias estanterías. Parecía ensimismado y yo agradecía que mi cuerpo hubiera dejado de ser el objetivo de sus miradas, y me extrañaba su afán por disfrutar y también presumir de aquello, cuando no parecía que le interesase la lectura, era como si proyectase su admiración por Helena a través de su profesión.

—Estos son más recientes… —susurró para sí, y yo me fijé en su amplia espalda y en sus brazos fornidos, volviendo a reparar en un atractivo peculiar y hasta contradictorio, con picos otra vez de masculinidad y de cierto amaneramiento; y con comportamientos que iban de lo amable a lo impertinente, sin estación intermedia.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Sí… Sí, claro —respondí, y nos miramos un instante a los ojos, en un momento extraño, pero que no llegó a ser incómodo.

Y entonces mi teléfono se iluminó, y me alerté, y él volvió su mirada a la estantería, y yo, con disimulo, descubrí en mi pantalla una notificación irrelevante. Y aprovechando que él me había dado espacio volví a leer aquella frase impactante de "D", y supe que finalmente no tenía fuerzas ni valentía para escribirle nada a aquel chico. Al menos no desde allí. Por lo que pensé en quedarme tan solo un rato más con Oliver y después marcharme, y bajo cualquier excusa no ir finalmente al aeropuerto, e intentar escribirle a Diego ya desde la soledad y tranquilidad de mi casa para preguntarle sobre aquella locura. Y en base a lo que él me dijera, hablarlo con Sebastián aquella misma noche, cuando llegase él también a casa.

—Toma, haz el honor, ya que es de tu marido, colócalo tú misma. Aquí están los autores que lleva o ha llevado de la editorial —dijo Oliver, indicando una hilera de libros, expuestos a la altura de mis ojos, y yo posé mi teléfono sobre la estantería y recibí aquel "Te lo diré tres veces", otra vez. Y olí sus páginas, otra vez. Y, aprovechando que aquel hombre se apartaba un poco de mí, abrí la novela por una página aleatoria, y mis ojos se fueron de forma casual pero directa al inicio de un párrafo, y no pude evitar volver a leer:

"Aquella tarde Julián estaba encolerizado porque había discutido conmigo. No es que buscara su ira de manera intencionada y maquiavélica, pero desde luego no rehuía llevar la conversación por derroteros que sacaran de él aquella furia impetuosa. Yo sabía llevarlo. Y sabía cuando podía buscar a aquel Julián; y tenía que ser cuando Blanca estuviera excitada. Si ella quería obedecer, Julián no iba a obstaculizar nuestra cita por el hecho de odiarme, porque aquel chico me odió casi desde el primer momento, y tampoco por odiarme aún más en un momento concreto iba a perder la oportunidad de tener sexo con Blanca en mi presencia".

Tras leer aquello, de pie, frente a aquella estantería, casi en penumbra, cambiando un poco la postura de mis piernas, y ubicando a Oliver a mi derecha, distraído, seguí leyendo:

"Él no lo sabía. No era consciente de que su deseo por Blanca se manifestaba con mayor rigor, brío y competencia cuando su sangre caliente venía previamente agitada por mí. Y si en su manera de follarla había una dedicatoria intrínseca yo no lo sabía, ni me importaba. Y sí, aquella tarde estuvo espectacular. Tanto que Blanca llegó a verse desbordada, mirándolo en ocasiones con ojos que pedían clemencia, llegando a gritar un imprevisto, desvergonzado y soez "¡Julián, me estás matando… Dios… no pares de follarme…!", que salió de su boca tan puro y sentido que plasmó la mezcla de amor y deseo que había entre ellos. Un amor que yo no quería romper, pero que sabía no era indestructible.

»Y su manera de desenvolverse, obedeciéndome solo a veces, faltándome así al respeto, fue un permiso que le di porque sabía que yo ganaba más de lo que perdía con su puntual insurrección. Y su manera de hacerla arrodillarse, su manera de decirle que colocara bien sus corbata entre sus tetas, se las agarrase, cerrase los ojos y alzase la cara fue inenarrable. Y su manera de pajearse frente a ella, y su manera de detener su agitación, era preludio de una explosión ingente.

»Y los tres sabíamos que un latigazo caliente y denso la iba a marcar, que el rostro de Blanca sería mancillado otra vez de manera denigrante, pero a la vez tierna; y sentí otra vez aquel placer de sentir a través de ellos, y también la tentación de acabar con aquella felicidad suya que ellos no parecían ser capaces de reconocer".

Cerré entonces el libro. Y sentí tanto excitación como una necesidad imperiosa y desesperada de saber qué había sucedido realmente, de saber si de verdad mi marido había no solo participado sino creado e impulsado aquello. Tenía que saber qué había sido real.

Coloqué el libro en su sitio. En aquel hueco señalado por Oliver. Y sentí una tremenda agitación al recordar y después visualizar lo que venía después de lo que había leído; al imaginar cómo Julián se había corrido sobre el rostro de Blanca sin usar sus manos, cómo su polla había eyaculado incesantemente sin necesidad de haber sido agitada por él… vibrando, vaciándose, en disparos densos, cada dos segundos, completamente quieto…

Y me iba a girar, buscando a Oliver para decirle que era mejor que me marcharse, pero sentí al instante su cuerpo detrás de mí… y sus manos en mi cintura.

CAPÍTULO 26

DIEGO

22:19

Lo había leído. La muy cabrona lo había leído, prácticamente al momento, pero no hacía ni el amago de responderme, por lo que sentí una tremenda frustración, por no decir algo más fuerte.

Me miré en el espejo del cuarto de baño, y después escuché los pasos de la jirafa boba por la planta de arriba, prácticamente sobre mi cabeza, y también los tacones del zorrón, acompañando la sinfonía. Era capaz de ubicar casi el recorrido exacto: él delante y ella detrás. Escuché algo dicho por él, algo de unas vigas; parecía que iban hacia la habitación dónde la madre de Aitana tenía todos aquellos libros. Querría enseñárselo… El bobo querría enseñarle los libritos… No tenía los huevos suficientes como para enseñarle lo que yo le enseñaría.

Me bajé un poco los pantalones. Mi polla salía tiesa como pocas veces y si me ponía de puntillas podía ver la punta en el espejo. "Joder… cómo te gustaría… Si la has imaginado muchas veces… ¿A qué juegas?", susurré para mí y comencé a hacerme una paja lenta, pero no por ello carente de intensidad; me la apretaba con fuerza, pero me la sacudía a poca velocidad.

Llegué a cerrar los ojos y pensé en si Aitana tendría razón, si realmente allí nadie se la follaría, si ni yo ni la jirafa boba teníamos opciones. Aquello reafirmaba mi reciente teoría de que Sebastopolo sabía de la visita de la cabrona de su mujer, y que ella estaba allí porque después de haber leído el libro y después de haber jugado a ser Aitana un montón de veces le había hecho gracia, o quién sabe si le ponía cachonda, pasear su culo y sus tetas por el lugar donde habían ocurrido los hechos.

—Qué puta… zorrita… —exclamé para mí, pues vi de pronto todo claro. "Voy, veo dónde ocurrió todo, caliento a Oliver y a Diego, ni saludo a Aitana pues ella no me interesa, me pongo cachonda perdida, recibo guarradas de mi marido, vuelvo a casa… y polvazo con Sebastián gracias a ponerle cara a todos y a haber conocido dónde sucedió todo". De golpe me parecía evidente. Evidente y detestable.

Miré a mi alrededor, allí de pie, en el medio del cuarto de baño, con mi mano en mi polla, y vi el retrete, y el lavabo, y recordé cuando había leído aquella guarrada que Sebastopolo le había enviado a Alejandreta para que se pusiera perra perdida; recordé aquello de que quería que se metiera un dedo en el coño, hasta el fondo, y que después lo chupara. Estaba casi completamente seguro de haber leído aquello. Y comencé a intentar adivinar dónde lo habría hecho, porque estaba seguro de que lo había hecho. Quizás sentada en el retrete, con las piernas bien abiertas… Quizás de pie… con una mano en el lavabo y la otra bien metida en el coño… mirándose en el espejo y dedicándose aquella chupada de dedo… Eran las dos opciones que imaginaba, y las dos al imaginarlas, hacían que mi polla soltase líquido preseminal sin parar.

Escuché entonces más pasos por el techo, por la planta de arriba. Estaban en aquella habitación. Estaba seguro. Pensé que era probable que hubieran subido el puto libro allí. Otra vez pensé que todos lo sabían, que hasta el idiota de Oliver sabía todo.

No podía más. Montse, Aitana… y sobre todo aquella chica, aquella mujer, Alejandra, que estaba buena de narices. Recordé cómo le había manchado la teta, cómo se había transparentado aquel pezón a través de la camisa y el sujetador… Qué tetas debía de tener la cabrona… Recordé el tacto: blando pero consistente… y aceleré la paja. Cerré los ojos. Sabía que me correría enseguida. Echaría todo, que prometía ser mucho, sobre el lavabo. Que les jodan a todos. Recordé cómo le había tocado la teta e imaginé que me sacaba la polla allí mismo, en el jardín, y que… acercaba mi polla a la boca de la mujer de Sebastopolo… la miraba a los ojos… ella me

miraba a mí… y posaba la punta… y ella abría su boquita de zorr…

—¡Diego…! —escuché la voz de Aitana al otro lado de la puerta, y después dos toques en la madera—. ¿Se puede saber qué haces ahí? Sal, anda.

Detuve mi paja y durante un par de segundos temí hasta eyacular sin querer. Después henchí mis pulmones, resoplé y dije:

—¡Nada…!

—¿Cómo que nada? Venga. Sal —insistió ella, con tono conciliador, y yo accedí a olvidarme de aquella paja que tenía más de descarga física y de desahogo de rabia que de búsqueda de placer.

Guardé todo mi abultamiento como pude y no me preocupé de salir del cuarto de baño disimulando mi erección. Me daba absolutamente igual que Aitana viera que mi pantalón de uniforme tenía una tienda de campaña gigantesca.

—¿Los has oído? Han subido —dijo desde la cocina, y yo fui hacia ella.

—Sí. Claro. Cómo para no oír las escaleras. Creo que están…

—Están en el estudio —me interrumpió Aitana, que abría la nevera y sacaba un flan, y después abría un cajón para encontrar una cuchara.

—Le estará enseñando… cositas —dije.

—No van a hacer nada —aseguró Aitana, que comenzaba a tomar el flan, allí, de pie, en aquella pequeña cocina que era casi como un cuadrado cerrado por aquella barra que daba hacia el salón.

Y me fijé en ella. Supe que quería parecer despreocupada, pero sabía que no lo estaba. Su melena rubia, iluminada por la luz ya solo artificial, brillaba igualmente con fuerza; sus ojos claros eran poderosos como no había visto en ninguna otra chica de nuestra edad, hasta intimidantes si no la conociera. Se había quitado la chaqueta hacía poco; recordé cuando la había pretendido usar para tapar mi polla, por lo que solo llevaba ya la falda y la camisa; el relieve de sus pechos, sin alcanzar la contundencia madura de Alejandra, lucía tremendamente apetecible. La carne de sus piernas, aquello que dejaba ver entre falda y calcetines, no se presentaba tampoco de forma menos tentadora. Y, por muchas veces que nos hubiéramos besado, y tocado, y veces que hubiéramos follado… la excitación que despertaba en mí no descendía. No tenía el componente morboso, mental, de la conquista, pero, ciñéndome a atracción pura, ésta seguía intacta.

Y de tanto fijarme en ella no me di cuenta de que ella también se fijaba en mí, y seguramente por eso llegó a mirarme fijamente mientras chupaba su cuchara. Lo hizo de forma medio graciosa medio insinuante, como era ella muchas veces. Y yo desde hacía horas no sabía cuánto había de disfrute, de juego, por saber que yo estaba excitado y cuánto de excitación suya cierta y verdadera.

—Deja de hacerte… la mameluca… —dije sonriendo, en uno de nuestros insultos recurrentes, contemplando aquel exceso con su cuchara y su flan.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te pongo…? ¿Solo te pone ella? —preguntó apoyando su culo contra la barra americana.

Yo la miré más detenidamente. Muslos, tetas y labios eran los destinatarios principales de mis miradas lascivas. Por un instante me imaginé que le abría la camisa del uniforme… le bajaba el sujetador… le comía las tetas… y después la subía a la barra… y me la follaba… de frente… Y recordé que no sería la primera vez que se diera exactamente aquello y en esa postura.

—¿Te pone más que Montse?

—¿Qué? —pregunté, un tanto aturdido.

—Esta… Alejandra… —dijo, alzando los ojos hacia arriba.

—Mmm… Sí.

Y se hizo un silencio. Aquel flan no se acababa nunca. Y la idea de llevar a cabo todo aquello sexual que se me había ocurrido cobraba fuerza. Mi bulto bajo mis pantalones había descendido, pero estaba seguro de que seguía siendo visible para ella y que ella sabía de su existencia tan bien como yo.

—¿Te puedo hacer unas preguntas?

—Mmmm, sí —contesté, de nuevo algo sorprendido.

—Vale. Pues a ver. ¿De verdad… Sebastián… le envía párrafos… guarros… jugando a que ellos son nosotros?

—Sí. Por lo que vi es como que el puto Sebastopolo hace de mí. De Julián, vamos. Y ella, hace de ti, o de Blanca.

—Pero y el… que hace del verdadero Sebastián en el libro…

—Pues no lo sé. Igual hasta a veces se lo montan con otra persona. Yo qué sé.

—Vale. Otra pregunta. ¿Qué le has escrito?

—¿A ella?

—Sí.

—Pues… Básicamente que es un zorrón y una calienta rabos y que se largue de aquí —contesté y pensé que Aitana me reprobaría, pero no lo hizo.

—¿Y tú qué crees que hace aquí?

—Pues creo que ha venido a calentarme a mí. A calentar a la jirafa boba. A ver cómo somos… ya que nos ha imaginado tantas veces… O al menos a mí. A conocer… esto… dónde ocurrió todo, o casi todo… y a ponerse perra perdida con toda esa… información… para follar después con Sebastopolo.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Sí. Estoy casi seguro. Piénsalo. Es como… no sé. No sé de quién habrá sido la idea, pero fijo que él también lo sabe.

—¿Es cómo qué?

—Pues es cómo… no sé… No sé con qué compararlo. Pero que se pone perra al ver dónde sucedió todo realmente y cómo son… Julián y Blanca… Quiso ponernos cara para volver a ponerse cachonda con sus juegos.

—¿Y para qué iba a querer calentar a Oliver?

—No sé, Aitana. Por el vicio de reírse de la gente. Se le ve en la cara que es un poco gilipollas.

—Ya —contestó y acabó su flan y lo posó a su lado.

Y entonces yo me acerqué a ella. Y, frente a frente, con su culo contra la barra, le iba a decir algo, o a besarla, cuando fue ella la que dijo:

—¿Pero de verdad… ella hace de mí… como en el libro? ¿Se disfraza… de mí?

—Por lo que leí en su teléfono… parecía claro. Te diría que… vete a saber si esos putos tarados no se han comprado el uniforme tal cual y todo —le dije, y puse mis manos en su cintura, sobre su camisa blanca—. El uniforme de nuestro puto colegio —proseguí—. Ella, con sus treinta y pico tacos… se pone una camisa como esta… —dije y subí un poco mi mano, tocando ya una de sus tetas sobre la camisa—. Y se… pone una falda como esta… —dije y llevé mi otra mano a su cadera, sobre su falda azul marino.

—Y unos calcetines como estos… y unos zapatos como estos… —dijo Aitana, seria, con nuestros labios casi tocándose.

—Pues… sí —susurré, acariciando con mi dedo pulgar una de sus tetas, sobre su camisa, buscando despertar un pezón.

—Y unas bragas como estas… —susurró Aitana.

—Mmm. No sé.

—¿Ah, no? ¿No cómo las mías?

—Mmm… No… Seguro que tiene unas bragas de zorrón. Seguro que tiene unas bragas… buenas… de seda, seguramente, bien suaves y caras… de zorrita de treinta y pico años.

—Sabes tú mucho de bragas de chica de treinta y pico años… —sonrió Aitana.

—Algo he visto.

—No me digas…

—Sí… Súbete aquí… Que te voy a follar —dije, quitándome la careta, incapaz de seguir con el juego, absolutamente desesperado, con mi polla aprisionada bajo mis calzoncillos y pantalones hasta casi hacerme daño, y viendo cómo el pezón de Aitana se marcaba bajo su camisa.

—¿Que te vas a follar… a quién? —provocó Aitana.

—A ti —susurré, con mis labios en los suyos.

—¿Y si bajan… qué? No estamos solos, eh.

—Si bajan, que miren… como miraba el cabrón hijo de puta de Sebastián —dije, pronunciando aquel nombre completo, tal cual era, por una vez.

Y Aitana me besó, sin lengua, de forma aún contenida, y después pasó su mano fugazmente por mi entrepierna, sobre mi pantalón, rozando aquel bulto rápidamente, haciéndome temblar… Y después llevó sus manos atrás, a aquella barra de la cocina, para subirse y así quedar frente a mí. Frente a aquella polla que tenía que liberar inmediatamente.

CAPÍTULO 27

ALEJANDRA

22:32

Alertada, sorprendida; me quedé completamente inmóvil. Sus manos, posadas con cuidado en mi cintura, como en el jardín sobre mis hombros minutos atrás, aún no revelaban si seguía siendo parte del flirteo, si acaso un pequeño paso más… o si se lanzaba al paso definitivo.

Y esperé a su siguiente movimiento antes de retirarlas, como había hecho instantes atrás. Sentía su cuerpo detrás de mí, su aliento en mi nuca… y entonces, apretando ligeramente mi cintura, susurró en mi oído:

—No entiendes nada, ¿verdad?

Y aquella frase lo cambió todo.

—No… —respondí, y temblé, y él lo notó.

—Tranquila… —volvió a susurrar, y me di la vuelta, y nos quedamos frente a frente, y supe que él lo sabía. Que lo sabía todo.

—Cuéntame… Por favor —le susurré, pegado a él, con una necesidad de saber qué había sucedido que apenas me dejaba respirar.

Él me miraba y yo sabía que era mi oportunidad de descubrirlo todo, y no podía creer haber sido tan ingenua como para haber creído que no había leído la novela; tan inocente como para no haber sospechado que él, Oliver, sabía lo que había sucedido en aquella casa.

—Tu marido… no se ha portado nada bien… —dijo, frente a mí, y mi mente no fue al juego de Sebastián con los dos, sino a la chica, a Blanca, a Aitana, y temí de verdad su infidelidad… con aquella cría… algo que no había quedado claro en la novela… y que yo tenía que descubrir.

Y se acercó más a mí, sus manos de nuevo en mi cintura, sus ojos azules, su pelo gris, su rostro agresivo… y sus labios cerca. Y yo tenía que saber, necesitaba que me dijera inmediatamente qué había sucedido. Y de repente, cogiéndome desprevenida a pesar de la casi inexistente distancia, sus labios fueron a los míos… y yo no quería… pero tenía que saber… y los sentí, en los míos; y lo sentí a él; sus labios era húmedos, discretos, pero suficientes. No podía. No debía. Tenía que huir. Y me retiré unos centímetros.

—¿Qué… hizo? —pregunté en un hilillo de voz, cara con cara.

—Ya lo sabes… Y estás aquí por eso. Porque desde que empezó con el libro… lo sabes.

—No… —susurré, y de nuevo mi mente no fue al juego sino a la plausible infidelidad… y mi imaginación voló a la novela, a un capítulo en el que Blanca salía de su dormitorio, cansada, acalorada, después de haber estado con el narrador, con aquel hombre maduro que en la realidad era mi marido; y un Julián, abatido, la veía salir medio desnuda de allí, y entendía o sospechaba con todo su dolor… que aquel hombre acababa de… tener sexo con su novia… de follarla…

destruyendo así todo lo que ellos tenían.

Su mano fue a mi rostro. Me acarició. Y otra vez fue hacia mí. Otra vez sus labios. En un beso sentido, húmedo, y yo cometí el error de llevar mis manos también a su cintura, y él entendió aquello como una licencia para seguir, y abrió la boca, y yo la abrí, y sentí su lengua, y sentí un temblor al tocarla. Besaba bien. Y yo me sentía culpable. Y en mi imaginación dos personas: Blanca, que salía de su dormitorio y no reparaba en que Diego la había visto; y mi marido que, desnudo, sobre la cama de ella, con su polla grande e hinchada, después de haber follado a aquella chica que, cándida y obnubilada, había permitido que él lo destruyese todo.

El beso se prolongaba, y desarrollaba toda la excitación que yo llevaba dentro por lo que había leído… y por haber conocido a Julián. Y el beso era impecable, húmedo, sexual, pero yo sabía que debía pararlo, pues no quería nada con él, solo quería saber, solo quería que él me lo contase todo, pero imaginé por un instante que el que me besaba era Julián, Diego, aquella "D" impetuosa y enfurecida conmigo por culpa de Sebastián. Con los ojos cerrados palpé el pantalón de aquel hombre, e imaginé el pantalón del uniforme de aquel chico que me había querido vejar, herido y por venganza, unos minutos atrás. Y combiné aquel beso con aquella fantasía, completamente desbordada… mezclando culpa, excitación y necesidad de saber…

… Cuando el beso se cortó finalmente y su mejilla se juntó con la mía, y nuestros cuerpos se juntaron, y sentí su erección atacando mi pelvis, y entonces susurré:

—Dime… Qué ha hecho…

Y entonces él se apartó, se retiró un poco de mí, y nos miramos fijamente. Aquel hombre, turbio y a la vez atractivo, estaba llamado a ser quién me salvase, quién me revelase todo, y yo no quería que traspasásemos ya ninguna línea más, por guapo que fuese, por excitada que estuviese, y por muchas sospechas que tuviera de que la infidelidad ya había sido perpetrada por Sebastián, y hasta el final, mucho antes que yo.

—No solo él se ha portado mal… Aunque sí ha sido el máximo responsable —susurró Oliver, el cual llevaba su dedo índice a mi mentón, en una proteccionismo sobreactuado, y después revisaba mis pechos, sin cortarse, sobre todo aquella parte de la camisa, manchada, que marcaba el lugar dónde había sido mojada.

Y me sentí violentada, incómoda, culpable por dejarme mirar y por haberlo besado, pero necesitaba saber.

—¿Y tú? ¿Lo sabías…? ¿Y no lo paraste? —pregunté en el preciso instante en el que aquel dedo bajó de mi mentón a mi escote; escote parcialmente abierto por un botón que había sido desabrochado y que nunca había vuelto a su sitio.

—Lo sospechaba. No fue hasta hace poco que lo supe con más certeza —contestó y llevó sus manos a otro botón de mi camisa rosa, y yo temblé, y no quería exponerme así, no quería la vergüenza de mi exposición ni que él creyera que iba a suceder algo más, pero necesitaba que él siguiera hablando.

—¿Qué pasó hace poco? —pregunté y un botón fue desabrochado, y después otro. Y llevé mis manos a su cintura, sin saber qué hacer. Y mi corazón palpitaba con fuerza, mientras él continuaba, con tres latidos potentes por cada botón desabrochado.

—Que se hizo evidente, Alejandra… Que se hizo evidente —susurró, abriendo ya todos los botones, y apartando la camisa, y mirando mi torso con enfermiza lujuria; me miraba las tetas, ocultas bajo un sujetador delicado, y mi pecho se henchía al respirar, y tenía calor, y la luminosidad era tenue, y escueta, como lo eran aquellas respuestas suyas que salían a cuentagotas.

—Cuéntamelo todo. Por favor… ¿Los viste…? ¿Fue por la novela?

—No, no los vi. Y sí, fue por el dichoso libro. Ahí empezó todo —contestó y llevó sus manos a mi sujetador. Y se pegó a mí. Y yo tirité al sentirlo. Y me impactó su miembro, contundente, golpeándome de nuevo sobre la falda. Y se volcó sobre mí… besándome… metiéndome la lengua en la boca… mientras bajaba un poco mi sujetador… Y sentía su lengua golpeando la mía, invadiéndome, al tiempo que sentía como uno de mis pechos era liberado… saliendo por encima del sujetador, y después el otro, de un tirón, hacia abajo… liberaba mis tetas y yo me dejaba… me dejaba besar y me dejaba desnudar… culpable por permitírselo, excitada por lo que me hacía y perturbada por mi necesidad de saber.

Y si mi culpa estaba en cotas máximas, más subió cuando mis manos bajaron a su culo, sobre su fino pantalón, cada mano a una nalga enorme. Y si mi excitación ya estaba desbordada, más se desbordó al sentir su trasero en mis manos, al sentir aquel beso espléndido y al sentir sus caricias en mis tetas desnudas. Y si me perturbaba la necesidad de saber, más creció mi ansia cuando en mi mente apareció la siguiente pregunta.

Y el besó terminó, y yo iba a preguntarlo, y él se retiró un poco, y posó aquel implacable y autoritario dedo índice sobre mis labios, y susurró:

—¿Por qué preguntas tanto? ¿Acaso no lo sospechabas también?

Y después apartó aquel dedo, y se retiró un poco más, y llevó una mano a mi cintura y la otra a uno de mis pechos, pechos que miraba con ojos vidriosos.

—No… No lo sabía… —sollocé mientras él acariciaba aquella teta con una dulzura que hacía que mi pezón se erizase.

—¿No…? Vamos… Alejandra… Tantas horas Sebastián aquí… tantos días… —decía él, haciendo mella en mi resistencia con aquellas caricias sutiles en mis pecho… pecho que yo sentía crecer por la excitación.

—No… —suspiré, en una negativa que también versaba sobre mi intento de resistencia.

Y entonces él se retiró un poco más, y se quitó su camiseta, que dejó caer al suelo, mostrando un

cuerpo robusto y con un vello oscuro que contrastaba con el de su cabello y su barba incipiente. Sus hombros anchos y sus pectorales extensos me afectaban. Y lo miraba a él por no mirar la vergüenza de tener mis pechos expuestos, volcados sobre mi sujetador que luciría aplastado y desbordado por mis tetas ante sus ojos.

Y después su mano fue a su cinturón. Y yo no quería. No lo haría. Y me apresuré en preguntar:

—¿Y ellos…? ¿Diego y Aitana…?

—¿Ellos…? Bueno, la importante es Aitana. Es muy madura. Estará bien… —respondió, y, desvergonzado, se abría el pantalón y se bajaba la cremallera.

—Pero… ¿sucedió todo lo de la novela… tal cual? ¿Cómo es posible? —pregunté en un susurro, y él me miró con extrañeza.

Y después bajó un calzoncillo grisáceo… y una grandiosidad oscura brotó ansiosa. Un miembro ancho, masculino, animal. Y yo respiré con fuerza, e insistí en mi pregunta:

—Dime…

—Tócame… —replicó enseguida, acariciando de nuevo una de mis tetas y ofreciéndome su polla para que la tocara.

—No puedo… Tengo que saber exactamente qué pasó… —susurré.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres saberlo…? Pasó y ya está —dijo, allí de pie, con sus pantalones a medio bajar, con aquello apuntándome y colando sus manos por dentro de mi camisa abierta y por encima de mi sujetador desbordado, para seguir encendiéndome con sus caricias en mis tetas

Y no tenía respuesta, pero necesitaba una prueba, una certeza de que él sabía que lo de la novela había sucedido, y pregunté:

—¿Y Helena…?

—Helena tampoco es inocente… —respondió y se acercó a mí, ansioso, y me besó, metió su lengua en mi boca, y cogió una de mis manos con la suya, y todo se precipitaba de repente, y me guió hasta su polla… y la toqué… le tocaba la polla a aquel hombre, una polla dura y ancha… mientras ladeaba la cabeza y me dejaba besar. Su saliva me inundaba… me apretaba una teta y hacía porque yo apretase su miembro… y separé mi rostro un instante… e iba a hablar, a preguntarle algo más, pero él se adelantó y me susurró:

—Joder… Date la vuelta… ponte contra la estantería… Te voy a follar…

Y yo temblé al escucharlo… y agité aquella polla… llevaba su piel adelante y atrás… Apenas podía cerrar mi mano… pero no quería… no quería hacerlo… no quería aquello dentro de mí… Y, entrecortadamente, susurré:

—¿Y por qué Helena no lo paró…?

—No lo paró… porque es una zorra… porque llevan liados meses… y porque estoy seguro de que han estado follando todos estos días… que han aprovechado el viaje para follar sin parar… pero ahora es nuestro momento, Alejandra… nos vamos a vengar… ¡Dios…! date la vuelta… que te voy a follar —dijo Oliver encendido, excitado y enrabietado.

Y mi corazón se detuvo. La paja se detuvo. Y aparté mi rostro… y mi cuerpo… de él. Y entendí que todo aquel tiempo se había estado refiriendo a su absurda sospecha de infidelidad de Sebastián con Helena… que no sabía nada de lo de Aitana y Diego…

—Súbete la falda. Ponte contra el escritorio… Nos vamos a vengar bien… —susurró, como poseído, mirándome de nuevo a las tetas, con su polla grande apuntando al techo…

… Y yo sentí pavor.

—No… —contesté, dando un paso atrás.

—¿Cómo que no? —me intimidó, cercándome contra la estantería, y yo no me podía creer haber llegado a aquello: haberlo besado, haberlo masturbado unos segundos… tener la camisa abierta y las tetas expuestas… y tener delante aquel torso desnudo y aquella polla que casi tocaba mi vientre.

—Pero… Helena y Sebastián… —susurré, sin pensar.

—Sí. Claro. ¿De qué te sorprende? Es evidente. Tantos días juntos… Te lo dije ya al principio de la noche…

—¿Cómo lo sabes? —pregunté para ganar tiempo, buscando que se calmara, que olvidara la idea de intentar tener sexo conmigo.

—¿Que cómo lo sé? No son tan tontos como para dejar pruebas… pero está claro —dijo, y llevó una mano a su miembro, y se la agarró, frente a mí, y me agobié… mientras concluía que él me confirmaba una y otra vez que había estado todo aquel tiempo refiriéndose a aquella idea estúpida de que Sebastián y Helena tuvieran algo.

—¿Y la novela? —pregunté, acorralada.

—¿Qué le pasa? Ya te he dicho que no la he leído, ni me importa lo porno que sea, solo sé que a raíz de ese puto libro empezó a pasar mucho tiempo en casa, tiempo que seguro aprovechó para… En fin. Creo que lo sabes tan bien como yo. Y por eso estás aquí.

Y aquello fue la prueba definitiva de que Oliver no sabía nada, de que no tenía ni idea de quién era Blanca, ni Julián, ni de la implicación de Aitana y de Diego… No sabía absolutamente nada. Solo le daba vueltas a una sospecha absurda, celoso e inseguro de una relación imposible y sin sentido entre su mujer y mi marido.

—Ven… Cógemela como antes… Me encanta cómo me la pones dura —dijo, seguro de sí mismo.

—No…

—Cómo que no —susurró extrañado, y puso sus manos a ambos lados de mi cuerpo, contra la estantería, y sentí su polla dura y larga, tocando mi vientre, y mojando cerca de mi ombligo con un líquido acuoso, prueba de su excitación desbordada, que me repugnaba.

—No puedo…

—¿No serás tan zorra de no querer ahora…? —susurró, y me intentó besar, y giré la cara.

Y entonces se hizo un silencio. Le iba a empujar. Iba a salir de allí. Tenía que zafarme de aquel acoso, cuando se retiró un poco y frente a frente, dijo:

—Si es por ellos… por los chicos… vamos al dormitorio… y pasamos el pestillo. No nos van a pillar allí… Si prometes no gemir mucho… —sonrió.

—No… No voy a hacer nada —contesté y me cubrí un poco con la camisa.

Y después reparé en mi estado, en mis pechos enrojecidos por sus caricias e hinchados por mi excitación; en mis pezones duros, en mi sujetador desbordado… y sentí una inmensa vergüenza, y el hecho de hacer por recomponer aquello en su presencia me abochornaba.

—No serás tan puta… —susurró, y yo me enervé, pero callé.

Y entonces sí tomé la decisión de recomponer mi ropa. Tragando saliva. Y lo odiaba por su actitud, pero también me culpaba a mí por haber llegado hasta allí, y pasé la vergüenza de oculta mis pechos… otra vez cubriéndolos con mi sujetador, y comencé a abotonar la camisa, cuando susurró, de golpe, y en tono conciliador:

—¡Ey, ey…! Perdona. He sido muy grosero. Lo hablamos con calma. Vamos demasiado rápido… lo sé. Te he asustado.

Y yo no lo miraba, abotonaba el resto de botones, en silencio.

—¿No te quieres vengar?, ¿eh? —dijo, y me tocó la cara con su mano, mano que aparté.

—Vamos… Ellos lo han hecho mil veces, Alejandra. Estoy seguro.

—Apártate… por favor. Y guárdate eso —dije finalmente, mirándole a los ojos.

Y él negó con la cabeza. Y de nuevo cambió el tono. Otra vez ira, rabia y excitación:

—No me jodas, eh… Serás capaz… después de estar calentándome toda la puta noch…

Y le aparté antes de que acabase la frase. Dejándolo allí, con su polla apuntando recta hacia un espacio en el que ya no estaba yo.

Y comencé a caminar, para salir de aquel estudio y de aquella casa.

—¿En serio te vas? —escuché a mi espalda y en tono más alto—. Pues que te jodan. Vete de aquí de una puta vez. Y yo lo seré, pero tú también eres una puta cornuda de mierda.

CAPÍTULO 28

DIEGO

22:32

Sentada sobre la barra de la cocina, no sé cortó en separar un poco las piernas, dándome acceso a rque yo, de pie, diese un paso y entrase en su campo de acción.

Y lo que yo pretendía alcanzar a no mucho tardar era su sexo, el cual sabía me quedaba un poco alto, pero no sería impedimento; ya me visualizaba follándola, un poco de puntillas.

—Ey, ey… —susurró, echándose ligeramente hacia atrás, tan pronto descubrió cómo iba a por ella, ansioso, con mi boca hacia la suya.

—Qué… —protesté desesperado.

—Que… Espera. Mira. Estaba pensando… Que igual esta no sabe nada —dijo, dubitativa.

—¿El zorrón este? ¿Pero cómo no va a saber nada? Pero si es una perraca… Creía que esto ya lo teníamos claro —dije deseando con todas mis fuerzas que fuera solo una enajenación transitoria, que se le pasara enseguida, y que volviéramos a lo importante.

—No sé… Si vieras la cara que me puso cuando me la encontré… Cuando me vio —se enredaba Aitana y achinaba los ojos, haciendo memoria.

—¿Pero qué cara?

—Pues, no sé… Como muy sorprendida… En plan. No sé. Pero literal que como si…

—No sé, Aitana. A mí también me puso cara rara. Será porque por fin veía a los chicos del libro con los que se había matado a dedos…

—Venga, qué bruto… —protestó con un encanto que me encandiló.

—¿Qué? Es verdad.

—No sé, Diego… Te juro que su cara fue de sorpresa. Como que… A ver… que si ella supiera ya de antes que yo soy la del libro, y que por tanto me va a ver… porque claro, vivo aquí y según tu teoría vino a eso… pues que… no pone ese careto. Diego, hazme caso. Su cara fue de estar flipando.

—Olvídate… Aitana. Hazme caso tú —me desesperaba yo, y le miraba el escote, y sus pechos, pues su melena rubia caía hacia atrás, despejándolo todo, y mi ansia por hacérselo sobre aquella barra me estaba matando.

—Piénsalo, Diego: ¿Y si ella viene aquí… sin ánimo de nada… y de golpe nos ve y es ella la que empieza a hilar que somos los del libro?

—¿Pero cómo no lo iba a saber? ¿Y las guarradas que le envía Sebastopolo? Hace meses que lo sabe y que juegan a eso.

—No, no… Si es evidente que ellos llevan un mazo de tiempo, el que sea, jugando… sexualmente… a que ellos son nosotros… Y que sí que ella pues… se disfraza de mí… Y él de ti… pero… pero quizás ella pensando todo este tiempo que la novela era inventada.

—Que no, Aitana, que no. Que esta ha venido aquí a levantar dos mástiles y si hubiera cuatro levantaba los cuatro. Siempre piensas bien de la gente. Siempre te lo digo… y así nos va.

—¿Cómo nos va? —dijo frunciendo el ceño.

—Bien… Pero nos podría ir mejor —contesté, rezando porque no se liase en cosas del pasado, y

puse mis manos en sus muslos, y recogí un poco su falda hacia su cintura.

Y se hizo un pequeño silencio. Ella se dejaba tocar. Por lo que llevé su falda más hacia arriba, y llegué a ver sus bragas y entonces ella dijo:

—Es guapa, ¿no?

—¿Alejandreta?

—Alejandra, sí.

—Está buenísima —contesté, sin entender muy bien el por qué de aquella pregunta.

Pero no estaba yo con la paciencia adecuada como para jugar a las adivinanzas, ni iba a cometer el error de preguntar nada; aproveché el siguiente silencio para hacer mi segundo intento, y este sí fructificó: fui con mis labios a su boca y ella los aceptó. Después mis manos fueron a su rostro y ella bajó las suyas a mi cintura. Y después mi lengua se abrió camino, y nuestras cabezas se ladearon, y ella emitió un ronroneo que plasmaba que también ansiaba aquel beso. Y quise ser sutil, pero su lengua era como electricidad; ella misma jugaba con mi lengua y sujetaba con sus labios mi labio inferior, y aquello me animó a llevar una de mis manos a sus tetas; y apreté una, un poco, y ella me lo permitió, y el tacto de su teta, bajo la camisa, era terso, consistente, sin ese toque mínimo de blandura de Alejandra, y yo dudaba qué tacto prefería mientras mi otra mano bajaba hacia mí mismo, hacia mi pantalón, y me las arreglé para abrir la cremallera y después para sacar mi polla por la apertura del pantalón al tiempo que apretaba su teta, mientras el beso no se detenía.

Y la simple liberación fue placentera como no la había sentido jamás. No la veía, pero sentía que mi polla había salido a pleno rendimiento de mis pantalones. Y seguía maniobrando, para sacar también los huevos, y mi excitación era tal que la besé con más ansia, y entonces ella se echó un poco hacia atrás, cortando el beso.

Me miraba, sorprendida. Allí subida. Y después miró más abajo, a mi polla.

—Dios mío… Diego… Cómo estás… Te va a explotar —susurró, y yo seguí el rastro de sus ojos, y miré a mi entrepierna, y efectivamente vi mi miembro, completamente descabezado, con la punta violeta como nunca, y brillante, por todo el líquido que llevaba segregando.

—Joder… Es que no puedo más… —dije, y me acerqué un poco, y se lo pedí con la mirada, y ella, como tantas otras veces, me entendió.

Me entendió por lo que alargó su brazo, hacia abajo, y alcanzó mi polla; la rodeó con su mano derecha, la sintió, agitó su cuello, haciendo ondear su melena, y me miró a los ojos mientras comenzaba a pajearme.

Yo cerré los ojos y emití un “uff…” sentido y a la vez desesperado.

—Diego…

—Qué… —contesté, aún con los ojos cerrados, sintiendo aquella paja lenta.

—¿Alguna vez has pensando en Montse mientras lo hacemos?

—No… —respondí, sin estar seguro de si estaba mintiendo o no—. Por… ¿por qué?

—Pues por… estos… —susurraba ella mientras me pajeaba con una destreza impactante—. A ver… es que es muy fuerte… ¿Sebastian se… eso… se follaba a Alejandra imaginando que me follaba a mí… Y ella follaba con él imaginando que se lo hacías tú…? ¿Tú serías capaz de follar así?

—Yo… —contestaba a duras penas, sintiendo cómo echaba mi piel adelante y atrás—. Yo en este preciso momento me conformo con follar, Aitana…

Y entonces ella apartó su mano, dejando mi miembro libre. Y yo abrí los ojos. Y nos miramos.

—¿Qué estarán haciendo? Tardan mucho, ¿no? —preguntó.

—No sé, Aitana. Como que me da igual… —contesté y pensé que era buena noticia para nosotros que tardasen, pero por cómo alzaba el rostro para intentar escuchar, supe que daba por zanjado nuestro escarceo y que pretendía cotillear.

—Tápate y ven, anda —susurró y se bajó de la barra. Y a mí me desesperaba otra vez.

—¿Pero no habíamos dicho que seguro que no están haciendo nada? Joder, Aitana… Me estás puteando —me enfurruñaba yo.

—Venga, vamos. Métete eso y subimos a ver qué hacen.

—Métete, dice… No es tan fácil, eh —protestaba yo, intentando guardar mi miembro dentro de mis pantalones, mientras ella ya comenzaba a caminar hacia las escaleras.

Una vez conseguí guardar mi miembro, malamente, fui tras ella, como pude, y la alcancé gracias a que se había detenido al pie de las escaleras. Y pasé por su lado, y, totalmente excitado, sin capacidad alguna de razonar, aproveché que la puerta del cuarto de baño estaba junto a las escaleras para cogerla de la mano, y tirar de ella, consiguiendo así que entrara conmigo en el aseo.

—¿Pero qué haces…? —susurró, protestando.

—No puedo más, Aitana…

—Pero si sabes que no hay pestillo en este baño, Diego… No podemos hacer nada habiendo gente en casa —decía ella, siempre la voz sensata, al menos cuando no estaba Sebastopolo por

medio.

Los dos dentro del cuarto de baño, con la puerta arrimada. Mi mente trabajaba a toda velocidad en busca de un sitio dónde pudiéramos tener privacidad. Y se me ocurrió. Y era una locura. Y sabía que Aitana me iba a mandar a la mierda, pero era la única opción.

—Espérame aquí. Vuelvo ahora —le dije.

—Pero qué… —protestó ella, y yo salí sigilosamente del cuarto de baño, y fui hacia el salón, hacia el sofá. Fui hacia el bolso de Alejandreta Zorrita, y no tardé en encontrar allí las llaves de su coche.

Y aun sabiendo que Aitana, al menos de primera intención, me iba a decir que si estaba loco, fui con decisión de vuelta hacia el cuarto de baño.

—Qué. ¿Estás de coña? —me dijo tan pronto me vio entrar, y yo arrimé la puerta de nuevo. Y le enseñé las llaves de aquel coche negro de Alejandra, colgando de mi mano.

—Estás muy puto mal de la cabeza… —susurró.

—Asientos de cuero marrones… Hasta sería morboso que dejara alguna manchita… —dije convencido.

—Estás pero que muy mal… Se te ha ido la chola pero de verdad… —susurró Aitana, negando con la cabeza, al tiempo que pudimos escuchar pasos en el techo, arriba, sin duda tacones; sin duda pasos de Alejandreta Zorrita, la propietaria de aquellas llaves… que parecía evidente que salía del estudio y que caminaba por el pasillo.

—Hostia puta —dije.

—¡Diego, tío! Devuélvelas a su sitio.

—No me da tiempo… —dije cuando ya se escuchaban los tacones por las escaleras.

CAPÍTULO 29

ALEJANDRA

22:46

Mi angustia y mi desazón eran insoportables. Y ni siquiera llegaba a sentir odio hacia Oliver, o a menos había otros sentimientos más fuertes, sobre todo uno: me sentía sucia, tremendamente sucia. Mi cuerpo y hasta mi alma. Mi sensación era la de haber sido infiel, y sin excusa, por mucho que Sebastián fuera candidato a haber hecho algo con aquella chica, y por mucho que mi fin último en mi encuentro con Oliver hubiera sido el de conseguir averiguar qué había sucedido.

Bajaba aquellas escaleras y aún sentía el tacto del miembro de Oliver en mi mano, y el gusto de su lengua jugando con la mía, y sus caricias en mis pechos… Y en mi retina aún estaba su polla apuntándome, su mirada encendida y mis tetas desnudas frente a él.

Y suspiraba por poder marcharme de allí sin ver a nadie. Suponía que Diego se había marchado, pero no sabría cómo afrontar el hecho de volver a ver a Aitana, a Blanca, a la chica que seguramente había sido víctima de mi marido. A aquella cría a la que yo no podía culpar pero que había sido el objeto del deseo de Sebastián y por tanto seguramente de su infidelidad…

… Pero, afortunadamente, no estaba en el salón.

Ya desde las escaleras vi que no había nadie custodiando aquellas hojas sobre la mesa. Vi mi bolso, en soledad, sobre el sofá. Y la paz en la planta baja contrastaba con lo turbio del piso de arriba, de dónde escapaba, dejando atrás a un Oliver colérico, como Diego, y quizás también como aquella chica.

Cogí mi bolso y me dirigí hacia la puerta. Solo quería marcharme cuánto antes, ir a casa y allí esperar a Sebastián. Y, cuando él llegara, sacarlo todo. Sabía que sería una noche larga, y lo conocía, y sabía que me querría embaucar, pero no me dejaría engañar: aquellos chicos eran los de su novela y aquellos chicos me odiaban, me odiaban por su culpa, y el motivo del odio no podría ser otro que él; que su novela era cierta, real, y que aquellos chicos era sus protagonistas, sus marionetas, las víctimas de sus juegos turbios, oscuros y morbosos. Unos críos que no habían tenido la madurez, y por tanto la capacidad de defenderse y de protegerse de él.

Salí de la casa y cerré la puerta tras de mí. No quería ni mirar atrás. Caminé hasta el coche y me detuve para buscar las llaves en el bolso. Y, mientras las buscaba, de nuevo por mi mente se cruzaban imágenes, olores y tactos. La imagen de los ojos claros de Oliver, el olor de su colonia cuando se había acercado para besarme y el tacto de su culo enorme, de su pantalón delicado bajo mis manos. Y seguí buscando unas llaves que no encontraba, llegando a desesperarme, y más imágenes, más olores, y más tactos; la imagen de su torso, contundente, atlético y fornido, el olor de su cuerpo, denso y cargado, y el tacto de la punta de su miembro… mojándome el vientre con la punta, con aquel líquido transparente que brotaba de aquel glande enrojecido.

Y no podía creer tener tan mala suerte: no encontraba las llaves. Empezaba a dar por hecho que no estaban allí. Y recordé haber ido al coche a por la chaqueta y al final no haberla cogido, pero haber vuelto y haber devuelto las llaves al bolso. Por lo que pensé que quizás habían caído del bolso hacia el sofá.

No podía soportar la idea de volver allí. De timbrar en aquella puerta y que un Oliver enajenado me importunase… tener que discutir para que me permitiese entrar para buscar las llaves del coche. La escena que visualizaba era terriblemente incómoda, pero no me quedaba otro remedio.

Me giré. Abatida. Nerviosa. Y miré hacia la casa. Y vi a un chico, bajo el marco de la puerta, con sus pantalones azules marino y su camisa blanca remangada. Su tez clara. Su rostro sin vello. Su pelo rubio y corto. Era él, otra vez, Julián. Aquel chico que había imaginado tantas veces. Y me estremecí al darme cuenta de que siendo él, era además Diego, aquel chico que me odiaba, que me había manoseado en el jardín… y que me había insultado con aquellos mensajes terribles.

No tenía ya fuerzas para pelear. Mi desesperación era máxima. Así es que caminé hacia él, dispuesta a pedirle simplemente que me dejara pasar, entrar, y encontrar las dichosas llaves.

Y llegué a él. Y esperaba el improperio. La increpación injusta, pero no por ello del todo inmerecida.

Y él no se apartaba. Y yo no podía más.

—¿Me dejas…? Por favor —susurré.

—¿Has perdido algo? —preguntó, y yo alcé la mirada, y lo miré a los ojos.

—Sí. Las llaves del coche. ¿Las tienes tú?

Y esperaba su respuesta, pero no se producía. Y uno, dos, tres segundos eternos. Y nos mirábamos. Y yo de nuevo sentía aquella mezcla entre excitación por tener a Julián delante y de temor por tener a Diego delante.

Y entonces él se llevó la mano al bolsillo, y, ofreciéndome las llaves, dijo:

—¿No te quieres quedar?

—¿No querías que me fuera? —contesté preguntando, y me hice con las llaves.

—¿Yo? —exageró.

—¿No me has escrito insultándome… diciéndome que me marchase?

—Ah, ¿eso? Era broma…

Y de nuevo nos mirábamos fijamente. Él me escudriñaba, y por momentos me sentía incómoda y

por momentos especialmente viva. Y es que por momentos veía a Julián y a veces a Diego. Y me parecía increíble conocer aquel cuerpo, cada recoveco, cada lunar, casi cada vena. Cada gesto, cada mueca. Hasta su… miembro… Su culo… Sus huevos… todo lo podría describir… sin haberlo visto. Y no tenía duda de que así sería Diego si lo viera desnudo.

—Venga. Quédate.

—¿Sí? ¿Acaso si me quedara me contarías qué ha pasado aquí?

—¿Qué ha pasado? Si ya lo sabes todo… Lo sabes mejor que nadie —respondió, chulesco, y yo, decepcionada hasta el hastío, no pude más.

No pude más y me di la vuelta. Y caminé hacia el coche. Y abrí una de las puertas traseras y posé el bolso sobre los asientos. Y después cerré esa puerta, y abrí la puerta delantera y me subí. Y después arranqué. Sin mirar atrás. Sin mirar a la casa. Sin mirar a Julián. Sin mirar a Diego.

Arranqué el coche y me fui.

CAPÍTULO 30

DIEGO

22:46

Nos quedamos en silencio mientras escuchábamos sus tacones “pum, pum, pum” descendiendo por las escaleras.

—Qué raro… Baja sola… —susurré.

Y más sonidos que nos revelaban que llegaba a la planta baja.

—Dale las llaves… —cuchicheó Aitana.

—¿Cómo se las voy a dar ahora? Además, seguramente se vaya a la cocina, o al jardín. Ya veré

e el momento —respondí en tono bajísimo.

Y otro silencio. Y sabíamos que estaba en el salón. Y más ruido de tacones por la planta baja.

—*Hostiá*, se va… —dije, casi al instante de escuchar el sonido de la puerta de la casa abrirse.

—Joder, Diego. Dale las llaves a la pobre… —susurraba Aitana, recientemente protectora de aquella mujer, y se pudo escuchar el sonido de la puerta cerrarse.

—Sí. No sé… Joder, y… ¿cómo es que se va así, sin despedirse del tonto de Oliver? —me pregunté a mí mismo al tiempo que se me ocurría la respuesta.

—Y yo qué sé. Venga. Sal. Dile que le cayeron del bolso o yo qué sé. Pero dáselas —susurraba Aitana y yo le hacía caso y salía del cuarto de baño.

Crucé el salón rápidamente y abrí la puerta de la casa. Y la vi, al lado de su cochazo negro, rebuscando en su bolso "a la pobre" como la había llamado Aitana. Pero de pobre nada. A mí no me engañaba. Y tenía respuesta a su huida repentina. La muy zorrita había calentado a Oliver hasta que éste se había lanzado cual caimán desesperado, y la muy calienta rabos lo había dejado con la miel en los labios. Joder, casi podía visualizarla, echándose hacia atrás y diciéndole algo así como "uy, qué haces… no, no, no…". La muy zorrita había dejado empalmado al tonto de Oliver y ahora desempeñaba el papel de mujer casada, digna, y asustada por tanto cerdo suelto en aquella casa de salidos.

Era casi cómico ver cómo podía pasarse más de un minuto rebuscando en aquel bolso, y yo degustaba cada segundo de verla contonear su culito bajo su falda gris, cambiando de postura y agitando el bolso. Hasta que resopló, cómo si volver a la casa fuera peor que volver al infierno, y se giró. Y he de reconocer que me volvía a afectar lo buena que estaba, y que su carita de corderito perdido la clavaba, pero a mí no podía engañarme.

Caminó hacia mí y yo ya veía que algo en su vestimenta no encajaba del todo. Y me tensaba, también lo tenía que reconocer, porque era un pibón y porque yo llevaba un calentón de tres pares de narices; pero no iba a darle el gusto de que se me notase. Yo no era la jirafa boba.

—¿Me dejas…? Por favor —me dijo en tono bajo, con vocecilla de cervatillo, y yo realmente ni pensaba estar entorpeciéndola, pues no había hecho tampoco amago de entrar.

—¿Has perdido algo? —pregunté, decidiendo que si quería jugar, jugaríamos.

—Sí. Las llaves del coche. ¿Las tienes tú?

Joder, y entonces me di cuenta. No es que tuviera mal abotonada la camisa, pero no era el porte impecable de antes: un cuello un poco más bajo que otro… una manga más arremangada que otra… una parte más metida por la falda que otra… Joder, "¿hasta dónde has llegado con la jirafa boba?", "¿hasta dónde le has dejado tocar al muy cabrón?", me preguntaba mientras la miraba. Y ella también me miraba a mí, y fingía algo parecido al deseo, bajo la excusa, seguramente, de qu

yo era Julián, el del libro, y que tremendos dedazos habían caído imaginándome a mí, y tremendos polvazos con Sebastopolo imaginando que no era rabo viejo lo que entraba, sino el mío, duro y joven, pero estaba seguro de que pretendía tenderme una trampa para después dejarme a medias como al bobo de Oliver.

Ladeó la cabeza. Me pedía las llaves con la mirada. Y se las di, pues no vi forma de jugar o provocar con aquello. Y después le pregunté si no quería quedarse, y se hizo la víctima, diciéndome que yo quería que se fuera.

—Ah, ¿eso? Era broma… —le dije al respecto de aquellos mensajes que le había enviado.

Y no me respondió a mi última frase. Y yo no sabía si dudaba qué hacer o no. Y la muy zorrita me miraba fijamente a los ojos, pero no me intimidaba. Y aproveché aquel momento para observarla sin cortarme. Los labios, las tetas. Me ponía fino mirándola. Y no solo mirándola, también imaginaba: me imaginaba que la ponía contra su cochecito de niña rica y le daba con toda el alma. Y tuve hasta una erección meteórica mientras me la imaginaba de pie, contra el coche, con las piernas un poco separadas, con la falda en la cintura, con las bragas en los tobillos y con mi polla “pim, pam”, “pim pam”, entrando y saliendo de un coño que tenía pinta de ser grande como el hoyo de un topo.

Me estaba poniendo tan cachondo que caí en su trampa.

—Venga. Quédate —le dije.

—¿Sí? ¿Acaso si me quedara me contarías qué ha pasado aquí? —preguntó, tierna como un tofu sedoso.

—¿Qué ha pasado? Si ya lo sabes todo… Lo sabes mejor que nadie —le dije, realmente molesto y arrepentido de haber caído en su trampa.

Y es que a mí no podía engañarme. Sabía todo y había venido a calentar y a calmar su curiosidad de ver con sus propios ojos cómo era aquel lugar dónde habían sucedido las guarradas que la ponían tonta. Y la cabrona se dio media vuelta y se fue hacia su puto cochazo, dejándome empalmado como un burro. Seguramente casi tan empalmado como había dejado al bobo del neopadrastro de Aitana.

Y entonces, mientras ella abría la puerta trasera y dejaba allí su bolsito de zorrón, escuché ruido a mi espalda, y me volteé y vi que Aitana estaba en el salón, y se sentaba en el sofá, y además venía la jirafa boba desde las escaleras con un teléfono móvil en la mano.

Dejó el teléfono sobre la mesa, sobre las hojas, y le dijo a Aitana:

—Si vuelve le das esto. Se lo ha dejado arriba. Yo me voy a la ducha y después me voy al aeropuerto.

Y mis ojos iban a dentro y después a fuera de la casa, y veía cómo Alejandra arrancaba el coche,

y supe que Oliver pensaba que ella ya se había ido y que yo estaba a punto de marcharme también.

Y la jirafa boba se iba escaleras arriba mientras Alejandreta Zorrita se alejaba. Y miré a Aitana. Y no sabía qué hacer. Y entonces ella dijo:

—Dime la contraseña de su teléfono.

Y yo entendí que había también algo de morbo que partía de Aitana y aterrizaba en Alejandra.

—¿Por qué? ¿Qué quieres leer? ¿O ver?

Y ella no me respondió. Como si en cierto modo se avergonzase. Y yo miré de nuevo hacia la calle y vi aquel coche negro parado en un semáforo, a unos treinta metros…

… Y se me ocurrió una idea mejor que quedarme a esperar a que ella volviese.

CAPÍTULO 31

, ALEJANDRA

l 22:53

Detenida ante un semáforo me agarraba al volante y anhelaba desesperadamente llegar a casa. aDeseaba con todas mis fuerzas llegar a mi refugio, pues pensaba que allí y solo allí podría ordenar todo lo que había sucedido.

Pero cómo intentar dilatar o retrasar aquella reflexión necesaria cuando aún me sentía manchada por Oliver y afectada por Diego.

Arranqué el coche y conducía absorta mientras me daba cuenta de que mi mente entraba en un bucle del que no era capaz de salir: quería, necesitaba, sacar todo con Sebastián, que él me confesase todo; pero mi excitación me hacía temer que aquella confesión conllevase despedirme para siempre de Blanca y de Julián. Y después era consciente de que aunque quisiera hacer una

vez más aquella representación, aquella misma noche, antes de decirle a Sebastián lo que sabía, seguramente no sería capaz de vivirla como las otras veces. ¿Acaso sería capaz de ser Blanca una última vez con mi marido, siendo él Julián, sabiendo lo que ya sabía y estando a punto de pedirle que confesara? ¿Podría ser capaz de… follar con Julián una vez más sospechando que mi marido me había sido infiel con Aitana? ¿Podría hacerlo con mi marido sin confesar yo que había besado y tocado íntimamente a otro hombre?

Y la despedida con Diego, y sus mensajes; ¿por qué aquella inquina? Y recordé alguna parte especialmente dura de la novela como más que posible causa; detenida frente a otro semáforo recordé a Julián, en la novela, desnudo, a cuatro patas sobre la cama, en una posición poco varonil, hasta vergonzante, con el narrador mirando y mandando, y con Blanca detrás, lamiendo su ano. Ella, obediente ante el narrador, que no era otro que mi marido, cerraba los ojos y hundía su lengua allí, en el culo de Julián. Y ella lo sufría, no lo disfrutaba, pero yo entendía de aquella escena que lo hacía por amor. Y Diego sentía placer, pero era consciente de su humillación, la de él y la de ella, y miraba hacia el narrador, Sebastián, odiándolo, y no tanto por él mismo, sino por ella, por el dolor que sentía al verla sufrir así. Y siempre a punto de pararlo todo, pero al final siempre obedecían.

¿Y cómo era posible que me sintiera más afectada por haber conocido a Julián que por haber sido infiel con Oliver?

Y finalmente concluí que había terminado. Que no podría representar más aquello, y no solo por todo lo anterior, sino también porque había conocido al verdadero Julián: aquel chico enigmático, atractivo, atormentado, que contenía todos los elementos de la novela, pero incluso multiplicados; y de nuevo me daba cuenta de que si sentía culpa por mi infidelidad con Oliver, sentía incluso más por lo que me hacía sentir el verdadero Julián.

Cuando de repente me sacó de mi ensoñación un sonido desagradable, el sonido agudo de un claxon desgastado. Y miré hacia el semáforo y seguía en rojo, y al instante se puso en verde, y arranqué, sorprendida de aquel ansia del vehículo de atrás cuando ni siquiera podría haber iniciado la marcha. Y seguí conduciendo cuando escuché de nuevo aquel molesto claxon, por lo que miré por el espejo retrovisor y vi a un chico, en una moto, sin el casco puesto. Indudablemente Diego.

Y temblé al instante. Sorprendida, acosada y desconcertada. Qué más podría querer de mí aquel chico. ¿Cómo pretendía volver a castigarme? ¿Acaso no había recibido los suficientes insultos?

Y otra vez aquel sonido desagradable, y yo lo miraba por el espejo y él me hacía gestos para que me echase a un lado, y yo me preguntaba cuándo terminaría aquella pesadilla.

Tomé un desvío hacia la derecha, siempre con su moto pegada a mi coche, y descendí la marcha por una calle estrecha y con edificios de dos o tres plantas a cada lado. La noche era oscura y la amplitud de la avenida arbolada había desaparecido de repente.

Detuve el coche y me mantuve quieta, sin soltar el volante, aferrada a él. Y podía presentir cómo Diego, cómo Julián, paraba su moto tras de mí. De golpe ya no se escuchaba el ruido de ningún

motor. Me quité el cinturón de seguridad y esperé. Y enseguida escuché el sonido de la manilla de la puerta del asiento del acompañante. Y entró: Diego, Julián, se subió a mi coche, con aquel uniforme, con aquella presteza y seguridad, y en mi cabeza resonó un "¿qué más quieres de mí?".

CAPÍTULO 32

DIEGO

22:53

Seguramente Aitana lo leyó en mis ojos, pues preguntó "¿a dónde vas?", antes incluso de que me girase y cerrase la puerta de la casa.

Una vez fuera, miré hacia la calle. Sabía que no tenía tiempo. El coche negro seguía detenido ante el semáforo, pero sabía que su cambio a verde era inminente.

Caminé hacia mi moto, mirando cómo efectivamente la zorrita tenía vía libre para escapar, pues el semáforo cambiaba de color. Llegué a mi pequeño pedazo de chatarra de lamentable cilindrada y supe que en la diferencia entre coger el casco y no cogerlo podría estar la posibilidad de seguirla o de perderla.

Y se repetía en mi cabeza la voz de Aitana, su "¿a dónde vas?". Ella no quería que pasase nada. Solo quería olvidarlo todo. O fingirlo. Metía la cabeza en la tierra como un puto avestruz, sin afrontar la putada que nos había hecho Sebastopolo y la humillación de Alejandreta, plantándose en su casa, para reírse de ella. Me preguntaba cómo podía ser tan buena. Porque no era ingenuidad. Era así. Pensar que la zorrita no sabía nada no era ingenuidad, era su manera de ver siempre a la gente.

Pero si ella no se iba a defender la defendería yo.

Y aquel amor que sentía por Aitana era lo que me hacía ser permanentemente dos personas, y era lo que me hacía ir detrás de aquella treintañera zorrona.

Conducía con calma. El aire espeso de la noche me daba en la cara. Sentía que podría llover. El olor de la hierba de los jardines de las casas me hacía evadirme durante fracciones de segundo, pero después levantaba la mirada y veía en la distancia aquel coche, estilizado, elegante y con una potencia oculta bajo líneas suaves, como la dueña, y volvía a centrarme en mi persecución.

Y de nuevo yo en dos personas: el Diego con una erección permanente, con un ansia incansable de provocar a aquella mujer, de forzar, de saber si de verdad quería conocer al Julián con el que se había matado a dedos no sé cuántas veces, el que la odiaba porque sabía que la cabrona sabía todo y había venido a provocar, y el Diego que perseguía a aquella cerda por una necesidad imperiosa de impartir justicia en nombre de Aitana.

Y es que aquella calienta rabos, por odiosa que fuera, tenía que saber que el puto libro no había sido solo sexo, que habían ocurrido otras cosas. Y sobre todo que Aitana no era así, y que no se merecía su puto desplante.

Detenidos tras otro semáforo pensaba constantemente en mi novia, en que era tan buena chica que ni era capaz de odiar a Alejandreta ni al puto Sebastopolo. Ella merecía otra cosa, no merecía que aquella zorra se hubiera plantado en su casa sin explicación alguna. Ni se merecía el concepto de ella que daba a entender el puto libro.

Y yo no esperaba convencer a la zorra de que se disculpase, pero sí al menos quería que diera la cara, que confesara. Que, ante Aitana, dijera la verdad, que había sabido, paso a paso, de las andanzas de su marido, y que ella había sido total y absolutamente cómplice.

Y entonces pité, y la cabrona casi aceleró, lo sentí, a pesar de que aún estaba el semáforo en rojo. Y sabía que aún no me había visto. Y arrancó después, y le volví a pitar, y entonces sí me vio. Y le hice un gesto para que tomase un desvío y saliésemos de aquella avenida donde no podíamos parar.

No sabía realmente qué decirle si es que finalmente accedía a detener el coche. No sabía cómo empezar… Sabía que aquella zorra sabía todo lo sexual del libro, pero no sabía lo… sentimental y quería decírselo. Decirle que no había sido todo tan inocente como un mete saca a las órdenes del degenerado de su marido.

Giró a la derecha y yo la seguí. Después detuvo el coche. Paré detrás de ella. Me bajé de la moto y vi cómo ella no salía. Así es que caminé, abrí la puerta del asiento del copiloto y entré. Entré sabiendo que de primeras ella me iba a impresionar; que corría otra vez el riesgo de que mandara mi polla y que volviera a cometer algún error, cuando mi objetivo era otro.

Me senté. Sobre aquel cuero marrón. La miré. Ella miraba al frente. Agarradita al volante como si se lo fuera a robar.

Sus tetas marcaban tanto su camisa rosa que me ponía malo… Me contenía desesperadamente para no abalanzarme…

… Y cerré la puerta. Y elegí la frase con la que empezar.

CAPÍTULO 33

DIEGO

23:00

a

—Hola otra vez, Alejandra. ¿Sabes qué vas a hacer ahora? —le pregunté, algo nervioso y atropellado, y ella me miraba fijamente. Parecía tremendamente tensa, pero no sabía si fiarme, y continué:

—Vas a volver a casa de Aitana y…

.

—No voy a volver allí —me interrumpió, aparentando seguridad, pero yo la sentía hecha un puto flan.

—Sí… vas a volver allí, primero porque te has dejado el teléfono… y segundo porque quiero que salga una disculpa de… ya que no va a salir de Sebastián, que salga al menos de ti… —hablaba yo y ella se mantenía quieta, y ni había reaccionado cuando le había dicho lo de su móvil —. Y… eso, porque tú estás casi tan metida en esto como tu maridito. Y así, mientras te disculpas, igual hasta la conoces un poco, aunque solo sean… cinco frases; igual así te das cuenta de que no es la del libro.

—¿Cómo que no es la del libro…? —preguntó aquella mujer que por un lado estaba convencido
ı de que era una puta calientapollas, y por otro a veces daba la sensación de no ser consciente de lo buena que estaba.

—Es mejor que la del libro. Quiero decir. Y no me refiero a lo sexual —contesté, y no quería liarme en explicaciones absurdas. No quería que las preguntas las hiciera ella.

—¿No pasó todo lo del libro? —preguntó, irritándome, y yo me prometí que sería la última pregunta que contestaría, y lo hice con condescendencia:

—Lo sexual sabes que sí… Alejandra… Él te lo habrá dicho. El principio, de hecho, fue tal cual.

Y lo demás… sexual… también. Eso que habrás leído mil veces. El principio… cómo nos pilló follando… y cómo nos espió, y cómo seguimos… y a partir de ahí… Bueno. Ya sabes. Pero… esto es lo que querías, ¿no? A lo que venías. Reconócelo de una puta vez.

—¿Que venía a qué? ¿Reconocer qué? —preguntó ella, de nuevo haciéndose la chica boba, la mujercita engañada… y cabreándome. Girada un poco hacia mí, sus tetas se marcaban bajo la camisa y sus muslos se exponían, con la falda algo recogida hacia arriba, tanto que otra vez me daba la sensación de que jugaba conmigo.

—Lo sabes… Alejandra. Viniste a… ponerme cara a mí… a Julián. Ponerle cara a Blanca… Ponerle… Bueno… situarte en cómo es la casa…

—No…

—¿Por qué no lo reconoces? Mira. Soy yo. Soy así. Ahora no finjas que te da corte… Sé que te has matado a dedos con el libro, imaginándome…

—¿Pero por qué dices eso? —susurraba ella, lagrimosa como una doncella sobreactuada.

—Lo digo porque lo sé. Porque sé que hacéis… tú y Sebastián… lo del libro. Que él hace de mí… y que tú haces de Aitana… Que os disfrazáis de nosotros… y os ponéis a follar… como en el libro… como ocurrió todo, tal cual, el año pasado… —le susurré, y de nuevo su cara angelical, pero esta vez sí pudiera ser real su sorpresa.

—¿Qué…? ¿Cómo sabes eso…? ¿Te lo ha contado él? —preguntó, en un hilillo de voz.

Y yo, también girado hacia ella, llevé mi mano derecha a su muslo más cercano. Toqué su piel. Su muslo era firme. Y ella tembló un poco, cosa que me sorprendió. Y yo no tenía ni idea de hasta dónde querría llegar. De hasta dónde me dejaría.

CAPÍTULO 34

ALEJANDRA

23:05

Había puesto su mano en mi pierna. No era una caricia. Tampoco me apretaba. Me tanteaba con una seguridad que me impresionaba. Y yo no veía a Diego, veía a Julián, y por eso me costaba tanto negarle nada.

Era el olor: juvenil y a la vez cargado; de post adolescente, como en la novela. Era su mirada: verde y profunda de la novela. Era su uniforme y su lenguaje corporal: desgarbado pero estiloso, como en la novela. Y era el ímpetu físico enjaulado… y sobre todo la irradiación de sexualidad de la novela.

—¿Cómo sabes eso? —insistí, sin apartar aquella mano.

—Alejandra… Eres tú quién ha venido a tocarnos las narices… cuando las cosas estaban ya bastante tranquilas… Así que es más justo que las preguntas las haga yo —contestó, subiendo un poco aquella mano.

—Para… —contesté instintivamente, y él detuvo su escarceo, pero no se retiró.

—Dime. Mujer de Sebastián. Dime una parte del libro que te haya gustado mucho. Me siento cómo una estrella —susurró.

Y yo miré a mi alrededor: bastante alejados de la farola más próxima, la luz era amarillenta, como antigua y desgastada, y sobre todo muy tenue. La calle era estrecha, y el silencio, a excepción del ruido de coches provenientes de la avenida de la que nos habíamos desviado, era casi total.

—Venga. Dime una… Alejandra —dijo, retomando su idea, y con aquella mano que se reactivaba, y que casi se colaba por debajo de mi falda. Y yo no me podía creer que Julián me estuviera tocando allí… y sobre todo no podía creer que su tacto fuera tal cual lo había imaginado.

Y entonces él se movió un poco, y usó su otra mano para… colocarse su entrepierna, por encima del pantalón.

—Me… molesta… —se quejó, provocador.

Y yo no dije nada.

—¿Recuerdas la parte del libro en la que me pasaba esto… eh? Que estaba en el sofá… del salón que ya has visto… con Blanca… y había más gente… y también me tuve que… mover eso… sin que nadie se diera cuenta…

—Sí —contesté, recordando esa escena.

—¿Ves? Te sabes el puto libro de memoria y no me quieres contar tu parte preferida.

—No… —contesté y su mano ya estaba debajo de mi falda, y podía ver cómo me miraba a veces a la cara, y a veces a los pechos, sin ningún reparo.

—Ya… Bueno. Y a todo esto… ¿Cómo hacíais o hacéis para imitarnos? Porque en la realidad éramos tres. Pero Sebastopo… bueno, Sebastián y tú sois dos —preguntó, subiendo más su mano, casi llegando a mis bragas.

—No… No sé cómo sabes eso.

—¿Qué más da? Lo sé. Joder… tienes el muslo calentito —susurró y yo mantenía las piernas ligeramente abiertas y sentía mi corazón palpitar casi fuera de mi cuerpo.

—Lo… grabábamos… Antes.

—¿Qué? ¿El qué? ¿Qué grabábais?

—Las… órdenes del narrador. Sebastián las grababa… en el teléfono… y lo íbamos cumpliendo —dije, y Diego llegó a mis bragas… Lo noté. Había posado allí la yema de dos o tres dedos. Y en su rostro se plasmó que había llegado a dónde quería, y no mostró sorpresa por lo que yo le contaba. Y después usó su otra mano para acariciarme un pecho, sobre la camisa: primero con delicadeza, y después me apretó un poco. Y yo ronroneé en un quejido, acorralada, con mi sexo atacado por una mano y mi pecho por otra. Aun sobre la ropa, lo sentía tanto y me afectaba tanto que solo podía temblar… y no era capaz de pensar…

—Dime una… Dime una parte que te guste… imitar… —susurró, acercándose a mí.

Y ya sentía su aliento en mi cuello. Y su mano, que estaba abajo, rozaba mis bragas, pero mínimamente, y la de arriba sobaba mi teta, pero sobre la camisa, haciéndome ansiar más en ambos puntos. Y sus labios casi estaban en mi cuello. Y su olor envolvía todo el habitáculo. Y mis ojos fueron a aquella entrepierna imponente, abultada, que me hizo pensar en si sería verdad que albergaba aquel segundo don: que su miembro no solo era capaz de descargar aquellas cantidades, sino que tenía además aquella capacidad para continuar… follando… una vez vaciado… hasta eyacular otra vez.

—Dime… —insistió.

—Cuando… Cuando… En el desván…

—Ah… Sí… Lo del desván. Caray… Alejandra… Te gusta lo fuerte… ¿Qué te gustó de eso?

—No sé… Todo… —contesté y él abandonó mi pecho y puso su dedo pulgar sobre mis labios, mientras su otra mano seguía tanteando, casi sobrevolando, sobre mis bragas.

—Volvíamos del colegio. El cabrón de Sebastián nos mandó subir… y allí… sobre una puta manta. Aún me duelen las rodillas a veces… Estuve más de media hora… dándole… en los

morrazos de tu marido… Cómo se empalmaba el cabrón… Eso no lo escribió en el libro… Y su cara de puto degenerado tampoco —susurraba Diego, y me palpaba el labio inferior con su dedo pulgar, y yo pegaba la cabeza al asiento, y temblaba… imaginando lo que contaba, sintiendo lo que me hacía sentir, y temiendo que continuase tocándome.

Y entonces abandonó mi labio. Y su mano fue a un botón de mi camisa, que desabrochó, y después iba a desabrochar otro… y entonces lo detuve.

—Para…

—¿Sabes qué es lo más diferente de la realidad… con respecto al libro? —preguntó sin molestarse por haberlo detenido, y quitando también su otra mano del interior de mis muslos.

—¿Qué…?

—Que en el libro todo se acaba porque Aitana está enamorada de mí. Y en la realidad todo se acabó… se cortó… porque Aitana está enamorada de él.

Tras decir aquello me dio un vuelco el corazón. Y él no lo había dicho con lástima, ni victimismo, sino con rabia y madurez.

Y entonces yo, con aquel botón desabrochado, con aquellos pechos casi expuestos, con mis piernas entreabiertas y habiéndome dejado tocar… con toda aquella sexualidad irrespirable dentro de aquel vehículo, no solo sentí una excitación que no se iba, sino una tristeza que llegaba. Y que me hacía comprenderlo. Y quise saber… lo que me faltaba aún por saber:

—¿Pasó algo entre los dos? —pregunté.

—¿No te lo dijo?

—No…

—Ella a mí tampoco.

—Lo de la novela… Aquello… Ella saliendo del dormitorio… Y él desnud

—Eso pasó, sí —me interrumpió.

Y se hizo un silencio. Y después, cambiando completamente su semblante, dijo:

—Na… Tú lo sabes todo… Cabrona… Vamos a volver al… plan del principio, ¿vale? Ciérrate ese botón, que te estoy viendo las tetas… Me voy a bajar del coche y vas a ir tú en tu cochecito y yo en mi moto… a casa de Aitana. Vas a coger tu puto móvil. Le vas a pedir perdón a Aitana. Le vas a decir que supiste todo lo que pasaba desde el principio… y verás… a poco que cruces cuatro frases con ella… que ella no se mereció todo esto. No se mereció que un puto viejo la manipulase… la… hiciese pillarse por él… lo escribiese… y que para colmo enviase al zorrón de

su mujer a reírse de ella.

Y no pude reaccionar. No supe qué decir. Solo lo escuché, como buenamente pude. Aguanté aquel rapapolvos que yo sentía constantemente tan inmerecido como a la vez extrañamente justo

—Y después te vas a tu puta casa —continuó—. Y mejor si no te vemos tu cara de guarra nunca más —dijo hiriente y agresivo, y después abrió su puerta, se bajó del coche y cerró de un portazo.

CAPÍTULO 35

ALEJANDRA

23:18

Miraba por el espejo retrovisor cómo se subía a la moto. Lo hacía con la seguridad de que yo iría detrás, tras él, obediente. Todos sus movimientos, sus frases, parecía que seguían guionizadas por mi marido.

Acababa de vivir mi tercer encuentro con él, y en todos ellos había tenido la sensación de que un torbellino me había pasado por encima. Y, a pesar de su actitud hacia mí, no lograba hacerme sentir mal. Y esta vez, además, había explicado, quizás hasta sin querer, que el motivo de su inquina ni siquiera era por él.

Arranqué el coche pensando en que pudiera ser verdad que Aitana no estaba bien plasmada en la novela; eso me había dicho Diego y yo no podía saberlo pues no había hablado con ella. Pero él, Diego, era total y absolutamente Julián, incluso en aquel último matiz que me había revelado: aquel proteccionismo para con Aitana, aquel bastión maduro, a espaldas de ella, que contrastaba con dejes infantiles cuando estaban juntos y eran devorados por su edad. Y cómo culparlo a él, de su inquina hacia mí, si de verdad él creía que yo no era inocente… y si además su rabia era por el daño causado, no en él, sino en Aitana.

Y si su personalidad era exactamente como en la novela, su físico y atracción también. Y a pesar de mi enfado con mi marido en aquellos momentos guardé unos segundos de reconocimiento por

su capacidad de escribir, de plasmar, de aquella manera tan estricta y precisa, la realidad. No solo su personalidad, también su físico, su pecho blanco, su cadena dorada, los pliegues de su ropa desajustada, su mirada dominante y a la vez tímida, como si ni él mismo la pudiera controlar. Y su atractivo físico: descarado, innato, indómito; y sus muecas cuando quería intimidar a alguien, como cuando había hecho mención a su miembro duro, apresado e incómodo bajo sus pantalones… Sebastián lo había representado y descrito de manera impecable, y todo lo que me había hecho sentir al leerlo se había multiplicado al haberlo sentido cierto y tan cerca de mí.

Conducía otra vez por la avenida. Diego se había adelantado y ya no lo veía. Y yo sabía que hablaría con Aitana; no sabía si para disculparme, pues me costaba visualizar una disculpa absolutamente sincera sin sentirme totalmente responsable, pero sí quería hablar con ella de otra cosa más, la única cosa que realmente me faltaba por saber y que solo ella podría revelarme: si Sebastián me había sido infiel con ella.

Detenida ante un semáforo aún podía sentir el dedo pulgar de Diego en mis labios… y su mano entre mis piernas, rozando con delicadeza mis bragas… y recordé cuando me había apretado la teta, y aquel "¡Mhh!" que yo había quejido al sentir su fuerza… su nervio… sobre mí. Y no podía dejar de excitarme, pues combinaba lo que ya sabía de él con lo que podía suponer, ya que lo había leído incontables veces.

Me preguntaba si me hubiera negado si él hubiera intentado algo más y me asustaba pensar que quizás no. Yo, que prácticamente le doblaba la edad a aquel chico de diecinueve años, me sentía culpable por reconocer que me desarmaba.

Y cuando recordaba el momento en el que me había desabrochado un botón sentí una frustración enorme por saber que yo nunca más sería Blanca, que ya no podría serlo después de lo que sabía. Y no podría serlo, además, una vez había conocido al verdadero Julián. Y cómo contener aquel deseo de ser ella una vez más, después de haberlo conocido… Pero sabía que era imposible volver a mi casa como si nada hubiera pasado; volver a mi casa, con Sebastián, y ponerme aquella ropa, aquel uniforme, y fingir que no los había conocido, y fingir que mi marido era aquel chico… y fingir que Blanca, que yo, que Aitana… no se había enamorado de él… y fingir que seguramente él me había sido infiel con ella.

"Oliver", pensé en el momento en el que llegaba a la recta de aquella casa. Y me parecía increíble y a la vez terrible que me hubiera besado con él… y que le hubiera tocado dónde le había tocado. Y me parecía que había sucedido hacía mil vidas. Y miré el reloj y me di cuenta de que Sebastián y Helena aterrizarían en poco más de media hora.

Y poco después, cuando conducía despacio, ya casi a la altura de la casa, alcé la vista y vi la moto de Diego aparcada, pero no el coche de Oliver, por lo que deduje que ya se habría marchado hacia el aeropuerto para recoger a Helena, y produjo en mí un pequeño alivio entre tanta locura.

Aparqué mi coche frente al jardín delantero. No estaría más de unos pocos minutos. Cogería mi teléfono y hablaría con Aitana; intentaría entenderla, intentaría ver aquella chica que mi marido no había sabido o no había querido crear, intentaría disculparme e intentaría que me dijera la

última verdad; y me iría a mi casa a esperar a Sebastián.

Bajé del coche, crucé el jardín y vi la puerta de la casa medio abierta. Y después la empujé, sin dudar demasiado. Entré en la casa y cerré la puerta tras de mí. Todo estaba igual: la misma luz, e mismo silencio, salvo que ya no estaban aquellas hojas sobre la mesa de centro, frente al sofá, y a lo lejos, en la cocina, al otro lado de la barra, estaba Diego, de pie, comiendo algo.

Avancé. Y él me miraba.

—No he cenado. Oliver ya se ha ido. Aitana está arriba, en su dormitorio —dijo.

—¿Y mi teléfono? —pregunté.

—Después te lo doy.

—¿No te fías de mí? —pregunté.

Y él se encogió de hombros e hizo un gesto con los ojos, hacia las escaleras. Y yo dudé en preguntarle, en pedirle que me ayudase, que me ayudase en cómo plantearle a Aitana mis disculpas cuando le iba a preguntar después, a aquella chica, si se había acostado con él.

—Una vez que subas, a la derecha. Todo lo que está a la derecha de las escaleras es tal cual el libro. Así que sabrás qué habitación es —dijo Diego.

Y comencé a caminar hacia allí, y volví a subir por aquellas escaleras, con el corazón en un puñ pues tenía la sensación de que lo que hablase con aquella chica podría cambiar mi vida.

Y además subía con la excitación culpable que sentía siempre al notar la mirada de Diego.

Y subía con la frustración permanente de no poder volver a ser Blanca una vez había conocido a verdadero Julián.

CAPÍTULO 36

DIEGO

23:18

l

Me subí a la moto y arranqué. Y después, mientras el aire me daba en la cara y pensaba que se iba cojonudamente sin casco, pensé en que el puto cervatillo se me había escapado vivo.

Había sentido unas ganas brutales de besarla. Allí, en su cochecito de treintañera rica. Pero no de besarla como besaba casi siempre a Aitana, no, de meterle bien la lengua. “Sí, tenía que haberla reventado en su puto coche y haberme dejado de mierdas”, me repetía, y sentía mi polla elevarse siempre enemistada con mis calzoncillos.

Intenté serenarme y recapitular un poco, y seguía convencido de que la cabrona lo había sabido todo, absolutamente todo, desde el principio. No podía saber desde qué punto exacto. Quizás desde la primera vez que Sebastopolo nos había visto follar, o quizás desde la cuarta o desde la quinta vez. Pero era imposible que no lo supiera. Por muy bien pensada que fuera Aitana y por muy buena actriz que fuera Alejandreta. Eso estaba claro. Y es que su cara de sorpresa, la real, había sido cuando le había dicho que sabía que jugaban a disfrazarse de nosotros y que vestidos así follaban como putos chalados. Sí… aquella cara de sorpresa sí había sido real, porque el zorrón no sabía que el zorro astuto había visto cómo había desbloqueado su teléfono con sus deditos largos de hacedora de pajas… y no sabía que yo había leído aquellos mensajes de pirado de Sebastopolo.

“Joder… después de haberle tocado la teta, después de su gemidito cuando le apreté fuerte, tendría que haberme sacado la polla, porque, por calienta rabos que sea, seguro que no se hubiera resistido. Al fin y al cabo Sebastopolo se la folló mil veces… mientras ella pensaba que era yo quién la follaba. ¿Habrá gritado alguna vez mi nombre? Quizás Julián sí, Diego no creo”, pensaba yo mientras me colaba entre dos coches que conducían más despacio que mi puto abuelo.

“Ojalá me hubiera comido la polla. Ojalá hubiera reclinado el asiento, aquellos asientos de cuero marrones tan jodidamente caros y cómodos, y hubiera dejado el mástil bien elevado para que lo montase. Joder, qué cabalgada me pudo haber metido la vieja treintañera esa si hubiera forzado… ¡Mierda!”, pensaba mientras no me quedaba otro remedio que parar frente a un semáforo.

Pero era consciente también que me había librado, pues, cuando le había preguntado por su parte favorita del libro la cabrona podría haber dicho alguna, una en concreto, que había sido jodidamente humillante para mí. “Ahí me perdonó la vida. Me pudo haber puteado bien si hubiera mencionado el artilugio aquel… qué hijo de puta el Sepastopolo”, susurré.

Llegué finalmente a la casa de Aitana. Miré hacia atrás y no vi el cochazo negro de AlejanTeta, pero supe que vendría detrás: “Habrá parado un momento a tocarse bien el coño… ya que yo se lo toqué tan sutilmente… Joder, tendría que haberme dejado de juegos y haberle metido tres dedazos…”, pensé, y miré a mi alrededor, y no vi el coche del neopadrastro jirafa boba. Bajé entonces de la moto, crucé el jardín y timbré junto a la puerta de la entrada.

No tardé en ver cómo se movía la cortina del salón, y enseguida alguien me abrió. Empujé la puerta, entré y después la arrimé, sin cerrarla, y vi cómo Aitana, vestida con la falda y la camisa del uniforme, pero descalza, sin los zapatos ni los calcetines, me daba la espalda y caminaba hacia la escalera; y, mientras lo hacía, dijo:

—Dime que no la has perseguido por la ciudad como un idiota.

—Pues… algo así.

—Alucino… Qué puto personaje eres —dijo graciosa, pero yo la sentí algo triste, o cansada—. Oliver se acaba de ir —continuó—. ¿Ésta va a venir a por su teléfono? Está ahí —dijo, y llegaba a la escalera, y se giraba para indicarme con el dedo que el móvil estaba sobre la barra de la cocina.

—Sí. Va a venir, sí.

—Pues cuando venga, que lo coja, y que se vaya. Y después te vas tú, —dijo desde la escalera, borde, pero yo sabía que no estaba enfadada conmigo, ni me parecía que tuviera motivos para estarlo.

—¿Y tú? —pregunté

—¿Y yo qué? Yo voy a estudiar hasta que llegue mi madre y después me acuesto.

—Qué responsable… Oye. Por cierto —le dije.

—¿Qué?

—Que… que sí… que efectivamente… porta… bragas sedositas de treintañera pija… Mucho mejores que las tuyas —le dije, provocando un poco, sin poder evitarlo.

—Sí, ¿no? Venga ya… —contestó ella, sin creerme, y yo recordé aquel momento, en el coche, y el tacto de la seda extremadamente suave en la punta de mis dedos.

Y Aitana comenzó a subir las escaleras, sin permitirme réplica, y yo no me podía creer que pudiera seguir fingiendo que allí no pasaba nada, que aquella estaba siendo una noche normal. Solo había cometido el desliz de haberme pedido la contraseña del teléfono de Alejandreta y alguna pequeña señal como cuando me había dicho que… ojalá me follara a Alejandra, quizás por venganza o yo qué sé. Pequeños descuidos que reflejaban la obviedad de que, por mucho que quisiera disimular, ella estaba alucinando tanto o más que yo.

“Ésta está flipando como yo… pero es una puta avestruz”, susurré y me fui a la cocina, y vi el teléfono de Alejandreta, y lo escondí tras un bol de fruta, y abrí la nevera y vi una tableta de chocolate que no tardó en ser víctima de mi voracidad.

Y, cuando me iba a empezar a preocupar por la tardanza de Alejandreta, escuché el sonido de un motor, y después presencié su entrada en la casa, y me volvió a impactar, y por qué no decirlo, a joder… lo buena que estaba.

Cerró la puerta y caminó por el salón. Yo la miraba. Otra vez parecía bastante segura. El botón que yo había desabrochado no lo había cerrado. Pensé que querría mantenerse con el recuerdo del tocamiento de su Julián… Y su caminar elegante por el salón me estaba poniendo malo. Y yo me vi, con la boca llena, siempre medio empalmado, observado por aquella zorrita, y entonces le dije:

—No he cenado. Oliver ya se ha ido. Aitana está arriba, en su dormitorio.

—¿Y mi teléfono?

—Después te lo doy —contesté sin dejar de mirar aquel escote… que daban ganas de regarlo hasta dejarlo completamente blanco.

—¿No te fías de mí? —preguntó, haciéndose la tontita.

Y ya no quise responder a tanta pregunta y le indiqué con la mirada que fuera desfilando escaleras arriba; que ya que no quería follar, solo calentar, lo único que le quedaba por hacer allí era disculparse con Aitana, decirle que el matrimonio “Sebastopolo-Alejandreta” había sido muy malo y que hablase un poco con ella… lo suficiente como para sentirse aunque solo fuera un poco culpable.

—Una vez que subas, a la derecha. Todo lo que está a la derecha de las escaleras es tal cual el libro. Así que sabrás qué habitación es —dije, y ella comenzó a caminar, con sus zapatos de tacón de ejecutiva calienta rabos.

Y yo de nuevo me encontraba en el dilema de decirle alguna barbaridad o de aguantar. Siempre con la duda de si solo quería calentar para después dejarme en ridículo o si de verdad, con la carta de que en mí veía a Julián, quizás pudiera… follármela.

Y después pensé en el agujero que tenía mi plan y que llevaba todo aquel tiempo ocultándome a mí mismo, y es que no tenía ni puta idea de cómo reaccionaría Aitana cuando se le plantase la mujer de Sebastián en su habitación.

CAPÍTULO 37

ALEJANDRA

23:29

Cuando llegué arriba apenas vi algo más que oscuridad. A un par de metros, a la derecha, había una puerta entreabierta: la habitación de Blanca… La de Aitana. Dónde había sucedido todo, o casi todo.

Sentí que no era capaz. Que aquello me desbordaba. Que no podía vivir todo aquello y de una sola vez. Oliver, Aitana, Blanca, Diego, Julián… La novela… Helena… Sebastián. Me parecía imposible que Helena no supiera lo ocurrido y no entendía cómo lo había permitido.

No podía. No era capaz. Me detuve a medio camino entre el último escalón de las escaleras y aquella puerta de la que emanaba algo de luz.

No tenía fuerzas para pedir aquellas disculpas, y es que por cierto que fuera que me sentía en parte responsable por lo hecho por mi marido, no me sentía capaz de pedir perdón por algo que yo había desconocido y que por tanto no había podido evitar. ¿Cómo podría haber sospechado que la novela era real…? ¿Cómo podría haber imaginado que Sebastián había hecho aquello con unos chicos a los que yo no conocía?

Y había algo que me paralizaba tanto o incluso más: no tenía fuerzas para preguntar sobre aquella infidelidad; ni siquiera me sentía con derecho a preguntárselo a aquella chica después de que hubiera pasado por lo que había pasado. Me paralizaba porque me daba pavor su respuesta.

Escuché pasos a mi espalda. Supe que Diego me vigilaba y que había reparado en que yo que me había detenido.

El ruido de sus pasos, escaleras arriba, me hacía estremecer. Sabía que se molestaría y que me insistiría, pero yo ya no podía seguir.

Enseguida lo sentí arriba. Detrás de mí.

—¿Qué? ¿No recuerdas la casa? Si está hasta la luz encendida. Es esta segunda puerta ya —escuché a mi espalda, y después me volteé.

Frente a frente. Bajo una especie de velo oscuro, lo ubicaba sobre todo por la camisa blanca de su uniforme, pues parecía casi brillar bajo una oscuridad casi máxima.

—Me voy a casa. Tengo que hablar con Sebastián primero —le susurré.

Y él se mantuvo callado. Y mis pupilas se aclimataban a aquella ausencia de luz, tanto que conseguí descifrar su rostro. De golpe sentí ganas de besarlo.

Mi corazón se aceleró de repente. Y de nuevo, al tenerlo tan cerca, sentí incluso rabia por no poder volver a ser Blanca nunca más.

—¿Hablar de qué con él? Si siempre has sabido todo —susurró él, con aquella voz de la novela, y siempre sin creerme.

Se acercó más a mí. Casi labio con labio. Mi corazón se me salía del pecho.

Nos mirábamos a los ojos. Aquel verde intenso me bloqueaba. Yo no podía respirar. Por un instante sentía que estaba dentro del libro, casi podía escuchar la respiración de narrador… a punto de ordenar algo obsceno. Y yo sabía que lo cumpliría en caso de que la orden fuera para mí, y que me dejaría hacer en caso de que la orden fuera para él.

Y entonces él fue a por mí. Su boca se acercó. Lo podía sentir. Lo pude oler. Mi cuerpo tembló. Y me retiré.

No podía… Era demasiado. Solo era… un chico… por mucho que fuera Julián.

Reculé. Suspiré. Y él me miró fijamente.

—Estaba claro… —susurró—. Mira. Sé a lo que has venido. Tú ganas. A mí me da igual. Me das puto asco, pero voy a intentar hacerte el favor.

Y tras decir eso pasó por delante de mí y empujó aquella puerta arrimada: la habitación de Aitana.

Y yo pude ver una luz tenue que partía de allí. Y una cama. Y una estantería. Y un armario. Todo con las formas, colores y disposiciones exactas… tal cuál habían sido descritas, tal cuál las había imaginado.

CAPÍTULO 38

DIEGO

23:33

Entré en el dormitorio de Aitana dejando atrás a aquella calienta rabos, de la que empezaba a pensar que quizás estuviera incluso más enferma que el puto Sebatopolo.

Era increíble lo bien que me había tendido la trampa… y yo había caído con todo el equipo; la oscuridad: la cabrona no había encendido la luz del pasillo. Y su carita de querer tema. Y su vocecilla. Y sobre todo aquel botón que la zorrita no había cerrado desde el coche, que me había proporcionado una vista privilegiada y nítida del nacimiento de unas tetas que prometían ser sublimes.

"Qué hija de puta…" pensé al recordar cómo se había apartado cuando había intentado besarla.

Y después, volviendo en mí, vi, en la parte derecha del dormitorio, a una Aitana que, de pie, y dándole la espalda al mundo, apoyaba sus manos contra el escritorio; escritorio dónde habían aterrizado el sin fin de hojas que habían estado en el salón.

Ella no se giró a pesar de que era evidente que me había escuchado llegar. "Otra vez la puta avestruz", pensé.

Caminé hacia ella, la cual estaba descalza, pero aún mantenía la falda azul marino y la camisa blanca. Me acerqué mientras agudizaba el oído, temiendo que Alejandreta se marchara, pero a m favor jugaba que la zorrita me necesitaba para recuperar su teléfono, así que aquella conversación aún tendríamos que tenerla. Pero yo quería mucho más, y estaba casi convencido de que ella también.

Al llegar a ella pegué mi pecho a la espalda de Aitana. Y esperaba un "para", o un "vete", pero no dijo nada.

Su cuerpo estaba caliente. Apoyé mi barbilla sobre su hombro e inhalé el olor de su cuello. Puse las manos en su cintura, y entonces ella susurró:

—¿Por qué he escuchado tacones por las escaleras?

—Porque ha subido… —contesté, y ella no decía nada. Así que pegué mi pelvis contra su culo. Y mis manos comenzaron a subir por su cuerpo, torso arriba, tocando camisa, pero quería tocar algo más.

La sentía. Sentía su moderada voluptuosidad bajo su uniforme, y después de haber estado tan cerca de Alejandreta, y después de todo lo que llevaba encima aquella noche… no entendía cómo podía llevar tantas horas empalmado sin habérmela sacado, meneado diez segundos, donde fuera y haber descargado por fin.

—Ha subido… porque quiere mirar —le susurré en el oído, y deposité un pequeño beso en su cuello, al tiempo que palpaba sus pechos sobre la ropa.

—¿En serio? ¿Te ha dicho eso? —dijo seria, dejándome tocar.

—Más o menos —contesté, y sentía una enorme necesidad de saber si aquella zorra se había asomado, si nos estaba espiando, como había hecho su marido tantas veces.

Pero no me giré hacia la puerta. Me aparté un poco de Aitana. Despegué mi pecho de su espalda, pero manteniendo mi polla erecta empujando sobre su falda, sobre su culo, y comencé a acariciar su espalda, con delicadeza, pasando mi dedo índice sobre su columna, en un recorrido que era sencillo, desde su nuca hasta que llegaba al cierre de su sujetador, que transparentaba un poco en color y en relieve bajo su camisa; y después saltaba y seguía con mi dedo, deslizándolo por la parte baja de su espalda, sobre su camisa, hasta llegar a su falda. Y después volvía a empezar.

Y ella se mantenía quieta. Y los dos lo sospechábamos, pero no sabíamos realmente si ella estaba mirando. Y recordé entonces lo que era tener público. Pero era diferente. Esta vez era muy diferente. Yo estaba mucho más tranquilo que cuando era el puto Sebastopolo quién miraba. Y tenía la sensación de que Aitana también.

Y entonces me pareció escuchar un ruido, un sonido, que partía de la entrada de la habitación, o del pasillo. Y pensé en Alejandra. No estaba seguro. Quizás no había sido nada. Pero deseé que estuviera mirando. Y recordé lo buena que estaba, aquel escote en el pasillo… las ganas que me habían dado de besarla… las ganas que me habían entrado en un momento dado de abrirle la camisa de un zarpazo, bajarle el sujetador y comerle las tetas… “Joder… la comida de tetas que le podría haber pegado en el pasillo…”, pensé mientras sentía cómo mi polla crecía, bajo mi ropa, pero apenas se podía mover pues estaba encajada contra la falda, contra el culo, de Aitana. Y mientras seguía acariciando aquella espalda me imaginé que Alejandreta me la comía a dos manos, en el pasillo, arrodillada como una fulana, y entonces mi polla dio un respingo, y Aitana, notándolo, se dejó empujar un poco hacia adelante.

Llevé entonces las manos a su cintura, y empujé un poco. Y era como si folláramos, contra la mesa, pero estábamos completamente vestidos. Y deseaba un movimiento de Alejandreta, escucharla, que nos confirmase que sí estaba mirando, pero la que se movió fue Aitana.

Se apartó un poco de mí, se giró, quedando frente a frente, y me besó. Y su beso no fue casto como un pico, ni implicado metiendo la lengua, sino que fue suave primero y soez después, pues empezó solo labio con labio y terminó mordiendo mínimamente mi labio inferior, tirando un poco de él.

—Au… —exageré.

—¿Está mirando? —preguntó ella en un susurro.

—No lo sé —contesté y tenía ganas de besarla. Miraba a sus ojos y la veía guapísima. Y miraba a su escote, a sus pechos, y me parecían más grandes que de costumbre, abultando la camisa casi

como la mujer que era Alejandreta.

Pero si tenía ganas de besarla más ganas tenía de saber si aquel zorrón quería jugar fuerte de verdad.

—Ven —le susurré a Aitana, y la cogí de la mano, guiándola hacia la cama. Y ella caminó conmigo hasta allí. Hasta los pies de la cama. Y ni ella ni yo mirábamos hacia atrás, hacia la puerta.

—Que… ¿Qué quieres? —le susurré, algo nervioso, pero sobre todo excitadísimo.

—No… No lo sé. ¿Tú? —respondió, rodeándome con sus brazos.

—Que le jodan… Que no pida perdón y que disfrute. Me da igual perder.

—¿Pedir perdón por qué? ¿Y perder? —preguntó y yo me encogí de hombros—. ¿Follarme es perder? —preguntó después, siempre entre susurros.

—Que venga, me caliente, se ría de ti, y que nos espíe como Sebastopolo, es perder, pero que le jodan… —contesté y no me contuve más, así es que me giré, y la vi. Sí. Allí estaba. La cabrona mirona. Aún en el pasillo, pero mirando. Siempre fingiendo mojigatería, pero más salida que el puto palo de una escoba.

Y, cambiando el tono, dije:

—¿Qué haces ahí? Entra de una puta vez.

Y ella avanzó. Caminó dos o tres pasos. Y entró.

CAPÍTULO 39

ALEJANDRA

23:36

Su voz había sonado tan grave, tan madura, que sentí cómo si él fuera realmente el adulto y yo la chiquilla que hubiera estado haciendo algo malo. Así es que obedecí, entré, reconociendo así mi culpa.

Entré y enseguida el me dio la espalda. Y ella, frente a él, estaba tapada por Diego, lo cual me aliviaba un poco, pues no sabría cómo mirarla. Y es que supuestamente debía ir a aquel dormitorio a que se me respondiera la última pregunta y a decirle que sentía que mi marido les hubiera hecho aquello, pero de golpe me encontraba como él… como Sebastián… clavando mis ojos en ellos mientras se besaban.

Y es que eso hacían: se besaban lentamente, de pie, en el medio de aquella habitación, a dos metros de mí. En aquel dormitorio que era exactamente como había sido descrito: amplio, poco cargado para ser el de una chica postadolescente; apenas con un escritorio, una ventana, una cama estrecha, un armario grande, un corcho con fotos y cartulinas clavadas, y un espejo de pie con collares colgando en el lado derecho. Hasta eso, hasta aquel gancho a la derecha del espejo del que colgaban gargantillas, pulseras y collares había sido descrito con precisión.

No esperaba otra orden. De hecho no esperaba nada. No tenía ningún sentido que yo estuviera allí, ni tenía sentido que ellos se besaran estando yo presente. Pero la orden llegó enseguida, de Diego, y sin siquiera mirarme:

—Siéntate ahí —dijo y alargó su brazo, indicándome la otra punta de la cama.

Y me sentí embriagada por el espacio, por ellos, por ser todo cómo había leído.

Y entonces ella le dijo algo al oído y yo caminé, y no lo pude escuchar, al menos no cómo para entenderla. Pasé por al lado de ellos. Y quizás esperaba que ellos se separasen y que Diego me pidiera que hablase con ella, pero no lo hacía.

Cumplí, y, sentada sobre la cama, casi en la almohada, miraba a mi izquierda y veía cómo ellos, de pie, ella de espaldas a mí y él de frente, hablaban en voz baja y a veces se besaban.

Y la situación era violenta, pero a la vez sentía cierta paz. Y cuando no solo sentí paz sino que llegué a sentir que aquello, que verlos así, contenía una suerte de privilegio, empecé a sospechar que me estaba volviendo loca.

No quería mirar, pero quería mirar. Y no podía saber qué pretendían besándose en mi presencia; quizás solo jugar, solo provocar. O quizás buscaban exhibirse pues a pesar de todo lo sucedido de algún modo lo extrañaban; o quizás lo que pretendían era vejarme ya que mi mera presencia, incluso mi obediencia, podría ser prueba suficiente de mi inquietud y mi excitación.

Yo, sentada, con las piernas cruzadas, con mi corazón bombeando sangre a toda velocidad, con

mis manos frías por los nervios, y con una excitación que siempre se acuciaba cuando aquel chico estaba presente, pude observar cómo un beso se hizo exageradamente libidinoso, cómo ladeaban las caras, cómo él maniobraba en la ropa de ella, y cómo su falda azul marino del uniforme caía al suelo.

Y después, antes de que pudiera reaccionar, él levantó un poco la parte baja de la camisa de ella, haciendo que yo pudiera ver las nalgas de Aitana, parcialmente tapadas por unas bragas blancas.

Y sabía que aquello no estaba bien. No alcanzaba a entender sus intenciones, pero sabía que yo debía salir de allí.

—Que no… —susurró Aitana, entre beso y beso.

Y supe que era una locura. No pude más. Mi excitación era incontenible, pero a la vez descabellada. No me podía creer que una mujer como yo estuviera en aquel dormitorio, viendo, en silencio, observando, cómo se besaban y cómo se metían mano… aquella pareja, con el uniforme del colegio, recordándome así y constantemente su exagerada juventud y aquel tabú ilícito. Y supe que por excitante que fuera era demasiado bizarro como para poder soportarlo. Yo misma no me podía permitir seguir siendo aquella persona, aquella mirona excitada frente a aquellos chicos.

Me levanté de aquella cama. Y pasé por al lado de ellos. Ella seguía rodeándolo con los brazos. Y se metían la lengua… y sus bocas se abrían… Y supieron que yo me iba, pero no se detuvieron, ni me detuvieron a mí.

Salí de aquel dormitorio y suspiré, y no sentí alivio, pero sí una extraña sensación de salvación, como si supiera que si me hubiera quedado un minuto más quizás la Alejandra maravillada por ellos no habría sido capaz de buscar una conciencia que la hiciera entrar en razón.

Llegué a las escaleras y pensé en la hora que sería y deduje que no faltarían más de quince o veinte minutos para que Sebastián aterrizase. Y entonces me di cuenta de que no tenía mi teléfono móvil.

Tan pronto reparé en ello me quedé quieta. Me volteé. Y dudé. Dudé en si bajar al salón y buscar mi teléfono o volver a aquel dormitorio y pedirle a Diego que me lo diera. Y miraba a aquel pasillo oscuro, y dudaba. Y aquel pasillo me recordaba a aquel encuentro con Diego, a la última vez que lo había tenido tan cerca. Y recordé cuando había intentado besarme. Y pensé que teniendo en cuenta que seguramente Sebastián sí había hecho algo, o mucho más que algo, con Aitana, quizás había sido tonta por no haberme dejado besar. No podía creer que el premio de mi beso sí lo hubiera recibido Oliver y no aquel chico, al que casi sentía que se lo debía yo, y que me lo debía a mí misma.

Me vi pensando en que me arrepentía de no haberme besado con el verdadero Julián.

Julián. Diego. Él lo tenía. Él tenía mi teléfono. Sabía que tenía que pedírselo.

Caminé de nuevo por el pasillo. Entré de nuevo en el dormitorio y los vi, casi en el mismo sitio: ella, descalza, en camisa y bragas, y él en camisa, pantalón y zapatos. Y se giraron al verme. Pero no había interrumpido nada; no sé estaban besando, quizás sí cuchicheando, seguramente hablando de mí, y era evidente que no los podía culpar por ello.

—Me… devuelves el teléfono móvil, por favor —dije en voz alta, intentando exteriorizar serenidad.

Y entonces él le dijo algo a ella, algo en voz baja que no entendí. Y ella, a la que vi guapísima: rubia, con el pelo largo, moderadamente alta, con los ojos azules y con las piernas esbeltas, pero potentes, le susurró:

—Que ella no quiere ver a Blanca… Quiere ser Blanca… No te enteras de nada…

—Por favor… —le insistí a Diego, mientras le buscaba sentido a por qué ella le decía aquello.

Y él iba a hablar, pero fue ella quién se adelantó. Y, mirándome, a un par de metros de mí, dijo:

—¿No quieres ser Blanca? Un minuto aunque sea… Y después te vas.

—No puedo volver a serlo —respondí, sorprendida por su poso y avergonzada porque ella supiera de aquel juego mío con mi marido.

—Puedes serlo aquí. Y además de verdad.

Nos quedamos en silencio. No alcanzaba a entender lo que me proponía. No podía volver a serlo Y menos allí. Y tampoco me sentía a gusto con la manera con la que se dirigía a mí. De alguna forma por encima de mí. Por algún motivo desconfiaba de ella.

—Ve ahí. Abre el armario. Un minuto y te vas —dijo seria.

Y ya no me podía engañar más. Dudé en aceptar a cambio de que Diego me diera el teléfono. Dudé en decirme a mí misma que lo hacía porque obedecer a Aitana era mi forma de pedir perdón. Pero no era así. La tentación de ser Blanca, una sola vez más, aunque no entendiera del todo bien a qué se refería y hasta qué punto querría llegar, era demasiado grande.

No me juzgué. Estaba cansada. Caminé hacia su armario pensando que la víctima había sido yo, al menos una de ellas, y que, seguramente, mi marido me había sido infiel con una cría, y que se había pasado meses engañándome, y que había sido yo la que no había demandado justicia.

Llegué al armario. Abrí la puerta y Aitana dijo:

—A la derecha están las del uniforme. Coge una.

Y yo miré hacia dónde me indicaba y vi dos camisas blancas, colgadas en sendas perchas, y después escuché un sonido a mi espalda, dónde estaba la cama, y vi que Aitana había dejado cae

sobre ella su falda, la que le había quitado Diego.

—Y están los zapatos ahí —dijo justo después, y vi los mocasines en el suelo, al lado del armario, con los calcetines azul marino encima; mocasines y calcetines los cuales entendí eran los que hacía poco se había quitado.

Ella me ofrecía su uniforme, el que había llevado puesto todo el día salvo la camisa, que aún vestía, pero me ofrecía una igual, quizás con la que pensaba vestirse al día siguiente. Y yo sentí un impulso culpable mezclado con excitación. Y sabía que era seguramente lo más escabroso e inmoral que se me había planteado jamás, peor incluso que mi juego con Sebastián; y no sabía qué hacer, cuando empecé a escuchar, de nuevo, cómo se besaban.

Sus besos me atacaban doblemente: primero porque me excitaban y segundo porque, curiosamente, me daban intimidad. Y entonces llevé mis manos a un botón de mi camisa rosa, y lo desabroché. Y después otro. Y después otro. Mi corazón se me salía del pecho. Y era consciente del acto tremendamente fetichista y hasta enfermizo que estaba a punto de llevar a cabo, pero de nuevo la tentación de ser ella, una sola vez más, en su dormitorio, en presencia del verdadero Julián, era tan excitante y tan tentador que vencía todos mis intentos de resistencia.

Me quité la camisa. Y después me descalcé. Y sus besos de nuevo me daban paz. Y me avergonzaba que me mirasen, sobre todo él, y hacía lo posible por darles la espalda. Y a veces los escuchaba cuchichear, y entonces sí me tensaba. Y cuando llevé mis manos a la cremallera de mi falda le escuché a él decir algo que no entendí, y después a ella susurrar:

—Shh… Déjala en paz. No mires.

Y sentí que ella me protegía. Y que quizás no tenía por qué desconfiar de ella. Y entonces bajé la cremallera de la falda y ésta cayó al suelo.

Cogí después una camisa blanca del armario, y dudaba si quitarme el sujetador o no. Y entonces miré hacia ellos, y vi cómo se devoraban, cómo el ruido de besos se acentuaba, y me quise regalar aquel momento: me llevé las manos atrás, al broche de mi sujetador, mientras les miraba. A veces él volvía a levantar la camisa de ella desde abajo y yo veía parte de aquel culo firme y alzado. Liberé mis pechos no sin antes volver a darles la espalda, y me regalé otro momento, poniéndome la camisa de ella, sintiendo la tela en mi espalda, pero sobre todo en mis pechos desnudos, como hacía casi siempre con Sebastián. Pero aquello era diferente. Tan diferente… porque era realmente SU ROPA. La de Blanca. Y aquello me excitaba de forma tan enfermiza que apenas podía respirar. La fina tela blanca en contacto con mis pechos desnudos me hacía sonrojarme: por la culpa, por lo sucio, por lo fetichista, y por cómo me excitaba… hasta el punto de sentir… aunque me avergonzase… cómo mi coño había respondido a aquello con una humedad que quizás estuviera mojando mis bragas.

Y volví a dejar de escuchar el sonido de sus besos cuando comencé a ponerme su falda azul marino. Y de nuevo le escuché a él susurrar y a ella responder:

—Que la dejes tranquila… Bésame…

Y me sentí de nuevo protegida. Y cogí sus zapatos y calcetines. Y me senté sobre la cama. Y me puse aquellos calcetines azul marino, que eran delicados y finos, casi como unas medias cortas, calzando primero una pierna, y después la otra, con calma, hasta la rodilla, como Blanca; y después sus zapatos, que me quedaban bien, como la falda, como la camisa, que después arremangué un poco, solo un poco, como solía hacer ella, y después vi en el armario cómo colgaba una corbata, y dudé, pero recordé que ella rara vez se la ponía, solo si se lo ordenaba el narrador.

Y mi corazón no había dejado de latir con fuerza, nunca, cada vez incluso más, más con cada prenda que cogía, que me ponía, y que sentía en contacto con mi piel.

Y de nuevo era consciente de que era enfermizo. Y me juzgaba aunque intentara no hacerlo. Y me avergonzaba que ellos estuvieran presenciando cómo accedía a disfrazarme de Blanca, frente a ellos, en su dormitorio. Pero ellos no podían entender que aquellas cotas de excitación… eran de otra forma inalcanzables para mí. Y no iba a renunciar a vivir aquello… por mucha vergüenza y deshonra que sintiera.

Me puse en pie y me sentí ella. Y quizás fuera absurdo, pues aquella ropa me la había puesto decenas de veces. Pero había sido ropa como aquella… no… SU ROPA… cómo esta vez. Sentía el olor… el tacto de Blanca en mí. Era yo. Era ella. Solo me faltaban Julián y el narrador. Y sabía que era imposible, y aquello me entristecía, pero valoraba la oportunidad de estar siendo Blanca durante aquel instante.

Y entonces los miré. Y ellos se habían separado un poco. Y entonces lo vi. A Julián. Con la camisa blanca abierta, pues había sido víctima de las manos de Aitana, y con aquella cadena dorada rodeando su cuello. Su pecho blanco y sus abdominales marcados. Tenía las mejillas sonrojadas, seguramente por tantos besos con ella… Pero, sobre todo… un bulto enorme marcaba su pantalón de uniforme… como tantas veces en la novela… pero esta vez… era real, y era frente a mí… a dos metros de mí.

Me miraba. Y yo lo miraba. Éramos Julián y Blanca.

Y entonces Aitana, matándome, adoptando un papel que yo no esperaba, cogiendo el papel que quedaba libre, dijo:

—Blanca, acércate a Julián.

CAPÍTULO 40

DIEGO

23:44

Miraba por el rabillo del ojo cómo la zorrita de Alejandreta, de pie frente al armario, empezaba a desabrocharse los botones de su camisa, y no daba puto crédito. Para colmo Aitana me entretenía de mala manera y descaradamente. Y yo ya empezaba a cansarme de intentar entender a nadie.

Sí, Aitana intentaba que yo no mirase hacia el show de Alejandreta. Me estaba jodiendo el espectáculo. Porque era un puto espectáculo. Y meterle mano a mi novia, y notar en mis carnes cómo ella me metía mano a mí, no es que fuera un drama, tampoco sus besos lo eran… pero joder, es que a un par de metros de nosotros Alejandreta zorrita se estaba quitando su camisa rosita de ejecutiva calienta rabos. Y si el escote creado por un un botón me había puesto burro perdido, ni que decir tiene cómo se ponía mi polla al ver cómo iba saliendo a la luz su sujetador anegro… y es que además salía a la luz bien llenito por sus tetazas.

Después de quitarse la camisa se quitó sus zapatos de tacón de fulana. Bueno, de fulana quizás no eran. Eran normales. Pero a mí ya todo me parecía un conglomerado medido y estudiado para calentar. Y no solo la ropa, sino el paripé de haber salido del dormitorio para volver enseguida preguntando por su puto teléfono. Aquella zorra no quería su puto móvil, quería cerdear.

Y no acababa de entender aquella especie de Aitana dominatrix, diciéndole a la treintañera guarra lo que tenía que hacer: “abre el armario”, “las camisas de mi uniforme están allí”, “mis zapatos están allá…”. No entendía una puta mierda de lo que tramaba Aitana, después de haberse pasado toda la jodida noche más ausente que presente, pero ya me daba igual; no podía ponerme a pensar a cuento de qué su cambio de actitud mientras me metía la lengua en la boca, me tocaba el rabo de vez en cuando sobre el pantalón, y mientras veía por encima de su hombro como la pija treintañera se disponía a cumplir alguna especie de extraña fantasía de tarada.

Y en aquello estaba: besándome con Aitana y mirando cuando podía y de reojo hacia aquel show de Alejandreta; aquel puto show que me ponía a mil.

Yo miraba cómo ella, descalza, en falda y sujetador, miraba para el armario de Aitana, y yo entonces incontenible, susurré en voz bajísima:

—Quítate el sujetador… cabrona.

Pero ella lo que hizo fue llevarse las manos a la falda, y yo paladeaba el momento de verle las bragas que no había visto, pero que ya había tocado, y todo ello mientras pensaba en lo puto zumbada que tenía que estar para hacer aquello. Tanto que me daba la sensación de estar más

pirada que Sebastopolo.

Y no pude ver el momento en el que se quitaba la falda, pues un “Shh… Déjala en paz. No mires”, fue dicho por Aitana en mi oído. Y después me besó, y yo cerré los ojos para sentir con más intensidad su lengua, lengua que jugaba con la mía en su boca.

El beso se alargaba y yo tocaba su culo, solo cubierto por sus bragas y su camisa, camisa que a veces levantaba un poco, para tocar carne y por si Alejandreta quería echar un ojo a aquel culo de mi novia, por si quería competir; y también sobaba a gusto sus tetas, sobre su camisa, y después ella bajó sus manos y palpó mi polla, de manera más firme que antes, aunque siempre sobre mi pantalón del uniforme; y temblé un poco al notarla, pues sentía que me podría correr casi en cualquier momento como frotara con algo de maña. Y entonces Aitana me susurró:

—Madre mía, Diego…

—Qué… —respondí mientras ella me agarraba la polla sobre el pantalón y mientras la tarada de Alejandreta cogía una camisa blanca del armario.

—Que nunca te la había… notado así… Parece una…

—¿Una que…?

—Una… No sé. Parece una barra de acero… —susurró apocada, y yo, a pesar de estar nerviosísimo, casi cagado vivo por el show de Alejandreta, sentí que me había hecho algo de gracia aquello de “barra de acero”; ridículo y reconfortante a la vez. Y yo sabía que Alejandreta oía nuestros susurros, pero no sabía si llegaba a entenderlos.

—Joder, joder, joder… —dije después y en voz bajísima, mientras nos besábamos más tiernamente; y ella me agarraba el miembro sobre la ropa, y yo miraba hacia Alejandreta.

—¿Qué? —preguntó.

Y yo no respondí. Me limité a observar, temblando; a ver cómo la zorrita se llevaba las manos atrás, al cierre de su sujetador, y después se daba la vuelta, dándonos la espalda, y yo me cagaba en todo, y se lo quitaba; y a pesar de estar de espaldas a nosotros pude ver cómo a ambos lados de su torso se contoneaban unos pechos que fluían hacia los costados de su cuerpo, un poco, llegando a tener más anchura que su torso… Estaba desnuda, de cintura para arriba, en aquel puto dormitorio… y yo me quería morir de lo burro que me ponía… tanto que al instante sentí cómo una gota brotaba de mi miembro y se derramaba por unos calzoncillos que sabía que cuando me los quitase iba a descubrir un charco viscoso… grande y denso como nunca.

—Gírate… hostia… —dije en voz baja, frustrado por no verle sus tetones de frente, o incluso de medio lado… me conformaba con eso… Y mi novia casi ni me dejó terminar la frase.

—Si la asustas se va a rajar… idiota… —susurró Aitana mientras Alejandreta, que seguía dándonos la espalda, se ponía la camisa blanca del uniforme. Y tuve que desistir de seguir

intentando mirar, y me dejé llevar de nuevo por Aitana, y nos volvimos a besar.

Nuestros besos eran húmedos, profundos y calientes. Y ella abandonó el sobeteo sobre mi polla para empezar a desabrochar mi camisa, y era curioso porque mientras ella desabrochaba mi camisa del uniforme yo intuía que Alejandreta se abotonaba la suya. Yo era desnudado y ella era vestida. Y el beso se hacía guarro por momentos, lo que me indicaba que Aitana tampoco tenía la cosa demasiado controlada, pero yo seguía sin preguntarle a qué venía su cambio de actitud.

e

Y el beso terminó, y nos dimos un respiro, y yo entonces, tras ver cómo efectivamente se había abotonado la camisa del uniforme de Aitana, susurré:

—Se ha puesto tu camisa sin sujetador. Hace calor… Tu camisa va a oler a sus tetitas sudaditas. Bueno, de tetitas poco…

—Calla… enfermo… —protestó Aitana, pero yo casi que me sentía el menos enfermo de todos, y además hacía tiempo que sabía que algo se le encendía a Aitana cuando le decía cosas así sobre Alejandreta.

Y entonces aquella treintañera que me tenía desquiciado, por múltiples y variadas razones, que miraba hacia nosotros de vez en cuando, como una especie de voyeur primeriza, pues tenía permanentemente una cara de susto bastante ridícula, cogió la falda de Aitana y empezó a ponérsela, y gracias al movimiento pude ver durante una fracción de segundo sus bragas negras, bragas que por fin veía.

—Joder, hasta le brillan las bragas sedositas. Me están llamando… —susurré.

—Shh. Que la dejes tranquila. Bésame… —respondió Aitana, en un tono un poco más alto, tanto que supe que eso sí lo había escuchado la zorrita de Alejandreta.

Y otro beso, y yo con la camisa abierta, con todos los botones desabrochados, y mi polla a punto de explotar dentro de mis calzoncillos y mis pantalones. Y yo apretando de tanto en cuando las tetas de Aitana, que sentía especialmente duras; y de reojo viendo cómo la tarada, sentada sobre la cama y ya con la falda y la camisa de Aitana puestas, empezaba a ponerse sus calcetines.

Se estaba gustando. Supe que se estaba gustando. O al menos estaba más abstraída que antes. Ya no nos miraba. Se ponía aquellos calcetines azules marino de Aitana hasta la rodilla, despacio, como si entrañase una suerte de ritual enfermizo. Se la notaba acalorada, nerviosita. Estaba cachonda perdida. Y a mí me daba igual lo pirada que estuviese, veía cómo le bailaban un poco las tetas bajo la camisa de Aitana mientras se ponía los calcetines y las ganas de levantarle la falda, apartarle las bragas y metérsela hasta el fondo me ponían malísimo; tan malo me ponía que nunca había sentido que me pudiera correr sin tocarme directamente; me daba la sensación de que con que yo mismo o Aitana me apretase con un poco de gracia la polla sobre el pantalón, me correría.

Y la lengua de Aitana un poco en el aire, trazando círculos con la mía. Y le acaricié una nalga. Y después el beso se cortó y vi cómo Alejandreta, ya casi completamente convertida en Aitana, o

en Blanca, se ponía sus zapatos.

Y yo temblaba al ver aquella estampa: y es que aquel uniforme, que en Aitana era aburrido y rancio, en Alejandreta era porno. Pero porno duro.

Y entonces, agobiado, casi jadeando del morbo que me estaba dando, aparté un poco la melena de Aitana de su oreja y le susurré:

—Se está poniendo tus zapatitos, la pirada… Esto es travestismo lésbico fetichista.

Y Aitana no dijo nada. Y el show de Alejandreta continuaba: se arremangó la camisa, y yo de nuevo no daba crédito: ¿La estaba imitando? ¿Era una parodia? ¿Se estaba riendo de ella o era idolatría?

Miró entonces y de nuevo hacia el armario y no se puso la corbata; algunas de clase la llevaban, Aitana casi nunca, prácticamente solo cuando Sebastopolo se lo había ordenado.

La cabrona clavaba la imagen de Aitana. Bueno, de Blanca, en su mente de pirada.

Y Alejandreta se puso entonces en pie. Y Aitana, al escuchar a su espalda el ruido de sus propios zapatos, en su propia habitación, pero ocasionados por el movimiento de otra mujer, se apartó un poco de mí.

Y entonces vi a aquella calienta rabos completamente de frente, sin obstáculos ni besos por medio. Y lo cierto era que el uniforme le quedaba impecable, al menos de tamaño, pero era a la vez extrañamente vicioso y obsceno. Era enfermizo. Era turbio. Pero era a la vez la cosa más morbosa que había visto jamás. La miraba fijamente para retener aquella imagen. Para colmo sus pezones marcaban la camisa como dos interruptores que atravesaban la camisa blanca. “Pedazo de pitones debe de tener la perra esta… “, me dije a mí mismo mientras clavaba mis ojos en sus pezones y maldecía que sus areolas no se transparentasen.

Ella me miró entonces, de nuevo con su cara de cervatillo. Pero ahora era como un cervatillo cachondo-culpable. Pensé que si su mirada hablase estaría diciendo algo así cómo: “Oh, dios, es clavadito a Julián el del libro. Qué morboso todo”. Pero yo no me fiaba. Ya me la había jugado otras veces. Cuánto más me calentaba y más cosas raras hacía, más me daba la sensación de que me iba a dejar con un palmo de narices.

Y cuando esperaba un “¿qué estoy haciendo?” o un “vale, ya he sido Blanca durante un minuto, me voy”, fue Aitana la que habló.

Y, sorprendiéndome, actuando como si fuera el puto Sebatopolo, y con voz firme, le ordenó:

—Blanca, acércate a Julián.

CAPÍTULO 41

ALEJANDRA

23:51

Me quedé paralizada. El ambiente cargado de la habitación me oprimía. El tono de Aitana me sobrecogía. Y Diego ya no existía; era Julián. Era Julián en su perfecta descripción y máxima expresión.

Yo, quieta, notaba de una manera tan intensa el contacto de aquel uniforme sobre mi piel que sentía que ya no era yo. Que ya había traspasado mi ser. Y quería que ese otro "yo" fuera Blanca pero no lo era del todo, pues me faltaba la valentía de ella y sobre todo la conexión con Julián que ella tenía.

—Esta no va a hacer nada. Solo ha venido a calentar —dijo Julián al ver mi hieratismo.

Y los nervios que me atacaban cada vez que él me hablaba, o cuando hablaba de mí en mi presencia, me desvelaban que también me faltaba la serenidad que Blanca tenía. Blanca no se sentía intimidada por Julián, pero yo sí.

Y fue él quién caminó entonces hacia mí. Y yo miré hacia Aitana, la que se erigía en narradora, y por tanto en directora y mandataria, pero esta vez no me salvaba, no me protegía; no alzaba la voz para impedir que aquel chico se acercase.

Se plantó frente a mí. Yo miraba su torso blanco y sin vello, y sus abdominales marcados. Podía verlo gracias a que Aitana le había abierto la camisa del uniforme entre beso y beso. Quizás lo había preparado para mí, quizás había tenido aquello en mente desde hacía horas, o quizás no. Pero, fuera como fuese, yo tenía que detener aquello. Aquello no podía ser. No debía ser.

Miré entonces hacia la cama que se emplazaba entre nosotros y Aitana, y vi mi camisa rosa, y mi sujetador, y mi falda… y me sentí avergonzada. Y sentía la camisa de ella en contacto con mis pechos, y me excitaba, pero a la vez me sentía una viciosa… una depravada… Y lo tenía que parar. Y un "no puedo…" resonó en mi cabeza. Y entonces Aitana, antes de que yo dijese aquello en voz alta, susurró:

—Acaríciala…

Su voz había salido suave y dulce. Y yo la miré: descalza, en ropa interior y con su camisa blanca; idéntica a la mía, que era suya. Su pelo dorado me pareció incluso más largo y brillante. Y su mirada evocaba fragilidad, pero a la vez serenidad. Sus palabras resonaban con una especie de autoritarismo compasivo.

—¿En serio…? —preguntó Julián, mucho más áspero, como si estuviera siempre a punto de alterarlo todo, y esbozando una mueca de desaprobación, mostrando que aquella orden le parecía seguramente demasiado fútil.

No me dio tiempo a apartarme, ni a protestar. De golpe un dedo acarició mi cara y después mi mentón. Julián se había acercado a mí, dejándome sin aire, y después había alargado su mano hacia mi rostro. Aquellas caricias, sutiles, me hacían temblar; y su sutileza podría hacerme pensar que pretendía cierta reconciliación, pero no era así, y sabía que no era así por lo que veía en sus ojos; seguía viendo ira y lujuria en ellos, y yo lo sentía tanto cuando me miraba a los ojos mientras me tocaba como cuando miraba más abajo: a mi torso, a mis pechos. Me comía con la mirada y yo, con los brazos muertos, dejaba que continuase con aquellas caricias, y buscaba la forma de quitarme culpa por no detenerlo.

Su mano pronto tomó otro camino. Acarició mi cuello y después mi escote. Y yo miraba a sus ojos verdes y pensaba que aquel tacto de manos suaves y hábiles no decepcionaba. Tampoco lo hacía el olor corporal que desprendía: opresivo, consistente, extrañamente carnal. Y, mientras me entretenía valorando sus similitudes inofensivas con respecto a la novela, caí en algo que sabía era inevitable: mientras él acariciaba mi escote con el dorso de su mano yo miré más abajo, miré hacia su entrepierna, para comprobar si aquello también sería como en la novela, y volví a temblar al advertir aquel abultamiento desproporcionado. Y quizás aquel temblor fue percibido por él, y quizás me había mirado a los ojos y me había descubierto, pero, al instante de yo ver aquella brutalidad marcando sus pantalones, él llevo sus manos a mis pechos, sobre la camisa del uniforme, y entonces susurró un “Joder…”, descarado y agresor, que me inquietó.

Y mi corazón latía con fuerza, y los tres nos vimos afectados por aquel cambio: de caricia sutil sobre mi escote a manoseo burdo sobre mis pechos, y es que la narradora dijo:

—Maltrátala un poco… pero sobre la ropa.

Tan pronto la escuché decir aquello supe que me era conocido. Supe que aquello había sido escrito, había sido leído, había formado parte de la novela, en una escena concreta. Aitana parecía conocer la obra de Sebastián tan bien como yo. Seguramente incluso más, pues sus actos habían sido vividos, no simplemente representados. Y de nuevo fui testigo de cómo Julián hacía un gesto de desaprobar la orden, pues quería más.

Mi excitación por tener tan cerca a aquel chico con el que había fantaseado tantas veces me impedía huir de allí, por mucho que supiera que mi escapada sería lo único correcto. Y entonces, mientras él apretaba mis pechos sobre la camisa con rudeza, mientras sentía su tacto con fuerza, me dije que yo era Blanca, y que él era Julián. Y, mientras me rodeaba, colocándose detrás de

mí, y pegaba su pecho a mi espalda; y mientras sentía su polla empujando mi falda, mi culo, y mientras él me rodeaba con sus brazos y llevaba cada una de sus manos a mis tetas, y me las apretaba, sobre la ropa, yo me decía que éramos Blanca y Julián, y que formábamos parte de la novela, que estábamos en aquel mundo, que aquello no era del todo real; como si yo protagonizase de verdad una especie de segunda parte de aquel “Te lo diré tres veces”. Aquella fue la primera vía que encontré para quitarme culpa.

Mientras él me sobaba, me apretaba el culo con una mano y un pecho con la otra, miré hacia la narradora, hacia aquella Aitana que nos miraba con seriedad. Acalorada, tensa, nos miraba, pero no llegaba a buscar una conexión conmigo, ni con él. Y sentí que solo conectaba con ella misma, que aquello lo hacía por ella, pero aún no sabía por qué.

Sentir la polla de Julián encajada entre mis nalgas. Sentir sus manos en mis pechos, usando las yemas de sus dedos, buscando despertar mis pezones. Sentir su aliento mi nuca. Sentir su pecho semidesnudo en mi espalda, hacía que mi sexo pidiese clemencia. Mi corazón palpitaba con estruendo cada vez que sospechaba que mis bragas estaban siendo víctimas de los excesos de mi coño… y mi coño era víctima de los excesos de Julián.

Y él volvió a colocarse frente a mí, y entonces sí se produjo el maltrato ordenado por Aitana. Una suerte de vejación frente a la cual yo de nuevo buscaba a Blanca dentro de mí para no martirizarme por la culpa. Julián se escupió en una mano… y yo supe lo que venía porque ya había sucedido en la novela. Y cómo evitarlo si había fantaseado, lo había recreado, y me había corrido representando aquello e imaginando que de verdad sucedía con Julián. Con Julián, que era quién me lo iba a hacer.

Escupió en la palma de una de sus manos. Embadurnó su mano de su propia saliva… y me tocó. Me mojaba la teta, la camisa, con su saliva. Yo sentía su humedad densa, y entrecerraba los ojos. Lo sentía tanto que me parecía que todo lo vivido hasta aquel momento apenas había valido nada; no había tenido intensidad. Sentía mis pezones despertar, pero me daba igual, el placer era superior a la vergüenza. Y más saliva en su mano… y mi otra teta fue atacada. Me mojaba, acariciaba mi pezón sobre la tela blanca y después alzaba un poco mi pecho con toda su mano. Yo, vestida de colegiala, y con la camisa mojada a la altura de mis pechos, de mis pezones, sentía una humedad extrema, en mis pechos… y en mi sexo…

… Y es que cada caricia, cada mojadura, cada vez que levantaba uno de mis pechos, cada vez que sentía que mi pezón se endurecía, cada vez que miraba cómo me miraba, cada vez que llevaba de nuevo mis ojos a aquella entrepierna suya brutalmente abultada, mi sexo castigaba de nuevo mis bragas, exigiendo de ellas que contuvieran una humedad no tan caudalosa como la que contenía mi camisa, la de Blanca, por la saliva de Julián, pero sí una humedad más espesa, culpable y obscena.

Sabía que toda aquella saliva creaba una estampa en la que mis pezones y areolas transparentaban la camisa. Y él observaba su creación, y susurraba algo, seguramente para sí mismo. Y yo sentía que en cierta forma admiraba mi cuerpo, pero a la vez despreciaba mi ser. Y yo no lo culpaba.

Y entonces miré hacia abajo y me vi sobrepasada: con las tetas empapadas, con la camisa calada por su saliva, vi mis pechos grandes, excitados, frente a él… cuando de pronto cumplió con la narradora, haciendo aquel exceso, obedeciendo a aquel "maltrátala", y golpeó sutilmente, con la mano abierta, con sus dedos, en una de mis tetas mojadas. Yo de nuevo temblé al sentir su azote. Y otra vez. Y otra. Golpeaba mis pechos mojados, sobre la camisa del uniforme, con displicencia, con una mezcla de deseo y desidia. Y yo lo miraba, e intentaba mantener la entereza que mantendría Blanca. Y de nuevo mi coño me decía que aquello era insoportable.

Y yo protestaba en pequeños quejidos que no sabía si él percibía. Unos mínimos "Ah…", que yo rezaba porque él no escuchara. Y sentía bailar mis pechos bajo la camisa tras cada azote, hasta que volvían a su sitio. Mi pecho se henchía por mi respiración y la tentación de alargar mi mano para tocarle era casi incontrolable. Cada vez que mis ojos iban a su mirada turbia sentía que necesitaba besarlo. Cada vez que mis ojos iban a aquel abultamiento exagerado sentía la necesidad de saber si ocultaría de verdad la grandeza que se plasmaba en la novela.

Y otro azote, y un pequeño "¡Hhm!" que yo emití. Y mis tetas maltratadas. Y mi camisa mojada. Y mis pezones rasgando la tela. Y mis areolas dilatadas. Y otro toque de desprecio, y otro "¡Hhm!", y otra vez mi sexo humedeciendo unas bragas que no entendían nada.

Y sentí que él iba a hablar, y esperaba su frase de desprecio, pero finalmente no dijo nada. De nuevo contempló su obra y después llevó sus manos a mi falda. Falda que comenzó a subir… y yo tirité de la vergüenza… Mis muslos se iban descubriendo, y yo no lo paraba. No lo paraba y me decía que Blanca no lo pararía. Y mis bragas negras salieron a la luz y yo le imploré, primero a él, y después a ella, con mi mirada, que no lo hiciera, que no me descubriese… Pero nadie me salvó. Yo llevé instintivamente mis manos a mi falda, sujetándola en mi cintura, y sabía que mis bragas me desarmarían. Y entonces él se pegó a mí, puso sus labios frente a los míos… y comenzó a acariciarme los muslos. Mirándome. Y mi piel se erizaba. Y sentía mis pezones clavados en su pecho… Y primero por el exterior. Y después por el interior. Y sentía las yemas de sus dedos en mis muslos que ardían. Y sabía que se excedía, que la orden había sido clara y había indicado que las caricias debían ser sobre la ropa, pero no dije nada, no dije nada y entonces él me mató, me desarmó y me destruyó… llevando dos de sus dedos a mi coño, sobre mis bragas; palpó y yo supe que aquel encharcamiento era insalvable, indisimulable… Y él, en mi oído, hundiendo un poco sus dedos en mi coño, sintiendo la humedad de mis bragas y la expansión y abultamiento desastroso de mi sexo… susurró:

—Qué hija de puta…

Y yo asumí su insulto. Era evidente mi excitación. Pero lo asumí fundamentalmente porque una gran parte de mí quería que siguiera, y lo quería porque el morbo y la excitación superaron en aquel momento mis sentimientos, que seguían allí, sentimientos de vergüenza y de bochorno.

Pero él no se excedió en aquel tocamiento, sino que lo que hizo después fue tirar mínimamente de mis bragas… hacia él, hacia sí mismo… despegando así las bragas de mi coño, descubriendo así un vello púbico apelmazado y mojado, que él no vio, pues me miraba a los ojos… Y, mientras mantenía mis bragas así, separadas unos pocos centímetros de mi coño, y mientras yo sentía que quizás no se habían despegado de la parte más secreta de mi sexo, pues la humedad

extrema de aquel punto concreto aún las adhería, me susurró:

—Hay que ventilar esto…

Y yo resoplé. Y él llevó de nuevo las bragas a su sitio, cubriendo mi sexo. Y entonces se apartó un poco de mí. Y una voz de chica, bonita, de nuevo tan dulce como autoritaria, resonó por el dormitorio:

—Blanca, besa a Julián.

Su voz salía con semejante poso, y había tal similitud con lo que yo había representado tantas veces, que casi parecía que debía besarlo como parte de un paso más. Pero ahí me detuve. Y quizás fuera absurdo, pues un beso no entrañaría más gravedad que dejarme tocar cómo me había dejado. Quizás un beso no rompería más tabúes que haberme dejado acariciar el sexo sobre las bragas, o que haberme dejado magrear, mojar y azotar los pechos sobre la camisa. Pero tenía la sensación de que besar a Julián conllevaría una imposibilidad de vuelta atrás.

—Obedece, cabrona. ¿No jugáis a esto? Pues aquí lo tienes —susurró Julián frente a mí.

Y yo sabía que no tenía sentido. Y me sentía ridícula, agarrada a mi falda del uniforme, subida hasta mi cintura, con mis bragas expuestas, con los calcetines y mocasines de Aitana puestos; con su camisa de uniforme mojada a la altura de mis pechos, con mis areolas y pezones transparentando la tela por culpa de la humedad, de la saliva de él… Pero no podía… Sentía que era demasiado, que era una locura, que eran unos críos… que la zozobra sería máxima si accedía a aquello.

Y entonces él acercó su rostro y yo giré la cara, y miré hacia Aitana. Y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Su mirada había cambiado. Mi inacción la había enervado. Comprendí que ella necesitaba que yo obedeciera. Y mientras sentía el aliento de Julián en mi rostro entendí por qué lo necesitaba.

Sentí un beso en mi mejilla. Julián me besaba. Julián me quería convencer. Me quería hacer caer Quizás él sospechase también que si conseguía el beso yo ya no podría pararlo. Y después llevó una de sus manos a uno de mis pechos, y apretó, sobre la ropa, y yo gimoteé, y sentía su abultamiento empujando mis bragas. Completamente pegado a mí, me acosaba, mientras yo miraba hacia ella.

Miraba hacia ella y veía aquel ansia, aquella necesidad… aquella necesidad… de justicia. Entendí que ella buscaba una venganza, una venganza que no había querido o no había sido capaz de llevar a cabo con Sebastián.

Julián apretaba mi teta y yo esbozaba unos “¡Ahh…!” cada vez que me manoseaba con fuerza, y sus besos en mi mejilla dieron paso a algo más soez, mucho más soez, y es que sentí su lengua, en mi cara, en mi mejilla: lamía mínimamente mi rostro girado hacia Aitana, y yo llevaba mis manos a su cadera, para intentar que no me empujara tanto con aquella polla durísima que quería salir de sus pantalones. Y de nuevo miraba hacia Aitana y veía aquella necesidad de justicia,

aquella canalización de su ira a través de mí; su venganza a través de mí. Y a más rabia, a más sadismo en sus órdenes, mayor sería su desquite.

Sentí entonces una mano de Julián en mi rostro; me giraba. Boca con boca. Mis ojos abandonaban a Aitana. Sentía sus labios en los míos. Y no sé qué sucedió. Pero me sentí obligada. Lo sentí justo. Por ella, por él, e incluso por mí. Sentí su boca abrirse. Y la mía. Y cuando sentí su lengua en contacto con la mía sentí una descarga por todo mi cuerpo. Sentía que me agarraba a él para no caer. Nuestros rostros se ladeaban. Él me sujetaba la cara, y después la nuca, con una mano; la mano sutil. Mientras que la mano sucia seguía en mi teta mojada. El beso era húmedo, fluido, rápido. Encajaba. Nos entendíamos. Era besar a Julián. Julián y Blanca. El beso era real. Me daba calor. Mi corazón explotaba. Mi sexo palpitaba. Era todo suelto y a la vez agarrotado. Sus besos me hacían sentir más de lo que había sentido. Se juntaba la ficción de la novela con la realidad más intensa. Y me sentí Blanca, de forma absoluta, por primera vez, tanto que sentí un afecto extrañamente profundo. Y no solo por él, sino también por ella; dispuesta a ser el canal a través del cual ejecutase su venganza.

Julián se apartó entonces. Y yo lo miré, y después quise mirar a la narradora, para decirle con la mirada que había cumplido, pues estaba dispuesta a que ella encontrara justicia, pero entonces ella, con una voz más regia, más altiva, más dura, dijo:

—Diego… desnúdala… y bésale los pechos.

Y entonces no me atreví a mirarla, y lo que vino después formó parte de aquella venganza, y yo no me negué, pero temí que a medida que yo fuera cumpliendo ella fuera exigiendo más y más de mí.

Sentí a Julián más encendido. Más ardiente. Quizás por el beso. Quizás por la orden. Pero llevó sus manos a mi camisa sin más dilación. Su rol era el más sencillo: cumplir físicamente como Julián y satisfacer las ansias de venganza de su novia como Diego.

Sí, lo que vino después fue más rudo y amargo. Julián comenzó a desabrochar los botones de mi camisa con un ansia más propia de Diego hacia Alejandra que de Julián sobre Blanca. Y yo me dejé. Uno, dos, tres, cuatro botones y sacó mi camisa de la falda, y después la abrió. La abrió y se dio un festín ante mi desnudez frontal. Mis pechos salieron grandes y voluptuosos; fluían por mi torso y repuntaban al final. Sentí vergüenza y morbo a partes iguales. Y su cara de lujuria, de golpe más infantil e impresionable, me turbó y me sobrecogió.

Tras darse un festín con sus ojos se lo dio después con sus manos, y después con su boca. Y yo me encontré no rehuyendo ni desaprobando su brutalidad, ya fuera porque asumía el castigo en nombre de Sebastián o porque algo nuevo se despertaba en mí.

Sí. Fue rudo. Fue despiadado. Fue severo. Fue cruel. Me apretó una teta y escupió en ella. Apretó en mi otra teta y lamió en ella. Volvió a la de antes y mordió allí, buscando mi queja. Se encorvaba frente a mí y me devoraba con codicia, como si se estuviera cobrando una pieza ansiada. Escupió, lamió, mordió y estrujó y humilló mis pechos sin remilgo alguno. Y yo sentí cada mordisco y cada lametazo de nuevo con una intensidad asfixiante. Y sentí placer, sobre

todo cuando me lamía; podía sentir mi pezón crecer, pezón que después era chupado por él. Y me excitaba… me excitaba tenerlo allí… besándome, mordiéndome, chupándome, entre mis pechos, y llegué a posar una de mis manos sobre su nuca, y después llevé mis ojos a Aitana, diciéndole con la mirada que asumía aquello, que podía con aquello, que ellos habían sido humillados por Sebastián y yo asumía el reto de pagar por ello, si así lo deseaba ella.

Con mi camisa abierta y mi falda subida hasta mi cintura asumía el castigo, incluso cuando Julián chupaba de mi teta y miraba hacia arriba; incluso cuando hacía eso mientras apretaba mi otra teta y la azotaba mínimamente. Asumía el castigo incluso cuando la mordía y me miraba, buscando mi reacción, mi queja, buscando un protesta o incluso una súplica que lo complaciese, pero que no se producía.

Y la mirada de Aitana, que no dejaba de sorprenderme, era de disconformidad, como si el castigo no fuera tal si yo no sufría. Y entonces, nerviosa, más inquieta, dijo:

—Para. Julián.

Y él se apartó de mí, lentamente, y no me miraba a la cara, sino a aquellos pechos devorados, empapados y enrojecidos. Contemplaba el estropicio que había creado en mi cuerpo.

—Blanca. Sácasela del pantalón —dijo Aitana algo exaltada.

Y de golpe fue la novela. Fue la novela porque Julián puso sus brazos en jarra. Y si Aitana pretendía dificultarme las cosas cometía el error de llevarme a los textos de Sebastián, pues así me era más sencillo cumplir sin culpa. Yo de nuevo me movía entre la realidad de humillarme para que aquella chica encontrase justicia y la ficción de sentirme parte de la novela. Y ambas cosas, ambos caminos, me permitían avanzar.

Intenté disimular mi impresión. Intenté que mis manos no temblasen al ir hacia aquello. Pensé en acariciar primero sobre la ropa para ser yo quién marcase los tiempos. Pero la orden no era esa. Así que fui directamente a la cremallera de su entrepierna, y a partir de ahí todo salió mal. Todo salió mal porque temblé, todo salió mal porque no era capaz de bajar aquello mientras miraba aquel bulto enorme, y todo salió mal porque Julián susurró un “tranquila…” que no buscó amparo, sino burla.

Cuando conseguí bajar aquella cremallera y colé mi mano por la apertura perfectamente alineada de pantalón y calzoncillo no pude soportar el impacto. El tamaño, el grosor, la humedad, el color oscuro de lo que liberaba. Saqué su polla por el hueco y su polla ya estaba descabezada. Su glande, violáceo era tal cual lo había imaginado; tal cual lo había soñado. Aquella cabeza era perfecta en sus formas e impresionante en su tamaño; de la punta colgaba un hilo espeso y largo, casi hasta sus rodillas, casi como si ya hubiera eyaculado. El tacto era durísimo. La longitud intimidante. El color oscuro contrastaba con la blancura de su piel. Una vena violeta y ancha custodiaba todo. Su piel era áspera y su dureza era tan extrema que plasmaba una vigorosidad que asustaba. Mi corazón bombeaba sangre de manera descontrolada mientras continuaba descubriendo todo… sacando también sus huevos grandes y recogidos por aquel hueco que había abierto. Era una monstruosidad, pero era impecable. Era imponente, y a la vez hipnótico. Una

polla grande, pero proporcionada. Y mis ansias por cubrir su glande con su piel, una vez, para después volver a descubrirlo, eran tan intensas que me hacían temblar al plantearme a mí misma la posibilidad. Y acompañé todo aquel movimiento con algún susurro de impresión que no supe si él llegó a escuchar.

—Blanca… Arrodíllate —dijo Aitana de repente.

Y entonces supe que ella iba a por mí. Que quería buscar su justicia cuanto antes. Y no me amilané. Cumplí. Obedecí.

Solté el miembro de Julián. Me arremangué un poco mi camisa. Observé mis pechos mojados, pero ya no tan enrojecidos, y después me arrodillé.

Me arrodillé frente a aquella polla que no me apuntaba, pues estaba tan dura, tan pletórica, que apuntaba al techo.

—Cómele… los huevos… —dijo Aitana súbitamente. Sádica. Y yo veía que me iba metiendo en un callejón sin salida, pues los límites de su crueldad empezaban a situarse en lugares a los que yo tarde o temprano no podría llegar.

Y dudé. Sus huevos se me exponían. Era Julián. Yo era Blanca. Pero… sabía que aquello cruzaba una barrera… que aquello era sexo… con aquel crío… con aquel chico, estudiante… que aún iba al colegio… Y su polla era preciosa, y sus huevos perfectos… y todo encajaba si yo era Blanca y él Julián, y todo tenía un sentido si yo podía cumplir por Sebastián y que aquella chica, con la que sentía un extraño vínculo, se cobraba su venganza… Pero era sexo. Era sexo con él.

Y yo sentía el ansia en él. Y el ansia en ella. Y entonces algo sucedió: ella cambió de nuevo el tono, y algo se despertó en mí. Ella insistió pronunciando un terriblemente autoritario y despótico “Blanca, cómeselos”. Y algo pasó… Porque quise. Quise yo cumplir. Como si un anhelo de sumisión me invadiese, pero a la vez lo sentí antiguo, como si aquel deseo se hubiera estado gestando desde mis inicios con Sebastián, desde las primeras veces que habíamos representado la novela.

Acerqué mi boca a aquella polla que irradiaba sexo, en sus formas y olor. Corté aquel líquido que colgaba, aquella liana de preseminal que pendía la punta de su polla con la mano, y alargué mi boca… y saqué la lengua… y di un lengüetazo a aquellos huevos… que levanté… con mi lengua, y que sentí pesados… y rugosos… y escarpados… Y me sentí excitada… Sentí que mi coño de nuevo mojaba mis bragas… Y escuché entonces un gemido de Julián… un “Ohh… Joder”, encendido y vicioso… y entonces no solo me sentí excitada sino también reconfortada.

Yo, con las manos sobre mis muslos, lamía sus huevos. Los levantaba y los dejaba caer. Y mi comportamiento de sumisa me excitaba, y sus gemidos de placer me halagaban… Y cerraba los ojos y exageraba los movimientos de mi cabeza.

Le comía los huevos, vestida de colegiala, sintiendo mi camisa prestada, que se cerraba a veces

por mi propio movimiento, en mis pechos, mientras la propietaria de la ropa nos ordenaba.

Y entonces un sonido me sobresaltó. Pero seguí. No abrí los ojos. Seguí lamiendo mientras un sonido agudo alteraba nuestra batalla. Y escuché entonces a Aitana caminar, y después, de reojo, mientras seguía lamiendo y mientras Julián llevaba una de sus manos a mi cabeza para que no parase de lamer, vi que Aitana se hacía con su teléfono móvil, lo descolgaba, se lo llevaba a la oreja, y después decía:

—¿Sí? Dime, mamá.

Tan pronto la escuchamos hablar Julián me fijó más la cabeza con su mano para que no me apartase de allí. Él no quería que volviera a la realidad, mi realidad, que no era otra que aquella en la que una mujer casada, que le doblaba la edad y que estaba vestida con el uniforme del colegio de su novia, se postraba arrodillada y le lamía los genitales… Él quería que siguiera inmersa en la ilusión de que yo era Blanca. Y su éxito momentáneo radicaba en que yo también me agarraba a aquella ficción y en una especie de génesis de entusiasmo por mi propio sometimiento.

—Sí, estaba despierta. Estoy estudiando —respondía Aitana a su madre, y yo no la ubicaba del todo, pero la sentía caminar por el dormitorio. Y sentía la mano de Julián empujándome de manera sutil y rítmica hacia él. Y yo sacaba la lengua y lamía con la punta bajo sus huevos, cerca de su ano, y me empapaba de su olor; un olor a sexo, un olor compacto, espeso, y sentía el tacto rugoso… y después usaba los labios para embadurnar más la zona, y después tiraba un poco de aquella bolsa rugosa y repleta, con cuidado, con mis dientes y mis labios, haciéndole temblar… cosa que me alentaba, mientras Aitana seguía hablando con su madre.

—¿Cuánto tardaréis? ¿Media hora? —preguntaba ella y entonces Julián me sorprendía y se apartaba un poco de mí. Dejando huérfana mi boca.

—¿Solo veinticinco minutos? —interpelaba Aitana y Julián me mataba pues, mirándome, cruzando su mirada conmigo y alterando las normas, aprovechando la distracción de la narradora… se excedía: yo, arrodillada frente a él y con los ojos abiertos, sentía un nuevo tacto en mi rostro… Julián posaba su enorme polla en mi cara… y me daba un pequeño golpe con ella y yo sentía su peso extremo, su solidez… su vigorosidad… y su dureza. Nos mirábamos igualmente a pesar de que la mitad de mi rostro estaba cubierto por aquella enormidad larga y oscura.

Aitana se despedía de su madre y yo de nuevo la sentía caminar por el dormitorio, cuando se produjo algo que en el fondo yo sabía se iba a terminar produciendo. Fue una conexión que

consiguió calmarme. Mis nervios, mi corazón bombeando, mis manos temblorosas… todo se apaciguó por un instante. Él me miró y yo lo miré. Y a pesar de estar posando su polla en mi cara, a pesar de mis pechos mojados, a pesar de aquel uniforme, a pesar de estar Aitana presente… él me inquiría con su mirada verdosa y yo le respondía. Él demandaba de mí que yo se lo pidiese. Y yo le respondí, afirmando, sin necesidad de asentir, ni de hablar. De golpe todo encajaba. Y no podía negar que yo lo quería tanto como él. Mis pezones duros, mis pechos excitados y húmedos; sentía el sabor de sus huevos en mis labios… mi sexo goteaba calando mis bragas de manera incesante. Ya fuera Blanca queriendo sexo con Julián o Alejandra queriendo ser la sumisa de Diego… o quizás una mezcla… pero ya no lo podía negar. Ya no podía negar que no quería sobre mi rostro lo que él posaba, sino que lo quería… dentro. Dentro de mi cuerpo Así es que, con los ojos, le pedía que me follara…

No sonrió. Pero lo supo. Y su belleza armónica y su juventud intimidante se mezclaron con un carisma y una confianza absoluta.

Pero entonces el embrujo se cortó, pues el caminar de Aitana se sintió más próximo, y él se apartó de mí, retirando aquello de mi rostro; y ella enseguida nos recordó que Julián no estaba autorizado para someterme por su cuenta. Enseguida me recordó que yo debía pagar y que a más vejación más efectivo sería su resarcimiento.

Ya desocupada del teléfono, muy cerca de nosotros, y sin castigarnos por habernos excedido de sus órdenes, como sí habría hecho el verdadero narrador, dijo:

—Blanca, lleva tus brazos a tu espalda.

De nuevo la novela. De nuevo me retrotraía y me excitaba porque sabía lo que venía. Obedecí.

Tras llevar mis brazos atrás alcé el rostro. Y esperaba un reconocimiento. Una orden calmada. Una propuesta usual. Pero entonces Aitana, seria, rabiosa y apresurada, le susurró:

—Diego, no tenemos tiempo. Van a llegar enseguida. Córrete en su cara y que se vaya.

Me mataba. Traicionaba el pacto no escrito. Había caído en su trampa. Temblé por su rabia y por imaginar lo que podría venir si él cumplía.

Lo llamaba por su nombre real. Me hacía sentir… Alejandra. Perdía mi excusa para sentirme excitada… para sentirme cachonda… Hacía que toda la culpa oculta aflorase.

Y entonces Diego llevó una de sus manos a su miembro y comenzó a masturbarse frente a mí, ronroneando al instante un desesperado “¡Joder… la puta hostia… no puedo más!”.

Y yo ya no tenía excusa: yo era Alejandra, un mujer casada, de treinta y ocho años, vestida de colegiala, con mis tetas mojadas y la camisa del uniforme abierta, arrodillada y mostrando mis pechos desnudos frente a un crío de diecinueve años que se masturbaba frente a mí. Ya no tenía la excusa de ser Blanca. El motivo por el que seguía allí, el motivo por el que quería que aquello sucediera estaba en lo más profundo de mí, en un ansia de sumisión que hasta aquella noche

desconocía.

Aquella polla era pajeada de manera frenética a centímetros de mi cara. Mis manos en mi espalda le indicaban que era toda suya. La punta de su miembro era descabezada incesantemente. Brillaba ante mí. La podía oler. Aquel olor espeso y sexual. Aquella punta se hinchaba, a punto de explotar. Y yo lo quería. Quería que se vertiera sobre mí. Y yo lo miraba. Y me sentía tremendamente excitada. Sentía mi coño abierto… me sentía tremendamente guarra por ansiar aquello. Y no culpaba a Aitana por su traición. No tenía por qué salvarme. No tenía por qué no traicionarme. Y cuando ya esperaba la explosión sobre mi rostro, pues la cara de Diego se adornaba de muecas de desesperación e incipiente placer, dijo a toda velocidad:

—Joder, abre la puta boca… Te la meto dentro…

Y fue hacia mí. Su polla fue hacia mí. Y yo abrí la boca. Y sentí un calor inmenso. Y encajaba su pollón dentro de mi boca. Sentía su punta dura y empapada. Y yo mantenía los ojos abiertos. Y un "qué animal…", sobrecogedor e impresionado, fue susurrado por Aitana.

Y esperaba su explosión en mi boca. Y me excitaba. Esperaba empezar a sentir cómo se derramaba. Pero no lo hacía. No se corría. Lo que se produjo fue que se dio un paso más en mi sumisión. Un paso enorme y ejecutado por los dos: a los pocos segundos de sentir su polla en mi boca me encontré con Aitana detrás de mí, sujetando mi cabeza… y a Diego, moviendo su cadera atrás y adelante, follando mi boca.

Me dejé llevar. Accedí a ser el juguete de aquellos chicos. No busqué culpas ni excusas. Mi excitación me sobrepasaba. Y se perdió completamente la magia de la novela. Todo se hizo agrio, rudo; real. Diego emitía gruñidos de placer. Aitana me fijaba la cabeza. Aquel pollón entraba en mi boca y salía. Sentía su grandeza, su dureza, su masculinidad. Veía su cuerpo alejarse y acercarse. Su vello púbico recortado, su vientre plano, su camisa abierta, su gesto de concentración y de tensión, incluso más que de placer. Las invasiones en mi boca eran brutales. No me la metía muy hasta el fondo pero la anchura de su miembro exigía de la comisuras de mis labios. Y si sus movimientos se hicieron bruscos más lo hicieron sus palabras:

—Joder… Alejandreta… qué boca de zorrón tienes… —jadeaba Diego, y yo mantenía las manos en mi espalda cómo podía, tentada muchas veces de llevarlas hacia adelante para detener un poco sus embestidas.

—Alejandreta zorrita… vaya cerda estás hecha… —gemía Diego, con los ojos entrecerrados, llevando su cadera hacia atrás y hacia adelante, vanagloriándose y disfrutando de su estilo y cadencia.

—Qué limpita sale de tu boquita… —repetía cada vez que retiraba su miembro de mi boca.

Y yo no respondía. Simplemente sentía. Sentía a Aitana detrás empujando a veces levemente mi cabeza contra él. Y sentía su polla entrando y saliendo de mi boca. Y a cada metida yo gemía unos leves "¡Mhhm!", "¡Mhhmm!", que se solapaban con sus insultos.

Y de nuevo Aitana evitaba que yo buscara en lo más profundo de mí el autoengaño de que yo era Blanca y él Julián, pues tras cinco o seis penetraciones intensas en mi boca, susurró:

—Diego, tío… córrete ya… que aún nos van a pillar.

Y entonces se superpusieron las indicaciones y las órdenes, y mi sensación de no controlar nada llegaba a cotas que me asustaban. Pero mi excitación era ya incontrolable.

—Pfff… —jadeó Diego tras la frase de Aitana, y comenzó, otra vez, a pajearse frente a mi rostro.

—Pfff… la voy a dejar fina… —susurró él, intimidándome, y su paja se aceleraba.

—Alejandra, aparta la camisa. Que no me la manche —decía Aitana a mi espalda, y yo obedecía sumisa y cachonda.

—Dios… —jadeaba Diego—. Agárrate las tetas… —me ordenaba, mirando hacia abajo. Y yo cumplía, abriendo más aquella camisa del uniforme de Aitana, llevándola a ambos lados de mis pechos; pechos que después sujetaba desde abajo, ofreciéndoselos a aquel chico para que se derramara sobre ellos.

—¿En la cara o en las tetas? —le preguntó Aitana, como si yo no estuviera. Jugando a utilizarme.

Y entonces Diego esbozó una media sonrisa, resopló rápidamente, y dijo:

—Pss… en todas partes.

Se alejó entonces un poco de mí. Quiso alardear. Y yo entonces me asusté y me excité, pues sospeché que aquella primera cualidad suya, que se plasmaba en la novela, pudiera ser real.

Él se agitaba. La cadena dorada de su cuello tintineaba. Sus abdominales se contraían. Sus piernas temblaban. Su estrés se contraponía a mi hieratismo. Yo, quieta, esperaba el castigo. Yo, sumisa, le ofrecía mis tetas y mi rostro. Vestida de colegiala. Yo, a mis casi cuarenta años, frente a aquel chico que venía directamente del colegio.

—Mírame… Alejandreta zorrita… Mírame… cómo me corro… —jadeó, entre resoplidos, temblando, a casi medio metro de mí.

Y ocurrió. Se detuvo. Y explotó. Lo vi salir. Denso, espeso, blanquísimo. Y él lo adornó con un "¡¡Ohh-hh!!" desgarrador. Su miembro oscuro se detonaba frente a mí. Y excitada y temblorosa recibí un primer impacto en mi rostro, en mi mejilla; un impacto tan espeso y pesado que cayó inmediatamente hacia abajo, manchando mi escote y llegando a una de mis tetas. Y cerré los ojos, pero después los abrí, pues tardaba en llegar el segundo impacto, y vi su polla palpitando, y él no se tocaba. Y aquello sí era como en la novela, aquella peculiaridad de alcance y de ritmo; y entonces se llevó la mano de nuevo a su miembro y de nuevo tembló, y dio un pequeño paso

adelante y sentí otro impacto en mi cara, en mi otra mejilla, y llegando incluso más arriba, regando mi frente y alcanzando mi pelo.

Y un “hostia, tío…” fue susurrado por Aitana, impresionada por su descarga y por mi humillación.

Y otro. Y otro. Se liberaba sobre mí, cambiando el ritmo. Con más ansia, con más furia. Y yo movía mi rostro tras cada impacto. Con los ojos cerrados sentía cómo su semen alcanzaba mis labios y sentía un regusto salado, y después alcanzaba mis pechos y sentía su líquido caliente; regaba mi escote, llegando incluso a mi hombro, manchando la camisa de Aitana. Y más en mi cara y más en mis pechos. De mi mentón caía semen y él jadeaba. Y Aitana se sorprendía, repitiendo unos “buah, tío…” infantiles, que me recordaban que yo era la adulta allí, la adulta castigada. Y me mantenía aferrada a mis tetas y temblaba tras cada latigazo, y él repetía unos humillantes y mezquinos “¡Ohh…!”, “¡Ohhh!” “¡Joder…!”, “¡Jo-der… Alejan… dreta…!”, y después un terriblemente despectivo: “¡Oh… Te man-cho… tus… te-tas de guarra…!”, mientras se descargaba con seis, siete, ocho y hasta nueve latigazos espesos, demostrando que su fama era merecida, que de verdad se corría de aquella manera tan brutalmente abundante, que la novela era real, y que el primero de sus dones era absolutamente cierto.

—Hostia… cómo la has dejado… —susurró Aitana, impresionada por su novio, mientras yo, incapaz de abrir los ojos y tremendamente excitada, sentí primero cómo mis bragas se deshacían, empapadas por lo que acababa de hacerme, y después sentí cómo rebañaba el semen de mis labios con la punta de su polla: la restregaba sobre mis labios, jugando, de izquierda a derecha y de derecha izquierda; sentía la dureza y el sabor… y yo me rendí de nuevo, y él lo aprovechó… y me metió de nuevo su pollón en la boca.

—Estoy flipando… —susurraba de nuevo ella, ensimismada, mientras yo acogía su miembro y agradecía el cambio, pues ya no me follaba él la boca a mí, sino que se la chupaba, con más sosiego, yo a él.

—Mira cómo me la limpia —dijo Diego, al tiempo que yo usaba mi lengua, dentro de mi boca, para abrazar aquel glande que seguía durísimo. Y hablaban entre ellos, vejándome, y yo llevaba mi cabeza, mi boca, adelante y atrás, sabedora de que todo mi torso y mi rostro estaban bañados por él.

—Menuda zorra, tío… —dijo entonces Aitana, sorprendida por cómo me comportaba, humillándome más, si es que aquello era posible, al tiempo que yo degustaba de aquella polla los restos de su descarga, en una mezcla húmeda de salado y dulce que no hacía sino excitarme más. Tanto que estaba a punto de implorarle… de rogarle… que aprovechasen los pocos minutos que nos quedaban… para calmarme… Para calmarme de la única manera que era posible.

Retiré mi boca de su polla. Miré hacia arriba. Gran cantidad de semen corría por mi escote y por mi cuello. Sentía que goteaba líquido de mis pechos y los notaba caer en mis muslos. Y sabía que no estaba en disposición de nada… pero le volví a pedir con la mirada… a Diego, a aquel chico con la camisa abierta y la mirada penetrante… que me follara.

Y él lo entendió. Y dijo:

—¿Qué quieres, eh? Alejandreta teta. ¿Qué quieres? Dime.

Y yo se lo iba a implorar cuando un sonido nos sobresaltó. Y Aitana exclamó:

—¡No puede ser…! ¿No me digas que ya están aquí?

CAPÍTULO 42

DIEGO

00:14

—Hostia… cómo la has dejado… —dijo Aitana, atónita frente a la tremenda puta bañada de lefa que le había pegado a Alejandreta zorrita.

Y, joder, lo acojonante de todo, y creo que nunca me había pasado, era que hacía como cuatro segundos que había lanzado sobre sus tetazas mi último chorro de amor, y seguía tan cachondo como antes.

Y es que lo de aquella fulana no era ni medio normal. Aitana y yo no dábamos puto crédito.

Arrodillada frente a mí, con la falda en la cintura y los calcetinitos y zapatitos de Aitana… Ropa suya solo estaban allí presentes sus bragas sedositas de furcia pija. Disfrazada. Ridícula… Y con la camisa arremangada y abierta, y sus tetones brillando por la lefa que le había echado. Y la carita… un puto poema… Le goteaba semen hasta de las putas pestañas.

Y la cabrona ni se inmutaba. Y a mí ya no me engañaba. Ni Blanca, ni Julián, ni el libro, ni la zorra en verso. Excusas. A la cabrona le ponía obedecer órdenes y los baños de lefa que daba emiedo.

Y yo, joder, no soy un puto psicópata, si la estuviera viendo padecer… pues me cortaba, pero es que la cabrona lo estaba disfrutando.

Y cuando me pude dar cuenta reflexionaba sobre todo aquello restregando mi polla por sus labios. Una puta maravilla. Y ella hacía como que no quería abrir la boquita. Pero vaya si quería. Yo miraba hacia abajo y veía cómo le colgaba semen de un pezón. El rosadito de la areola de la otra teta casi ni se veía por la cantidad de lefa blanca que la recubría. Y la cara… joder, la cara… y la cabrona ni se limpiaba. Y entonces empujé un poquito. Nada. Con mi cadera hacia ella. Y, joder, ella abrió la boca inmediatamente.

Y soltó un "Hmmm" súper tierno. Yo creo que ella no se daba cuenta, pero a cada cosita que hacíamos lo adornaba todo con un "Hmmm" de no quiero, pero sí que quiero. Cada "Hmmm" era un "qué me haces", un "yo no quería", un "bueno, vale, pero solo un poquito y paramos", pero la cabrona no paraba nunca. Por guarro que fuera el acto, por barbaridad que le ordenara Aitana, por brusco y cabroncete que fuera yo.

Me chupaba la polla. Joder. Impresionante. Usaba su lengua y lo hacía con nervio. No lengua blanda de te acaricio. No, lengua dura de siénteme. Me daba un calor acojonante. Su cara era de concentración: un "esto es lo mío", un "esto lo hago como nadie y no admito discusión". Se gustaba haciéndolo. Se gustaba haciendo prácticamente todo. Aunque ponía de tanto en cuando carita de estar desbordada. Pero desbordada mis huevos.

Iba con su cabeza adelante y atrás, y más "¡Hmmm!", "¡Hmmm!"; y miré hacia abajo y vi que de su teta caía por fin aquel colgajo blanco que ya me estaba poniendo nervioso; y cayó en uno de sus muslos y ronroneó, al sentirlo, otro "¡Hmmm!". "Hmmms" para todo y para todos. Joder, es que le ponía cachonda hasta eso, hasta sentir mi semen caliente cayendo desde su teta a su pierna.

—Estoy fli-pan-do… —dijo entonces Aitana, la cual a mí me daba la sensación de que ya pasaba de ordenar más cosas. Que ya no se podía vengar más. Pues yo no era tonto. Sabía que había querido joder al puto Sebastopolo a través de joder a su mujercita. Y yo no sé si le había salido bien, porque allí… la puta Alejandreta… jodida, sí, pero contenta; humillada sí… pero cachonda perdida, así que venganza poca. Pero sí me daba la sensación de que Aitana se daba igualmente por satisfecha, y hasta por momentos me daba la sensación de que la admiraba, a su manera, a Alejandreta. Por guapa, por cerda, por aguantar aquello sin inmutarse o por una extraña conexión porque le pusiera cachonda disfrazarse de ella. No lo sabía, pero sí se notaba un cierto vínculo guarro y admirador.

Y otro "¡Hmm!" de Alejandreta. Como si hubiera notado que me evadía un poco y quisiera captar mi atención. Vamos, una perrita. Y yo le quise dar premio, y le susurré a Aitana, porque sabía que Alejandreta se ponía puerca si hablaba de ella, pero como si ella no estuviera:

—Mira cómo me la limpia… —le dije a Aitana, que nos miraba, y yo sabía que también tenía que estar cachonda a morir, pero lo disimulaba más o menos bien.

Y otro "¡Hmm!" de Alejandreta, y su cabeza adelante y atrás, y sus caricias con su lengua en mi polla eran de otro puto nivel. Y, cuando con la punta de mi polla marcaba un poco su moflete por dentro, ella abría un poco los ojos, y aquello me divertía tanto como me ponía guarro perdido.

—Eso es… Eso es… —susurraba yo.

—Estoy flipando… —repetía Aitana, impactada, y quizás hasta tomando nota para futuras veces
Y cuando más hablábamos, más "¡Hmms!", y más su cuerpecito adelante y atrás.

Y entonces la cabrona se pasó el juego. Nos daba una clase ella a nosotros. Y es que se agarró una teta, pringándose la mano, y su otra mano fue solita a su espalda; sumisa de vocación. Y me la comía sin usar sus manos, retorciendo su cabeza en círculos exagerados. Y su lengua y su boca centrifugando. Y entonces Aitana, marcando las sílabas, susurró:

—Os… trás…

Sí, con una mano en su teta. Teta que apenas podía contener porque aquello era un tetón de cagarse, y con la otra mano a su espalda. Sumisa ella. Por cuenta propia. Y de verdad que la comía como ni podía imaginar que fuera posible, y disfrutaba cuando caía saliva de la comisura de sus labios. Una puta babosita.

—Menuda zorra, tío… —dijo Aitana, que medio alucinaba medio la admiraba de una manera jodidamente turbia.

Y entonces Alejandreta despertó de su letargo mamatorio y se apartó un poco de mí. Y mi polla salió limpia como un sable a estrenar y duro cómo si no acabara de descargar. Y recordé aquella gilipollez de Sebastopolo, y es que a aquella dureza post eyaculatoria él lo llamaba "el segundo don de Julián". El primero era, y era cierto, y su mujercita podía dar reciente fe de ello, que me corría como un puto caballo. Lo de llamarlo "don" siempre me había parecido jodidamente ridículo, pero me ponía cachondo que los dos "dones" los estuviera "disfrutando" sin que él lo supiera, su mujercita pija-ejecutiva y tímido-agresiva Alejandreta.

Su mujer miró entonces hacia mi polla como si ella también estuviera reflexionando sobre aquello. Y empezó a mirarme, otra vez, como toda la puta noche, con ojitos de cervatillo. Y yo, visto lo visto, ya sabía que no entrañaba más trampa… que lo quería, y que lo quería ya. Me miraba a los ojos, empapadita en semen, y llevaba sus manos a sus muslos, y me pedía con la mirada lo evidente.

Y mi polla palpitaba y no podía negar que metérsela hasta el fondo era también mi absoluta prioridad. Solo de pensar en rellenar el coñito de Alejandreta brotaban más gotas transparentes de la punta de mi rabo.

Y entonces le dije:

—¿Qué quieres, eh? Alejandreta teta. ¿Qué quieres? Dime.

Y sentía que estaba a punto de pedírmelo. Ya casi podía escuchar sus palabritas mágicas… cuando escuchamos un puto ruido, y me dio un jodido susto de muerte, y Aitana dijo:

—¡No puede ser…! ¿No me digas que ya están aquí?

.

a

Por un momento, y creo que los tres lo pensamos, llegamos a confundir el puto teléfono de Aitana con el timbre de la puerta, o con lo que fuera que significaba irremediablemente que nos habían pillado. Fue una fracción de segundo hasta que nos dimos cuenta de que el sonido provenía del móvil de Aitana, que chillaba como loco sobre la cama.

Aitana fue hacia su teléfono y yo miraba hacia abajo, hacia Alejandreta, y ella, arrodillada, miraba hacia arriba, hacia mí; ambos pendientes de si aquella llamada significaba el fin de la fiesta.

Descolgaba el teléfono con un nervioso, “dime mamá”, al tiempo que Alejandreta se ponía en pie frente a mí. Y la sentí más corpulenta. Menos poquita cosa que allí arrodillada. Pero la cantidad de lefa sobre su cuerpo y ropa parecía aún más abundante.

—¿Qué haces? —susurré, descontento con la repentina decisión unilateral de la neosumisa.

—Ah… Con Sebastián —le decía Aitana al teléfono.

Y Alejandreta tembló, aunque quiso disimularlo, cuando escuchó el nombre de su marido, y al instante susurró para mí un tímido “límpiame…”.

Y sentí entonces algo de lástima, pero a la vez era evidente que ella no se arrepentía de lo que había sucedido. Y si escuchar el nombre de su marido le había hecho sentir una perra guarra infiel no era mi problema. Sin embargo me parecía que ellos también tenían sus conflictos, venganzas y contravenganzas, ya que el cabrón de Sebastopolo también había hecho sus cosas con Aitana, y además mucho antes.

—¿Quieres que te dé algo para limpiarte? —pregunté, disfrutando de ver cómo corrían ríos blancos por sus tetas, hacia abajo, y cómo apenas podía abrir uno de sus ojos.

Y ella asintió, con los brazos extendidos, colgando muertos. Asentía mi cervatilla tuerta mientras de lo que escuchábamos de Aitana se desprendía que se retrasaban porque se iban a tomar algo rápido los tres: el neopadrastro, mamá Helena y el puto Sebastopolo.

—Yo estudiaré un poco más —le dijo Aitana al teléfono, e intentaba no perder detalle de lo que hacíamos Alejandreta y yo.

Y entonces se me ocurrió. Y de verdad que no era a malas, pero ya mientras lo hacía me daba

cuenta de que podría ser malinterpretado. Pero es que no me veía yendo hacia el cuarto de baño del puto pasillo a por papel higiénico. Así es que me quité los zapatos, calcetines y pantalones, mientras Alejandreta no entendía nada y Aitana le preguntaba a su madre cuánto tardarían.

Ya completamente desnudo, con mi polla siempre cómo un mástil, le di mis calzoncillos azules a aquel zorrón para que se limpiara al menos la cara.

Y ella los cogió, pero no se animaba a llevárselos a la cara. Desconfiaba de mí. Quizás pensaba que lo había hecho para joderla. Y entonces escuché un susurro:

—Toma, loco…

Y me giré un poco y vi que Aitana me había hablado a mí, y, con su teléfono encajado entre su hombro y su cara, abría un cajón de su mesilla y me lanzaba un paquete de pañuelos de papel.

Y yo no sabía de qué coño hablaba ya su madre, que se enrollaba siempre como una puta persiana, pero parecía evidente que nos daban una pequeña prórroga.

e

Alejandreta, poco menos que goteando lefa, con un ojo medio cerrado y con mis calzoncillos en la mano, permitía que yo usase aquellos pañuelos de papel para limpiarla.

Y la estampa podría llegar a evocar cierta ternura, pero yo es que no me podía contener. Cuánto más mansa era la cervatilla, más cerdo me ponía.

Y quise empezar bien. Noble, justo y protector, le limpié los ojos y después la mejilla. Pero cuando le limpié la boca no pude evitar llevar mis labios allí y degustar aquella mezcla entre labio carnoso de zorrón con tembleque y sabor amargo de mis propias vitaminas blancas. Y cuando limpié una pastosidad que había entre su cuello y el cuello de la camisa de Aitana… mordí un poco en la zona que dejé limpia. Y después cuando… cuando le limpié aquella areola llena de semen… no pude evitarlo… y me encontré chupando de su tremenda teta… Lo hacía con toda la boca abierta, desnudo y encorvado frente a ella, que protestaba de nuevo con sus s "¡Hmmm-mm!" ante mis mordiscos. Y después la otra teta, la cual metía en mi boca con ansia mientras apretaba la otra con mi mano. El tacto de sus pechos en mi boca era suave y consistente y el olor y regusto de mi propio semen allí no me desagradaba lo más mínimo. Y limpiaba con los pañuelos, pero después aclaraba y pulía con mi lengua y mis labios. Cada parte que era lavada era inmediatamente después abrillantada.

Luego subí a su boca y limpié donde ya estaba limpio, y la besé, y ella no abrió la boca, dejándome con las ganas. Y, refiriéndome a lo que había escuchado de la conversación de

Aitana, susurré:

—Parece que tenemos un poco más de tiempo.

Y ella no respondió. Y entonces volví a depositar una palabra en su oído:

—Pídemelo…

Y al instante de decirlo bajé un poco. Coloqué mi rostro frente a sus pechos que se me presentaban relucientes; con la camisa abierta del uniforme de Aitana; con su falda, calcetines, bragas y zapatos, recordándonos siempre que allí la que se había puesto guarra había sido ella disfrazándose, encantada y cachonda… Y llevé otra vez una de sus tetas a mi boca, pero esta vez se la mordía mientras miraba hacia arriba, y ella agitaba su melena y protestaba con sus quejiditos. Sus "¡Hhmm!", "¡Hhmm!" ya típicos y algunos "¡Ah!", "¡Ahh-hh!" que eran más sufridos, por quejosos, y más guarros, porque mostraba que no rehuía sentir un poco de dolor en sus tetas. Pero no me respondía. Y yo retiré mi boca, y me aferraba a sus tetas, acariciándolas con mis manos.

Y después, usando mis dedos para endurecer aún más sus pezones, le volví a susurrar:

—Pídemelo… Nos dejamos de juegos. Ni Julián, ni Blanca, ni órdenes de Aitana ni hostias.

Y entonces escuchamos cómo precisamente Aitana se despedía y colgaba el teléfono. Y yo frente a Alejandreta. Y ella frente a mí. Ella disfrazada. Yo desnudo. Y entonces la cabrona bajó una de sus manos, la coló por dentro de sus bragas, y comenzó a tocarse.

Con mis putos calzoncillos en una mano, que yo no sabía por qué no dejaba caer, y con su otra mano hurgando bajo sus bragas… tocándose el coñito. De nuevo la cabrona se desviaba un poco de su papel de sumisa y actuaba por su cuenta. Y entonces yo me toqué también. Nos masturbábamos. Nos mirábamos… Y Aitana no decía nada. No se acercaba. Nos dejaba hacer. Entendía que en aquel momento era cosa de dos. Y yo no era tonto. Sabía que ella se había vengado. Sabía que Aitana había querido joder a Sebastopolo jodiendo a su mujer, y que eso se había cumplido. Y sabía… era evidente, ya me lo había reconocido hacía horas, que le excitaba que yo me follara a su mujercita… pero a la vez ella no parecía tener las fuerzas suficientes como para ordenarlo.

Sus caritas. Sus caritas mirándome mientras se frotaba bajo las bragas. El tembleque de su labio inferior. Su mirada frágil de "estoy cachonda, pero no me juzgues". El baile de sus tetas por la agitación de todo su cuerpo. Fruncía el ceño y otra vez le temblaba el labio. A veces frotaba más rápido y a veces más despacio. Yo, sin embargo, mantenía un ritmo constante, en una masturbación de recorridos largos. Sentía mi polla dura y caliente. Y ella a veces me miraba a los ojos y a veces a mi miembro sacudido. No parecía una colegiala. A pesar del uniforme no se parecía a Aitana ni a nuestras compañeras de clase. No. Lo que veían mis ojos era a un zorrón casi cuarentón disfrazado para ponerse cachonda.

Terminé por acercarme a ella. Y es que sus besos eran cojonudos. Pero ella se apartó un poco.

No entendía por qué, pero parecían ser los besos lo que más le costaba dar. Ella sacó su mano de sus profundidades y yo puse las manos en sus hombros, y me di cuenta de que allí, sobre su camisa, también había humedades varias, caladas por mí. Y ella dejó caer mi calzoncillo por fin y puso sus manos en mi cadera desnuda, y yo busqué que la punta de mi polla rozara sobre sus bragas.

Nos mirábamos. Los dos de pie, frente a frente. Y yo por momentos me volvía impactar porque era guapa de cojones. Sus ojos vidriosos y grandes, su nariz jodidamente perfecta… Pero yo no estaba allí para admirarla, así que busqué con mi cintura que la punta de mi polla empujara en sus bragas, buscando la entrada de su coño… y supe que lo conseguí cuando ella emitió un leve "Ahh", y se retiró un poco hacia atrás, y me dedicó una caída de ojos acojonante.

Y volví a empujar. Adelante y atrás. Y flexionaba un poco las piernas para ir casi de abajo arriba Y otro "Ahh…", al sentir ella mi polla empujando allí.

Y entonces susurró:

—Sigue dura… como en la novela.

Y yo entonces me harté de tanta payasada. Porque aquello de "uy, qué cosas hacemos, pero yo me dejo porque estoy obsesionada con el libro" ya no había imbécil que se lo tragase.

Y, mientras seguía con mi movimiento, empujando con la punta de mi polla sobre sus bragas de zorrón, y ella soplaba otro "Ahh…", le susurré:

—Deja el puto libro de Sebastián tranquilo. Tú eres Alejandra. Yo soy Diego… Y te voy a follar

Y ella no respondió. Y yo me aparté un poco. Y continué:

—Súbete a la cama y mira hacia Aitana. Y pídele perdón. Pídele perdón por el maridito que tienes.

Me miraba y yo pensaba que me mandaría a la mierda. Se colocó un poco las bragas y pensé que se marcharía. Y es que mi forzamiento tenía que ser demasiado hasta para ella. Miró entonces hacia Aitana y pensé que le pediría disculpas para después decirle que se debía ir. Pero lo que hizo fue subirse a la cama, colocarse a cuatro patas… ofreciéndome el culo a mí… y el rostro a Aitana… y… acojonantemente sumisa, cachonda perdida… susurró hacia adelante:

—Perdón…

Mi polla dio un respingo. Aitana intentaba disimular su desconcierto. Y yo, mientras miraba aquella falda recogida, aquellas bragas negras y aquellas nalgas que se me ofrecían, pensé: "A este zorrón le va tanto el rollo sumisa que ya no puede parar".

Y vi cómo su coño, los labios de su coño, se abultaban bajo sus bragas. Y entonces ordené:

—Apártate las bragas y vuelve a pedirle perdón.

—Diego, tío… —protestó inmediatamente Aitana, pero de la boca de Alejandreta salió casi al unísono otro “Perdón”.

Y después obedeció, imparable, desatada, y se llevó una mano atrás, y alcanzó sus bragas… Y con su culo en pompa y apoyándose con su otra mano sobre la cama, a cuatro patas, con la cara hacia Aitana y su culazo hacia mí… echó sus bragas negras a un lado… ofreciéndome la visión perfecta y nítida de dos pedazo de labios gordos… carnosos y rosados… brillantes y largos… coronados por algunos pelos negros… y mi polla de nuevo dio otro rebote.

Tenía un coño tremendo. Mucho más grande de lo que hubiera podido imaginar. Un coño de mujer pletórica. Un coño que trascendía lo funcional para evocar una lujuria incontrolable.

—Hostia… Joder… —susurré yo. Y me subí inmediatamente a la cama.

Puse mis manos en sus nalgas, que estaban jodidamente calientes. Y vi más de cerca aquel coño tremendo. Y no sabía qué hacer. Aquello de verdad me impresionaba.

Pero supe que aquella sensación de sentirme brutalmente asombrado venía no solo por la bestialidad de cuerpo que se me presentaba, sino porque no dejaba de pensar en hasta dónde nos dejaría ella llegar. Así es que decidí dejar de pensar. Olvidarme del respeto que en el fondo me producía que ella fuera tan mayor. Pensé que estaba claro que allí ya no podían haber más trampas… que la pija treintañera estaba cachonda perdida y que había descubierto que el rollito sumisa la volvía jodidamente loca.

Separé un poco sus nalgas con mis manos y los labios de su coño se despegaron, no sin antes mostrarme una espesa viscosidad. Bajé mi boca mientras sentía cómo Aitana caminaba, bordeando la cama, hacia mí. Acerqué mi nariz al sexo de Alejandreta e inhalé cuando casi rozaba mi rostro con su coño. El olor era cargado y espeso. Olor a sexo. A coño. Olor que hizo que mi polla volviese a palpitar. Ella me sentía allí y mantenía sus bragas apartadas. Sumisa impecable. Y después aparté su mano y fui yo quién le bajé las bragas, hasta la mitad de sus muslos, y palpé aquella seda negra con mis dedos, sintiendo una viscosidad pastosa extrema… los flujos obscenos de Alejandreta. Y susurré:

—Tienes las bragas caladitas…

Y ella se estremeció.

—Empapaditas… eh —repetí, y pasaba mis dedos por aquella tela suave y negra, que parecía deshacerse.

Y entonces ella, desesperada, se giró, y, cogiéndome totalmente desprevenido, susurró:

—Cómemelo… O fóllame…

Y yo resoplé al ver su cara de cerda salida… Y su frase había golpeado todo mi cuerpo.

—Os… trás… —susurró al instante Aitana, a mi lado, también impactada.

Y entonces enterré mi boca allí. Hundí mis labios. Y mi lengua. Lengua que saqué e intenté llevar a lo más profundo de aquella oquedad tan jodidamente olorosa. Apartaba sus nalgas con mis manos y metía mi cara, mi boca, mi lengua, allí. Y sentía su cuerpo temblar y escuchaba su boca esbozar unos "¡Ahh!", "¡Ahhh…!".

Le comía el coño. Me empapaba de su sabor salado y cargado. No había nada fresco allí. Era espeso. Condensado. Y entonces sentí algo en mi cabeza, y al instante supe que era ella, ella misma, Alejandreta, que llevaba su mano atrás para aplastarme contra sí misma. Ella misma hacía porque mi lengua llegase más lejos en su coño.

Y yo me imaginaba desde fuera: desnudo y arrodillado detrás de aquel coño; detrás de aquella chica disfrazada de Aitana; y ella echando su mano a mi cabeza para que le comiera bien el coñito; y me ponía tremendamente cachondo.

Y ella continuaba con unos "¡Mmm!", "¡Ahhh!", y después su mano me liberó y yo retiré un poco mi boca y me afané en lamer más por fuera, jugando con aquellos labios que, a pesar de su consistencia y grosor, se dejaban manipular y bailaban al ritmo de mi lengua, que los desfiguraba, colocaba y descolocaba. También lamía por entre ellos, buscando un carril estrecho, y el tacto de sus labios en mi lengua era tan sutil que me daba casi hasta grima.

Y después me retiré un poco hacia atrás, y vi cómo hilillos transparentes caían de su coño y volvían a gotear sobre sus bragas caladas; y ya no sabía si era saliva mía o si eran fluidos suyos. Y volví a su coño. No podía parar. Y volví a lamer, pero haciéndolo en movimientos largos y rápidos, como si degustase un helado derretido, y volví a escuchar unos "¡Ahh!", "¡Ahhh!", y después un "¡Ahhhh!" más largo y rendido, que coincidió con una invasión de sabor en mi boca, y me di cuenta de que la cabrona no dejaba de liberar y soltar más, y más, de aquello que había empapado sus bragas.

—Cómo chorreas… cabrona… —susurré.

Y ella gimoteaba:

—¡Ahhh…! ¡Mmhhhm…!

—Mira, Aitana… Parece un puto grifo mal cerrado… —dije, denigrándola, pero ella nunca protestaba.

Y de nuevo nada que pensar. Me coloqué de rodillas. Detrás de ella. Por fin. Ya no había vuelta atrás. Mi polla apuntaba firme. Su coño se me exponía espléndido. Su rostro hacia adelante, esperando la penetración. Su uniforme perfecto por abajo: calcetines y zapatos impecables; maltrecho por arriba: falda recogida en su cintura y con gotas de semen, camisa abierta y empapada de mi lefa. En el medio lo único suyo: unas bragas caladas, negras y sedosas, que

ataban sus muslos y se tensaban histéricas.

Pero entonces un extraño sadismo salió de mí. Sentía que no era suficiente con que me lo acabara de pedir. Así es que comencé a jugar… a fingir que intentaba penetrarla, pero que fallaba. Apuntaba con la punta, rozaba los labios de su coño con mi glande… y después me desviaba. Y ella ronroneaba unos "¡Hhhmm!", "¡Hhmmm!", cada vez que creía que por fin llegaba el momento, y después se frustraba.

Y no tardó en producirse lo que yo estaba buscando: y es que fue finalmente ella la que, con su cintura y girándose hacia atrás, comenzó a buscar la forma de ensartarse.

—Qué… cabrón… —susurró entonces Aitana, de pie, casi a mi lado.

Y yo, con la polla durísima, le apartaba un poco la falda hacia adelante, y ponía las manos en su cintura, y empujaba con mi pelvis. Y entonces volví a escuchar de Alejandreta un desesperado y apocado "¡Hmmm…!". Y ella, la muy cerda, buscaba el perfecto ensamblaje y acoplamiento… y yo volvía a fallar a propósito.

—No seas cabrón… Métesela ya… Tampoco tenemos tanto tiempo. Iban a tomar algo rápido y venían enseguida… y ésta tendrá que cambiarse… —dijo de repente Aitana la compasiva.

, Y entonces yo me retiré del todo. Dispuesto a cumplir. Mi polla, recta, ya embocaba.

Alejandreta, perfectamente colocada, esperaba.

Y entonces Aitana decidió volver a tomar el mando, aunque de una forma incluso más activa. Y es que se subió a la cama, se puso de rodillas junto a mí; los dos frente a aquellas nalgas ardientes, frente a aquel coño del que brotaban dos labios enormes, brillantes y apartados… y Aitana me agarró la polla con firmeza, y sentí su mano cogiéndomela con decisión…

Y dijo:

—Alejandra, échate hacia atrás.

CAPÍTULO 43

ALEJANDRA

00:28

—Alejandra, échate hacia atrás —dijo Aitana.

Y yo sabía que jugaban conmigo, él quizás por simple deseo y sadismo, pero en ella todo era diferente; con más matices, más complicado; y sentía hasta un cierto poso de protección. A veces sentía que me odiaba y a veces mostraba actitudes que plasmaban lo contrario.

Y yo me sentía humillada, pero hacía tiempo que sabía que en aquella humillación estaba el motivo de mi claudicación. Hacía ya bastantes minutos que sabía que el deseo de sumisión que había brotado en mí alteraría y complicaría mi vida.

Miré hacia atrás y vi que Aitana, de rodillas sobre la cama y junto a Diego, vestida con su camisa blanca del uniforme, idéntica a la mía pero abotonada y seca, sujetaba la polla de su novio.

Yo volví entonces mi mirada hacia adelante. Pues me daba vergüenza. Me daba vergüenza regalarles, sobre todo a él, mi rostro de placer.

Diego me había destrozado. Su paso de Julián a Diego no había hecho que mi deseo y excitación decreciesen. Aún podía sentir su lengua en mi sexo. Él seguramente no lo sabía… pero había estado a punto de conseguir que me corriera… Y lo recordaba y aún temblaba por aquella mezcla de vergüenza y explosión que se hubiera producido si me hubiera corrido allí, a cuatro patas, disfrazada de colegiala, con la lengua de aquel chico incrustada… en mi coño.

Aitana le susurró algo a Diego tras haberme ordenado a mí que me echase hacia atrás. Y no lo entendí, pero no quise demorar más aquella evidencia que tanto ansiaba. Y me eché hacia atrás. Y lo sentí. Sentí al instante que esta vez sí. Sentí su joven vigorosidad. La dureza. El calor. Sentí aquel miembro candente abriéndose paso por dentro de mi cuerpo. Mi coño abrazaba aquella brutalidad larga y oscura con una facilidad que volvía a avergonzarme. Y gemí. Resoplé. Suspiré. Eso sí no pude evitar regalarlo. Jadeé un “¡Hmmh-hhhhm!” largo y sentido. Era yo quién me la clavaba. Era yo quién me ensartaba… auxiliada y ayudada por aquella chica que me había prestado su uniforme del colegio para que yo terminara de aceptar y reconocer lo que me excitaba.

Mi cadera se movía hacia atrás y dibujaba un pequeño círculo, actuando casi sin mi consentimiento, alardeando y desvelando mi ansia. Me la metía hasta el fondo y escuchaba el “Joder…” de Diego y el “Os… trás” de Aitana. Ella observaba y nosotros sentíamos la completa penetración.

Aquel chico, su polla implacable, me hacía sentir un calor inmenso. Y otro “¡Hmmm!” cuando la sentí aún más dentro. Y me enorgullecí de que mi sexo estuviera a la altura. Y es que su pollón cabía y se acoplaba de una manera impecable y maravillosa. Y bajé un poco mi cabeza, oculta

entre mis brazos, y vi mis pechos colgantes, y sentí mis pezones rozando las sábanas.

Con mis codos y mis rodillas sobre la cama jadeé un "¡Ahhmmm!" desarmado, cuando sentí que Diego comenzaba a echar su cuerpo adelante y atrás. Penetrándome.

Diego me follaba. Aquel chico me estaba follando.

Y al instante, vejándome y matándome, ronroneó para sí, o para Aitana, casi nunca para mí:

—¡Ohhh, jo-der…! Qué bueno. Qué pedazo de coño tiene la cabrona…

Y yo solapaba sus improperios con mis jadeos. Mis "¡Ahh!", "¡Ahhh!", "¡Ahh!, salían rítmicos, limpios, agradecidos y tenues de mi boca.

Y lo que sucedió después fue una mezcla de desenfreno, placer y provocación, que desembocaba en vergüenza. Y dicha vergüenza me provocaba más placer, y lo encendía a él hasta buscar más provocación. En un bucle incesante.

La novela había desaparecido. Lo que sucedía era que un crío de diecinueve años me estaba follando, en la cama de su novia, la cual era testigo de mis gemidos y de sus embestidas. Yo, vestida de colegiala, con una cantidad ingente de semen aún resecándose sobre mis pechos, mi vientre, mi escote y mi rostro, excitada y sin saber cómo había llegado allí, recibía la polla de aquel chico y me retorcía de placer.

—Joder… cómo entra —jadeó Diego y yo escuchaba el tintineo de su cadena dorada, al ritmo de sus embestidas.

Y sentía su polla, vigorosa, implacable, venosa y tensa, en lo más profundo de mi ser.

—¡Ahhh…! ¡Ahhh…! ¡Ahhh…! ¡Ahhh…! —jadeaba yo, descontrolada, retorciéndome del gusto.

—Te gusta… ¡Eh…! —me gemía él en el oído, pues a veces se encorvaba y me jadeaba detrás de mi nuca, y después volvía a erguirse para penetrarme más fuerte.

Su polla me mataba. Sus manos en mis caderas me fijaban. Mis pechos se balanceaban y rebotaban, grandes y desinhibidos, cuando me apoyaba con las palmas de mis manos sobre la cama, y mis pezones rozaban las sábanas cuando me apoyaba con los codos.

Me sentía sucia. Me sentía humillada. Pero me excitaba. Y cuando él me llamaba cerda, así me sentía. Y cuando me susurraba que era un zorrón, no se lo negaba. Y cuando alargaba una de sus manos y me apretaba un pecho y me susurraba "menudos tetones de guarra te gastas" yo me limitaba a gemir, a jadear, unos "¡¡Ahhh!!", "¡¡Ahhh!!" que brotaban solos… Y, cuando en un momento concreto, me la metió hasta el fondo con un golpe seco, él gimió un "¡Hm!", altivo y despectivo, y yo me humillé jadeando un "¡Sí…! ¡Mmm…! ¡Dame…!" que lo encendió aún más.

Y a veces sentía vergüenza porque ella me viera así. Por absurdo que pudiera parecer. Y sentía que mancillaba su ropa, su uniforme, que yo había recibido impecable.

—Oh… ¡Jo-der…! ¡Jo-der! ¡Qué ganas te tenía! —me castigaba él en mi oído.

—¡¡Mmm…!! ¡¡Ahhh…!! —jadeaba yo.

—¿Te gusta, eh? ¡Zorrón! —me repetía, y el tintineo de su cadena rebotando en su cuello me hipnotizaba.

—¡¡Mmm…!! ¡¡Sií…!! ¡¡Dame…!!

—¡Pídemelo…! ¡Pídeme más!

—¡¡Mmm…!! ¡¡Dame…!! ¡¡Dame, cabrón…!! ¡¡Dios…!! —le suplicaba yo, sintiendo un placer incontenible, sintiendo su polla hasta el fondo, colmando por completo mi sexo, y sentía sus huevos rebotando también allí.

—¡Vaya peras de cerda tienes, eh…! —me soplaba en la nuca, volcado sobre mí, y me las apretaba y estrujaba, acercándolas a mi torso y después dejándolas caer otra vez.

—¡¡Mmm…!! ¡¡Sí!! —jadeaba yo.

—¿Sí, qué? ¿Tienes peras de cerda? —insistía vejándome, con su voz profunda. Y yo sentía su aliento tras de mí.

—¡¡Mmm…!! ¡¡Sí…!! ¡¡Sií! —casi chillaba yo, al borde del orgasmo.

—¡Dímelo…! ¡Repítelo…!

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhhh!! ¡¡Dio-oos!! ¡Tengo… peras de cerda…! ¡¡¡Tengo tetas de cerda…!!! —me retorcía yo, y apartaba mi camisa, y me apretaba un pecho, y jadeaba con la boca abierta y los ojos cerrados.

Y entonces él se tensó más. Y azotó mi culo. Y un “¡Plas!”, resonó por el dormitorio. Y me quejé en un “¡Auh!” corto y sentido. Y Aitana susurraba unos “buah…” impresionados, y era cuando más vergüenza sentía yo.

Y otro “¡Plas-ss!” y su polla hasta el fondo, y yo a cuatro patas, agarrándome una teta, a punto de correrme.

Y entonces él agarró mi torso, y lo levantó, quedando su pecho pegado a mi espalda. Los dos de rodillas, mancillando grotescamente la cama de aquella chica. Y me penetraba más de abajo arriba. Y sujetaba mi cuello con una mano, y una de mis tetas con la otra. Y bajaba el ritmo. Y yo escuchaba, más allá de mí y de él, detrás de nosotros, unos sonidos extraños, de puertas de

armario batiéndose, abriéndose y cerrándose. Y Diego lamía mi cuello. Y me seguía penetrando. Seguía dentro de mí.

Y entonces me volvió a dejar caer hacia adelante. Y yo apoyé de nuevo mis manos sobre la cama. Y él se detuvo, por lo que fui yo otra vez quién comenzó a echar mi cuerpo atrás y adelante para ensartarme en él.

Y él susurró hacia atrás:

—¿Qué coño haces?

Y yo sabía que le hablaba a Aitana, pero ella no le respondía.

—¿No me jodas que aún tienes eso? —le preguntaba mientras yo seguía follándome aquel miembro durísimo y seguía gimiendo.

—¿Qué vas a hacer con eso? Joder, estáis las dos piradas —susurró Diego.

—Con esto la perdono del todo. Perdono a todo el mundo —dijo Aitana y yo la sentí caminar, rodear la cama y acercarse a mí.

CAPÍTULO 44

DIEGO

00:39

Aitana caminaba, con la evidente pretensión de colocarse frente a Alejandreta, y yo no daba puto crédito.

Alejandreta se follaba mi polla, porque era lo que hacía, sin necesidad de que yo me moviera, y coronaba su reajuste siempre con un movimiento circular y un gemidito, un “¡Mhh!”, que emitía siempre cuando se sentía plenita y llenita.

Aitana se detuvo entonces, antes de entrar en el campo de visión de Alejandreta. Y yo pensaba en aquel puto artilugio, aquella mierda que el cabrón de Sebastopolo me había hecho chupar de Aitana alguna vez, humillándome de cojones. Quizás Aitana buscara vengar mi honor obligando a Alejandreta a chupar también de aquello, pero lo cierto era que después de haberme corrido sobre su mujer y después de tenerla, en aquel preciso momento, a cuatro patas y ensartándose en mí, yo no necesitaba de más honores que salvar.

Aitana, con la camisa abierta y una corbata azul marino, tal cual había sucedido en la realidad y había sido descrito en el puto libro, se había colocado aquel extraño consolador que nos había dado el puto Sebastopolo. Era más corto por un lado y más largo por el otro. De color violeta. Y no sé cómo cojones hacía Aitana, pero se lo metía en el coño por la parte más ancha y corta, se lo metía así dentro, y quedaba la parte más larga para quién la quisiera. Y yo no sabía cómo coño, nunca mejor dicho, no le caía. Ni sabía cómo coño había accedido a chupar de allí aquella goma absurda, pero así había sucedido aproximadamente un año atrás.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahh…!! —jadeaba la perra de Alejandreta, totalmente fuera de sí.

Y yo miraba cómo Aitana, con la corbata entre sus tetas, su camisa abierta y aquel artilugio violeta partiendo de su coño, se colocaba frente al zorrón jadeante.

Aquella mujer levantó la mirada, siempre sin detenerse, siempre sin dejar de follarme. Y vio a Aitana, con sus pechos medianos, más alzados y adheridos a su torso, más de chica, menos de mujer, con aquella corbata en el medio, y con aquello violeta, que ella sabía de sobra lo que era, pues había sido descrito por el cabrón de Sebastopolo en su puto libro de mierda.

Apreté entonces la cintura de Alejandreta y ella se detuvo. Y pensé que diría algo al respecto de aquello que Aitana le ofrecía, pero a aquellas alturas quizás ya no había mucho que decir.

Aitana, de pie, al otro lado de la cama, acarició entonces la media melena de aquella treintañera disfrazada con una mano, de manera tierna, y con la otra mano se sujetó aquello.

Y poco después, sin más dilación, dijo seria:

—Abre la boca.

Y sucedió. Porque quería ganarse así su perdón, porque así había sucedido en la novela y así se cerraba el círculo, o porque estaba más jodidamente salida que el puto palo de una escoba; por cualquiera de las tres cosas, o por todas ellas juntas, pero sucedió:

Alejandreta abrió la boca y se echó hacia adelante. Y al echarse hacia adelante vi cómo mi polla salía a luz, hasta la mitad, y vi tropezones blancos en el tronco… indudablemente vestigios de aquel zorrón. Y después miré al frente y vi cómo la cabrona lamió un poco primero… y después se metió aquel consolador violeta que partía del coño de Aitana… en su boca.

Por delante y por detrás. Por Aitana y por mí. Aquella mujer se ensartó y enloqueció.

Era demasiado morboso. Y el placer que me daba su coño y el sonido de sus gemiditos eran también demasiado para mí. Aceleré. La embestí. Comencé a lanzarla hacia Aitana. Sus gemidos se ahogaban en aquella polla de plástico. Sus "¡¡Hmm!!", "¡¡Hmmm!!", se hacían sordos y grotescos. Aitana, que no era ajena a tanto morbo, se sujetaba aquello con una mano, facilitando que el ridículo consolador violeta fuera chupado, y se abría su propia camisa, y se acariciaba sus pechos; pechos que parecían crecer a ambos lados de aquella corbata, pero que distaban mucho en grandeza y en consistencia de los tetones que volvían a rebotar bajo el torso de Alejandreta, al ritmo de mis embestidas.

Y de nuevo Alejandreta, con sus gemidos, con sus "¡¡Hmmm!!", chillados en aquella goma violeta, y sus "¡¡Ahhh!!" gritados cuando se la sacaba de la boca, nos desvelaba que allí no había castigo por ninguna parte, que aquella cerda lo estaba disfrutando.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahh…!! ¡¡Dame!! —chillaba Alejandreta, cuando se sacaba aquello de la boca.

—Ufff… —resoplaba yo, que empezaba a ver cerca mi orgasmo, y veía cómo Aitana volvía a dirigir aquel consolador para llenar la boquita de la mujer de Sebastián.

—¡¡Mmmh!! ¡¡Mhmm!! ¡¡Mmmh!! ¡¡Mhmm!! —jadeaba Alejandra sin parar, en aquello violeta sujeto por Aitana y babeado por ella.

Y yo azotaba de nuevo su culo. Y aceleraba. Lanzándola contra Aitana. Alucinado por cómo asumía sin contemplaciones que le llenáramos el coño y la boca.

—¡¡¡Ah!!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Dioos!! ¡¡Dame!! ¡¡Dameee!! —chillaba ella, otra vez con la boca desocupada.

—¿Te doy más?

—¡¡Sií!! ¡¡Ahh!! ¡¡Aahh!! ¡¡DA-ME!! ¡¡DA-ME!! —repetía ella sin parar, y yo notaba su coño encharcado, pero a la vez sentía su calor, sus paredes ardientes… y apartaba su falda y su camisa de su culo, y apretaba sus nalgas con fuerza.

—Joder… —suspiraba yo, excitadísimo.

—¡¡¡Ah!!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Dioos!! ¡¡Dame!! ¡¡MMMM-hhhh!! —se deshacía ella, y yo miraba hacia atrás y veía sus zapatitos y sus calcetines, bien colocaditos, y me dio un morbo terrible todo el conjuntito bochornoso que se había puesto para nosotros… pero sobre todo para ella.

—Joder… Menuda puta… —jadeaba yo, sintiendo que mi polla no aguantaba más.

—¡¡Ahhhh…!! ¡¡Ahhh…!! —chillaba cuando sacaba su boca de la polla de mentira de Aitana. Y después ¡¡¡Hmm-mmm!!! ¡¡¡Hmm-MMM!!! —bufaba de forma ahogada cuando Aitana le metía en la boca aquella goma inerte.

—Joder… Zorrón… ¡Me voy a correr! —dije, ya sintiendo que explotaba.

—¡¡Mmm…!! ¡¡No te corras dentro!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!!—gritó ella.

Y entonces me salí de ella, y le dije rápidamente:

—¡Date la vuelta, cabrona! ¡Date la vuelta!

Y ella obedeció, abandonando el consolador violeta y a Aitana. Y se tumbó boca arriba, debajo de mí. Y la muy zorrita comenzó a tocarse. A frotarse el coño como una loca. A retorcerse. A apartarse la camisa con una mano para tocarse las tetas mientras se daba placer con la otra. Y su cara se desencajaba… mientras yo me masturbaba.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡A-Ahh!! —gritaba ella, que se apretaba una teta y agitaba sus piernas con un tembleque espásmico, desvergonzado y ridículo.

—Jo-der… Me voy a correr —jadeaba yo, pajeándome entre sus piernas, dispuesto a eyacular sobre aquellos tetones que ella se estrujaba.

—¡¡¡Ahhh!! ¡¡Dioo-oos!! ¡¡Diooos…!! ¡¡¡AHHH-HH!! —chillaba ella, jodidamente poseída.

Y yo casi no podía más. Sentía un torrente partiendo de nuevo de mí. Pero ella iba más rápido. Y yo veía dos de sus dedos frotando su clítoris a toda velocidad. Y ella echaba su cabeza a un lado, y mordía el cuello de la camisa del uniforme de Aitana, y allí resoplaba unos “¡¡Hhmmm!!” “¡¡Hmmm!!”, más delicados, abatidos y claudicantes, y babeaba la camisa. Y después parecía encontrar allí, en aquel cuello de la camisa de Aitana, algo de semen que yo había lanzado antes… y entonces sacó su lengua, lamiendo, de una manera increíblemente grotesca, sintiéndose aún más cerda… Lamiendo aquel semen reseco pero que aún contenía olor y sabor… Y yo casi explotaba… mientras ella estaba aún más a punto, y ella entonces ronroneó… y susurró tiernamente:

—Córrete… Ah… córrete otra vez sobre mí… Cabrón…

Y yo no pude más. Y me abandonaba, explotaba mientras agitaba mi polla con fuerza, al tiempo que ella, un paso por delante de mí, empezó a gritar:

—¡AHHH-HHH! ¡AHHH-HHH! ¡¡ME…!! ¡¡ME… CORROO!! ¡AHH! ¡¡¡AHHHH-HHH!

—¡Ohhhhh! —jadeé yo, más discreto, al sentir el primer disparo… al sentir cómo se liberaba.

—¡¡¡AHHH-HHH!! ¡¡AHHH-HH!! —gemía ella, y recibía aquel latigazo blanco y caliente en una de sus tetas.

Y se retorcía debajo de mí. Con aquel uniforme rancio y ridículo, y me miraba con los ojos entrecerrados, con una cara de puerca que asustaba; y buscaba con su mano el sitio exacto donde mi semen había caído para restregárselo sobre su teta, mientras su otra mano seguía dibujando círculos sobre la cúspide de su coño a toda velocidad.

—Ohhh —volví a jadear yo. Y después otro "¡Ohhh!", y me vertía de nuevo sobre ella.

—¡¡Ahhh!! ¡Dioos! ¡ME CORROOO!! —gemía poseída.

—Toma, cerda… ¡Córrete… mientras te mancho…! —jadeé, sintiendo un placer inmenso.

—¡¡¡MMM-mmm!! ¡¡¡Síií!! ¡Me sigo corriendo…!! ¡¡MÁNCHAME…!!

—Eres una cerda… ¡Joder…! —gemía yo mientras tintaba sus tetas de blanco, manchando aquellos tetones que se erigían enormes, y manchaba su mano, y también su camisa y su falda.

—¡¡AHHH!! ¡¡¡AHH-HH!!! ¡¡¡CA-BRÓN!!! ¡¡¡MÁNCHA… ME… MÁS!!! ¡¡¡¡AHHHH-HHHH!!!! —se seguía retorciendo ella, que llegaba a alzar un poco su rostro, y la cabrona abría la boca, tras haber sentido un latigazo espeso en su cuello.

—¡Lo quieres… eh! —jadeé y me acerqué más y llevé mi polla a su boca… para descargar allí los últimos chorros.

—¡¡¡MMMMMHHHH!!! ¡¡¡¡HHHMMM-HHMMM!!!! —chupaba ella, mientras se seguía tocando, mientras se seguía corriendo.

Y me succionaba. Me absorbía la polla.

—¡Ohhh… joder…! —tiritaba yo del gusto, con una sensibilidad extrema, con mi polla en su boca.

—¡¡¡MMMMMHHHH!!! ¡¡¡¡HHH-MMM-HHMMM!!!! —gimoteaba ella en mi miembro, sacándome hasta la última gota, mientras aquella zorra terminaba también su orgasmo.

Y entonces yo, desgastado, exhausto, me eché hacia un lado. Y después miré de reojo cómo discurrían gotas de semen de sus pechos, hacia los lados, hacia la camisa.

Y después vi cómo ella, boca arriba, con los ojos cerrados, dejaba que brotase de la comisura de sus labios alguna mínima gota blanca.

—Ven. Arrodillate —dijo entonces Aitana, sorprendiéndonos.

Y Alejandra se reincorporó un poco.

—Deja que me limpie —pidió, después de tragar.

—No. Ven y arrodillate —dijo Aitana tremendamente seria.

Y entonces Alejandra obedeció.

Se bajó de la cama y se puso de rodillas frente a Aitana.

Y mi novia. Sin permitir que ella se limpiara. Viendo cómo caía semen de sus pechos otra vez. Viendo a aquella mujer humillada y de nuevo bañada por mí… le metió otra vez aquel consolador en la boca. Y se lo hizo chupar. Llevó su mano al pelo de Alejandra y le marcó el ritmo. Y aquella mujer, vejada y sin entender nada, seguía obedeciendo.

—Pon tus manos atrás —ordenó Aitana, y Alejandra acató.

Y así estuvo unos segundos. Metiéndole aquello en la boca. Y a mí se me escapaba aquella súbita inquina, pero después lo entendí: buscaba acabar con todo de una vez.

Y se escuchaba el sonido líquido de la chupada de Alejandra sobre aquel trozo de goma violeta.

Y entonces Aitana se retiró un poco, apartó aquel consolador de su boca, y le dijo:

—"Para A". La dedicatoria del libro. "Para A". Es. Fue para mí. Para Aitana.

CAPÍTULO 45

ALEJANDRA

00:50

—"Para A". La dedicatoria del libro. "Para A". Es. Fue para mí. Para Aitana —dijo ella, frente a mí, tras haber apartado aquel miembro simulado de mi boca.

No me moví, como si mi cuerpo no reaccionase. Pero por dentro lo sentí. Sentí el golpe mientras ella desaparecía de mi vista y de nuevo se iba hacia el otro lado de la cama, a mi espalda, dónde también estaba Diego.

Sentí el golpe y lo seguía sintiendo mientras me ponía en pie y me daba cuenta de que aún tenía las bragas bajadas.

Les daba la espalda y ellos cuchicheaban. Hablaban de mí, y yo sentía el semen caliente de Diego resbalando por mis pechos y mi cuello. La camisa de Aitana se me pegaba al cuerpo, por el sudor y por todo lo lanzado por su novio, y yo aún temblaba por la excitación que había sentido. Una excitación que no sabía que pudiera existir.

Y me subí las bragas mientras escuchaba sonidos de puertas de armario a mi espalda, y yo no me daba la vuelta. Me daba vergüenza, y me podía imaginar que ella devolvía aquella polla de goma a su sitio. Una polla morada, dura y falsa, que yo había chupado, cómo mi marido le había hecho chupar a Diego en alguna de las escenas más tórridas de la novela.

Él los había humillado a ellos y ellos me habían humillado a mí, en una suerte de cadena de poder en la que yo ocupaba el escalón más bajo.

Escuché pasos y después vi a Aitana, frente a mí, con su camisa, como la mía, pero casi sin arrugas, seca, sin lamparones ni salpicaduras, con dos o tres botones que se había abrochado, y de nuevo sin corbata.

Y después alargaba su mano y me daba una toalla gris, de tamaño mediano, de baño.

—Toma… Te diría que te ducharas… pero es que aparecerán en cualquier momento… —dijo seria y algo afligida; consciente, ella también, de la magnitud de lo sucedido.

Y yo seguía sin darme la vuelta para no afrontar la humillación de que Diego, aquel chico que no era más que un crío, me viera desnudarme y secarme delante de él. Y seguía sin querer afrontar que aquella "A" había sido para Aitana, y no para mí. Si bien sentía que en lo más profundo de mi ser siempre había sospechado que aquello había entrañado, desde que lo había leído por primera vez, algo equívoco y oscuro.

Me quité entonces la camisa de Aitana, empapada en sudor y semen, y no supe qué hacer con ella.

—Déjala en el suelo. Déjalo todo ahí. Ya lo recogeré yo —dijo ella, que en cierta forma me protegía, al verme dudar. Y yo cumplía, quitándome también su falda, quedándome en bragas, calcetines y mocasines, y recibía su toalla.

Después, dándole la espalda siempre a él, me secaba los pechos, el cuello, el vientre… e incluso la cara. Me limpiaba todo su líquido vejatorio. Todo lo que él había lanzado sobre mí. Y mientras lo hacía sentía mi sexo abierto, y mis bragas empapadas, pero no tuve la valentía de secarme ahí.

—¿Vas a lavar toda esa lefa sin que se entere tu madre? —preguntó Diego, recordándome que solo eran unos críos.

—No se entera. Pondré yo la lavadora con cosas mías y ya está —respondía ella y me traía mi sujetador, mi falda gris y mi camisa rosa.

Todavía consternada por mi orgasmo y debilitada por el placer, no me era fácil quitarme los

calcetines y los zapatos de Aitana, y vestirme con mi ropa, sin apoyarme en la cama. Así es que me armé de valor y me giré, y lo miré, y vi que ya se había puesto sus pantalones azul marino, y vi cómo su torso blanco casi brillaba, sudoroso y algo enrojecido, y sus abdominales estaban aún contraídos por el esfuerzo, por el esfuerzo de haberme follado… Y lo percibí más joven que nunca; su mirada era pura, limpia y obscena a la vez. Y temí que dijera algo más, pero dejó que me cambiara de ropa en silencio, observándome, pero sin deshonrarme aún más.

Hacía cómo podía para vestirme ante ellos y mantener algo de entereza. Hacía lo que podía para no recordar aquel “Para A”, y para no sospechar que mi marido me había sido infiel con aquella cría.

Hacía lo que podía para salir de allí con un mínimo de amor propio.

Y después, vestida pero descalza, tuve que pasar el último trago, y caminé en su dirección, y cog mis zapatos, y me senté sobre la cama, y me los calcé a pocos centímetros de dónde estaba aquel chico que me había penetrado salvajemente y que se había corrido dos veces sobre mí.

Y me sentí avergonzada. Y humillada. Allí, sentada y agachada frente a él, poniéndome los zapatos.

Pero lo peor era que… sentía que… si tuviéramos tiempo y él intentase de nuevo propasarse conmigo… quizás, o seguramente, no lo detendría.

—Tú móvil está sobre la barra de la cocina —dijo entonces Diego, y no me alegré de escucharlo pues sabía que tan pronto me fuera de allí me encontraría con el mundo real.

CAPÍTULO 46

DIEGO

00:50

La frasecita, aquello de que la dedicatoria no había sido para ella, sino para Aitana, cosa evidente, parecía que había cogido a Alejandreta con el pie cambiado. La cabrona ni se movía. Y

yo me preguntaba si de verdad no lo sabía. Aunque a decir verdad ya hacía un tiempo que sospechaba que la impresionante mujer empoderada, como dirían las de mi clase, sabía menos cosas de las que en un principio yo creía que sabía.

Aitana comenzó a caminar hacia mí, agarrada a su polla violeta, y dejando a la treintañera arrodillada en el medio del dormitorio. Y pensé que no le interesaba yo, sino su armario, que estaba a mi espalda, y por eso me sorprendió que hiciera escala en mí; mientras Alejandreta, que me daba la espalda, se ponía por fin de pie y se subía sus bragas, que debían de estar para escurrir, Aitana me besaba en la mejilla; allí, de pie, con su corbata entre sus tetas, su camisa abierta y aquello metido en su coño, me besaba… Y, no contento con eso, y mirando ella también de reojo cómo Alejandreta se quedaba quieta, sin voltearse, se quitaba la polla violeta de sus profundidades y… dudando un poco primero, pero atreviéndose después, acercaba aquella polla a mi rostro, con la intención clara de que yo oliera de allí.

Y caí en la cuenta de que la única que no se había desahogado era ella, que no había tenido su orgasmo, que ni siquiera se había tocado… Entendí que Aitana era en aquel momento la que estaba más cachonda.

Y olí. Olí aquella goma e inhalé su olor a coño, y le susurré:

—Qué puerca…

—¿Ella o yo? —preguntó en tono bajísimo, en mi oreja.

—Las dos.

Y le acaricié una teta. Y le devolví el beso. Había una química especial. Nos habíamos vengado. Quizás hasta le habíamos jodido el matrimonio al puto Sebastopolo. Y es que algo me decía que Alejandreta se había llevado unas cuántas sorpresas aquella noche.

Finalmente Aitana guardaba aquella goma en el armario. Y yo observaba la espalda de Alejandreta, una espalda tapada por una camisa blanca que se percibía sudada, y solo veía aquello porque otra cosa no me ofrecía.

A mi lado Aitana colgaba también la corbata, se cerraba unos cuántos botones de la camisa y cogía una toalla.

Y entonces, antes de que fuera a darle aquella toalla gris, y mientras me frustraba en cierta medida que Alejandreta no se diera la vuelta y me mostrase otra vez las consecuencias de mi última ebullición sobre ella, le susurré:

—Creo que lo hemos jodido bien.

—¿A él o ella?

—A él. A ella le hemos hecho un favor… —le contesté, siempre en tono bajo, con la intención

de que Alejandreta no pudiera escucharnos.

Aitana caminó entonces hacia ella, con la toalla en su mano, y una vez llegó a aquella mujer que parecía un puto palo goteante en medio del dormitorio, le dijo:

—Toma… Te diría que te ducharas… pero es que aparecerán en cualquier momento…

Y ella parecía dudar qué hacer. Y yo comencé a ponerme mis calzoncillos y mis pantalones mientras pensaba que al principio ella me había parecido un zorrón que se las sabía todas, que hacía aquellas cosas los martes y los jueves, pero a medida que había ido avanzando la noche me había dado la impresión de que sus caritas de estar sobrepasadita pudieran no ser fingidas.

Alejandreta se quitó la camisa de Aitana, a duras penas, pues el mazacote de sudor y lefa tenía que ser fino, y le costaba despegarla del cuerpo; y yo observaba cómo en sus descuidos, y a pesar de estar de espaldas a mí, se podía apreciar un baile *tetil* que asomaba por los lados de su cuerpo… y ya casi me empalmaba otra vez.

—Déjala en el suelo. Déjalo todo ahí. Ya lo recogeré yo —le dijo Aitana, la bienhechora.

Se quitó entonces la falda y la dejó caer junto a la camisa. Y le pude ver aquel culazo, consistente, aunque no demasiado grande, más acorde con su cuerpo que sus tetas, y observé cómo comenzaba a secarse con la toalla: la cara, las tetas, la barriga, hasta los brazos… y yo pensaba que pagaría dinero porque se diese la vuelta y me ofreciera frontalmente aquel espectáculo… y ojalá dedicarme alguna miradita, algún "jo, has sido malo, mira cómo me has puesto" mientras se secaba, pero la cabrona no lo hacía.

Y Aitana a su lado. Cachonda perdida. Se le notaba. Mi novia, con las mejillas como dos putos tomates, frente a su ropa llena de lefa, en el suelo, que no recogía, miraba, a un metro, cómo Alejandreta se limpiaba. Y le miraba las tetas y a toda ella. Quizás con envidia. Quizás con admiración. Otra vez aquella conexión de la aprendiz con la zorra superiora. Otra vez la conexión con cosquilleo morboso y complacido porque el alter ego se hubiera disfrazado de la novicia y no al revés.

Poco le faltaba para pedirle permiso y probar el tacto de aquellos tetones. Poco le faltaba para agacharse, coger el uniforme, y oler aquella mezcla de sudor y lefa. Poco le faltaba para preguntarle cuáles eran sus trucos para chuparla tan bien… O al menos eso fluía en mi imaginación.

Y entonces Aitana pareció volver en sí y se fue hacia la cama, y después cogía la ropa de Alejandreta.

—¿Vas a lavar toda esa lefa sin que se entere tu madre? —pregunté, refiriéndome a la que había abandonado en el suelo, no a la impoluta, la de Alejandra, que recogía.

—No se entera. Pondré yo la lavadora con cosas mías y ya está —respondió, y le daba su ropita de ejecutiva calienta rabos a la invitada.

Y de nuevo Alejandreta parecía no saber qué hacer. Tan pronto la recibió la volvió a dejar sobre la cama, poniéndose de perfil con respecto a mí. Y entonces pareció pensar que no podía seguir haciendo el ridículo de vestirse dándole la espalda al mundo, como si estuviera castigada. Y me dije a mí mismo que ya valía de cerdadas y comencé a observar sus movimientos intentando admirar su belleza, sin más. Y a veces lo conseguía y a veces no. Pero hacía lo que podía.

Lo cierto fue que no me lo puso fácil cuando se giró, me miró, y me ofreció la visión frontal de sus tetas y por debajo expuso el atuendo ridículo de bragas de mujer pudiente mezcladas con calcetines y zapatitos rancios de uniforme colegio. Parecía un centauro, mitad para arriba una contundencia que dejaba sin aire, mitad para abajo unas galas casi cómicas. Sí. Tenía algo de animal mitológico, desde luego de cintura para arriba no parecía terrenal.

Primero se desnudó y después se vistió. Ella sabía que yo no le quitaba ojo. Y se ruborizaba de verdad. Sí me creía su recelo de cervatillo. Nunca hubiera imaginado que ver a una mujer vestirse fuera tanto o más morboso que verla desnudarse. Sobre todo porque sabía lo que había pasado. Se notaba en su rostro acalorado, en sus tetas hinchadas y en sus pezones, que seguían duros y puntiagudos.

Sujetador, camisa, falda. Poco a poco volvía a ser el pibón que me había impresionado en el salón, en la cocina y en el jardín. Pero todo había cambiado. Ya no me intimidaba. Sentía que el poderoso era yo, y lo curioso era que sentía que lo era porque ella así lo había querido.

Comenzó a caminar hacia mí, vestida con su camisa rosa y su falda gris. Ejecutiva turbo agresiva, pero descalza, y yo miré a mi lado y vi sus zapatos de tacón. Y, mientras me relamía porque me ponía cachondo la idea de volver a tenerla cerca, vi cómo Aitana se desabrochaba la camisa, pero no se acercaba, por lo que entendí que esperaba turno para venir a nuestra zona, donde estaba el armario, para desnudarse por completo y coger un pijama.

Alejandreta se sentó sobre la cama, frente a mí. Y nos miramos. Y tuve hasta la sensación de que quizás quisiera más. Olía a sexo. Su pelo se pegaba a su rostro. Se le notaba en la cara el regusto de placer. Estaba caliente. Después desvió la mirada y comenzó a calzarse sus zapatos. Yo de pie. Ella sentada. Y veía su escote. Parcialmente veía sus tetas, de tanto en cuando, según cuánto se agachase, y no entendía que me pusiese tan burro cuando se las acababa de ver enteras, cuando se las había lamido, se las había chupado, se las había mordido, me había corrido sobre ellas… pero… aún así… deseaba que se agachase más para ver canalillo y más carne.

Y volvió a mirarme, antes de ponerse en pie. Y yo me tensé. De verdad lo parecía. De verdad daba la impresión de que quería más. Pero no teníamos tiempo.

—Tú móvil está sobre la barra de la cocina —dije, fingiendo ser la mente fría y pensante.

Y entonces ella se puso en pie. Y nos miramos por tercera vez en un minuto. Pero no dijo nada. Ni yo tampoco. Y comenzó a alejarse, y mi mente comenzó a maquinar, a pensar que quizás si terminaba con su maridito, con el puto Sebastopolo, quizás pudiéramos contactar otra vez.

Se iba. Salía por la puerta del dormitorio. No se despedía de nadie. Parecía muy afectada, pero a la vez no parecía que en absoluto se arrepintiera. Desde su orgasmo y desde aquello de que “Para A” no había sido para ella, parecía otra persona.

Y se fue. Ya escuchaba sus tacones escaleras abajo. Y recordé entonces ciertos momentos en los que ella había desempeñado su papel de sumisa de forma tan guarra como implicadísima: cuando se había vestido de Aitana sin pensárselo dos veces, cuando había llevado sus brazos atrás sin que se lo ordenase nadie, cuando había chupado de la polla de goma sin demasiado remilgo, cuando me había chillado que la manchase…

Y entonces, justo tras escuchar la puerta de la casa cerrarse, y mientras Aitana recogía por fin su ropa pringosa del suelo, la vestida por Alejandra y regada por mí, pensé en Alejandreta zorrita, en la noche que habíamos vivido con ella, y entonces, sin que Aitana pudiera oírme, mascullé:

“Ojalá mandaras a pasear al puto Sebastopolo. El uniforme de Aitana siempre va a estar aquí para ti. Y yo también. Y algo me dice que Aitana también repetiría. Si quieres disfrazarte, jugar a ser sumisa treintañera schoolgirl guarra… y cerdear… aquí estamos para ti… Alejandreta”.

—Déjame tu teléfono un momento —dijo entonces Aitana.

Y CAPÍTULO 47

ALEJANDRA

00:58

Dudé un instante si darme la vuelta. Despedirme de alguna manera. Pero no tuve fuerzas. Ni sabía qué decir. Pensé que en el fondo todos nos habíamos visto sorprendidos por lo que había sucedido. Que todos habíamos improvisado. Yo no les culpaba y a aquellas alturas sabía que ellos no me culpaban a mí.

Descendí por aquellas escaleras y temí ser descubierta en el último momento. Qué podría decir, cómo podría justificar estar allí a aquellas horas si entrasen por la puerta Helena y Oliver.

Llegué a la cocina y enseguida encontré mi teléfono móvil dónde Diego me había indicado. Lo cogí y vi en la pantalla varias llamadas y muchísimos mensajes de Sebastián. Pero no me apeteció leerlos, y mucho menos devolver las llamadas. No sentía que lo odiase. No al menos hasta que su maldad se confirmase del todo, y aún no tenía aquella certeza.

Metí el teléfono en el bolso y salí de aquella casa. Sentía que olía a semen. A sexo. Me sentía sucia. Me sentía también infiel. Pero era una infidelidad extraña. Como si aún estuviera pendiente saber si todo había sido para equilibrar las cosas. Si todo había significado un adiós, o si la culpa me la tendría que comer yo sola.

Sabía que no podría soportar que Sebastián se hubiera acostado con aquella cría. Sabía que, de confirmarse aquello, sería el final; pero no era exactamente pena lo que sentía.

Tampoco sabía cómo confesar lo sucedido. Quizás mi infidelidad no perdiera gravedad hubiera hecho lo que hubiera hecho Sebastián.

Me subí al coche. Mis piernas me temblaban. Mi cabeza daba vueltas. Las experiencias sexuales explícitas, bombardeaban mi mente; recuerdos tan nítidos que por algún motivo quería retener. Aquella sumisión tan intensa. Obedecerles. Sentirles. Vestirme de Aitana. Cumplir para Diego. La cortina de humo de pensar en la novela para autoengañarme.

Tenía miedo de que no pudiera olvidar y apartar aquello de mi vida.

Y miedo otra vez. Miedo a haber sido la única infiel y miedo a no haberlo sido.

Miré entonces el reloj. Habían pasado solo algo más de cinco horas desde que Oliver había entrado por la puerta de mi despacho. Parecía que había pasado una vida.

E iba a arrancar el coche cuando algo sonó dentro de mi bolso. Era mi teléfono. Pensé en Sebastián. En que habría llegado a nuestra casa. Pensé en qué decirle. Y entonces, en la pantalla leí: “D”.

Era Diego. Aquel crío. No sabía qué más podría querer de mí.

Descolgué.

—Eh… ¿Estás bien? —escuché, al otro lado de la línea, la voz de Aitana.

Y no sabía qué responder, pero intuí que aquello no iba de mi estado, ni del de ellos. Supe que quería decirme algo.

—Sí. Dime —contesté entera.

Y entonces se hizo un silencio. Larguísimo. Ella parecía dudar.

—Pues, te lo digo, ¿vale? —dijo finalmente—. Ahora que Diego no me oye.

Yo escuchaba sus susurros al teléfono y la notaba compungida, triste. Casi incluso como si hubiera llorado, o estuviera a punto de hacerlo.

Allí, sentada en el coche, cogí aire, henchí mis pulmones, intenté prepararme. Y dije:

—Dime. Cuéntame.

—Pues… —comenzó—. Tienes que saber que… Sí, lo hicimos. Sebastián y yo. Lo hicimos tres veces. En las tres veces me dijo que me quería. Por eso el título del libro, que es… en futuro: "Te lo diré tres veces", como si hubiera sabido desde el principio cuánto tardaría en cansarse de mí.

Yo la escuchaba. No la interrumpía. Y ella continuó:

—Después lo hicimos otras veces, pero en esas lo que hizo fue follarme. Cuatro veces más. En la última ni me miró a la cara.

Tras decir aquello Aitana colgó el teléfono rápidamente. Aparentemente incapaz de seguir confesando.

Y entonces una luz me deslumbró. Eran los faros de un coche. Detrás de mí.

Miré por el espejo retrovisor. Era el coche de Oliver.

Arranqué inmediatamente y me marché de allí.

FIN.

Yo escuchaba sus susurros al teléfono y la notaba compungida, triste. Casi incluso como si hubiera llorado, o estuviera a punto de hacerlo.

Allí, sentada en el coche, cogí aire, henchí mis pulmones, intenté prepararme. Y dije:

—Dime. Cuéntame.

—Pues… —comenzó—. Tienes que saber que… Sí, lo hicimos. Sebastián y yo. Lo hicimos tres veces. En las tres veces me dijo que me quería. Por eso el título del libro, que es… en futuro: "Te lo diré tres veces", como si hubiera sabido desde el principio cuánto tardaría en cansarse de mí.

Yo la escuchaba. No la interrumpía. Y ella continuó:

—Después lo hicimos otras veces, pero en esas lo que hizo fue follarme. Cuatro veces más. En la última ni me miró a la cara.

Tras decir aquello Aitana colgó el teléfono rápidamente. Aparentemente incapaz de seguir confesando.

Y entonces una luz me deslumbró. Eran los faros de un coche. Detrás de mí.

Miré por el espejo retrovisor. Era el coche de Oliver.

Arranqué inmediatamente y me marché de allí.

FIN.